

PRIMO LEVI

El sistema periódico



Traducción de Carmen Martín Gaité

Alianza Tres

ÍNDICE

<u>Alianza Tres.....</u>	<u>1</u>
<u>ARGÓN.....</u>	<u>3</u>
<u>HIDRÓGENO.....</u>	<u>14</u>
<u>ZINC.....</u>	<u>19</u>
<u>HIERRO.....</u>	<u>24</u>
<u>POTASIO.....</u>	<u>32</u>
<u>NÍQUEL.....</u>	<u>39</u>
<u>PLOMO.....</u>	<u>50</u>
<u>MERCURIO.....</u>	<u>59</u>
<u>FÓSFORO.....</u>	<u>66</u>
<u>ORO.....</u>	<u>77</u>
<u>CERIO.....</u>	<u>85</u>
<u>CROMO.....</u>	<u>91</u>
<u>AZUFRE.....</u>	<u>99</u>
<u>TITANIO.....</u>	<u>102</u>
<u>ARSÉNICO.....</u>	<u>105</u>
<u>NITRÓGENO.....</u>	<u>109</u>
<u>ESTAÑO.....</u>	<u>115</u>
<u>URANIO.....</u>	<u>120</u>
<u>PLATA.....</u>	<u>126</u>
<u>VANADIO.....</u>	<u>133</u>
<u>CARBONO.....</u>	<u>141</u>

Ibergekumene tsores iz gut tsu dertseyln.
(Es bueno contar penas pasadas)

ARGÓN

En el aire que respiramos existen los llamados gases inertes. Llevan extraños nombres griegos, de raíz culta, que significan «el Nuevo», «el Oculto», «el Inactivo», «el Extranjero». Tan inertes son, efectivamente, y tan pagados están de sí mismos que no interfieren en reacción química alguna ni se combinan con ningún otro elemento, y precisamente por eso han pasado inadvertidos durante siglos. Hay que llegar a 1962 para que, tras largos e ingeniosos esfuerzos, un químico de buena voluntad lograra obligar al Extranjero (el xenón) a combinarse fugazmente con el avidísimo y no menos vivaz flúor, y la hazaña se consideró tan extraordinaria que le valió el Premio Nobel. También se llaman gases nobles, aunque aquí se podría discutir si todos los nobles realmente son inertes y si todos los inertes son nobles; se les llama también, por último, gases raros, a despecho de que uno de ellos, el Inactivo, esté presente en el aire en la respetable proporción de un uno por ciento, lo cual quiere decir que es veinte o treinta veces más abundante que el anhídrido carbónico, sin el cual no existirían rastros de vida sobre nuestro planeta.

Lo poco que sé de mis antepasados me los hace afines a estos gases. No todos eran materialmente inertes, porque no se lo podían permitir; eran, por el contrario, o tenían que serlo, bastante activos, por necesitar ganarse la vida y a causa de cierto moralismo imperante, de acuerdo con el cual «quien no trabaja no come»; pero inertes seguro que lo eran en su fuero interno, dados a la especulación desinteresada, al discurso ingenioso, a la discusión de buen tono, sofisticada y gratuita. No debe ser una casualidad el que todas las anécdotas que se les atribuyen, a pesar de ofrecer bastante variación, tengan en común un no sé qué de estático, una actitud de digna abstención, de voluntaria (o aceptada) marginación con respecto al gran río de la vida. Nobles, inertes y raros, su historia es bastante pobre en comparación con la de otras ilustres comunidades judías de Italia y Europa. Parece ser que se reunieron hacia 1500 en el Piamonte, desde España y pasando por Provenza, como probablemente demuestran algunos peculiares apellidos toponímicos, por ejemplo Bedarida-Bédarrides, Momigliano-Montmélian, Segre (un afluente del Ebro que pasa por Lérida, en el noroeste de España), Foà-Foix, Cavaglione-Cavaillon, Migliau-Millau. El nombre de la pequeña ciudad de Lunel, cerca de la boca del Ródano, entre Montpellier y Nimes, ha pasado al hebreo Jaréakh (= luna), y de ahí se deriva el apellido judeo-piamontés Jarach.

Rechazados o aceptados de mala gana en Turín, se vinieron a afincar en diversas localidades agrícolas del Piamonte meridional, introduciendo allí la industria de la seda, pero sin llegar a superar nunca, ni siquiera en sus épocas más boyantes, la condición de una minoría extremadamente exigua. No fueron nunca ni muy amados ni muy odiados; no nos han quedado noticias de que sufrieran persecuciones dignas de mención. Y sin

embargo, un muro de suspicacia, de vaga hostilidad, de escarnio, debe haberlos mantenido apartados del resto de la población hasta varios decenios después de la emancipación de 1848 y el consiguiente afincamiento urbano, si damos crédito a las cosas que mi padre me contaba de su infancia en Bene Vagienna. Me decía que los chicos de su edad, a la salida de la escuela, solían gastarle la broma benévola de saludarle con la punta de la chaqueta agarrada en el puño a manera de oreja de burro, al tiempo que canturreaban: «Órije d'crin, órije d'asô, a ji ebreó ai piasô: «Orejas de cerdo y orejas de burro les gustan a los judíos». La alusión a las orejas es arbitraria, y el gesto era originariamente una parodia sacrílega del saludo que los judíos piadosos se intercambian en la sinagoga cuando son llamados para leer la Biblia, mostrándose unos a otros la punta del manto de la plegaria, cuyos pliegues, minuciosamente descritos por el ritual en cuanto a número, longitud y forma, están cargados de significado místico y religioso; pero aquellos chicuelos ya no tenían ni idea del origen de su gesto. Recuerdo aquí incidentalmente que el vilipendio del manto de la plegaria es tan antiguo como el antisemitismo; con estos mantos, secuestrados en las deportaciones, las S.S. mandaban hacer calzoncillos, que luego se distribuían entre los judíos prisioneros en los Lager.

El rechazo, como ocurre siempre, era recíproco: por parte de la minoría, una barrera simétrica había sido levantada contra la cristiandad entera («gôjim», «ñarelím»: los «gentiles», los «no-circuncisos»), reproduciendo a escala provinciana y sobre un fondo pacíficamente bucólico, la situación épica y bíblica del pueblo elegido. De esta fundamental distorsión se alimentaba la gramática parda de nuestros tíos («barba») y de nuestras tías («magne»), sabios patriarcas tabacosos y domésticas reinas del hogar, que sin embargo se autodefinían orgullosamente como «el pueblo de Israel».

Por lo que respecta a este término de «tío», conviene advertir antes de nada que debe ser entendido en un sentido bastante amplio. Es costumbre entre nosotros llamar tío a cualquier pariente mayor por lejano que sea el parentesco; y como todas o casi todas las personas viejas de la comunidad acaban por tener algo que ver con la propia familia, el número de nuestros tíos, por consiguiente, es muy grande. Además cuando los tíos alcanzan una edad muy avanzada (circunstancia frecuente, porque desde Noé acá somos gente longeva), los atributos respectivos de «barba» o de «magna» tienden a fundirse poco a poco con el nombre que, con el concurso de ingeniosos diminutivos y de una insospechada analogía entre el hebreo y el piamontés, fragua en apelativos complicados y de extraño sonido, los cuales se transmiten luego inalterados de generación en generación junto con las vicisitudes, las memorias y los dichos de quien los llevó por tan largo tiempo. Así surgieron Barbaiôtô (tío Elías), Barbasachín (tío Isaac), Magnaiéta (tía María), Barbamôisín (tío Moisés, del cual se cuenta que se hizo serrar por un charlatán los dos incisivos inferiores para poder sujetar más cómodamente el mango de la pipa), Barbasmelín (tío Samuel), Magnavigàia (tía Abigail, que entró en Saluzzo vestida de novia a lomos de una mula blanca, después de haber remontado desde Carmagnola el río Pó helado), Magnafôriña (tía Zefora, del hebreo Tzipporà, que quiere decir «Pájara», gran nombre). A una época todavía más remota debía pertenecer Nónô Sacob, que había estado en Inglaterra a comprar telas y por eso llevaba «un traje a cuadros». Su hermano Barbapartín (tío Bonaparte, nombre todavía corriente entre los judíos, en recuerdo de la primera efímera emancipación que Napoleón les concediera graciosamente), había

descendido de su categoría de tío porque el Señor, bendito sea su santo nombre, le había dado una mujer tan insoportable que él se bautizó, se hizo fraile y se fue a China de misionero para perderla de vista.

La abuela Bimba era guapísima, llevaba una boa de avestruz y era baronesa; Napoleón les había concedido la baronía a ella y a toda su familia porque «l'aviô prestaie'd mañòd», le habían prestado dinero.

Barbarônín era alto, corpulento y de ideas radicales. Se había desplazado de Fossano a Turín y había desempeñado muchos oficios. Lo habían apuntado como comparsa en el Teatro Carignano para el «Don Carlos», y él había escrito a su familia diciéndole que viniera al estreno. Vinieron el tío Natàn y la tía Allegra a un palco; cuando se levantó el telón y la tía vio a su hijo armado de arriba abajo como un filisteo, rompió a gritar con todas sus fuerzas: «Rônín, co't fai! Posa còl sàber! », «Aron, ¿pero qué haces? ¡Deja ese sable! »

Barbamiclín era un pobre de espíritu. En Azqui lo respetaban y lo protegían, porque los pobres de espíritu son hijos de Dios y no hay que decirles «raca». Pero le llamaban Plantabibini, por una vez que un «rashàn» (un malnacido) le había tomado el pelo, haciéndole creer que los pavos («bibini») se sembraban como los melocotones, plantando las plumas en los surcos, y que luego crecían en las ramas.

Por otra parte, el pavo ocupaba un puesto curiosamente importante en este mundo familiar ocurrente, apacible y metódico; tal vez porque al ser el pavo presumido, desmañado y colérico, es la expresión de las cualidades opuestas y se presta a convertirse en un hazmerreír, o tal vez por una razón más simple, porque proporcionaba la materia prima para una famosa y semiritual «quaiëtta'd pitô» (torta de pavo) que se hacía por Pascua. Hasta el tío Pacífico, por ejemplo, criaba una pava y le había tomado cariño. Enfrente de él vivía el señor Lattes, que era músico. La pava cacareaba y molestaba al señor Lattes, así que éste le pidió a tío Pacífico que mandara callar a su pava. El tío contestó: «Sara fáita la sóa cómissión. Sôra pita, c'a staga ciútô» «Será cumplido su encargo. Señora pava, cállese».

Tío Gabriel era rabino, y por eso atendía por «Barba Moreno», o sea tío Nuestro Maestro. Ya viejo y casi ciego, volvía una vez a pie, bajo un sol abrasador de Verzuolo a Saluzzo. Vio venir un carruaje, lo paró y pidió que le llevara; pero luego, según hablaba con el conductor, se fue dando cuenta poco a poco de que era un coche fúnebre, que llevaba a enterrar a una mujer cristiana, cosa abominable, porque, según reza en Ezequiel 44. 25, si un sacerdote toca a un muerto o simplemente entra en el recinto donde yace, queda contaminado e impuro durante siete días. Se puso en pie de un salto y gritó: « ¡I eu viagá cón'na pegartá! ¡Viturín fermé!»: «¡He viajado con una muerta! ¡Detente, cochero!»

El Gnôr Grassiadiô y el Gnôr Cólombó eran una pareja de amigos-enemigos que habían vivido, según era fama, uno enfrente de otro desde tiempo inmemorial, a los dos lados de una estrecha calzada en la ciudad de Moncalvo. El Gnôr Grassiadiô era masón y riquísimo; se avergonzaba un poco de su origen judío y había tomado por esposa a una gôia, o sea a una cristiana, de cabellos rubios y largos hasta el suelo, que le ponía los cuernos. Esta gôia, aunque propiamente gôia, se llamaba Magna Ausilia, lo cual revela un cierto grado de tolerancia por parte de los epígonos; era hija de un capitán de barco, que le

había regalado a Gnôr Grassiadiô un papagayo grande de todos los colores procedente de las Guayanas y que decía en latín: «Conócete a ti mismo». El Gnôr Cólombó era pobre y partidario de Mazzini; cuando llegó el papagayo, él se compró una corneja toda despeluchada y la enseñó a hablar. Cuando el papagayo decía «Nosce te ipsum», la corneja contestaba: «Fate furb», «Hazte el listo».

Pero, a propósito de la «pegartà» del tío Gabriel, de la «gôia» del Gnôr Grassiadiô, de los «mañód» de la abuela Bimba y de la «havertà», de que hablaremos enseguida, se hace necesaria una explicación. «Havertà» es una palabra hebrea degradada, tanto en la forma como en el significado, y fuertemente cargada de resonancias. Propiamente es una arbitraria forma femenina de Haver — Compañero, y significa «doméstica», pero contiene la idea accesoria de la mujer de baja extracción y de creencias y hábitos diferentes que se ha visto obligada a tomar albergue bajo nuestro mismo techo. La havertà es por tendencia descocada y poco limpia, y por definición malévolamente curiosa acerca de las costumbres y conversaciones de los dueños de la casa, hasta el punto de obligar a éstos a valerse, en su presencia, de una jerga particular, en la que evidentemente queda incluido el término «havertà» mismo, además de los otros más arriba citados. Esta jerga hoy en día ha desaparecido casi por completo; un par de generaciones atrás todavía estaba enriquecida por algunos centenares de vocablos y de expresiones, generalmente de raíz hebrea, con desinencias y flexiones piamontesas. Un análisis de ellos, por somero que sea, revela su función solapada y subterránea, de lenguaje artero que sirve para hablar de los gôjím en presencia de los gôjím; o incluso para responder audazmente, con injurias y maldiciones que no se pueden entender, al régimen de clausura y de opresión instaurado por ellos.

Su interés histórico es exiguo, porque nunca fue hablado por más de unos cuantos miles de personas; pero su interés humano es grande, como lo es el de todos los lenguajes limítrofes y de transición. Éste contiene, de hecho, una fuerza cómica admirable que surge del contraste entre el tejido del discurso, que es el dialecto piamontés áspero, sobrio y lacónico, no escrito más que por encargo, y el entramado hebreo, arrancado de la remota lengua de nuestros padres, sagrada y solemne, geológica, pulimentada por los milenios, como la hoya de los glaciares. Pero este contraste refleja en sí otro, el consustancial al judaísmo de la Diáspora, disperso entre las gentes (o sea los «gôjím»), tenso entre la vocación divina y la miseria cotidiana del exilio; y otro contraste, mucho más general, arraigado en la propia condición humana, porque el hombre es centauro, amasijo de carne y de mente, de aliento divino y de polvo. El pueblo judío, después de la diáspora, ha vivido dolorosamente este conflicto a lo largo de mucho tiempo, y de él ha sacado, junto con su sabiduría, su risa, que realmente se echa de menos en la Biblia y en los Profetas. El yiddish está empapado de esto, y también lo estaba, dentro de sus modestos límites, el extraño discurso de nuestros padres de esta tierra, del que quiero, antes de que desaparezca, dejar recuerdo aquí. Discurso escéptico y bondadoso, que sólo podría aparecer como blasfemo ante una mirada distraída, cuando está lleno, por el contrario, de digna y afectuosa confianza con Dios, NôssGnôr, Adonai Eloénô, Cadóss-Barôkhú.

Lo precario de sus raíces resulta evidente; le faltan por ejemplo, como inútiles, expresiones para designar «sol», «hombre», «día» o «ciudad», mientras tienen su representación las que se refieren a «noche», «esconder», «dinero», «prisión», «sueño» (usado sin embargo casi exclusivamente en la locución «bahalòm», «sueños», para ser

añadida burlescamente a un aserto con el fin de que el interlocutor, y sólo él, la entienda al revés), «robar», «ahorcar», y similares. Existe además un buen número de despreciativos, que a veces pueden emplearse para juzgar a personas, pero más típicamente usados, por ejemplo, entre un marido y una mujer parados ante el mostrador de un tendero cristiano e indecisos acerca de lo que van a comprar. Pondré algunos ejemplos: «'n saròd», plural mayestático, pero que ya no se entiende como tal, del hebreo «tzarà» — desventura, y empleado para designar una mercancía o una persona de escaso valor. Se da también adoptando el gracioso diminutivo «sarôdím»; y tampoco querría que se olvidase la brutal conexión «sarôd e senssa mañód», usada por los agentes matrimoniales para referirse a las muchachas feas y sin dote. «Hasirúd», colectivo abstracto derivado de «hasir» = cerdo, y que significa, por lo tanto, algo así como «porquería, marranada». Téngase en cuenta que el sonido «u» (francesa) no existe en hebreo; pero existe en cambio la desinencia «út» (con u italiana), que sirve para acuñar términos abstractos, como por ejemplo «mal-khút», reino, de «mélekh», rey, aunque le falta la connotación marcadamente despreciativa con que se empleaba en la jerga. Otro uso, típico y obvio, de estas voces y otras similares era el que tenía lugar en una tienda entre el amo y los empleados contra los parroquianos. En el Piamonte del siglo pasado, el comercio de telas estaba con frecuencia en manos de judíos, y esto había originado una sub-jerga especializada que, transmitida por los empleados una vez que ellos mismos se convertían en amos, y no necesariamente judíos, se ha extendido por muchos establecimientos del ramo y pervive todavía, hablada por gentes que se quedan bastante asombradas cuando vienen a saber por casualidad que están usando palabras judías. Hay quien todavía emplea, por ejemplo, la expresión «'na vesta a kiním» para indicar «un vestido de lunares»; pues bien, los «kiním» son los piojos, la tercera de las diez plagas de Egipto, enumeradas y cantadas en el ritual de la Pascua judía.

Luego hay también un discreto surtido de vocablos poco decentes, que se emplean no sólo en sentido literal delante de los niños, sino también en sustitución de una palabra injuriosa. En este segundo caso presentan, en comparación con términos italianos o piamonteses equivalentes, además de la ventaja ya mencionada de que no se entienden, la de que permiten desahogar el corazón sin desollar la boca.

Más interesantes para el estudioso de las costumbres son sin duda unos cuantos términos que aluden a cosas relacionadas con la fe católica. En este caso la forma hebrea originaria aparece mucho más profundamente corrompida, y ello por dos razones. En primer lugar, el sigilo era aquí estrictamente necesario, porque su comprensión por parte de los gentiles hubiera podido acarrear el peligro de una acusación de sacrilegio; en segundo lugar, la distorsión adquiere en este caso el designio concreto de negar, de borrar el contenido mágico sacro de la palabra, y de sustraerle, por consiguiente, toda virtud sobrenatural. Por el mismo motivo, al Diablo se le designa en todas las lenguas mediante una gran cantidad de apelativos de cariz alusivo y eufemístico, que permiten referirse a él sin pronunciar su nombre. A la iglesia católica se la llamaba «tônevà», vocablo cuyo origen no he conseguido reconstruir, y que probablemente no tiene de hebreo más que el sonido; mientras que la sinagoga, con orgullosa modestia, era llamada simplemente «scola», el sitio donde se aprende y se recibe educación, de la misma manera que al rabino no se le llamaba por el nombre apropiado de «rabbi» o «rabbénu» (nuestro rabbi); se le llamaba Morénô (nuestro maestro) o bien Khakhàm (el Sabio). En la escuela, de hecho, no

le agobian a uno con el odioso «khaltrúm» de los gentiles: Khaltrúm o Khantrúm, es el ritual y la beatería de los católicos, intolerable por su politeísmo y sobre todo por estar plagada de imágenes («No tendrás más dioses que yo; no te harás escultura ni imagen... y no la adorarás», Éxodo 20.3), o sea, por idolátrica. También el origen de este término, cargado de dicitio, es oscuro, y muy probablemente no hebreo; pero en otras jergas judeo-italianas existe el adjetivo «khalto», precisamente con el sentido de «beato», y empleado de preferencia para describir al cristiano adorador de imágenes.

A-issà es Nuestra Señora (o simplemente «la señora»). Absolutamente críptico e indescifrable —cosa fácil de prever— es el término «Odò», mediante el cual se hacía alusión a Cristo cuando no había más remedio, bajando la voz y mirando en torno con cautela; de Cristo es mejor hablar lo menos posible, porque el mito del Pueblo Deicida se resiste a morir.

Otros muchos términos procedían tal cual del ritual y de los libros sagrados, que los hebreos nacidos en el siglo pasado leían más o menos de corrido en el idioma original, y generalmente entendiéndolo casi todo; pero había una tendencia a deformar o ampliar arbitrariamente el área semántica de dichos términos al incorporarlos a la jerga. Así, de la raíz «shafòkh», que significa «desparramar» y aparece en el Salmo 79 («Desparrama Tu ira sobre las gentes que no Te reconocen, y sobre los reinos que no invocan Tu Nombre»), nuestras antiguas madres habían sacado la expresión doméstica «fe sefókh», hacer «sefókh», forma delicada de describir el vómito infantil. De «rúakh», en plural «rukhód», ilustre vocablo que significa «aliento» y aparece en el admirable y tenebroso segundo versículo del Génesis («El viento del Señor alentaba sobre la faz de las aguas»), se derivaba «tiré'n ruákh», «echarse un viento», en sus más diversos sentidos fisiológicos, donde se reconoce la bíblica familiaridad del Pueblo Elegido con su Creador. Como ejemplo de aplicación práctica nos ha quedado una frase de la tía Regina, una vez que estaba sentada con el tío David en el café Fiorio de la calle Pó: « ¡Davidín, bat la cana, c'as sentó nén le rókhód! » (David, golpea con el bastón para que no se oigan tus pedos), que atestigua unas relaciones conyugales de afectuosa intimidad. En cuanto al bastón, hay que decir que era por entonces un símbolo de condición social, como hoy podría serlo viajar en primera; mi padre, por ejemplo, tenía dos, uno de bambú para los días de diario, y otro de malaca con el mango chapado de plata para los domingos. El bastón no lo usaba para apoyarse, porque no le hacía falta, sino para darle vueltas jovialmente en el aire y para alejar de su camino a los perros demasiado insolentes; en una palabra, a modo de cetro para distinguirse del vulgo.

«Berakhà» es la bendición; un judío piadoso se ve pronunciando esa palabra más de cien veces al día, y lo hace con un gozo profundo, porque así prolonga el milenar diálogo con el Eterno, a quien se alaba y se da las gracias por Sus mercedes en cada «berakhà» que se pronuncia. El abuelo Leônín era mi bisabuelo, vivía en Cásale Monferrato y tenía los pies planos; el camino que llevaba a su casa estaba empedrado de guijarros y le costaba trabajo recorrerlo. Una mañana, al salir de casa, se encontró con el camino adoquinado y le salió del alma esta exclamación: «'N abrahà a coi gòjím c'a l'an fáit i lósi! » (¡Una bendición para los infieles que han puesto los adoquines!) En cambio, en lugar de maldición se usaba el curioso nexo «medá meshóná», literalmente «muerte extraña», pero en realidad plagio del piamontés «assidént». Al mismo abuelo Leônín se le

atribuye la inexplicable imprecación «c'ai takéissa 'na medá meshóná fáita a paraqua», (así le diese un accidente hecho a paraguas).

Tampoco podré olvidar a Barbaricô, mucho más próximo en el tiempo y en el espacio, tanto que ha faltado poco (una sola generación) para que fuera mi tío en el sentido estricto de la palabra. Conservo de él un recuerdo personal, y como tal articulado y complejo, no «figé dans un'attitude», como el de aquellos personajes míticos que he traído a colación hasta ahora. A Barbaricô le va como anillo al dedo la comparación con los gases inertes de que hablé al comienzo de estas páginas.

Había estudiado Medicina y llegó a ser un buen médico, pero no le gustaba el mundo. Quiere decirse que le gustaban los hombres, y sobre todo las mujeres, los prados, el cielo; pero no las fatigas, el ruido de los carruajes, las maniobras para sacar adelante una carrera, los quebraderos de cabeza que costaba el pan de cada día, los compromisos, los horarios y las letras vencidas; nada, en fin, de lo que caracterizaba la afanosa vida ciudadana de Casale Monferrato en 1890. Le habría gustado escaparse, pero era demasiado perezoso para hacerlo. Los amigos y una mujer, que le quería y le aguantaba con abstraída benevolencia, lograron convencerlo para que solicitara un puesto de médico a bordo de cierto trasatlántico; ganó la oposición con toda facilidad, hizo un solo viaje de Génova a Nueva York, y al volver a Genova gestionó la dimisión, porque en América «a j'era trop bôrdél», había demasiado ruido.

A partir de entonces, se estableció en Turín. Tuvo varias mujeres, que todas le querían redimir y casarse con él, pero él consideraba demasiado comprometedor tanto el matrimonio como un despacho bien arreglado y el ejercicio metódico de la profesión. Hacia 1930 era un viejecito tímido, encogido y desaliñado, terriblemente miope. Vivía con una «gôia» gorda y vulgar, de la cual esporádicamente y sin demasiada convicción trataba de librarse y a quien de vez en cuando definía como «'na sótiá», «'na hamortá», «'na gran beemá» (una loca, una burra, un cacho de bestia), pero sin acritud, y hasta incluso con una punta de inexplicable ternura. Esta gôia «a vória fina féló samdé», quería hacerlo incluso bautizar (literalmente: destruir); cosa a la que él siempre se había resistido, no por convicción religiosa, sino por falta de iniciativa y por indiferencia.

Barbaricô tenía por lo menos doce hermanos y hermanas, que designaban a su compañera con el nombre irónico y cruel de «Magna Morfina». Irónico porque la pobre mujer, siendo gôia como era y no habiendo tenido descendencia, no podía ser una magna más que en un sentido completamente limitado, que más debía ser captado como su antítesis de «non-magna», de persona excluida y marginada de la familia; cruel porque contenía una alusión probablemente falsa, y desde luego despiadada, a un presunto disfrute por su parte del recetario de Barbaricô.

Vivían los dos en una buhardilla de Borgo Vanchiglia, sucia y caótica. El tío era un médico excelente, de gran sabiduría humana y mucho ojo clínico, pero se pasaba el día tumbado en su camastro leyendo libros y periódicos atrasados; era un lector atento, memorioso, ecléctico e infatigable, a pesar de que la miopía le obligase a mantener la página impresa a tres dedos de las gafas, que eran gordas como culos de vaso. Se levantaba solamente cuando un cliente lo mandaba llamar, cosa que ocurría con bastante frecuencia, porque él casi nunca cobraba. Sus clientes eran gente pobre de la barriada, y

aceptaba de ellos algunos regalos como media docena de huevos, lechugas del huerto o tal vez un par de zapatos desechados. Las visitas las hacía a pie porque no tenía dinero para el tranvía, y cuando, entre la niebla de su miopía, vislumbraba a una muchacha, se le acercaba y la examinaba meticulosamente y dando vueltas a su alrededor a un palmo de distancia, con gran sorpresa por parte de ella. No comía casi nada, y, es más, generalmente no sentía la necesidad de hacerlo. Murió cumplidamente nonagenario, con discreción y dignidad.

Semejante a Barbaricô en su rechazo del mundo era la abuela Fina, componente de un grupo de cuatro hermanas que todas se llamaban Fina. Esta singularidad anagnóstica se debía al hecho de que las cuatro niñas habían sido mandadas sucesivamente a Bra a criarse con la misma nodriza, de nombre Delfina y que llamaba por ese nombre a todos sus amamantados. La abuela Fina vivía en Carmagnola, en un primer piso, y hacía unas labores preciosas de crochet. A los sesenta y ocho años tuvo una ligera indisposición, una «caódaña», que entonces de vez en cuando tenían las señoras y hoy ya no se estila. Desde entonces y a lo largo de veinte años, o sea hasta su muerte, no volvió a salir de su cuarto. Los sábados, frágil y exangüe, saludaba con la mano, desde su pequeño balcón lleno de geranios a la gente que salía de la «scóla» (sinagoga). Pero de joven había debido ser distinta, si es verdad lo que se cuenta de ella, que una vez que su marido invitó a casa al Rabino de Moncalvo, hombre muy docto e ilustre, le puso de comida, sin que él lo supiera, «'na cótlétta'd hasír», una chuleta de cerdo, porque no tenía otra cosa en la despensa. Su hermano Barbarafín (Rafael), que antes de ascender al rango de Barba era conocido como «'l fieul'd Móise 'd Celín» (el hijo del Moisés de Celín), al llegar a edad madura muy enriquecido gracias al «mañód» (dinero) que había ganado con los suministros militares, se enamoró de una tal Dolce Valabrega de Gássino, una verdadera belleza. No se atrevía a declarárselo, le escribía cartas de amor que nunca le mandaba, y se escribía a sí mismo apasionadas respuestas.

También el ex-barba Marchín tuvo una historia de amores desgraciados. Se había enamorado de Susana (que en hebreo quiere decir «lirio»), una mujer piadosa y despejada, depositaria de una receta secular para hacer embutido de oca. Estos embutidos se confeccionan usando como envoltura el mismo cuello del ave, y de ahí que en el Lassón Acódesh (la «lengua santa», o sea la jerga de la que venimos tratando) hayan sobrevivido por lo menos tres sinónimos para «cuello». El primero es un neutro, «mahané», de uso técnico y genérico; el segundo, «savár», se usa sólo en metáforas como «a rota 'd savár», a toda mecha; y el tercero, «khanéc», cargado de sugerencias, alude al cuello como recorrido de vital importancia que puede ser obstruido, atascado o cortado, y se usa en maldiciones como «c'at resta ant'l khanéc», ojalá te atragantes. «Khanichésse» quiere decir ahorcarse. Pues bueno, Marchín era empleado y ayudante de Susana tanto en su misteriosa cocina-oficina como en la tienda que tenía abierta al público, y en cuyos anaqueles se alineaban los embutidos en promiscuidad con ornamentos sagrados, amuletos y libros de plegarias. Susana le dio calabazas a Marchín y éste se vengó vilmente vendiéndole a un «gòì» la receta de los embutidos de oca. Es de suponer que este gòì no supo apreciarla en lo que valía, puesto que después de la muerte de Susana (que ocurrió en época ya remota) no ha vuelto a ser posible encontrar en el comercio embutido de oca digno de tal nombre y que

hiciera honor a la tradición. A causa de esta abyecta revancha suya, el tío Marchín perdió el derecho a ser llamado tío.

El más remoto de todos, asombrosamente inerte, envuelto en un espeso sudario de leyenda y de inverosimilitud, fosilizado en cada una de sus fibras en su condición de tío, era Barbabramín di Chieri, tío de mi abuela materna. Siendo todavía joven, ya se había hecho muy rico, por haberles comprado a los aristócratas del lugar diversos cortijos y alquerías entre Chieri y Astigiano. A base de echar cuentas sobre aquella herencia, sus parientes despilfarraron cuanto tenían en banquetes, bailes y viajes a París. Pero ocurrió que su madre, la tía Milca (Reina), se puso enferma, y después de mucho discutir con el marido, se avino a meter en casa una havertà, o sea una criada, cosa a la que se había venido resistiendo rotundamente hasta entonces; algo debía barruntar, el caso es que no quería mujeres en casa. Barbabramín, como era de esperar, se enamoró de esta havertà, probablemente la primera mujer un poco menos que santa a la que tenía ocasión de acercarse.

El nombre de ella no se nos ha transmitido, pero sí algunos de sus atributos. Era exuberante y guapa y tenía unos espléndidos «khalaviód». (Este término, que significa senos, no aparece en el hebreo clásico, donde, sin embargo, «khaláv» quiere decir leche). Era, por supuesto, una gôia, no sabía leer ni escribir y tenía unos modales insolentes; pero, en cambio, era una cocinera estupenda. Como aldeana que era —«'na póñaltá»—, andaba descalza por la casa. Y justamente de eso fue de lo que se enamoró el tío, de sus tobillos, de su lengua suelta y de los guisos que hacía. No le dijo nada a la chica, pero a su padre y a su madre les manifestó que pensaba casarse con ella; a los padres se los llevaron todos los diablos, y el tío se metió en la cama. Permaneció en ella durante veintidós años.

En cuanto a lo que pudiera haber hecho Barbabramín a lo largo de todo este tiempo, las versiones no coinciden. No cabe duda de que fueron años que en gran parte se los jugó y se los durmió. Se sabe con certeza que acabó en la ruina, porque «no cortaba el cupón» de los bonos del Tesoro y porque la administración de los cortijos se la había dado en arriendo a un «mamser» (bastardo), el cual se los vendió por una insignificancia a un hombre de paja amigo suyo. Según las predicciones de la tía Milca, el tío acabó arrastrando en su ruina a toda la parentela, y todavía hoy se siguen llorando las consecuencias.

Se cuenta también que leía y estudiaba y que, considerado finalmente como hombre sabio y justo, recibía en la cama a algunas delegaciones de prohombres de Chieri y ayudaba a dirimir controversias. Se cuenta además que el camino hacia esa misma cama no le resultaba desconocido a la citada havertà, y que al menos durante los primeros años, aquella clausura voluntaria del tío se vio interrumpida por algunas salidas nocturnas para bajar a jugar al billar al café de abajo. Pero el caso es que permaneció en cama durante casi un cuarto de siglo, y que cuando la tía Milca y el tío Salomón murieron, se casó con la criada y se la llevó a la cama definitivamente, porque ya se había debilitado hasta tal punto que las piernas se negaban a sostenerlo. Murió pobre, pero rico en años y fama y con el alma en paz, en 1883.

La Susana de los embutidos de oca era prima de mi abuela paterna, la abuela Mália, que sobrevive bajo la efigie de minúscula y acicalada mujer fatal en alguna foto de estudio

tomada hacia 1870, y como una viejecita arrugada, iracunda, desaliñada y sorda como una tapia en mis recuerdos más lejanos de infancia. Todavía hoy, incomprensiblemente, los estantes más altos de los armarios siguen devolviéndonos preciosas reliquias suyas: chales negros de blonda con lentejuelas irisadas, ricas sedas bordadas, un manguito de marta castigado por la polilla de cuatro generaciones, cubiertos de plata maciza marcados con sus iniciales, como si, al cabo de casi cincuenta años, su espíritu inquieto todavía viniera de visita a nuestra casa.

En sus buenos tiempos se la conocía por la «Stassacoeur», la Rompecorazones; se quedó viuda muy pronto y corrieron rumores de que mi abuelo, harto de sus infidelidades, se había quitado la vida. Educó espartanamente a tres hijos y les dio carrera; pero ya en edad avanzada consintió en casarse con un viejo médico, solemne, barbudo y taciturno, y a partir de entonces empezó a tener manías y a volverse avara, ella que de joven había sido soberanamente gastadora, como suelen serlo todas las mujeses hermosas y muy amadas. Con el paso de los años se llegó a desvincular totalmente de los afectos familiares (que, por otra parte, nunca debía haber sentido con gran intensidad). Vivía con su doctor en la calle Po, en un piso oscuro y tenebroso, con una pequeña estufa Franklin por toda calefacción en invierno, y no tiraba nada, porque todo le podía venir de perillas para algo. Ni siquiera las cáscaras de queso ni la envoltura de las chocolatinas, con la cual hacía bolas de plata para mandar a las Misiones, «a ver si se salvaba un negrito». Tal vez por miedo de equivocarse al hacer una elección definitiva, tan pronto frecuentaba la sinagoga («Scóla») de la calle Pío V como la parroquia de San Octavio, y parece que hasta incluso cometió el sacrilegio de irse a confesar. Murió de más de ochenta años en 1928, asistida por un coro de vecinas desgredadas, vestidas de negro y medio locas como ella, capitaneadas por una tarasca que se llamaba Madama Scílimberg. Entre tormento y tormento de su oclusión renal, la abuela no perdió de vista a la Scílimberg hasta que expiró, por miedo de que encontrase las llaves («maftékh») escondidas debajo del colchón, y le robase el mañód (dinero) y los hafassím, o sea las joyas, que después, por cierto, resultaron ser todas falsas.

A su muerte, los hijos y las nueras se dedicaron durante semanas y semanas, con repugnancia y aprensión, a hurgar en la montaña de reliquias domésticas que invadían el piso. La abuela Mália había guardado indiscriminadamente vestidos elegantísimos junto a broza repugnante. De los severos armarios de nogal tallado salieron ejércitos de chinches deslumbrados por la luz, además de sábanas de lino que jamás habían sido usadas y otras remendadas y lisas, gastadas hasta poder verse al trasluz, cortinas y colchas reversibles, y una colección de colibríes disecados que sólo con tocarlos se convirtieron en polvo. En la bodega dormían centenares de botellas de vino buenísimo que se había transformado en vinagre. Se encontraron ocho abrigo del doctor embutidos de naftalina y sin estrenar, y también el único que ella le dejaba ponerse, todo piezas y remiendos, con el cuello brillante de grasa y un pequeño escudo masónico en el bolsillo.

No recuerdo casi nada de ella. Mi padre la llamaba Maman, incluso cuando hablaba en tercera persona, y le gustaba describirla con aquella avidez suya por lo estrafalario, apenas atemperada por un velo de piedad filial. Todos los domingos por la mañana, mi padre me llevaba dando un paseo a visitar a la abuela Mália. Recorríamos despacio la calle Po, y él se paraba a acariciar a todos los gatos, a olisquear todas las trufas y a hojear todos

los libros de segunda mano. Mi padre era «l'Ingegné» (el Ingeniero), con los bolsillos siempre abultados de libros, conocido de todos los salchicheros porque sacaba la cuenta del jamón multiplicando por logaritmos. No es que él el jamón lo comprase así sin más. Más supersticioso que religioso, le producía malestar infringir las leyes del Kasherút, pero el jamón le gustaba tanto que siempre acababa por ceder a la tentación de los escaparates, suspirando, maldiciendo entre dientes o mirándome de reojo, como si temiese un juicio mío o esperase mi complicidad.

Cuando llegábamos al descansillo tenebroso de la casa de la calle Po, mi padre tocaba la campanilla, y le decía a la abuela al oído, cuando salía a abrirnos: «A l'é 'l prim , 'd scóla! », ¡es el primero de la clase! La abuela nos hacía pasar con evidente desgana, y nos guiaba a través de una hilera de habitaciones polvorientas y deshabitadas, una de las cuales, sembrada de instrumentos siniestros, era el despacho semiabandonado del doctor. El doctor no aparecía casi nunca, ni yo tenía en realidad ganas ningunas de verlo, desde un día en que le había oído a mi padre contarle a mi madre que, cuando le llevaban a la consulta niños tartamudos, el doctor les cortaba el frenillo de debajo de la lengua con unas tijeras. Llegados a la sala de recibir, mi abuela sacaba de cierto escondite la caja de bombones, siempre la misma caja, y me daba uno. El bombón estaba carcomido, y yo me lo metía en el bolsillo lleno de vergüenza.

HIDRÓGENO

Estábamos en enero. Enrico me vino a buscar en seguida de comer. Su hermano se había ido a la montaña y le había dejado las llaves del laboratorio. Me vestí en un santiamén y me encontré con él en la calle.

Por el camino me enteré de que su hermano, propiamente hablando, no le había dejado las llaves: era una manera resumida de decirlo, un eufemismo, de esos que se destinan al buen entendedor. El hermano, contra su costumbre, no había escondido las llaves ni se las había llevado. Además se había olvidado de renovarle a Enrico la prohibición de cogerlas y las amenazas en el caso de que se le ocurriera desobedecer. Total, que teníamos las llaves, después de meses de espera. Enrico y yo estábamos absolutamente decididos a no desaprovechar la ocasión.

Teníamos dieciséis años, y a mí Enrico me fascinaba. No era muy activo y su rendimiento escolar era escaso, pero tenía dotes que lo hacían diferente de los demás chicos de la clase, y hacía cosas que ningún otro hacía. Poseía un valor tranquilo y testarudo, una capacidad precoz de sentir su propio futuro y de darle forma y peso. Rechazaba, aunque sin escarnecerlas, nuestras interminables discusiones, tan pronto platónicas, como darwinianas como más tarde bergsonianas. No era vulgar, no se jactaba de sus atributos varoniles ni de sus dotes para el deporte, no mentía nunca. Era consciente de sus limitaciones, pero nunca se dio el caso de oírle decir (como todos nos decíamos a veces unos a otros para buscar consuelo o desahogar un brote de malhumor): «¿sabes lo que te digo?, que me parece que soy imbécil».

Su fantasía era lenta y a ras de tierra; vivía de sueños, como todos los demás, pero los suyos eran sensatos, obtusos, verosímiles, contiguos a la realidad, no románticos ni cósmicos. No conocía mis tormentosos bandazos del cielo (es decir de un éxito escolar o deportivo, una amistad nueva o un amor rudimentario y fugaz) al infierno (un suspenso, un remordimiento o una brutal revelación de inferioridad que se presentaba a cada momento como eterna y definitiva). Sus metas eran siempre accesibles. Soñaba con acabar la carrera, y estudiaba con paciencia cosas que no le interesaban. Quería ser un saltador de pértiga y estuvo yendo al gimnasio todas las tardes durante un año, sin darse importancia ni dislocarse ninguna articulación, hasta que consiguió llegar a los 3,50 metros que se había propuesto como meta, y luego lo dejó. Más tarde, quiso a una determinada mujer, y la tuvo; quiso dinero para vivir sin problemas y lo obtuvo, después de diez años de trabajo aburrido y prosaico.

Los dos íbamos a ser químicos, en eso no teníamos la menor duda; pero nuestras expectativas y esperanzas eran muy diferentes. Enrico a la química le pedía, sensatamente, las herramientas para ganarse el pan y tener una vida segura. Yo no le pedía eso en absoluto; para mí la química representaba una nube indefinida de posibilidades futuras, que nimbaba mi porvenir de negras volutas heridas por resplandores de fuego, parecida a aquella nube que ocultaba el Monte Sinaí. Esperaba, como Moisés, que de aquella nube descendiera mi ley y el orden en torno mío, dentro de mí y para el mundo. Estaba empachado de libros que seguía devorando, sin embargo, con voracidad insensata, en

busca de otra clave para las verdades fundamentales; una clave tenía que haberla, y estaba convencido de que, por culpa de alguna monstruosa conspiración contra mí y en perjuicio del mundo, no la iba a encontrar en las aulas. En clase me suministraban toneladas de nociones que digería con prontitud, pero que no me calentaban la sangre en las venas. Miraba hincharse los brotes de los árboles en primavera, miraba resplandecer la mica dentro del granito, miraba mis propias manos, y me decía para mis adentros: «Llegaré a entender también esto, lo entenderé todo, pero no como "ellos" quieren. Encontraré un atajo, me fabricaré una ganzúa, forzaré las puertas». Era enervante y nauseabundo escuchar discursos sobre el problema del ser y del conocer, cuando todo en torno era un puro misterio que pugnaba por desvelarse: la vetusta madera de los bancos, la esfera del sol por encima de los ventanales y los tejados, el vuelo inútil de los vilanos en el aire de junio. Ahí estaba: ¿podrían ser capaces todos los filósofos y ejércitos del mundo juntos de construir ese mosquito? No, ni siquiera de entenderlo; y eso era una vergüenza, algo abominable, había que tirar por otro camino.

Enrico y yo íbamos a ser químicos. Cavábamos el vientre del misterio con nuestras propias fuerzas, con nuestro talento; agarraríamos a Proteo por la garganta y segaríamos sus metamorfosis inconsistentes, de Platón a San Agustín, de San Agustín a Santo Tomás; de Santo Tomás a Hegel, de Hegel a Croce. Le obligaríamos a cantar claro.

Y siendo éste nuestro programa, no podíamos permitirnos el lujo de desperdiciar una ocasión. El hermano de Enrico, un personaje misterioso y colérico del cual a Enrico le gustaba poco hablar, estudiaba química y había instalado un laboratorio al fondo de un patio, en un curioso callejón estrecho y retorcido que sale de la plaza de la Crocetta y sobresale en la obsesiva geografía de Turín como un órgano rudimentario injertado en la estructura evolucionada de un mamífero. También el laboratorio era rudimentario; no en el sentido de residuo atávico, sino en el de pobreza extrema. Había un gran banco chapado, unos pocos recipientes de cristal, una veintena de frascos con reactivos, mucho polvo, mucha telaraña, poca luz y un frío enorme. A lo largo de todo el camino, habíamos venido discutiendo lo que íbamos a hacer ahora que al fin «íbamos a entrar en el laboratorio», pero no teníamos las ideas muy claras.

Lo atribuíamos a un «embarras de richesse», pero no. Se trataba de otro tipo de cortedad más profunda y esencial; cortedad que tenía que ver con una atrofia muy antigua nuestra, de nuestras familias, de nuestra casta. ¿Qué sabíamos hacer nosotros con las manos? Nada, o casi nada. Las mujeres sí; nuestras madres y abuelas tenían unas manos vivas y ágiles, sabían coser y cocinar, alguna incluso tocar el piano, pintar acuarelas, bordar, trenzarse el pelo. ¿Pero y nosotros? ¿Y nuestros padres?

Nuestras manos eran al mismo tiempo toscas y débiles, decadentes, insensibles; la parte peor educada de nuestro cuerpo. Una vez llevadas a cabo las primeras experiencias fundamentales del juego, habían aprendido a escribir y se acabó. Conocían el abrazo convulso abarcando las ramas de los árboles, a los que nos gustaba trepar a Enrico y a mí, en parte por instinto natural y en parte como confuso homenaje de retorno al origen de las especies; pero ignoraban el peso solemne y equilibrado del martillo, la fuerza concentrada de los cuchillos, que se nos habían prohibido con una excesiva prudencia, no sabían nada

de la sabia textura de la madera ni de la ductilidad similar y diferente del hierro, el plomo y el cobre.

El cristal del laboratorio nos encantaba y nos intimidaba. El cristal era, para nosotros, algo que no se puede tocar porque se rompe, y sin embargo, a un contacto más íntimo, se revelaba como una materia distinta de las demás, muy *sui generis*, caprichosa y llena de misterio. En esto se parece al agua, que tampoco tiene igual. Pero el agua está ligada al hombre y, es más, a la vida por hábito inmemorial, por una relación de necesidad múltiple, y a causa de ello su singularidad se esconde bajo el ropaje de la rutina. El cristal, en cambio, es obra del hombre y tiene una historia más reciente.

Fue nuestra primera víctima, o mejor dicho, nuestro primer adversario. En el laboratorio de la Crocetta había restos de tubos de ensayo, largos, cortos y de diferentes diámetros, todos llenos de polvo. Encendimos un infernillo Bunsen y nos pusimos a trabajar.

Doblar el tubo era fácil. Bastaba con sujetar el trozo cerca de la llama; al poco tiempo la llama se ponía amarilla y el cristal se iba haciendo al mismo tiempo débilmente luminoso. En ese momento, el tubo se podía doblar. La curva obtenida estaba muy lejos de la perfección, pero en resumidas cuentas algo había pasado, se podía crear una forma nueva, arbitraria. Algo que estaba en potencia se convertía en acto. ¿No era eso lo que pretendía Aristóteles?

Claro que también un tubo de cobre o de plomo se puede doblar, pero pronto nos dimos cuenta de que el tubo de cristal poseía una virtud única: cuando se había hecho flexible, se podía, tirando rápidamente de los dos extremos fríos, estirarlo en filamentos muy finos, finos hasta más no poder, tanto que el aire caliente que salía de la llama se los llevaba hacia lo alto. Delgados y flexibles como hilos de seda.

Así que entonces ¿dónde había ido a parar la despiadada rigidez del cristal sólido? Según eso, ¿también la seda y el algodón, si pudieran obtenerse en forma sólida, serían inflexibles como el cristal? Enrico me contó que en el pueblo de su abuelo, los pescadores acostumbran a coger los gusanos de seda cuando, ya crecidos y deseosos de formar el capullo, se esfuerzan torpemente y a ciegas por trepar a las ramas; los cogen, los parten en dos con los dedos y, estirando los pedazos, obtienen un hilo de seda, grueso y tosco, extremadamente resistente, que luego usan como sedal. El caso, al que no dudé en prestar crédito, me parecía detestable y fascinante al mismo tiempo. Detestable por aquella forma tan cruel de muerte y por el uso baladí de un portento natural; fascinante por el despreocupado y audaz acto de ingenio que suponía por parte de su mítico inventor.

El tubo de cristal también podía soplar, aunque esto resultaba mucho menos fácil. Logrando cerrar una de las extremidades del tubito y soplando con fuerza por la otra, se formaba una burbuja bastante bonita de ver y casi perfectamente esférica, pero de paredes disparatadamente finas. A poco que se excediese uno en soplar, las paredes tomaban la iridiscencia de las pompas de jabón y eso ya era síntoma seguro de muerte. La burbuja estallaba de un golpecito seco, y los fragmentos se desparramaban por tierra con un tenue rumor de cáscaras de huevo. En cierto modo se trataba de un castigo merecido, el cristal es cristal, al fin y al cabo, y no iba a copiar el comportamiento del agua enjabonada.

Exagerando un poco los detalles, se podía descubrir en aquel argumento una fábula de Esopo.

Después de llevar una hora luchando con el cristal, ya estábamos hartos y desanimados. Los dos teníamos los ojos irritados y secos de tanto mirar el cristal ardiente, los pies helados y las manos llenas de quemaduras. Por otra parte, trabajar el cristal no es química; al laboratorio habíamos ido a otra cosa. A lo que habíamos ido era a ver con nuestros propios ojos y a provocar con nuestras propias manos por lo menos uno de los fenómenos que venían descritos con tanta desenvoltura en nuestro texto de química. Se podía, por ejemplo, preparar el óxido de nitrógeno, que en el «Sestini y Funaro» todavía se designaba con el nombre, tan impropio como poco serio, de gas hilarante. ¿De verdad haría reír?

El óxido de nitrógeno se prepara calentando con precaución el nitrato de amonio. Nitrato de amonio no había en el laboratorio; había, en cambio, amoniaco y ácido nítrico. Los mezclamos, incapaces de hacer previsiones, hasta conseguir una reacción neutra al tornasol, y como resultado la mezcla se calentó muchísimo y desprendía abundante humareda blanca; luego decidimos hacerla hervir para eliminar el agua. El laboratorio se llenó en breves momentos de una niebla irrespirable, que no hacía reír en absoluto. Gracias a que cejamos en nuestro intento, porque no sabíamos lo que puede pasar calentando esta sal explosiva sin cautela adecuada.

No era fácil, ni demasiado divertido. Miré alrededor y vi en un rincón una pila seca corriente. Ya sabía lo que íbamos a hacer: la electrólisis del agua. Era un experimento de éxito seguro, que yo ya había llevado a cabo varias veces en casa. Enrico no iba a quedar decepcionado.

Cogí agua en un recipiente, disolví en ella un poco de sal, metí en el recipiente bocabajo dos tarros de mermelada vacíos, encontré dos alambres recubiertos de goma, los uní a los polos de la pila, e introduje las extremidades en los tarros. De la punta de los alambres empezó a salir una minúscula procesión de burbujitas; en realidad, fijándose bien se notaba que del cátodo se escapaba aproximadamente el doble de gas que del ánodo. Escribí en la pizarra la bien conocida ecuación, y le expliqué a Enrico que lo que había escrito allí era justamente lo que estaba ocurriendo. Enrico no pareció quedar muy convencido, pero ya estaba oscuro y nosotros medio muertos de frío. Nos lavamos las manos, compramos un trozo de torta de castaña y nos fuimos a casa, dejando a la electrólisis que siguiera por su cuenta.

Al día siguiente también encontramos vía libre. En condescendiente obsequio a la teoría, el tarro donde estaba el cátodo aparecía casi lleno de gas, el del ánodo lleno a medias. Se lo hice notar a Enrico, dándome toda la importancia que pude y tratando de despertar en él la sospecha de que, no digo la electrólisis, pero sí su aplicación como prueba que confirmaba la ley de las proporciones definidas, era una invención mía, fruto de pacientes experimentos llevados a cabo en el secreto de mi cuarto. Pero Enrico estaba de mal humor y todo lo ponía en duda. «¿Quién te dice que sean realmente hidrógeno y oxígeno? —me dijo de malos modos—. ¿Y si fuese cloro? ¿No le pusiste sal?»

Aquella objeción me pareció un insulto. ¿Cómo se permitía Enrico dudar de una afirmación mía? El teórico era yo, y nada más que yo; él, aunque titular del laboratorio

(hasta cierto punto, y sólo por transferencia) y precisamente porque no estaba en condiciones de presumir de otras cosas, debiera haberse abstenido de hacer críticas. «Ahora lo veremos» —dije. Levanté cuidadosamente el tarro del cátodo y, manteniéndolo bocabajo, encendí una cerilla y se la acerqué. Se produjo una explosión, pequeña pero seca y rabiosa, el tarro se hizo añicos (gracias a que lo estaba sujetando a la altura del pecho y no más arriba), y se me quedó en la mano, como un símbolo sarcástico, el anillo de cristal del fondo.

Nos marchamos, haciendo comentarios sobre lo sucedido. A mí me temblaban un poco las piernas; experimentaba al mismo tiempo miedo retrospectivo y una especie de disparatado orgullo por haber confirmado una hipótesis, y por haber desencadenado una fuerza de la naturaleza. Así que era, pues, hidrógeno: el mismo que se quema en el sol y en las estrellas y causa de cuya condensación se forman, en eterno silencio, los universos.

ZINC

Habíamos asistido durante cinco meses, en actitud respetuosa y apretados como sardinas en banasta, a las clases de Química General e Inorgánica que daba el profesor P., y habíamos sacado de ellas sensaciones diversas, pero todas nuevas y estimulantes. No; la química del profesor P. no era el motor del Universo ni la llave de la Verdad. P. era un viejo escéptico e irónico, enemigo de todo tipo de retórica (por esto, y nada más que por esto, era también antifascista), inteligente, terco e ingenioso; un ingenio triste el suyo.

Se contaban de él anécdotas relacionadas con la fría crueldad y el ostentoso prejuicio de que hacía gala en los exámenes. Sus víctimas predilectas eran las mujeres en general, y luego las monjas, los curas y todos aquellos que se presentasen «vestidos de soldado».

Se le atribuían en voz baja manías con bastantes barruntos de mezquindad en lo referente a la organización del Instituto Químico y de su laboratorio particular. Se decía que guardaba en el sótano cajas y más cajas de cerillas usadas y que se las prohibía tirar a los bedeles; que los misteriosos minaretes del propio Instituto, que todavía hoy confieren a ese tramo de la avenida de Massimo d'Azeglio una desangelada impronta de falso exotismo, los había mandado construir él, en su remota juventud, para celebrar anualmente una inmundicia y secreta orgía de rescate, donde, después de quemar todos los trapos viejos y los papeles de filtro de la temporada escolar, las cenizas resultantes eran analizadas personalmente por él con paciente tacañería para sacar de ellas todos los elementos aprovechables (y acaso también los menos aprovechables) en una especie de metamorfosis ritual, a la cual solamente estaba autorizado para asistir Caselli, su fidelísimo bedel-ayudante. También se decía de él que había gastado toda su carrera en echar abajo una determinada teoría de estereoquímica, no a base de experimentos, sino de publicaciones. Los experimentos los hacía otro, su gran rival, en no se sabe qué parte del mundo. Los iba publicando poco a poco en el Acta Helvética de química, y él se los cargaba uno por uno.

No pondría la mano en el fuego acerca de la autenticidad de estas habladurías. Pero la verdad es que cuando él entraba en el laboratorio de Preparación, no había infernillo Bunsen que tuviera el fuego bastante bajo, así que lo prudente era apagarlos sin más; la verdad es que a los estudiantes les hacía preparar el nitrato de plata usando cinco liras de aquellas con el águila, que tenían que sacarse del propio bolsillo, y el cloruro de níquel a base de monedas de veinte céntimos con la señora desnuda volando; y también es verdad que la única vez que me recibió en su despacho encontré escrito en la pizarra con muy buena letra: «No quiero funerales ni de vivo ni de muerto».

A mí P. me resultaba simpático. Me gustaba el rigor sobrio de sus clases; me divertía la desdeñosa ostentación con que lucía, en los exámenes, en lugar de la camisa fascista reglamentaria, un cómico babero negro de un palmo que a cada uno de sus movimientos bruscos, se le salía de los bordes de la chaqueta. Apreciaba mucho sus dos libros de texto, claros hasta lo obsesivo, lacónicos, preñados de su severo desprecio hacia la humanidad en general y hacia los estudiantes estúpidos y perezosos en particular; porque todos los estudiantes eran para él por definición estúpidos y perezosos. Aquel que, por suprema

ventura, conseguía demostrarle que no lo era, se convertía en un igual suyo y era honrado con una lacónica y preciosa frase de encomio.

Ahora ya habían pasado los cinco meses de inquietante espera. Entre los ochenta matriculados habíamos sido elegidos los veinte menos estúpidos y menos perezosos, catorce chicos y seis chicas, y se nos había franqueado el laboratorio de Preparación.

En qué consistía exactamente aquello, ninguno de nosotros tenía idea. Yo creo que había sido una invención suya, una versión moderna y técnica de los rituales salvajes de iniciación, mediante los cuales cada uno de sus súbditos era bruscamente arrancado del asiento y del libro y trasplantado al seno de los humos que queman los ojos, a los ácidos que queman las manos y a los casos prácticos que no cuadran con la teoría. No intento, por supuesto, poner en duda la utilidad e incluso la necesidad de esta iniciación. Pero en la brutalidad con que era llevada a cabo podía reconocerse fácilmente el talante despectivo de P., así como su vocación por las distancias jerárquicas y por vilipendiar a quienes formábamos su grey. Total, que no gastó ni por oral ni por escrito una sola palabra que pudiera servirnos de viático, animarnos en el camino que habíamos escogido, indicarnos los peligros y las insidias o transmitirnos las triquiñuelas.

Muchas veces he pensado que el profesor P. era en el fondo un salvaje, un cazador. El que va de caza lo único que tiene que hacer es coger la escopeta, o mejor la azagaya y el arco e internarse en el bosque; tanto el éxito como el fracaso dependen exclusivamente de él. Agarra y se va; cuando llega el momento no hay vaticinios ni agüeros que valgan, la teoría es una futesa y se aprende por el camino, la experiencia ajena no sirve para nada, lo esencial es medirse por uno mismo. El que vale gana; quien tiene débiles la vista, los brazos o la respiración da media vuelta y cambia de oficio. De los ochenta que dije, treinta cambiaron de oficio al segundo año, y otros veinte algo después.

El laboratorio aquel estaba limpio y ordenado. Nos pasábamos allí cinco horas al día, de las 14 a las 19. Al entrar, un asistente nos encargaba una preparación a cada uno, y luego cada cual se dirigía al «despacho», donde el hirsuto Caselli repartía la materia prima, exótica o doméstica: un trocito de mármol a éste, diez gramos de bromo a aquél, un poco de ácido bórico al otro, un puñado de arcilla al de más allá. Estas reliquias Caselli nos las entregaba con un aire de recelo que no se molestaba en disimular. Era el pan de la ciencia, pan de P., y además era también cosa suya, algo que administraba él; a saber el uso equivocado que nosotros, profanos e inexpertos, íbamos a hacer de aquello.

Caselli amaba a P. con un amor áspero y polémico. Al parecer le había permanecido fiel durante cuarenta años; era su sombra, su encarnación terrenal, y constituía un ejemplar humano interesante, como todos los seres que ejercen funciones vicarias. Me refiero a los que representan a la Autoridad sin poseerla en sí mismos, como por ejemplo los sacristanes, los cicerones del museo, los bedeles, los enfermos, los «pasantes» de abogados y notarios, los representantes de comercio.

Todos ellos, en mayor o menor medida, tienden a transfundir la sustancia humana del jefe a su propio molde, como ocurre con los cristales pseudomorfos. A veces sufren con eso, pero en general disfrutan, y tienen dos esquemas distintos de comportamiento, según que actúen por sí mismos o «en el ejercicio de sus funciones». Ocurre con frecuencia que la personalidad del Jefe los invade tan a fondo que llega a alterar la normalidad de sus

relaciones humanas, y es por eso por lo que muchos se quedan solteros. La soltería, de hecho, se prescribe y acepta en la condición monástica, que precisamente comporta la vecindad y subordinación a la autoridad por excelencia. Caselli era un hombre modesto y taciturno, en cuyas miradas tristes pero orgullosas se podía leer:

—Él es un gran sabio, y yo también, por ser fámulo suyo, tengo algo de grande.

—Yo, aunque humilde, sé cosas que él no sabe.

—Lo conozco mejor de lo que él mismo se conoce; preveo sus actos.

—Tengo poder sobre él, lo defiendo y protejo.

—Yo puedo hablar mal de él, porque le quiero; vosotros no tenéis derecho.

—Sus principios son justos, pero los aplica con desgana, y «antes era de otra manera». ¡Si no fuera por mí!

... Y de hecho Caselli dirigía los asuntos del Instituto con una parsimonia y un horror a cualquier novedad incluso superiores a los del mismo P.

A mí, el primer día, me tocó preparar sulfato de zinc. No debía ser muy difícil, se trataba de hacer un elemental cálculo estequiométrico y de mezclar las partículas de zinc con ácido sulfúrico previamente diluido; concentrar, cristalizar, secar con la bomba, lavar y recristalizar. Zinc, zinck, zinco: con él se hacen barreños para meter la ropa, no es un elemento que le diga mucho a la imaginación, es gris y sus sales son incoloras, no es tóxico, no da reacciones cromáticas llamativas: en una palabra, es un metal aburrido. Se ha dado a conocer a la humanidad de hace dos o tres siglos a esta parte, o sea que no es un veterano cargado de gloria como el cobre, ni tampoco uno de esos elementos novedosos que llevan todavía consigo la fascinación clamorosa de su descubrimiento.

Caselli me entregó mi porción de zinc, volví a mi banco y me puse a la tarea. Me sentía curioso, incómodo y vagamente fastidiado, como cuando a los trece años tienes que ir al templo a recitar en hebreo la oración del Bar-Mitzvâ delante del rabino. Había llegado el momento deseado y también un poco temido. Se había disparado la hora de la cita con la Materia, la gran antagonista del Espíritu, el Hylo que, extrañamente, se puede encontrar embalsamado en la desinencia de los radicales alquílicos: metilo, butilo, etc.

La otra materia prima, la pareja del zinc, o sea el ácido sulfúrico, no hacía falta pedírselo a Caselli, porque se encontraba en abundancia por todos los rincones. Concentrado, claro está, y tienes que diluirlo en agua. Pero, cuidado, todos los textos lo dicen, hay que hacer al revés la operación, o sea echar el ácido en el agua y no al contrario, porque, si no, aquel aceite de aspecto tan inocuo está sujeto a cóleras furibundas; esto lo saben hasta los alumnos de primaria. Luego se echa el zinc en el ácido ya diluido.

En los apuntes se daba un detalle que en una primera lectura yo había pasado por alto, y es que el zinc, tan tierno y delicado, tan dócil ante los demás ácidos que se funden en uno, se comporta en cambio de modo bastante diferente cuando aparece en estado puro: entonces se resiste obstinadamente al ataque. Se podían sacar dos consecuencias filosóficas contradictorias entre sí: el elogio de la pureza, que protege del mal como una

coraza y el elogio de la impureza que abre la puerta a las transformaciones, o sea a la vida. Descarté la primera, desagradablemente moralista, y me dediqué a considerar la segunda, más afín con mi manera de ser. Para que la rueda dé vueltas, para que la vida sea vivida, hacen falta las impurezas, y las impurezas de las impurezas; y pasa igual con el terreno, como es bien sabido, si se quiere que sea fértil. Hace falta la disensión, la diversidad, el grano de sal y de mostaza. El fascismo no quiere estas cosas, las prohíbe, y por eso no eres fascista tú; quiere que todo el mundo sea igual, y tú no eres igual. Pero es que ni siquiera existe la virtud inmaculada, o, caso de existir, es detestable. Así que opta por la solución del sulfato de cobre que viene en la lista de reacciones, añade una gota de tu ácido sulfúrico, y verás cómo la reacción se inicia: el zinc se despierta, se recubre de una piel blanca de burbujitas de hidrógeno, ya está, el encantamiento ha tenido lugar, lo puedes dejar a su aire y darte una vuelta por el laboratorio a ver qué están haciendo los demás de bueno.

Los demás estaban haciendo cosas variadas; algunos trabajaban absortos, tal vez silbando para adoptar un aire desenvuelto, cada cual detrás de su partícula de «Hylo»; otros daban vueltas o miraban a través de la ventana el Valentino, ya completamente verde, otros, en fin, fumaban o charlaban por los rincones.

En un rincón había una chimenea, y delante de ella estaba sentada Rita. Me acerqué, y me di cuenta con fugaz placer de que estaba cocinando el mismo guiso que yo. Y digo con placer porque ya hacía tiempo que andaba detrás de Rita, preparaba para mis adentros brillantes discursos para abordarla, y luego cuando llegaba el momento, no me atrevía a decir nada y lo dejaba para el día siguiente. No me atrevía no sólo a causa de la timidez e inseguridad tan arraigadas en mí, sino porque Rita daba poco pie a las confianzas, sin que uno entendiera bien la razón. Era muy delgada, pálida, triste y segura de sí misma. Pasaba los exámenes con buenas notas, pero no tenía aquel genuino apetito que sentía yo por las cosas que nos tocaba estudiar. No era amiga de nadie, nadie sabía nada de ella, hablaba poco, y por todos estos motivos me atraía y procuraba sentarme a su lado en las clases; ella se mantenía distante y aquello era para mí una frustración y un desafío. La verdad es que me sentía desesperado, pero no era la primera vez que me pasaba. Realmente en aquella época me consideraba condenado a una perpetua soledad masculina, castigado para siempre sin una sonrisa de mujer, de la cual, sin embargo, estaba tan necesitado como del aire.

Estaba bien claro que aquel día se me estaba presentando una ocasión que no se podía desperdiciar. Entre Rita y yo se tendía en aquel momento un puente, un puentecillo de zinc, frágil pero practicable. ¡Vamos, da el primer paso!

Según daba vueltas alrededor de Rita, me di cuenta de una segunda circunstancia favorable: del bolso de la chica sobresalía una portada bien conocida por mí, amarillenta con el borde rojo, encabezada por un cuervo que llevaba un libro en el pico. ¿Cuál era el título? Solamente se podía leer «AÑA» y «GICA», pero bastaba y sobraba. Era mi viático de aquellos meses, la historia intemporal de Hans Castorp durante su mágico exilio en la Montaña Mágica. Le pregunté a Rita qué le parecía, ansioso de conocer su opinión, casi como si el libro lo hubiera escrito yo; y en seguida me pude dar cuenta de que aquella novela Rita la estaba leyendo de otra manera. Como una novela, sin más. Le interesaba

mucho saber hasta donde llegaría Hans con la señora Chauchat, y se saltaba sin piedad las discusiones —para mí fascinantes— políticas, teológicas y metafísicas que el humanista Settembrini mantenía con Naphtha, el jesuita judío.

No me importó; incluso mejor, era un terreno para el debate. Hasta podría llegar a ser una discusión esencial y fundamental, porque judío también soy yo, y ella no lo es. Yo soy la impureza que hace reaccionar al zinc, soy el grano de sal y de mostaza. La impureza, ¿cómo no? Justamente por aquellos meses se iniciaba la publicación de «La Defensa de la Raza», se hablaba muchísimo de pureza, y yo empezaba a sentirme orgulloso de ser impuro. A decir verdad, precisamente hasta aquellos meses me había venido dando igual ser judío. Para mis adentros y en la relación con mis amigos cristianos, había considerado siempre mis orígenes como un hecho casi indiferente aunque curioso, una pequeña y divertida anomalía, como tener pecas o la nariz torcida; un judío es una persona que no pone el árbol de Navidad, que no debe comer embutido pero que lo come igual, que ha aprendido un poco de hebreo a los trece años y luego lo ha olvidado. Según decía la revista citada más arriba, un judío es tacaño y astuto; pero yo no era particularmente tacaño ni astuto, y tampoco mi padre lo había sido.

Así que había cantidad de asuntos para discutir con Rita, pero la conversación que a mí me habría gustado no se enganchaba. Pronto pude darme cuenta de que Rita y yo éramos distintos, ella no era un grano de mostaza. Era hija de un comerciante pobre y enfermo. Para ella la Universidad no significaba en absoluto el templo del Saber, sino un sendero espinoso y cansado que conducía a un título, al trabajo y a ganarse la vida. Ella había trabajado desde niña. Había ayudado al padre, había sido dependienta en una tienda de pueblo, y todavía en esa época andaba en bicicleta por Turín llevando paquetes y cobrando facturas. Todo esto no me alejaba de ella, al contrario, lo encontraba admirable, como todo lo suyo: sus manos descuidadas, sus ropas modestas, su mirada firme, su tristeza concreta, la reserva con que aceptaba mis razonamientos.

De esta manera, mi sulfato de zinc acabó concentrándose de mala manera, y se redujo a un polvillo blanco que exhaló todo o casi todo su ácido sulfúrico en nubes sofocantes. Lo abandoné a su destino, y le propuse a Rita acompañarla a casa. Había oscurecido, y la casa no estaba cerca. El plan que me había propuesto era objetivamente modesto, pero a mí me parecía de una audacia sin igual. Hacia la mitad del recorrido dudaba y me sentía como sobre carbones al rojo vivo, mientras me emborrachaba y la emborrachaba a ella con discursos jadeantes e inconexos. Por fin, temblando de emoción, deslicé mi brazo bajo el suyo. Rita no lo retiró, aunque tampoco correspondió a mi presión; pero yo acomodé mi paso al ritmo del suyo y me sentía jovial y victorioso. Me parecía haber vencido una batalla, pequeña pero decisiva, contra la oscuridad, el vacío y los años hostiles que se nos venían encima.

HIERRO

Por fuera de las paredes del Instituto Químico era de noche, la noche de Europa. Chamberlain había vuelto engañado de Munich, Hitler había entrado en Praga sin disparar un tiro, Franco había tomado Barcelona y se asentaba en Madrid. La Italia fascista, pirata menor, había ocupado Albania, y la premonición de la catástrofe inminente se condensaba como una rociada viscosa en las casas y por la calle, en las conversaciones cautelosas y en las conciencias adormecidas.

Pero dentro de aquellas gruesas paredes la noche no penetraba. La misma censura fascista, obra maestra del régimen, nos mantenía separados del mundo, en un blanco limbo de anestesia. Una treintena de alumnos habíamos superado la dura barrera de los primeros exámenes y habíamos sido admitidos en el laboratorio de Análisis cualitativo de segundo curso. Habíamos entrado en la amplia sala ahumada y oscura como quien, al entrar en la Casa de Dios, va reflexionando sobre cada uno de sus pasos. El laboratorio anterior, el del zinc, nos parecía ahora un ejercicio infantil, como cuando de niño juega uno a las cocinitas; siempre, mal que bien, se sacaba algo en limpio, tal vez de pobre rendimiento, o en estado poco puro, pero había que ser un chapucero o un tío muy negado para no lograr sacar sulfato de magnesio de la magnesita o bromuro de potasio del bromo.

Ahora no, ahora el asunto se ponía serio; la confrontación con la Materia-Madre, con la madre enemiga, era más dura y más cercana. A las dos de la tarde, el profesor D., de aire distraído y ascético, nos entregaba a cada uno un gramo exacto de determinado polvillo; para el día siguiente teníamos que tener completo el análisis cualitativo, es decir hacer un informe de los metales y no-metales que contenía. Informar de ello por escrito, en forma de atestado, de sí o no, porque las dudas y las vacilaciones no se admitían. Se trataba en cada caso de una alternativa, de una deliberación; era una empresa madura y responsable para la cual el fascismo no nos había preparado y que exhalaba un buen olor, limpio y seco.

Había elementos fáciles y francos, incapaces de esconderse, como el hierro y el cobre, otros insidiosos y fugitivos como el bismuto y el cadmio. Existía un método, un plan trabajoso y anticuado de investigación sistemática, una especie de peine o de rodillo apisonador al que nadie, en teoría, podía escapar; pero yo prefería inventarme cada vez el camino a seguir, a base de rápidas y extemporáneas incursiones de guerrillero, en vez de la extenuante rutina de una guerra organizada: sublimar el mercurio en gotitas, transformar el sodio en cloruro y reconocerlo en tabletas hojaldradas bajo el microscopio. De una manera o de otra, aquí las relaciones con la Materia cambiaban y se volvían dialécticas; era un combate de esgrima, una partida a jugar entre dos. Dos adversarios desiguales; de una parte, para formular preguntas, el químico desplumado e inerte, con el libro de texto de Autenrieth como único aliado (porque D., cuyo socorro se reclamaba con frecuencia en los casos difíciles, mantenía una escrupulosa neutralidad, o sea que se negaba a pronunciarse;

actitud muy sabia, ya que todo aquel que se pronuncia puede equivocarse, y un profesor no debe equivocarse); de otra parte, para responder a base de enigmas, la Materia con su pasividad socarrona, vieja como el Todo y portentosamente rica en trucos, solemne y sutil como la Esfinge. Estaba empezando yo por entonces a deletrear el alemán, y me encantaba la palabra Urstoff (que significa Elemento: literalmente Sustancia primigenia) y el prefijo Ur que aparecía en ella y que expresa precisamente origen antiguo, lejanía remota en el espacio y en el tiempo.

Tampoco aquí había gastado nadie mucha saliva para enseñarnos a defendernos de los ácidos, de los cáusticos, de los incendios ni de las explosiones; era como si, de acuerdo con la ruda moral del Instituto, se contase con el proceso de la selección natural para elegir entre nosotros los más adecuados a la supervivencia física y profesional. Campanas de humos había pocas, así que cada cual en el curso del análisis sistemático y siguiendo las prescripciones del texto, dejaba evaporar concienzudamente por el aire una buena dosis de ácido clorhídrico y de amoníaco, por cuya razón en el laboratorio se estancaba permanentemente una densa niebla blanquecina de cloruro amónico, que se depositaba sobre los cristales de las ventanas en minúsculos cristallitos brillantes. A la habitación del ácido sulfhídrico, de atmósfera letal, se retiraban las parejas deseosas de intimidad y algún solitario a comerse su merienda.

A través de la neblina y en el atareado silencio, se oyó una voz con acento piamontés que decía: «Nuntio vobis gaudium magnum. Habemus ferrum». Corría el mes de marzo de 1939, y pocos días antes, con un anuncio de idéntica solemnidad («Habemus Papam») se había disuelto el cónclave que entronizaba en la Sede de San Pedro al cardenal Eugenio Pacelli, en el cual muchos confiaban, porque en algo o en alguien había que confiar, después de todo. Quien había pronunciado la sacrilega frase era Sandro, el taciturno.

En nuestro grupo, Sandro era un solitario. Era un chico de mediana estatura, delgado pero musculoso, que no llevaba nunca abrigo, ni siquiera en los días más fríos. Venía a clase con unos pantalones de pana muy gastados, medias de sport de lana tosca, y a veces una esclavina negra que me recordaba a Renato Fucini. Tenía unas manos grandes y callosas, un perfil huesudo y áspero, la cara curtida por el sol y una frente estrecha bajo la franja del pelo, que llevaba cortado a cepillo; caminaba con el paso largo y lento de los campesinos.

Hacía pocos meses que se habían proclamado las leyes racistas, y también yo estaba empezando a volverme muy solitario. Los compañeros cristianos eran gente educada, ninguno entre ellos ni entre los profesores me había dirigido una palabra o un gesto hostil, pero los sentía alejarse y, siguiendo un antiguo modelo de comportamiento, yo también me alejaba. Cada mirada cambiada entre ellos y yo iba acompañada de un relámpago, minúsculo pero perceptible, de desconfianza y recelo. ¿Qué piensas de mí? ¿Qué soy para ti yo? ¿El mismo de hace seis meses, un semejante tuyo que no va a misa, o el judío que «no se ha de reír de vosotros entre vosotros»?

Había observado, con estupor y alegría, que entre Sandro y yo estaba naciendo algo. No era en absoluto la amistad entre dos seres afines. Al contrario, la diversidad de nuestros orígenes nos hacía ricos en «mercancía de intercambio», como dos comerciantes que se encuentran, llegando de comarcas remotas y mutuamente desconocidas. No se trataba ni

siquiera de la intimidad portentosa y a la vez normal que se da entre gente de veinte años; a ésa con Sandro no llegué nunca. Me di cuenta pronto de que era generoso, sutil, tenaz y valiente, incluso con una punta de insolencia; pero tenía un talante reservado y agreste, por lo cual, a pesar de que estábamos en esa edad en que se siente la necesidad, el instinto y el impudor de soltarse unos a otros todo cuanto hormiguea en la cabeza y en otros sitios (y es una edad que puede durar bastante, pero que termina con el primer compromiso), nada se dejaba traslucir por fuera de su envoltura de comedimiento, nada de su mundo interior, que se adivinaba sin embargo denso y fértil, a no ser alguna rara alusión dramáticamente truncada. Era de la condición de los gatos, con los cuales se puede convivir durante decenios sin que nunca le dejen a uno penetrar dentro de su piel sagrada.

Teníamos muchas cosas que cedernos uno a otro. Le dije que éramos como un catión y un anión, pero Sandro no pareció recibir bien aquella comparación. Había nacido en la Sierra de Ivrea, tierra hermosa y sobria; era hijo de un albañil, y en los veranos andaba de pastor. No pastor de almas, pastor de ovejas. Y no llevado por una retórica de Arcadia ni por afán de extravagancia, sino a gusto, por amor a la tierra y a la hierba, y por abundancia de corazón. Tenía un especial talento mímico, y cuando hablaba de vacas, de gallinas, de ovejas y de perros, se transfiguraba, se ponía a imitar sus miradas, sus movimientos y sus voces, se volvía alegre y parecía animalizarse, como por brujería. Me aleccionaba sobre plantas y animales, pero de su familia hablaba poco. Su padre había muerto siendo él un niño, eran gente sencilla y pobre, y habían decidido, ya que el chico parecía despierto, ponerlo a estudiar para que trajese algún dinero a casa. Él había aceptado con la seriedad de los piemonteses, pero sin entusiasmo. Había recorrido el largo camino de la enseñanza primaria y el bachillerato sacando el máximo resultado con el mínimo esfuerzo. Catulo y Descartes le traían sin cuidado, lo que le importaba era sacar buenas notas y pasarse el domingo esquiendo o trepando a la montaña. Había elegido Química porque le parecía mejor que otros estudios: era un oficio que trataba de cosas que se ven y se tocan, una forma de ganarse la vida menos trabajosa que hacer de carpintero o de campesino.

Empezamos a estudiar Física juntos, y Sandro se quedó estupefacto cuando traté de explicarle alguna de las ideas que confusamente cultivaba yo por aquella época. Que la nobleza del Hombre, adquirida tras cien siglos de tentativas y errores, consistía en hacerse dueño de la materia, y que yo me había matriculado en Química porque me quería mantener fiel a esta nobleza. Que dominar la materia es comprenderla, y comprender la materia es preciso para conocer el Universo y conocernos a nosotros mismos, y que, por lo tanto, el Sistema Periódico de Mendeleev, que precisamente por aquellas semanas estábamos aprendiendo a desentrañar, era un poema, más elevado y solemne que todos los poemas que nos hacían tragar en clase; pensándolo bien hasta rima tenía. Que si buscaba el puente, el eslabón que faltaba, entre el mundo de los papeles y el mundo de las cosas, no tenía necesidad de ir muy lejos a buscarlo: estaba allí, en el Autenrieth, en aquellos laboratorios nuestros llenos de humo, y en nuestro futuro oficio.

Y por fin, y sobre todo, él, como un chico honrado y abierto que era, ¿no sentía, apestando el cielo, el hedor de las verdades fascistas, no percibía como una ignominia el hecho de que a un ser pensante le exigieran que creyera sin pensar? ¿No sentía desprecio por todos los dogmas, por todos los asertos no demostrados, por todos los imperativos? Sí, lo sentía. Y entonces ¿cómo podía dejar de sentir en nuestro estudio una dignidad y una

majestad nuevas, cómo podía ignorar que la Química y la Física de las que nos nutríamos, además de alimentos vitales por sí mismos, eran el antídoto contra el fascismo que él y yo estábamos buscando, porque eran claras, distintas, verificables a cada paso, en lugar de un amasijo de mentiras y de vanidad, como la radio y los periódicos?

Sandro me escuchaba con una atención irónica, siempre dispuesto a desarmarme con un par de palabras secas y educadas cuando me propasaba en la retórica. Pero algo estaba madurando en él (y el mérito, por supuesto, no era sólo mío; eran meses llenos de acontecimientos fatales), algo que le perturbaba porque era al mismo tiempo nuevo y antiguo. Él, que hasta entonces no había leído más que a Salgari, London y Kipling, se convirtió de repente en un lector furibundo; todo lo digería y lo recordaba, y todo en él se ordenaba espontáneamente como sistema de vida; además, empezó a estudiar, y su nota media subió de aprobado a sobresaliente. Al mismo tiempo, por inconsciente gratitud o tal vez también por deseo de revancha, le dio a su vez por ocuparse de mi educación, y me hizo comprender que tenía muchas lagunas. Podía incluso tener razón yo, podía ser que la Materia fuese nuestra maestra y quién sabe si también, a falta de cosa mejor, nuestra escuela política; pero él tenía otra materia hacia la que conducirme, otra profesora: no los polvitos del laboratorio de Análisis Cualitativo, sino la verdadera, la auténtica e intemporal Urstoff, las rocas y el hielo de las montañas vecinas. Me demostró sin gran dificultad que yo era un indocumentado para ponerme a hablar de la materia. ¿Qué comercio, qué intimidad había tenido yo hasta entonces con los cuatro elementos de Empédocles? ¿Sabía encender una estufa? ¿Vadear un torrente? ¿Conocía la tormenta en la cima de una montaña? ¿El germinar de las semillas? No. Por lo tanto también él tenía algo vital que enseñarme.

Nació una asociación, y empezó para mí una temporada frenética. Sandro parecía hecho de hierro, y estaba vinculado al hierro por un parentesco antiguo. Me contó que los padres de sus padres habían sido caldereros («magnín») y herreros («fré») en los valles canaveses. Fabricaban clavos en la forja de carbón, le ponían cerco a las ruedas de los carros con un aro al rojo vivo, golpeaban la chapa de hierro hasta ensordecer; y a él mismo, cuando descubría en la roca la veta roja del hierro, le parecía reencontrar a un amigo. Cuando el invierno se le echaba encima, ataba los esquís a la bicicleta oxidada, salía muy temprano y pedaleaba hasta llegar a la nieve, sin dinero, con una alcachofa en un bolsillo y el otro lleno de lechuga; volvía de noche o a veces al día siguiente, durmiendo en los pajares, y cuanta más hambre y más tormentas había padecido, más contento estaba y con mejor salud.

En verano, cuando salía solo, muchas veces se llevaba consigo al perro para que le hiciese compañía. Era un perrucho callejero amarillento y de aire encogido. De hecho, según me contó Sandro, haciendo a su manera la imitación de episodio canino, cuando era cachorro había tenido una aventura desgraciada con una gata. Se había acercado demasiado a la carnada de gatitos recién nacidos, la gata se había enfadado, había empezado a resoplar y se había erizado toda; pero el cachorro, que todavía no había aprendido el significado de estos síntomas, se había quedado allí como un tonto. La gata se había echado a él, lo había perseguido, dado alcance y arañado en el hocico. Al perro aquello le había acarreado un trauma permanente. Se sentía deshonrado, así que Sandro le había hecho una pelota de trapo, le había dicho que era un gato, y todas las mañanas se la

ponía delante para que se vengase en ella de la afrenta y reivindicase su honra canina. Por los mismos motivos terapéuticos, Sandro se lo llevaba a la montaña para que se desahogase. Lo ataba a un extremo de la cuerda, se ataba él mismo al otro, dejaba al perro bien tumbado en un saliente de la roca y se ponía a escalar. Cuando la cuerda se acababa, lo subía con cuidadito, y el perro había aprendido aquello, y avanzaba con el hocico para arriba y las cuatro patas contra la pared casi vertical, aullando bajito, como en sueños.

Sandro escalaba la montaña más a base de instinto que de técnica, confiando en la fuerza de sus manos, y saludando burlescamente, en los trozos de roca a que se agarraba, el silicio, el calcio y el magnesio que había aprendido a reconocer en el curso de mineralogía. Le parecía haber perdido el día si no había agotado de alguna manera sus reservas de energía, y entonces hasta su mirada era más viva. Me explicó que, haciendo vida sedentaria, se le forma a uno un depósito de grasa por detrás de los ojos, que no es sano; cansándose, la grasa se disuelve, los ojos retroceden al fondo de las órbitas, y se vuelven más penetrantes.

De sus impresiones hablaba con suma parquedad. No era de la raza de esos que hacen las cosas para poderlas contar (como me pasaba a mí); no le gustaban las grandes palabras, ni siquiera las palabras. Parecía que tampoco de dialéctica, como de alpinismo, hubiera recibido lecciones de nadie; hablaba de una forma que no es corriente; decía sólo el meollo de las cosas.

Se llevaba por si acaso treinta kilos de saco, pero en general iba sin nada; le bastaba con los bolsillos y la verdura que, como he dicho, llevaba en ellos, con un trozo de pan, un cuchillito, a veces la guía alpina, muy manoseada, y siempre una madeja de alambre para reparaciones de emergencia. La guía, por otra parte, no la llevaba porque tuviese fe en ella, todo lo contrario. La rechazaba por considerarla una atadura, es más, como una criatura bastarda, un híbrido detestable de papel, nieve y roca. La llevaba de excursión para vilipendiarla, feliz cuando podía pillarla en un error, ya fuera a sus propias expensas o a las de sus compañeros de ascenso. Podía estar andando dos días sin comer, o meterse en el cuerpo tres comidas juntas y luego salir. Para él todas las estaciones eran buenas. El invierno para esquiar, pero no en las estaciones lujosas y mundanas, de las que huía con lacónico desprecio. Demasiado pobres para poder comprarnos las pieles de foca para la subida, Sandro me había enseñado a coser telas de cáñamo tosco, materiales espartanos que absorben el agua y luego se congelan como merluzas, y en las bajadas hay que atárselos a la cintura. Me arrastraba a caminatas agotadoras sobre la nieve reciente, lejos de cualquier rastro humano, siguiendo itinerarios que parecía intuir como un salvaje. Y en verano, de refugio en refugio, emborrachándonos de sol, de cansancio y de viento, limándonos las yemas de los dedos contra rocas jamás tocadas por la mano del hombre. Pero no por subir a las cimas famosas ni en busca de empresas memorables; a él de todo eso no le importaba nada. Le importaba conocer sus propios límites, tomarse la medida y mejorar. Más oscuramente sentía la necesidad de prepararse (y prepararme a mí) para un porvenir de hierro, que se iba acercando por meses.

Ver a Sandro en la montaña le reconciliaba a uno con el mundo y le hacía olvidar la pesadilla que gravitaba sobre Europa. Era su sitio, aquel para el que estaba hecho, como las marmotas cuya expresión y silbido imitaba. La montaña le hacía feliz, con una

felicidad muda y contagiosa, como una luz que se encendiera. Suscitaba en mí una comunión nueva con el cielo y la tierra, en la cual confluían mi necesidad de libertad, la plenitud de mis fuerzas y el hambre de entender las cosas, todo lo que me había empujado hacia la química. Salíamos con el alba, frotándonos los ojos, por el portillo del campamento Martinotti, y allí alrededor estaban, apenas tocadas aún por el sol, las montañas cándidas y oscuras, nuevas como recién creadas por la noche apenas desvanecida, y al mismo tiempo incalculablemente antiguas. Eran una isla, un más allá.

Por otra parte, no siempre hacía falta subir muy alto ni ir muy lejos. En las estaciones de transición, el reino de Sandro eran los gimnasios de montaña. Hay varios, a dos o tres horas de bicicleta de Turín, y sería interesante saber si siguen siendo frecuentados: los Picos del Pagliaio con el Torreón Wolkmann, los Dientes de Cumiana, Roca Patanüa (que quiere decir Roca Desnuda), el Plô, el Sbarüa, y alguno más, todos de nombre casero y modesto. El último, el Sbarüa, creo que fue descubierto por el propio Sandro o por un mítico hermano suyo, a quien Sandro no me presentó nunca pero que, a juzgar por sus escasas alusiones, debía relacionarse con él como él se relacionaba con el común de los mortales. Sbarüa es un derivado de «sbarüé», que significa «atemorizar». El Sbarüa es un prisma de granito que sobresale como unos cien metros de una modesta colina hirsuta de zarzas y de árboles para leña. Igual que el Viejo de Creta, está de la base a la cumbre rajado por una hendidura que a medida que asciende se va haciendo cada vez más estrecha, hasta obligar al alpinista a salir a la pared de la roca, donde se asusta, claro, y donde existía en esa época un único clavo, dejado allí caritativamente por el hermano de Sandro.

Eran aquellos unos lugares curiosos, frecuentados por unas pocas decenas de aficionados de nuestro estilo, y a todos los cuales conocía Sandro de nombre o de vista. Se ascendía, no sin problemas técnicos, en medio de un molesto zumbar de moscardas atraídas por nuestro sudor, encaramándose por muros de piedra firme interrumpidos por rellanos cubiertos de hierba donde crecían heléchos, fresas o en otoño moras. No era raro aprovechar como apoyo los troncos de algún arbolillo precario arraigado en las grietas; y se llegaba después de unas horas a la cima, que no era propiamente una cima, sino casi siempre un plácido pastizal donde las vacas nos miraban con ojos indiferentes. Luego se bajaba a prisa y corriendo, en pocos minutos, por senderos plagados de estiércol vacuno y reciente, a recoger nuestras bicicletas.

Otras veces eran empresas más comprometidas; nunca tranquilas evasiones, porque Sandro decía que para mirar el paisaje ya tendríamos tiempo a los cuarenta años. «Dôma, neh?» —me dijo un día de febrero—. En su idioma, quería decir que si hacía bueno, aquella tarde podríamos emprender la ascensión invernal del Diente de M., que teníamos programada desde hacía varias semanas. Dormimos en una posada y salimos al día siguiente, no demasiado temprano, a una hora imprecisa (a Sandro no le gustaban los relojes, sentía su tácita y continua amonestación como una intrusión arbitraria); nos internamos altaneramente en la niebla, y salimos de ella hacia la una, con un sol espléndido, a la enorme cresta de una cima, que resultó no ser la buena.

Entonces yo dije que podíamos volver a bajar unos cien metros, cruzar a mitad de la cuesta y volver a subir por la próxima pendiente; o mejor todavía, ya que estábamos allí,

seguir subiendo y contentarnos con la cima equivocada, que después de todo solamente era cuarenta metros más baja que la otra. Pero Sandro, con maravillosa mala fe, dijo en pocas pero densas palabras que no le parecía mal mi última proposición, pero que luego, «por la fácil cresta noroeste» (era ésta una cita sarcástica de la ya citada guía alpina) llegaríamos lo mismo, en media hora, al Diente de M.; y que no valía la pena tener veinte años si no se podía uno permitir el lujo de equivocarse de camino.

La fácil cresta puede que fuera fácil o incluso elemental en verano, pero nosotros la encontramos en malas condiciones. La roca estaba mojada por la vertiente que daba al sol y cubierta por una negra capa de hielo en la vertiente de sombra. Entre un saliente de piedra y otro había montones de nieve sucia en la que se hundía uno hasta la cintura. Llegamos a lo alto a las cinco, yo tirando del cuerpo que daba pena y Sandro presa de una siniestra hilaridad que a mí me pareció irritante.

—¿Y para bajar?

—Para bajar ya veremos —contestó.

Y añadió misteriosamente:

—Lo peor que nos puede ocurrir es que tengamos que probar la carne de oso.

Pues la probamos, sí señor, la carne de oso, a lo largo de aquella noche que se nos hizo interminable. Bajamos en dos horas, ayudados malamente por la cuerda, que se había helado; se había convertido en un maligno enredijo tieso que se enganchaba en todos los salientes y hacía ruido contra la roca como el cable de un funicular. A las siete estábamos a orillas de un pequeño lago helado, y estaba oscuro. Comimos lo poco que nos había sobrado, construimos un inconsistente murito contra la parte del viento y nos echamos a dormir en el suelo, apretados el uno contra el otro. Era como si también el tiempo se hubiera congelado. Nos poníamos de pie de cuando en cuando para reactivar la circulación, y seguía siendo la misma hora, y el viento seguía soplando, y seguía viéndose un espectro de luna, siempre en el mismo punto del cielo y, delante de la luna un cortejo fantástico de nubes en jirones, siempre las mismas. Nos habíamos quitado los zapatos, como aconsejan los libros de Lammer, tan queridos por Sandro, y teníamos los pies metidos en sacos. Al primer resplandor fúnebre, que parecía venir de la nieve y no del cielo, nos levantamos con los miembros anquilosados y la mirada desorbitada por la falta de sueño, el hambre y la dureza del lecho; y encontramos los zapatos tan sumamente helados que sonaban como campanas y para ponérselos tuvimos que incubarlos igual que hacen las gallinas.

Pero volvimos al valle por nuestros propios medios, y al posadero, que nos preguntaba riendo que cómo lo habíamos pasado mientras miraba de reojo nuestras caras de loco, le contestamos descaradamente que habíamos hecho una excursión preciosa, pagamos la cuenta y nos fuimos con toda dignidad. Aquella era la carne del oso. Y ahora que han pasado tantos años, me arrepiento de haber comido poca, porque entre todo lo que la vida me ha concedido de bueno, nada ha tenido ni de lejos el sabor de aquella carne, que es el sabor de sentirse fuertes y libres, libres incluso de equivocarse, y dueños del propio destino. Por eso le estoy agradecido a Sandro, por haberme metido deliberadamente en apuros, tanto en aquella ocasión como en otras empresas solamente insensatas en apariencia, y sé con toda seguridad que más tarde me han servido de mucho.

En cambio a él no le han servido, o no por mucho tiempo. Sandro era Sandro Delmastro, el primer caído del Comando Militar Piamontés del Partido de Acción. Después de unos pocos meses de extrema tensión, en abril de 1944 fue hecho prisionero por los fascistas, no se rindió e intentó fugarse de la Casa Littoria de Cuneo. Murió de una descarga de metralleta en la nuca, disparada por un monstruoso niño-carnicero, uno de aquellos desgraciados esbirros de quince años que la República de Salò había reclutado en los reformatorios. Su cuerpo permaneció mucho tiempo abandonado en medio del camino, porque los fascistas habían prohibido a la población darle sepultura.

Hoy sé que es una empresa sin esperanza recubrir a un hombre de palabras, hacerlo revivir en una página escrita, y particularmente a un hombre como Sandro. No era de esas personas de las que se pueden contar cosas o a las que se pueden levantar monumentos, con lo que él se reía de los monumentos. Vivía por entero en sus acciones, y una vez terminadas éstas, de él ya no queda nada. Nada más que las palabras, precisamente.

POTASIO

En enero de 1941, la suerte de Europa y del mundo parecía echada. Solamente algún iluso podía pensar todavía que Alemania no iba a ganar la guerra. Los estólidos ingleses «no habían caído en la cuenta de que tenían perdida la partida», y resistían obstinadamente a los bombardeos, pero estaban solos y sufrían sangrientos reveses en todos los frentes. Únicamente quien se hiciera el ciego o el sordo podía abrigar dudas acerca del destino que les esperaba a los judíos en una Europa alemana. Habíamos leído «Los hermanos Oppenheim» de Feuchtwanger, importado clandestinamente de Francia, y un «Libro Blanco» inglés, llegado de Palestina, en el que se describían las «atrocidades nazis»; habíamos creído la mitad, pero ya era bastante. A Italia habían venido a parar muchos huidos de Polonia y de Francia, y habíamos hablado con ellos. No conocían los detalles de la carnicería que se estaba desarrollando bajo un monstruoso velo de silencio, pero cada uno de ellos era un mensajero, como los que acuden a Job para decirle «sólo he quedado vivo para contarlo».

Y sin embargo, si se quería vivir, si se quería sacar algún tipo de partido de la juventud que nos corría por las venas, no quedaba precisamente más recurso que el de la ceguera voluntaria. Al igual que los ingleses, «no caíamos en la cuenta», rechazábamos todas las amenazas, confinándolas al limbo de las cosas no percibidas u olvidadas inmediatamente. También se podía, en abstracto, tirarlo todo y salir huyendo, trasplantarse a algún país lejano, mítico, elegido entre los pocos que seguían manteniendo abiertas sus fronteras, como Madagascar y Honduras Británica; pero para hacer una cosa así hacía falta mucho dinero y una capacidad de iniciativa fabulosa, y tanto yo como mi familia y mis amigos no poseíamos ni uno ni otra. Por otra parte, vistas de cerca y en detalle, las cosas no parecían tampoco tan espantosas. La Italia que nos rodeaba, o mejor dicho Turín y el Piamonte (porque en aquel tiempo se viajaba poco), no nos eran enemigos. El Piamonte era nuestra verdadera patria, aquella en la cual nos reconocíamos. Las montañas que circundaban Turín, visibles en los días claros y a tiro de bicicleta, eran nuestras, insustituibles, y nos habían enseñado el cansancio, el aguante y una cierta sabiduría. En una palabra, nuestras raíces, no poderosas pero sí profundas, dilatadas y fantásticamente entrelazadas, estaban en Turín y el Piamonte.

Ni en nosotros, ni en toda nuestra generación, hablando en términos más generales, ya fuéramos «arios» o judíos, se había abierto camino todavía la idea de que se debía o se podía resistir al fascismo. Nuestra resistencia de entonces era pasiva, y se limitaba al rechazo, al aislamiento, a un no dejarse contaminar. La semilla de la lucha activa no había sobrevivido hasta nosotros, había sido sofocada pocos años antes, con el último golpe de guadaña que condenó a prisión, al exilio, al confinamiento o al silencio a los últimos testigos y protagonistas turineses, Einaudi, Ginzburg, Monti, Vittorio Foa, Zini, Carlo Levi. Estos nombres no nos decían nada, no sabíamos casi nada de ellos, el fascismo que nos rodeaba carecía de antagonistas. Había que partir de cero, «inventar» un antifascismo nuestro, crearlo desde el germen, de raíz, partiendo de nuestras propias raíces.

Buscábamos en torno nuestro y nos metíamos por calles que no llevaban muy lejos. La Biblia, Croce, la geometría o la física se nos aparecían como fuentes de certidumbre.

Nos reuníamos en el gimnasio del «Talmud Thorá», de la Escuela de la Ley, como pomposamente era llamada la vetusta escuela elemental hebrea, y unos a otros nos enseñábamos cómo encontrar en la Biblia la justicia, la injusticia y la fuerza que abate la injusticia; a reconocer en Asuero y en Nabucodonosor a los nuevos opresores. ¿Pero dónde estaba Kadosh Barukhú, «el Santo, Bendito sea», aquel que rompe las cadenas de los esclavos y hunde los carros de los Egipcios? Aquel que había dictado las tablas de la Ley a Moisés e inspirado a los liberadores Ezra y Neemías ya no inspiraba a nadie; el cielo sobre nuestras cabezas estaba silencioso y vacío. Él permitía el exterminio en los ghettos polacos, y lentamente, confusamente, se iba abriendo camino en nosotros la idea de que estábamos solos, de que no teníamos aliados con los que contar, ni en la tierra ni en los cielos, de que la fuerza para resistir tendríamos que encontrarla dentro de nosotros mismos. No era, por lo tanto, del todo absurdo el impulso que nos apremiaba por entonces a conocer nuestros propios límites, a recorrer centenares de kilómetros en bicicleta, a encaramarnos con furia y paciencia por las paredes de roca que conocíamos poco, a someternos voluntariamente al hambre, al frío y al cansancio, que nos alentaba a soportar y a decidir. Un clavo entra o no entra, la cuerda resiste o no resiste: también éstas eran fuentes de certidumbre.

La química, para mí, había dejado de serlo. Conducía al corazón de la Materia, y la Materia era aliada nuestra precisamente porque el Espíritu, tan grato al fascismo, nos era hostil. Pero, habiendo llegado al cuarto curso de Química pura, ya no podía seguir ignorando que la misma química, o por lo menos aquella que nos venía suministrada, no respondía a mis preguntas. Preparar el bromobenceno o el violeto de metilo siguiendo el Gattermann era divertido, incluso hilarante, pero no muy diferente de seguir las recetas que venían en el Artusi. ¿Por qué de aquella manera y no de otra? Después de haberme tenido que tragar en el bachillerato tantas verdades reveladas por la Doctrina del Fascismo, todas las verdades reveladas y no demostradas las aborrecía o las tenía por sospechosas. ¿Existían teoremas de química? No. Por lo tanto, había que ir más allá, no conformarse con el «quia», remontarse a los orígenes, a las matemáticas y a la física. Los orígenes de la química eran innobles, o cuando menos equívocos: antros de alquimistas con su abominable confusión de ideas o de lenguaje, su reconocido interés por el oro, sus enredos levantinos de charlatanes o de magos. En las raíces de la física, en cambio, estaba la animosa claridad de Occidente, Arquímedes y Euclides. Me haría físico, «ruat coelum», posiblemente sin diploma, ya que Hitler y Mussolini me lo prohibían.

En el programa del cuarto año de Química, se incluía un breve cursillo de ejercicios de física: simples medidas de viscosidad, tensión superficial, capacidad rotatoria y cosas por el estilo. Nos daba el curso un auxiliar joven, alto, flaco, un poco encorvado, amable y extraordinariamente tímido, que tenía un comportamiento al cual no estábamos habituados. Los otros profesores que teníamos, casi sin excepción, se mostraban convencidos de la importancia y excelencias de la asignatura que enseñaban. En algunos casos se trataba de una convicción de buena fe, pero en otros se notaba palmariamente que era una cuestión de supremacía personal, de acotar un territorio de caza. Aquel auxiliar, en cambio, daba la impresión de estarse justificando ante nosotros, poniéndose de nuestra parte. En su sonrisa un poco tímida y de una ironía señoril, parecía poder leerse: «Yo

mismo sé que con estos aparatos anticuados y mandados retirar no vais a sacar nada en limpio, y además que éstas son futesas marginales, y que la sabiduría habita en otra parte; pero es un oficio que tenéis que hacer, y yo también, así que procurad, por favor, no dar demasiada guerra y aprender lo más que podáis». Total, que todas las chicas del curso se enamoraron de él.

A lo largo de aquellos meses yo había hecho intentos desesperados para entrar como alumno interno con tal o cual profesor. Algunos, aviesamente o incluso con jactancia, me habían contestado que las leyes racistas lo prohibían; otros habían recurrido a pretextos vagos e inconsistentes. Después de haber encajado bastante bien el cuarto o quinto rechazo, volvía yo una tarde a casa en bicicleta, bajo una capa casi palpable de desazón y amargura. Subía sin ganas por la calle Valperga Caluso, mientras desde el Valentino me llegaban y me sobrepasaban oleadas de niebla gélida. Ya era de noche y la luz de los faroles, disfrazados de violeta por la oscuridad, no lograba prevalecer contra la neblina y las tinieblas. Los transeúntes eran escasos y pasaban apresurados, cuando de repente, uno de ellos llamó mi atención. Caminaba en mi misma dirección, despacio y a pasos largos, llevaba un largo abrigo negro, iba con la cabeza descubierta, se inclinaba un poco al andar y se parecía al Auxiliar: era el Auxiliar. Lo adelanté, sin saber muy bien qué actitud tomar. Luego me di ánimos, volví hacia atrás, y una vez más no me atreví a decirle nada. ¿Qué sabía yo de él? Nada; podía ser una persona indiferente, un hipócrita o directamente un enemigo. Luego pensé que no perdía nada por intentarlo, en todo caso un rechazo más, así que sin más preámbulos le pregunté si sería posible que me admitiera en su instituto para hacer pruebas. El Auxiliar me miró sorprendido; en lugar del largo discurso que habría sido de esperar, me contestó con la concisa frase del Evangelio: «Sigúeme».

El interior del Instituto de Física experimental estaba lleno de polvo y de fantasmas seculares. Había dos filas de armarios encristalados, atiborrados de folletos amarillentos y roídos por los ratones y la polilla: eran observaciones sobre eclipses, registros de terremotos y boletines meteorológicos que se remontaban a principios del siglo pasado. Apoyada en la pared de un pasillo, encontré una estrafalaria trompeta de más de diez metros de largo, que nadie sabía ya qué hacía allí, quién la había traído ni para qué servía; tal vez para anunciar el día del Juicio Final, en el cual comparecerá todo lo que estaba escondido. Había también una eolipila en estilo Secesión, una fuente de Eros, y toda una fauna obsoleta y prolija de cachivaches destinados desde hacía varias generaciones a los ejercicios prácticos de clase; una forma patética e ingenua de física menor, en la cual prevalece la coreografía sobre el concepto. No llega a ser ilusionismo ni juego de prestidigitación, pero le anda cerca.

El Auxiliar me recibió en el cuchitril de planta baja donde él mismo vivía, y que estaba erizado de aparatos bien distintos, excitantes y desconocidos. Algunas moléculas son portadoras de dos polos eléctricos, es decir que en un campo eléctrico se comportan como minúsculas agujas de brújula; se orientan, unas más perezosamente que otras. A tenor de las condiciones, obedecen con mayor o menor respeto a determinadas leyes; precisamente aquellos aparatos servían para aclarar esas condiciones y este respeto tan deficiente. Esperaban que alguien los usase; él andaba atareado en otras cuestiones, de astrofísica, según me precisó, y la noticia me llegó hasta la médula; ¡así que tenía delante de mí un astrofísico en carne y hueso! Además no era ducho en ciertas manipulaciones que

consideraba necesarias para depurar los productos que habían de ser sometidos a medición. Para esto hacía falta un químico, y el químico providencial era yo. Me cedía de buen grado el campo y los instrumentos. El campo eran dos metros cuadrados de mesa y pupitre; los instrumentos, una pequeña familia, pero los más importantes dentro de ella eran la balanza de Westphal y la eterodina. La primera ya la conocía; con la segunda entablé amistad en seguida. Se trataba, en sustancia, de un aparato radiorreceptor, construido de forma que lo capacitaba para acusar mínimas diferencias de frecuencia; y de hecho, se salía brutalmente de sintonía y se ponía a ladrar como un perro simplemente con que el operador se moviese un poco de la silla o desplazase una mano; bastaba incluso con que alguien entrase en la habitación. A determinadas horas del día, además, revelaba todo un intrincado mundo de misteriosos mensajes, tecleitos en Morse, silbidos modulados y voces humanas deformadas y mutiladas, que pronunciaban frases en lenguas incomprensibles o a veces en italiano; pero eran frases sin sentido, en clave. Era la babel radiofónica de la guerra, anuncios de muerte transmitidos desde naves o aeroplanos, de sabe Dios quién, más allá de los montes y del mar. Más allá de los montes y del mar, existía, según me contó el Auxiliar, un sabio llamado Onsager, del cual él no sabía nada excepto que había elaborado una ecuación cuya pretensión era describir el comportamiento de las moléculas polares en cualquier circunstancia, con tal de que se encontrasen en estado líquido. La ecuación funcionaba bien aplicándola a las soluciones diluidas. No se sabía de nadie que se hubiera preocupado de verificar su eficacia sobre soluciones concentradas, líquidos polares puros, o la mezcla de éstos últimos. Era éste el trabajo que el Auxiliar me proponía y que yo acepté con indiscriminado entusiasmo: preparar una serie de líquidos complejos, y llevar un control de observación para ver si obedecían a la ecuación de Onsager. Como primer paso, iba a tener que hacer algo que él no sabía hacer. Por entonces no resultaba fácil encontrar productos para los análisis en estado puro, así que yo me tendría que dedicar durante algunas semanas a depurar benceno, clorobenceno, clorofenol, aminofenol, foluidina y otros.

No hicieron falta muchas horas de contacto con él, para que la figura del Auxiliar se definiese. Tenía treinta años, se había casado hacía poco, venía de Trieste pero sus orígenes eran griegos, hablaba cuatro lenguas y era amante de la música, de Huxley, de Ibsen, de Conrad y de alguien tan querido para mí como Thomas Mann. También le gustaba mucho la física, pero consideraba sospechosa cualquier actividad que tendiese a una finalidad práctica; por lo tanto era noblemente perezoso y, naturalmente, detestaba el fascismo.

Sus relaciones con la física me dejaron perplejo. No dudó en traspasar con su arpón mi último hipogrifo, confirmando explícitamente aquel mensaje sobre las «futesas marginales» que habíamos leído en sus ojos en el laboratorio. No solamente aquellos modestos ejercicios nuestros, sino la física en bloque era, por naturaleza y por vocación, algo marginal, en cuanto que se marcaba a sí misma la tarea de normativizar el mundo de las apariencias, mientras que en cambio la verdad, la realidad, la esencia íntima del hombre y de las cosas están en otra parte, ocultas tras un velo o tras siete velos (ya no lo recuerdo exactamente). Él era un físico y más concretamente un astrofísico, diligente y voluntarioso, pero carente de ilusiones. La verdad quedaba más allá, inaccesible a nuestros telescopios, accesible a los iniciados. Era aquél un largo camino que él estaba recorriendo

con esfuerzo, fascinación y alegría profundas. La física era prosa, elegante gimnasia de la mente, espejo de la Creación, llave para que el hombre lograra el dominio del planeta. ¿Pero cuál es el tamaño de la Creación, cuál el del hombre, cuál el del planeta? Su camino era muy largo, y apenas acababa de iniciarlo, pero yo era su discípulo. ¿Quería seguirlo?

Era una petición horrible. Ser discípulo del Auxiliar significaba para mí un disfrute perpetuo, una atadura no experimentada nunca hasta entonces, transparente, intensificada por la certeza de que se trataba de una relación mutua; yo, judío, marginado, convertido en un escéptico a causa de los últimos cataclismos, enemigo de la violencia pero no atrapado todavía por la necesidad de la violencia opuesta, debía ser para él el interlocutor ideal, un folio en blanco sobre el que podía imprimirse cualquier tipo de mensaje.

No quise atravesar con la horca el nuevo y gigantesco hipogrifo que el Auxiliar me brindaba. Por aquellos meses los alemanes destruían Belgrado, hacían polvo la resistencia griega, invadían Creta desde el aire: aquello era la Verdad, aquello era la Realidad. No había escapatoria, o al menos no la había para mí. Más valía permanecer sobre la Tierra, jugar con los conjuntos de dos polos a falta de cosa mejor, seguir depurando el benceno y prepararse para un futuro desconocido, pero inminente y sin duda trágico. Depurar el benceno, además teniendo en cuenta el estado a que la guerra y los bombardeos habían reducido el Instituto, no era ninguna tontería. El Auxiliar me puntualizó que tenía carta blanca para todo, podía rebuscar por todas partes desde los sótanos hasta la buhardilla, adueñarme de cualquier instrumento o producto, pero no comprar nada. Ni siquiera él podía hacerlo, era un régimen de autarquía absoluta.

Encontré en el sótano un botellón de benceno técnico, de un 95 por 100 de pureza; menos da una piedra, pero los manuales mandaban rectificarlo y someterlo luego a una última destilación en presencia de sodio para liberarlo de los últimos rastros de humedad. Rectificar quiere decir proceder a una destilación fraccionaria, desechando las fracciones que hierven por debajo o por encima de lo prescrito y recogiendo el «cogollo», que debe hervir a una temperatura constante. Encontré en el inagotable sótano la cristalería necesaria, incluida una de esas columnitas de Vigreux, graciosas como un encaje, obra de la paciencia y habilidad sobrehumana de los sopladores de vidrio pero, dicho entre nosotros, de una eficacia bastante discutible; el bañomaría me lo preparé en una cazuelita de aluminio.

Destilar era bonito. Lo primero porque es un quehacer lento, filosófico y silencioso, que te tiene ocupado pero te deja tiempo para pensar en otra cosa, es un poco como montar en bicicleta. Luego porque comporta una metamorfosis: de líquido a vapor (invisible), y de éste nuevamente a líquido; pero en este doble camino, arriba y abajo, se alcanza la pureza, condición ambigua y fascinante que, partiendo de la química, llega muy lejos. Y finalmente, cuando te pones a destilar, eres consciente de estar repitiendo un ritual ya consagrado por los siglos, casi un acto religioso, en el cual de una materia imperfecta obtienes la esencia, el «usía», el espíritu, y antes que nada el alcohol, que alegra el ánimo y calienta el corazón. Me llevó mis buenos dos días obtener una porción de pureza satisfactoria. Para esta operación, ya que tenía que trabajar a plena llama, me había recluido voluntariamente en una habitacioncita del primer piso, desierta, vacía y lejana de cualquier humana presencia.

Ahora se trataba de hacer una segunda destilación en presencia del sodio. El sodio es un metal degenerado; realmente es un metal sólo en el sentido químico de la palabra, no desde luego en el del lenguaje cotidiano. No es ni rígido ni elástico, es más bien blando como la cera; no es brillante, o mejor dicho, lo es sólo cuando se conserva con esmero maniático, porque de lo contrario reacciona en pocos instantes al contacto con el aire, recubriéndose de una corteza fea y tosca. Con una rapidez incluso mayor reacciona incluso con el agua, sobre la cual flota (¡un metal que flota!), danzando frenéticamente y soltando hidrógeno. Rebusqué en vano en las entrañas del Instituto: como Astolfo al pisar la Luna, encontré docenas de ampollas con su etiqueta correspondiente, centenares de preparados abstrusos y otros vagos sedimentos anónimos no tocados al parecer por nadie desde hacía varias generaciones, pero de sodio ni rastro. Encontré en cambio un frasquito de potasio; el potasio es hermano gemelo del sodio, así que me apoderé de él y volví a mi celda de ermitaño.

Puse en la redoma del benceno un grumo de potasio «del grosor de medio guisante» (era lo que decía el manual) y destilé con diligencia el total. Cuando estaba a punto de acabar la operación, apagué la llama como es debido, desmonté el aparato, dejé que el escaso líquido que había quedado en la redoma se enfriase un poco y luego, con un hierro largo y puntiagudo, ensarté el «medio guisante» de potasio y lo extraje.

El potasio, como ya he dicho, es hermano gemelo del sodio, pero en contacto con el aire y con el agua reacciona todavía con mayor energía que éste; es sabido de todos (y yo también lo sabía) que en contacto con el agua no sólo desarrolla hidrógeno, sino que además se inflama. Por lo tanto traté a mi medio guisante como si fuera una santa reliquia; lo deposité sobre un trozo de papel de filtro bien seco, hice un envoltorio pequeño, bajé al patio del Instituto, cavé una minúscula sepultura y enterré en ella el pequeño cadáver endemoniado. Pisoteé bien la tierra de encima y me volví a subir a trabajar.

Tomé la redoma ya vacía, la puse debajo del grifo y lo abrí para que saliera el agua. Se oyó un rápido estallido, del cuello de la redoma salió una llamarada hacia la ventana que estaba sobre la pila y los visillos se prendieron. Mientras me afanaba en busca de algún método de extinción por primitivo que fuera, empezaron a chamuscarse las tablas de las contraventanas, y de repente el local ya estaba lleno de humo. Logré arrimar una silla y arrancar los visillos; los tiré al suelo y los pisoteé rabiosamente, mientras el humo ya casi me había cegado y la sangre me latía violentamente en las sienas.

Cuando pasó todo, cuando todos los harapos incandescentes se hubieron apagado permanecí en pie durante unos minutos, apático y como entontecido, mirando, sin verlas, las huellas del desastre, y sintiendo flojera en las rodillas. En cuanto recuperé un poco el aliento, bajé al piso inferior y le conté el episodio al Auxiliar. Si bien es cierto que no existe mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria, también es verdad que evocar una angustia con el ánimo ya tranquilo, sentados serenamente ante el pupitre, es fuente de profunda satisfacción.

El Auxiliar escuchó mi relato con educada atención pero con un aire de curiosidad. ¿Quién me había mandado embarcarme en aquel viaje, y destilar el benceno a base de tantas fatigas? En el fondo me estaba bien empleado; éstas son las cosas que les ocurren a los profanos, a los que se entretienen en jugar delante de las puertas del templo en vez de

entrar en él. Pero no dijo nada; adoptó en aquella ocasión (de mala gana, como siempre) la distancia jerárquica, y me advirtió que una redoma vacía no se incendia; seguro que no estaba vacía. Seguro que contenía, por lo menos, el vapor del benceno, aparte, claro, del aire que le pudiera haber entrado por el cuello. Pero nunca se ha visto que el vapor del benceno, en frío, se incendie por sí mismo; solamente el potasio podía haber prendido fuego a la mezcla, y yo el potasio lo había sacado. ¿Pero todo?

Yo contesté que sí, que todo. Pero me entraron dudas, volví a subir al lugar del incidente, y encontré todavía por el suelo fragmentos de la redoma. Sobre uno de ellos, mirando con atención, se podía descubrir, aunque apenas visible, una manchita blanca. La traté con fenoltaleína: era una base, era hidróxido de potasio. El culpable había sido descubierto. Un fragmento minúsculo de potasio debía haber quedado adherido al cristal de la redoma, y eso había sido bastante para que reaccionase con el agua que le eché y para incendiar los vapores del benceno.

El Auxiliar me miraba con ojos divertidos y vagamente irónicos. Mejor dejar de hacer una cosa que hacerla, mejor reflexionar que actuar, mejor su astrofísica, umbral de lo Incognoscible, que mi química, amasijo de malos olores, estallidos y pequeños misterios banales. Yo me guiaba por otra moral más apegada a la tierra y más concreta; y creo que cualquier químico militante podrá confirmarla: que conviene desconfiar de lo casi igual (el sodio es casi igual al potasio, pero con el sodio no habría ocurrido nada), de lo prácticamente idéntico, del poco más o menos, del «o sea», de todos los sucedáneos y de todos los remiendos. Las diferencias pueden ser pequeñas, pero llevan a consecuencias radicalmente distintas, como el cambio de agujas en el rumbo de un tren. El oficio del químico consiste en gran parte en defenderse de estas diferencias, en conocerlas de cerca, en prever las consecuencias. Y no sólo el oficio del químico.

NÍQUEL

Tenía yo en un cajón un pergamino decorado, en el que estaba escrito con elegante caligrafía que Primo Levi, de raza judía, había obtenido la licenciatura en química con sobresaliente y matrícula de honor. Era, por lo tanto, un documento de dos filos, mitad gloria y mitad escarnio, absolución por una parte y condena por otra. Estaba metido en aquel cajón desde julio de 1941, y noviembre acababa de terminar. El mundo se precipitaba hacia la catástrofe, y alrededor mío no ocurría nada. Los alemanes habían inundado Polonia, Noruega, Holanda, Francia y Yugoslavia y se introducían en las llanuras rusas como una navaja en la mantequilla. Los Estados Unidos no se movían para ayudar a los ingleses, que se habían quedado solos. Yo no encontraba trabajo y agotaba mis fuerzas en busca de cualquier tipo de ocupación retribuida. En la habitación de al lado, mi padre, aquejado de un tumor maligno, vivía sus últimos meses.

Sonó el timbre. Era un joven alto y delgado, con uniforme de teniente del Ejército Real, y no tardé en reconocer en él la figura del mensajero, del Mercurio que guía a las almas o, si queréis, del ángel anunciador. En una palabra, alguien a quien uno espera, lo sepa o no, y que trae el mensaje celestial que te va hacer cambiar de vida, para bien o para mal, todavía no se sabe, hasta que él no haya abierto la boca.

Abrió la boca, y tenía un marcado acento toscano, y preguntó por el doctor Levi, que era yo, aunque pareciera mentira, porque al título no me había acostumbrado todavía. Se presentó con toda educación y me propuso un trabajo. ¿Quién le había hablado de mí? Otro Mercurio, Caselli, el guardián inflexible de la fama de los demás. La matrícula de honor de mi licenciatura menos mal que había servido para algo.

El Teniente parecía saber que yo era judío (por otra parte, mi apellido no se presta mucho a las dudas), pero daba la impresión de que le daba igual. Es más, incluso que aquel asunto en cierto modo no le desagradaba, que experimentaba un gusto sutil y picante contraviniendo las leyes de la segregación racial, que era, en fin, secretamente un aliado, o que buscaba un aliado en mí.

El trabajo que me propuso era misterioso y fascinante. «En cierto lugar» había una mina, de la cual se sacaba el 2 por 100 de material útil —no me dijo de qué se trataba— y el 98 por 100 de ganga, que era descargada en un valle cercano. En esta ganga había níquel; poquísimo, pero su precio estaba tan alto que recuperarlo podía valer la pena. Él tenía una idea, mejor dicho un manojo de ideas, pero estaba cumpliendo el servicio militar y disponía de poco tiempo libre. Se trataría de que yo lo sustituyera, de que experimentase sus ideas en el laboratorio y de que luego, si fuera posible, las desarrollase con él en un plano industrial. Estaba claro que se hacía necesario mi traslado a aquel «cierto lugar», que me describió concisamente. Este traslado debía llevarse a cabo bajo un doble sello de secreto. En primer lugar, para mi propia seguridad, nadie tendría que enterarse de mi nombre ni de mi abominable origen, ya que aquel cierto lugar estaba bajo control de la autoridad militar; y luego, para asegurar su idea, tenía que dar mi palabra de honor de no hablar de aquello con nadie. Por otra parte, estaba claro que un secreto consolidaba el otro y que, por tanto, mi condición de marginado en cierta manera venía como anillo al dedo.

¿Cuál era su idea y dónde se encontraba aquel sitio? El Teniente se disculpó. Hasta una aceptación definitiva por mi parte, era evidente que no podía decirme gran cosa. De todos modos, la idea consistía en arremeter contra la ganga en su estado gaseoso, y en cuanto al lugar, estaba a pocas horas de viaje desde Turín. Se lo consulté en seguida a mi familia. Les pareció bien. Con lo de la enfermedad de mi padre, en casa hacía falta urgentemente el dinero. En cuanto a mí, no tenía la menor duda. Estaba demasiado anquilosado por la inercia, seguro de mis conocimientos de química y deseando ponerlos a prueba. Además el Teniente me intrigaba y me caía bien.

Se notaba claramente que el uniforme lo llevaba con desdén. La decisión de elegirme a mí no debía haber nacido al calor de consideraciones de tipo utilitario. Hablaba del fascismo y de la guerra con reticencia, y con una jovialidad siniestra que no me costó mucho trabajo interpretar. Era la jovialidad irónica de toda una generación de italianos, lo bastante inteligentes y honestos como para no dejar de rechazar el fascismo, demasiado escépticos para oponerse a él activamente, demasiado jóvenes para aceptar pasivamente la tragedia que se configuraba y para ver el futuro como un callejón sin salida. Una generación a la cual yo mismo habría pertenecido, si las providenciales leyes de segregación racial no hubieran contribuido a madurarme precozmente y a guiarme en mi elección.

El Teniente tomó nota de mi aceptación, y sin pérdida de tiempo me dio una cita en la estación para el día siguiente. ¿Preparativos? No hacían falta muchos. Documentos desde luego no, entraría a trabajar de incógnito, sin nombre ninguno o bajo un nombre falso, eso ya se vería; algo de ropa de abrigo, la mía de montañero me podía venir bien, una camisa, libros si quería. En tocante a lo demás, no había problema. Se me proporcionaría una habitación acondicionada para el frío, un laboratorio, comida y cena en casa de una familia de obreros y unos compañeros simpáticos, aunque con éstos era mejor no entrar en tratos de mucha confianza por las razones ya dichas.

Nos pusimos en viaje, bajamos del tren y llegamos a la mina, después de cinco kilómetros cuesta arriba, atravesando un bosque esplendoroso de escarcha. El Teniente, que era un hombre expedito, me presentó brevemente al Director, un joven ingeniero alto y robusto, que era todavía más expedito, y que evidentemente estaba ya informado acerca de mi situación. Me llevaron al laboratorio, donde me esperaba una criatura singular: una muchacha grandota como de dieciocho años con pelo de fuego y unos ojos verdes, oblicuos, curiosos y llenos de malicia. Me enteré de que iba a ser mi ayudante.

Durante la comida, que ese día excepcionalmente se me sirvió en los locales de la oficina, la radio difundió la noticia del ataque japonés a Pearl Harbour y de la declaración de guerra del Japón a los Estados Unidos. Los comensales (algunos empleados, además del Teniente) acogieron aquella noticia de forma diferente. Unos, entre ellos el Teniente mismo, con reserva y con ojeadas cautelosas hacia el sitio que yo ocupaba en la mesa; otros con comentarios de preocupación; otros, en fin, sosteniendo belicosamente la imposibilidad, ya comprobada, de que las armadas japonesa y alemana fueran vencidas.

Total, que el «cierto lugar» había quedado localizado en el espacio, sin perder por ello nada de su magia. Ya todas las minas son mágicas en sí, desde que el mundo es mundo. Las vísceras de la tierra hormiguean de gnomos, coboldos (¡cobalto!), nícolos

(¡níquel!), que pueden mostrarse generosos y hacerte encontrar el tesoro bajo la punta del azadón, o engañarte y deslumbrarte, haciendo pasar por oro la modesta piritita, o disfrazando el zinc de estaño. Y de hecho, son muchos los minerales cuyos nombres contienen raíces que significan «Engaño, fraude, deslumbramiento».

También aquella mina tenía su magia, su encanto salvaje. En una colina ruda y desierta, toda de rocas resquebrajadas y de retoños estériles, se ahondaba un gigantesco abismo de forma cónica, un cráter artificial de cuatrocientos metros de diámetro, parecidísimo a la imagen esquemática del Infierno, en las ilustraciones sinópticas de la «Divina Comedia». A lo largo de las gradas circulares, un día tras otro hacían explosión los barrenos. La pendiente de las paredes del cono era la mínima indispensable para que el material removido rodase hasta el fondo, pero sin tomar un ímpetu exagerado. Al fondo, en el sitio de Lucifer, había una potente cerradura con compuerta de regulación; bajo ésta, un breve pozo vertical que llevaba a una larga galería horizontal. A su vez, ésta iba a desembocar al aire libre sobre el flanco de la colina, encima del edificio principal. Por la galería iba y venía un tren blindado; una locomotora pequeña pero potente iba colocando los vagones uno por uno bajo la compuerta de regulación para que se llenasen. Luego los arrastraba para que volvieran a ver las estrellas.

El edificio principal estaba construido en declive, a lo largo de la pendiente de la colina y más abajo de la salida de la galería. En él se desmenuzaba el material dentro de una monstruosa trituradora que el Director me enseñó, explicándome su funcionamiento, con un entusiasmo casi infantil. Era una campana vuelta del revés, como una corola de clemátide podríamos decir, de acero macizo y cuatro metros de diámetro. En su centro, enganchado arriba y manipulado desde abajo, oscilaba un gigantesco badajo. La oscilación era mínima, casi imperceptible, pero lo suficiente para despedazar en un abrir y cerrar de ojos los pedruscos que llovían del tren. Se rompían, se empotraban más abajo, se rajaban otra vez, y salían de lo hondo en fragmentos del tamaño de una cabeza humana. La operación se llevaba a cabo en medio de un fragor de apocalipsis, entre una nube de polvo que se veía desde la llanura. El material era sometido luego a un proceso que lo convertía en grava, lo desecaba y lo seleccionaba. No hace falta decir que la finalidad última de aquella tarea de cíclopes era arrancar a la roca un miserable 2 por 100 de amianto que llevaba entreverado. El resto, millares de toneladas diarias, era descargado a granel en el valle.

Año tras año, el valle se iba llenando de una lenta avalancha de polvo y guijarros. El amianto que aún pudiera contener aquella masa la volvía ligeramente escurridiza, desganadamente pastosa, como un glaciar. La enorme lengua gris, punteada de piedras negruzcas, caminaba majestuosamente hacia abajo, laboriosamente, esforzadamente, avanzando una decena de metros al año. Ejercía una presión tal contra las paredes del valle que provocaba profundas grietas en la roca y desplazaba varios centímetros al año algunos de los edificios construidos demasiado abajo. En uno de éstos, conocido por «el submarino», vivía yo.

Había amianto por todas partes, como una nevada cenicienta. Si se dejaba un libro encima de una mesa durante algunas horas y luego se volvía a coger, había dejado allí su silueta en negativo; los tejados estaban recubiertos de un grueso estrato de polvillo, que en

los días de lluvia bebía la humedad como una esponja, y de repente se derrumbaba violentamente al suelo. El capataz, que se llamaba Anteo, y era un gigante obeso de barba cerrada y muy negra que parecía extraer su vigor precisamente de la madre tierra, me contó que algunos años antes, una lluvia pertinaz había lavado mucho amianto en las paredes mismas de la mina, el cual se había ido escurriendo y acumulando en el fondo del cono, encima de la válvula abierta, aglomerándose subrepticamente en un tapón. Nadie le había dado importancia a la cosa; pero había seguido lloviendo, el cono había funcionado a modo de embudo, sobre el tapón se había formado un lago de veinte mil metros cúbicos de agua, y la gente seguía sin darle importancia al asunto. El, Anteo, veía la cosa muy fea y le había insistido mucho al director que había entonces para que tomase alguna determinación. Como buen capataz, él se inclinaba por una potente carga de dinamita que estallara sin pérdida de tiempo en el fondo del lago; pero que si esto y que si lo otro, que podía ser peligroso, que se podía dañar la válvula, que había que ver lo que decía el consejo de administración; total que nadie quería decidir y acabó decidiendo la mina misma, con su genio maligno.

Mientras los sabios deliberaban, se había oído un sordo retumbar; el tapón había cedido, el agua se había abismado invadiendo el pozo y la galería, se había llevado por delante al tren con todos sus vagones y había arrasado el edificio principal. Anteo me señaló las marcas del aluvión, dos metros bien cumplidos por encima del plano indicado.

Los operarios y los mineros (que en la jerga local se llamaban «los menores») venían de pueblos vecinos, y podían llegar a hacerse dos horas de camino por senderos de montaña. Los empleados vivían allí. La llanura estaba sólo a cinco kilómetros, pero la mina era a todos los efectos una pequeña república autónoma. En aquella época de racionamiento y de estraperlo, allí no había problemas de aprovisionamiento; no se sabía cómo, pero el caso es que teníamos de todo. Muchos empleados cultivaban su propio huerto alrededor del chalet cuadrado donde estaban las oficinas; algunos tenían incluso un gallinero. Había pasado varias veces que las gallinas de uno, vigilando las lindes de un huerto ajeno, se hubieran metido en él a hacer estragos y de esto se derivaban controversias y venganzas que iban poco de acuerdo con la serenidad del lugar y el talante expeditivo del Director, el cual había cortado por lo sano, dirimiendo el asunto a su manera. Se había comprado una escopeta Flobert y la había colgado de un clavo en su despacho. Cualquiera que viese desde la ventana una gallinita intrusa escarbando en el huerto propio estaba autorizado a coger la escopeta y disparar dos veces contra ella. Pero hacía falta pillarla «in fraganti». Si la gallina moría sobre el terreno, el cadáver pertenecía al autor del disparo: así era la ley. En los primeros días que siguieron al decreto se había asistido a numerosos y rápidos recursos al fusil, a los disparos correspondientes y a las apuestas que, mientras tanto, se cruzaban entre los no afectados por el caso. Pero luego habían dejado de producirse violaciones de frontera.

Me contaron otras historias estupendas, como la del perro del señor Pistamiglio. Este señor Pistamiglio ya había muerto hacía años cuando yo llegué allí, pero su memoria seguía estando viva y, como suele ocurrir, se empezaba a recubrir con la pátina dorada de la leyenda. Bueno, pues el señor Pistamiglio era un excelente jefe de sección, ya no muy joven, soltero, con gran sentido común y querido por todos. Tenía un hermoso perro lobo, también muy bueno y apreciado.

Cierta Navidad desaparecieron cuatro de los pavos más gordos del pueblo de abajo del valle. Qué se le iba a hacer. Se pensó en los ladrones, en el zorro y en nada más. Pero llegó el invierno siguiente, y esta vez fueron siete los pavos desaparecidos entre noviembre y diciembre. Se había denunciado el hecho a los carabineros, pero nadie habría sido capaz de llegar a aclarar el misterio, si no fuera porque al propio señor Pistamiglio, un día en que había bebido de más, se le escaparon también unas palabras de más. Los ladrones de los pavos eran ellos dos, él y el perro. Los domingos bajaban al pueblo, daban vueltas por las granjas, y él le hacía entender al perro cuáles eran los pavos más gordos y menos vigilados; le explicaba cuál era la estrategia mejor para cada caso y luego se volvían a la mina. Por la noche soltaba al perro y éste llegaba sin ser visto, restregándose contra las paredes como un verdadero lobo, saltaba las bardas del gallinero o excavaba un pasaje subterráneo, acogotaba silenciosamente al pavo y se lo llevaba a su cómplice. No parece que el señor Pistamiglio vendiese los pavos. Según la versión más digna de crédito, se los regalaba a sus amantes, que eran muchas, feas, viejas y esparcidas por todos los Prealpes piemonteses.

Me contaron muchísimas historias. Al parecer, los cincuenta habitantes de la mina, habían reaccionado todos, dos a dos, entre ellos, como en el cálculo combinatorio; o sea, cada uno con todos los demás, y particularmente cada hombre con todas las mujeres, solteras o casadas, y cada mujer con todos los hombres. Bastaba con elegir dos nombres al azar, mejor de sexo diferente, y preguntarle a un tercero: «¿Y entre estos dos qué pasó?», para que se desplegara ante mí una historia espléndida, porque cada uno conocía las historias de todos los demás. No me explico por qué estas vicisitudes, muchas veces complicadas y siempre íntimas, me las contaban con tanta facilidad precisamente a mí, que no podía contarles a cambio nada de nadie, ni siquiera decirles mi verdadero nombre; pero parece como si ésa fuera mi estrella, y no me quejo en absoluto. Yo soy una persona a la que los demás le cuentan muchas cosas.

Recogí, con diversas variantes, una saga remota, que se remontaba a una época aún bastante anterior a la del propio señor Pistamiglio. Hubo un tiempo en que el régimen de Gomorra había prevalecido en las dependencias de la mina. En aquella legendaria época, todas las tardes, cuando sonaba la sirena a las cinco y media, ninguno de los empleados se iba a su casa. A aquella señal, de entre los pupitres brotaban licores y colchones, y se desencadenaba una orgía, que alcanzaba a todo y a todos, jóvenes mecanógrafas inexpertas y contables medio calvos, desde el director de entonces para abajo hasta llegar a los porteros, inválidos civiles. De repente, todas las tardes, el triste rondó de los papelotes de la mina dejaba el campo libre a una desahogada jodienda interclasista, pública y variadamente entrelazada. Ningún superviviente había llegado vivo hasta nuestros días para aportar un testimonio de primera mano; una secuencia de balances con resultado desastroso había obligado a la Administración de Milán a una intervención drástica y depuradora. Ningún testigo, a excepción de la señora Bortolasso, que, según me aseguraron, lo sabía todo y lo había visto todo, pero no hablaba a causa de su extremada pudibundez.

La señora Bortolasso, por otra parte, no hablaba nunca con nadie, como no fuera por estricta necesidad laboral. Antes de llamarse así, se llamaba Gina delle Benne. A los diecinueve años, siendo ya mecanógrafa de las oficinas, se había enamorado de un joven

minero demacrado y pelirrojo que, sin llegar a corresponderle propiamente, daba muestras, sin embargo, de aceptar aquel amor. Pero la familia «suya de ella» se había mostrado irreductible. Habían desembolsado el dinero para darle estudios, y ella tenía que manifestar su gratitud, hacer una buena boda y no liarse con el primero que llegará. Y además, visto que la chica no atendía a razones, ya lo arreglarían ellos. Una de dos: o que acabase con su pelirrojo o fuera de casa y de la mina.

Gina había decidido esperar a cumplir veintinún años (no le faltaban más que dos), pero fue el pelirrojo quien no la esperó a ella. Se le empezó a ver los domingos con otra mujer y luego con una tercera, hasta que acabó casándose con la cuarta. Gina tomó entonces una cruel determinación. Ya que no había conseguido atarse al hombre que le interesaba, al único que le interesaba, pues bien, no sería de ningún otro. Meterse monja no, era de ideas modernas. Pero se prohibiría para siempre el matrimonio mediante un sistema de despiadado refinamiento, es decir, casándose. Era ya una oficinista bien considerada, indispensable para la Administración, dotada de una memoria de hierro y de una diligencia proverbial: y un día notificó a sus padres, a sus jefes y a todo el mundo que había pensado casarse con Bortolasso, el tonto de la mina.

Este Bortolasso era un obrero de mediana edad, fuerte como un mulo y sucio como un cerdo. Seguramente no sería un tonto de médico; es más probable que perteneciese a ese tipo de seres de los que se dice en el Piamonte que se hacen los locos para no pagar el pato. Resguardado tras la impunidad que se concede a los débiles mentales, Bortolasso desempeñaba con negligencia extrema el oficio de jardinero. Con tal negligencia que rayaba en una astucia cazarra. Muy bien: el mundo le había declarado irresponsable, pues ahora que lo aguantara como tal, es más, que lo mantuviera y cuidara de él.

El amianto se extrae mal cuando está mojado de lluvia, y por eso el pluviómetro era un elemento muy importante en la mina. Estaba en medio de un arriate y era el mismo Director quien leía las indicaciones. Bortolasso, que todas las mañanas regaba los arriates, cogió la costumbre de regar también el pluviómetro, tergiversando gravemente los datos de los costos de extracción. El Director se dio cuenta, aunque no inmediatamente, y le obligó a no volver a hacerlo. «Ah, bueno, es que le gusta seco» —razonó Bortolasso—. Y cada vez que llovía iba a abrir la válvula que había al fondo del instrumento.

Cuando yo llegué a la mina, la situación ya hacía tiempo que se había estabilizado. La Gina, ahora señora Bortolasso, andaba por los treinta y cinco años. La sencilla belleza de su rostro se había endurecido e inmovilizado en una máscara tensa y alerta que llevaba el evidente estigma de la virginidad aplazada. Porque seguía siendo virgen, y todo el mundo lo sabía ya que Bortolasso se encargaba de contarle por doquier. Ése había sido el pacto que hicieron al casarse, y que él había aceptado, si bien es verdad que luego casi todas las noches intentaba violar el lecho de la esposa. Pero ella se había defendido con dientes y uñas, y todavía se seguía defendiendo. Nunca, nunca jamás, un hombre le pondría la mano encima, y aquél menos que ninguno.

Estas batallas nocturnas entre la sórdida pareja se habían convertido en la comidilla de la mina y uno de sus casos atractivos. En una de aquellas primeras noches tibias, un grupo de *aficionados* me invitó a ir de ronda con ellos para enterarse de cómo andaban las cosas. Yo rehusé, y poco después volvieron ellos defraudados. Lo único que se oía era un

trombón tocando «Facceta Nera». Me contaron que esto pasaba de vez en cuando; él era un tontiloco musical, y se desahogaba así.

De mi trabajo me enamoré desde el primer día, aunque en aquella fase no se tratara más que de análisis cualitativos sobre muestras de roca. Tratadas con ácido fluorhídrico, te dan hierro con amoníaco, te dan níquel (¡qué poquito!, un pellizco rosa) con dimetilgloxima, te dan magnesio con fosfato, siempre igual, todo el santo día; en sí mismo no era muy estimulante. Pero había otra sensación que sí era estimulante y nueva: la muestra a analizar ya no era para nada un anónimo polvillo manufacturado, un quid hecho materia, no; era un trozo de roca arrancado a la tierra a fuerza de dinamita, y sobre los datos proporcionados por los análisis de cada día se iba configurando poco a poco un mapa, el retrato de las venas subterráneas. Por primera vez después de diecisiete años de carrera escolar, de aoristos y de guerras del Peloponeso, las cosas aprendidas empezaban, pues, a servirme para algo. El análisis cuantitativo, tan tacaño en emociones, pesado como el granito, se tornaba vivo, verdadero, útil, imbricado en una obra seria y concreta. Servía; estaba encuadrado en un plan; era una pieza de mosaico. El método analítico que yo seguía había dejado de ser un dogma libresco, venía puesto a prueba todos los días, cabía refinarlo, adecuarlo a nuestros designios, a base de un juego sutil de razonamiento, de pruebas y de errores. Equivocarse ya no era una desventura ligeramente ridícula que te hace polvo un examen o te rebaja la nota. Equivocarse era como cuando se escala una montaña, una confrontación, un caer en la cuenta, un paso adelante que te hace más meritorio y más eficaz.

La chica del laboratorio se llamaba Alida. Asistía a mis entusiasmos de neófito sin compartirlos; más bien le chocaban y le molestaban. Su presencia no era desagradable. Había hecho el bachillerato, citaba a Píndaro y a Safo, era hija de un cacique local completamente inocuo, era astuta y perezosa, y no le importaba nada de nada, y mucho menos el análisis de las rocas, que había aprendido a llevar a cabo mecánicamente, adoctrinada por el Teniente. También ella, como todo el mundo allí, había tenido relación con múltiples personas y no hacía de ello un misterio delante de mí, gracias a esa curiosa característica penitencial mía a que he hecho alusión antes. Había reñido con muchas mujeres por vagas rivalidades, se había enamorado un poco de muchos hombres, mucho de uno, y era novia de otro distinto, un buen chico, gris y sin pretensiones, empleado en la Oficina Técnica, paisano suyo, que la familia le había elegido. Tampoco de él le importaba nada. ¿Qué iba a hacer? ¿Rebelarse? ¿Irse? No. Era una chica de buena familia, su porvenir eran los hijos y el fogón, Safo y Píndaro cosas del pasado, el níquel un sucedáneo abstruso. Trabajaba de mala gana en el laboratorio, en espera de aquella boda tan poco anhelada, lavaba con negligencia los precipitados, pesaba la mezcla de níquel con dimetilgloxima, y me costó Dios y ayuda convencerla de que no había que exagerar el resultado de los análisis, cosa que ella tendía a hacer, y que incluso me confesó haber hecho a menudo, porque después de todo —decía ella— no perjudicaba a nadie y al Director, al Teniente y a mí nos daba alegría.

¿Qué venía a ser, además, a fin de cuentas, aquella química que al Teniente y a mí nos costaba tantos sofocones? Agua y fuego, nada más, cómo en la cocina. Una cocina menos apetitosa, eso es todo, con olores penetrantes y desagradables en lugar de aquellos otros más domésticos. Pero por lo demás lo mismo, el delantal, hacer mezclas, quemarse

las manos y recogerlo todo al acabar la jornada. Para Alida no había escapatoria. Escuchaba, con una mezcla de devota compunción y escepticismo italiano, mis relatos sobre la vida en Turín. La verdad es que eran relatos bastante sometidos a censura, porque de hecho tanto ella como yo teníamos que atenernos al juego de mi anonimato. Pero era imposible que dejase de filtrarse algo, aunque sólo fuera a través de mis propias reticencias. Al cabo de algunas semanas me di cuenta de que ya no era uno que no tiene nombre: era un tal Doctor Levi al que no se podía llamar Levi ni en segunda ni en tercera persona, simplemente por educación, para no dar pie a situaciones delicadas. En el ambiente chismoso y acomodaticio de la mina, el contraste entre mi indeterminada condición de marginado y mi visible apacibilidad de costumbres saltaba a la vista y, según me confesó Alida, daba pie a amplios comentarios y variadas interpretaciones por parte de todos, desde el agente de la OVRA, la policía secreta, hasta el recomendado de alto rango.

Bajar al valle era incómodo, y para mí además resultaba imprudente, de modo que, al no poder frecuentar a nadie, mis tardes en la mina se hacían interminables. Algunas veces me encerraba en el laboratorio después del toque de sirena y volvía al acabar de cenar, ya fuera para estudiar o para darle vueltas a los problemas del níquel. Otras veces me metía a leer la historia de Jacob en mi cuartito monástico del Submarino. En las noches de luna solía darme largas paseatas solitarias por la comarca silvestre que rodeaba la mina, trepando hasta la boca del cráter o a media cuesta de la trasera, gris y quebrada, donde se descargaba el material, recorrida por misteriosos temblores y crujidos, como si realmente anidara allí una partida de gnomos atareados. La oscuridad venía punteada por el lejano ladrido de algún perro que llegaba desde el fondo invisible del valle.

Estos vagabundeos me concedían una tregua a la funesta consciencia de mi padre moribundo en Turín, de los americanos derrotados en Bataan, de los alemanes vencedores en Crimea, y de la trampa abierta, en fin, que estaba a punto de pillarnos. Hacían nacer en mí nuevas ligaduras (más sinceras que la retórica sobre la naturaleza aprendida en clase) con aquellas zarzas y piedras que constituían mi isla y mi libertad, una libertad que seguramente muy pronto iba a perder. Hacia aquella montaña sin reposo sentía un afecto frágil y precario. Había contraído con ella un doble vínculo, primero en mis excursiones con Sandro, luego aquí, al ensayar con ella como químico para arrancarle el tesoro. De este amor pétreo y de estas soledades de amianto, nacieron en otras noches de aquellas tan largas dos relatos sobre islas y libertad, los primeros que tuve ganas de escribir después del tormento de las redacciones del Instituto. Uno de ellos fantaseaba acerca de un remoto antepasado mío, cazador de plomo y también de níquel. El otro, ambiguo y mercurial, lo había sacado de una alusión a la isla de Tristan da Cunha con la que me topé casualmente por entonces.

El Teniente que estaba haciendo el servicio militar en Turín, no subía a la mina más que una vez a la semana. Supervisaba mi trabajo, me daba indicaciones y consejos para la semana siguiente y se me reveló como un excelente químico y un investigador tenaz y penetrante. Tras un breve período de tanteo, se fue delineando, junto a la rutina de los análisis cotidianos, un trabajo de vuelo más alto.

En la roca de la mina había, pues, níquel, aunque fuera poco. De nuestros análisis resultaba un contenido medio de 0,2 por 100. Ridículo, si se comparaba con los minerales obtenidos por mis colegas antípodas y rivales de Canadá o Nueva Caledonia. ¿Pero no podría tal vez ser enriquecida la ganga? Bajo las instrucciones del Teniente, ensayé todo lo ensayable: separaciones magnéticas por flotación, por pulimento, por cernido, con líquidos pesados por trepidación. No saqué nada en limpio: no aparecía concentración alguna; en todas las fracciones obtenidas el tanto por ciento de níquel permanecía obstinadamente como al principio. La naturaleza no nos ayudaba; sacamos en consecuencia que el níquel acompañaba al hierro bivalente, lo sustituía como un vicario, lo seguía cual sombra evanescente, un hermanito pequeño: 0,2 por 100 de níquel, 8 por 100 de hierro. Todos los reactivos imaginables para tratar el níquel tendrían que haber sido empleados en una dosis cuarenta veces mayor, incluso sin contar con el magnesio. Una empresa económicamente sin salida. En los momentos de agotamiento, percibía toda la roca que me circundaba y el serpenteante verde de las cumbres prealpinas en toda su dureza sideral, enemiga, extraña. En contraste, los árboles del valle, ya vestidos de primavera, eran como nosotros, gente también ellos, que no habla pero siente el calor y el hielo, goza y sufre, nace y muere, esparce su polen al viento y sigue oscuramente el giro del sol. La piedra no; no recoge energía en sí, está apagada desde los orígenes, pura pasividad hostil; una fortaleza maciza que yo tenía que dismantelar bastión por bastión para echarle mano a aquel duende escondido, al caprichoso níquel. Nicolás que salta acá y acullá, escurridizo y maligno, con sus orejas enhiestas, siempre atento a escapar a los golpes del azadón investigador, para dejarte con un palmo de narices.

Pero ya no estamos en el tiempo de los duendes, los Nicolás y los cobaldos. Somos químicos, o sea cazadores. Son nuestras «las dos experiencias de la vida adulta» de las que hablaba Pavese, el éxito y el fracaso, matar a la ballena blanca o destrozarse la nave. No debe uno rendirse a la materia incomprensible, no se puede uno sentar encima de ella. Estamos aquí para eso, para equivocarnos y corregirnos, para encajar golpes y devolverlos. No nos tenemos que considerar nunca desarmados; la naturaleza es inmensa y compleja, pero no impermeable a la inteligencia, tienes que cercarla, horadar, sondear, buscar el lugar de paso o construirlo tú. Mis coloquios semanales con el Teniente parecían planos de guerra.

Entre las muchas tentativas que habíamos hecho, se contaba la de reducir la roca tratándola con hidrógeno. Habíamos puesto el mineral, triturado muy fino, en una barquichuela de porcelana, ésta en un tubo de cuarzo, y por el tubo, calentado desde fuera, habíamos hecho pasar una corriente de hidrógeno, con la esperanza de que éste arrancase el oxígeno pegado al níquel y lo dejase reducido a estado metálico, o sea, desnudo. El níquel metálico, como el hierro, es magnético, y por lo tanto, según esta hipótesis, sería fácil separarlo del resto, exento o unido al hierro, simplemente por medio de un pequeño imán dentro de la suspensión acuosa de nuestro polvillo, y no habíamos conseguido más que un rastro de hierro. Evidente y triste: el hidrógeno, en aquellas condiciones, no lograba reducir nada; el níquel, juntamente con el hierro, debía estar alojado de forma estable en la estructura del serpentín, bien pegado a la sílice y al agua, contento (por así decir) de su estado y poco dispuesto a adoptar otro.

¿Pero y si probásemos a desmontar aquella estructura? La idea se me ocurrió, como una lamparita que se enciende, un día que me cayó casualmente entre las manos un viejo diagrama todo lleno de polvo, obra de algún ignoto predecesor mío; reseñaba la pérdida de peso del amianto de la mina en función de la temperatura. El amianto perdía un poco de agua a 150° C, luego permanecía aparentemente inalterado hasta los 800° C aproximadamente; al llegar aquí se notaba un brusco descenso con una merma de peso del 12 por 100, y el autor había anotado: «se vuelve frágil». Ahora bien, el serpentín es el padre del amianto; si el amianto se descompone a 800° C, también el serpentín debía hacer lo mismo. Y como quiera que un químico no piensa, en realidad no vive, si no tiene modelos, yo me entretenía en imaginarme, dibujándolas sobre el papel, las largas cadenas de sílice, oxígeno, hierro y magnesio, con el poco de níquel aprisionado en sus mallas, y luego las mismas cadenas después del destrozo, reducidas a pequeños pedazos, con el níquel desalojado de su madriguera y expuesto al ataque. Y no me sentía muy diferente del remoto cazador de Altamira, que pintaba el antílope sobre las paredes de piedra a fin de que la caza del día siguiente fuese afortunada.

Las ceremonias propiciatorias no duraron mucho. El Teniente no estaba pero podía llegar de un momento a otro, y tenía miedo de que no aceptase, o no aceptase de buen grado, aquella hipótesis mía de trabajo tan poco ortodoxa. Pero la sentía haciéndome cosquillas por toda la piel. A lo hecho pecho, mejor ponerse en seguida manos a la obra.

Bajo la mirada divertida y escéptica de Alida, que miraba descaradamente su reloj de pulsera, porque ya iba avanzada la tarde, me puse a trabajar como un poseso. En un momento, el aparato quedó montado, el termostato graduado a 800° C, el reductor de presión del recipiente regulado, el fluxímetro ajustado. Calenté el material durante media hora, reduje luego la temperatura e hice circular hidrógeno durante otra hora. Ya había oscurecido, la chica se había marchado, y todo era silencio bajo el lóbrego zumbido de fondo emitido por la Sección de Reparto, que trabajaba también de noche. Me sentía un poco conspirador y otro poco alquimista.

Cuando se agotó el tiempo, saqué la barquichuela del tubo de cuarzo, la dejé enfriar en el vacío, y luego desleí en agua el polvillo, que de verdusco se había vuelto amarillento, cosa que me pareció de buen agüero. Cogí el imán y me puse al trabajo. Cada vez que sacaba el imán del agua, se traía adherido un copete de polvo marrón. Lo cogía delicadamente con papel de filtro y lo ponía aparte, puede que un miligramo de cada vez. Para que el análisis tuviese garantía hacía falta por lo menos medio gramo de material, o sea, varias horas de trabajo. Decidí dejarlo hacia medianoche; quiero decir interrumpir la separación, porque a ningún precio habría aplazado el comienzo del análisis. En cuanto a éste, por tratarse de una fracción magnética (y por tanto probablemente pobre en silicatos) y teniendo en cuenta mi prisa, estudié sobre la marcha una variante simplificada. A las tres de la mañana el resultado ya no era la consabida nubécula rosa de níquel-dimetil-gloxima, sino un precipitado visiblemente abundante. Filtrar, lavar, secar, pesar; El dato final me apareció escrito en cifras de fuego sobré la regla calculadora: un 6 por 100 de níquel; el resto, hierro. Una victoria; incluso sin proceder a una ulterior separación, una aleación que podía ser mandada tal cual al horno eléctrico. Volví al «Submarino» cuando ya estaba casi clareando, con unas ganas rabiosas de ir corriendo a despertar al Director, de telefonar al

Teniente y de dejarme rodar por los prados oscuros, húmedos de rocío. Se me pasaban por la cabeza muchas cosas insensatas, y ninguna cosa tristemente sensata.

Me parecía haber abierto no sé qué puerta con no sé qué llave y poseer la llave de muchas puertas, tal vez de todas. Me parecía haber pensado algo que nadie había pensado todavía, ni siquiera en Canadá ni en Nueva Caledonia, y me sentía invencible y tabú, incluso frente a los enemigos cercanos, más cercanos a medida que pasaban los meses. Me parecía, en fin, haberme tomado una revancha no indigna contra quienes me habían declarado biológicamente inferior.

No se me ocurría pensar que, incluso en el caso de que el método de extracción que había atisbado pudiera tener una aplicación industrial, el níquel producido habría ido a parar por entero a las corazas y a los proyectiles de la Italia fascista y de la Alemania de Hitler. No se me ocurría pensar que, por aquellos mismos meses, se habían descubierto en Albania yacimientos de un mineral de níquel, al lado del cual al nuestro se le podía caer la cara de vergüenza lo mismo que a cualquier proyecto mío, del Director o del Teniente. No preveía que mi interpretación de la separabilidad magnética del níquel estaba sustancialmente equivocada, como me demostró el Teniente pocos días más tarde, en cuanto le participé mis resultados. Tampoco preveía que el Director, después de compartir por algunos días mi entusiasmo, iba a echar un jarro de agua fría sobre el mío al caer en la cuenta de que no existía en el mercado ningún selector magnético capaz de separar un material en forma de polvo fino, y que sobre el polvo más grueso mi método no surtía efecto.

Pero la historia, con todo, no acaba aquí. A pesar de los años que han transcurrido, de la liberalización de los cambios y de la caída del precio internacional del níquel, la noticia de la enorme riqueza que se esconde en aquel valle, bajo forma de detritus accesibles a todo el mundo, sigue encandilando las fantasías. No lejos de la mina, en bodegas y establos, en la frontera entre la química y la magia blanca, sigue habiendo gente que acude todavía de noche al montón de la descarga, se vuelve con sacos llenos de ganga gris, la muele, la cuece y la trata cada vez con reactivos diferentes. La fascinación de la riqueza enterrada, de los dos kilos de noble metal plateado adheridos a los mil kilos de piedra estéril que se tira, no se ha extinguido aún.

De la misma manera que tampoco han desaparecido los dos cuentos minerales que dejé escritos por aquel tiempo. Han corrido una suerte casi tan asenderada como la mía, han padecido bombardeos y fugas, los había dado por perdidos y los he reencontrado hace poco, ordenando papeles olvidados desde hace decenios. No los he querido tirar. El lector los encontrará aquí a continuación, insertos, como el sueño de evasión de un prisionero, entre estas historias de química militante.

PLOMO

Me llamo Rodmund y vengo de muy lejos. Mi país se llama Thiuda, o por lo menos nosotros lo llamamos así; pero nuestros vecinos, o sea, nuestros enemigos, nos conocen por nombres distintos —Saksa, Nemet, Maman—. Mi país es diferente de éste: tiene grandes bosques y ríos, largos inviernos, lagunas, nieblas y lluvias. Mi gente, quiero decir los que hablan mi idioma, son pastores, cazadores y guerreros. No les gusta cultivar la tierra, es más, desprecian a quien la cultiva, invaden sus campos con los rebaños propios, saquean sus pueblos y hacen esclavas a sus mujeres. Yo no soy ni pastor ni guerrero; no soy ni siquiera un cazador, aunque mi oficio no sea, a fin de cuentas, muy distinto del de la caza. Me ata a la tierra, pero soy libre; no soy un campesino.

Mi padre y todos nosotros los Rodmund por línea paterna nos venimos dedicando desde siempre a lo mismo, un oficio que consiste en saber distinguir cierta piedra muy pesada, ir a encontrar a países lejanos, calentarla de un cierto modo que sabemos nosotros y sacar de ella el plomo negro. Cerca de mi pueblo había un yacimiento grande: se dice que fue descubierto por un antepasado mío al que llamaban Rodmund Dientes Azules. Es un pueblo de obreros del plomo. Todos lo saben fundir y trabajar, pero solamente nosotros los Rodmund, somos capaces de encontrar la piedra y garantizar que es la verdadera piedra de plomo y no una de tantas piedras pesadas como los Dioses han sembrado por las montañas para engañar a los hombres. Son los Dioses los que hacen crecer bajo tierra las vetas de los metales, pero las mantienen escondidas, en secreto. Quien las encuentra se iguala casi a ellos, y por eso los Dioses no lo aman y tratan de confundirlo. No nos aman a nosotros, los Rodmund, pero a nosotros nos trae sin cuidado.

Ahora bien, a lo largo de cinco o seis generaciones, el yacimiento se ha agotado. Hay quien ha propuesto perseguirlo bajo tierra excavando galerías e incluso ha llegado a intentarlo, para su desgracia. Al fin ha prevalecido la opinión de los más sensatos. Todos los hombres han reemprendido sus viejos oficios, pero yo no. De la misma manera que el plomo, sin nosotros, no ve la luz, así nosotros no podemos vivir sin plomo. El nuestro es un arte que le hace a uno rico, pero que le hace morir joven. Algunos dicen que esto pasa porque el metal se mete en la sangre y la va debilitando poco a poco; otros más bien se inclinan a pensar que pueda tratarse de una venganza de los Dioses. Pero sea como quiera, a nosotros los Rodmund nos importa poco que nuestra vida sea corta, porque somos ricos y respetados y porque vemos mundo. La verdad es que el caso de aquel antepasado mío de los dientes azules es excepcional, porque el yacimiento que descubrió era excepcionalmente rico. En general nosotros, los buscadores de plomo, somos también viajeros. Me han contado que también él mismo venía de muy lejos, de un país donde el sol es frío y no se pone nunca, la gente vive en palacios de hielo, y por el mar nadan monstruos marinos de mil pasos de longitud.

Así que, después de seis generaciones de descanso, yo he reemprendido esos viajes en busca de piedras para fundir, o para dárselas a fundir a otra gente, enseñándoles el arte

de hacerlo a cambio de oro. Eso es, nosotros los Rodmund somos nigromantes: convertimos el plomo en oro.

Partí yo solo, hacia el sur, cuando todavía era joven. Viajé durante cuatro años, de región en región, evitando las llanuras, remontando los valles, golpeando con el martillo y encontrando poca cosa o nada. En verano trabajaba en el campo, en invierno me dedicaba a trenzar cestos y a gastarme el oro que me había llevado conmigo, lie dicho que iba yo solo. A nosotros, las mujeres nos sirven para darnos un hijo varón con vistas a que la raza no se extinga, pero no nos las llevamos con nosotros. ¿Para qué? La piedra no aprenden a encontrarla; es más, si la tocan cuando tienen el período, se deshace en arena muerta o en ceniza. Más cuenta traen las muchachas que se van encontrando por el camino, buenas para una noche o para un mes, con las que se va uno de juerga sin pensar en el mañana, como hacen en cambio las esposas. Nuestro mañana vale más vivirlo a solas. Cuando las carnes empiezan a empalidecer y a ponerse flácidas, cuando empieza a doler el vientre, a caerse el pelo y los dientes y a volverse grises las encías, entonces es mejor estar solos.

Llegué a un lugar desde el cual, en los días despejados, se veía al sur una cadena de montañas. Al llegar la primavera, me volví a poner en camino, decidido a alcanzarlas. Estaba harto de aquella tierra pegajosa y blanda que no servía para nada, como no fuera para hacer ocarinas de teja, carente de virtudes y secretos. En la montaña es distinto; las rocas, que son los huesos de la tierra, aparecen al descubierto, resuenan bajo las botas claveteadas, y es fácil distinguir sus diferentes calidades. La llanura no se ha hecho para nosotros. Yo iba preguntando por todas partes dónde estaba el paso de la montaña más practicable. También preguntaba si tenían plomo, dónde lo compraban, a cuánto lo pagaban y cuanto más caro lo pagaban, más buscaba yo por las cercanías. Algunas veces no sabían siquiera lo que era el plomo; cuando les enseñaba un trozo de muestra que me llevo siempre en la alforja, se reían al notar lo tan blando, y me preguntaban burlescamente si en mi tierra se hacen también de plomo las rejas del arado y las espadas. La mayor parte de las veces, sin embargo, no lograba ni entenderlos ni hacerme entender: pan, leche, una yacija, una muchacha, la dirección que me convenía tomar al día siguiente, y eso era todo.

Atravesé un paso de montaña en pleno verano, bajo el sol que cata a mediodía casi a pico encima de mi cabeza, y a pesar de todo todavía se veían manchas de nieve encima de los prados. Un poco más abajo había rebaños, pastores y senderos. El fondo del valle se columbraba, tan abajo que daba la impresión de estar aún inmerso en la noche. Según bajaba iba encontrándome con pueblos, uno de ellos más bien grande, adonde la gente de la montaña solía bajar a intercambiar ganado, mulas, queso, pieles y una bebida roja llamada vino. Me tentaba la risa cuando los oía hablar; su idioma era un farfalleo tosco y confuso, un bla-bla animalesco, tanto que causaba pasmo comprobar que tenían, en cambio, armas y aparejos similares a los nuestros, algunos incluso más ingeniosos y elaborados. Las mujeres hilaban como las nuestras; construían casas de piedra, no tan hermosas pero sólidas, aunque algunas eran de madera y se levantaban a unos palmos del suelo, apoyadas sobre cuatro troncos rematados por discos de piedra lisa; creo que estos discos sirven para impedir que entren ratones en la casa y me parece una invención muy inteligente. Los tejados no eran de paja sino de piedras anchas y planas. La cerveza no la conocían.

En seguida vi que en lo alto, a lo largo de las paredes del valle, había agujeros en la roca; un chorreo de detritus, señal de que también por aquellos pagos había gente que buscaba. Yero no hice ninguna pregunta para no despertar sospechas; un forastero como yo ya debía despertarlas más que de sobra. Bajé al torrente, que era bastante impetuoso (me acuerdo que tenía un agua turbia y blanquecina, como mezclada con leche, cosa que en mi tierra no se ha visto nunca), y me puse a examinar las piedras con toda paciencia. Éste es uno de nuestros trucos; las piedras de un torrente vienen de lejos y le hablan claro a quien sabe entender. Había un poco de todo: pedernales, piedras verdes, piedras calizas, granito, piedra de hierro, y hasta incluso un poco de ésa que nosotros llamamos galmeida, todo cosas que no me interesaban. Y sin embargo se me había metido en la cabeza, como un clavo fijo, que en un valle como aquél, con algunas estrías blancas en la roca roja y con tanto hierro circulando, las piedras de plomo no podían faltar.

Iba bajando a lo largo del torrente, unas veces sobre los peñascos, otras vadeando por donde podía, como un perro de caza, con los ojos clavados en tierra, cuando he aquí que de pronto, un poco más abajo de la confluencia con otro torrente más pequeño, vi una piedra en medio de millones de otras piedras, una piedra casi igual a todas las demás, una piedra blanquecina con puntitos negros, que me hizo pararme en seco, tenso e inmóvil, igual que un sabueso que se orienta. La recogí, era pesada; al lado había otra parecida pero más pequeña. Nosotros es difícil que nos equivoquemos; pero para mayor seguridad, la partí en trozos y cogí uno de ellos del tamaño de una nuez, que me llevé conmigo para hacer pruebas. El buen buscador, el que va en seño y no quiere decir mentiras ni a los demás ni a sí mismo, no se debe fiar de las apariencias, porque la piedra, aunque parece muerta, está llena de trampas; a veces llega hasta a cambiar de género mientras la está uno excavando, como ciertas serpientes que cambian de color para pasar desapercibidas. Un buen buscador, por lo tanto, tiene que llevar consigo todas sus cosas: el crisol de arcilla, el cisco, la yesca, la piedra de afilar y otro instrumento más que no puedo decir porque es secreto y que sirve precisamente para saber si una piedra es buena o no.

Al llegar la noche me encontré en un lugar desviado, hice un fuego, puse encima el crisol bien estratificado, lo calenté durante media hora y lo dejé enfriar. Lo rompí, y allí estaba la laminita brillante y pesada, que se raspa con la uña, ésa que te ensancha el corazón y hace desaparecer de las piernas el cansancio del camino, la que nosotros llamamos «el pequeño rey».

Al llegar a este punto no es que se hayan arreglado las cosas; al contrario, la mayor parte del trabajo está todavía por hacer. Hay que volver a remontar el torrente, y mirar en cada bifurcación para ver si la piedra buena sigue apareciendo a derecha e izquierda. Remonté un buen rato el torrente más caudaloso, y la piedra seguía apareciendo, pero siempre con escasez. Luego el valle se estrechaba en una garganta tan honda y escarpada que no se podía ni pensar en subirla. Pregunté a los pastores de las cercanías, y me hicieron entender con gestos y gruñidos que no había manera de rodear aquel barranco, pero que, volviendo a bajar al valle grande, se encontraba un caminito de un ancho así, que daba a un pasadizo al que ellos daban un nombre como Tringo y bajaba hasta el pie de la garganta y terminaba en un lugar donde había bestias cornudas que mugían, y por tanto, (pensé yo) también pastos, pastores, pan y leche. Me puse en camino, encontré fácilmente el caminito y el Tringo, y desde allí bajé a una comarca bellísima.

Justamente enfrente de mí, según bajaba, se veía en primer término un valle verde lleno de alerces, y al fondo montañas cubiertas de nieve en pleno verano. El valle se cerraba a mis pies en una amplia pradera salpicada de cabañas y de ganado vacuno. Estaba cansado, bajé un poco más y me paré con los pastores. Eran desconfiados, pero conocían (incluso demasiado bien) el valor del oro, y me hospedaron por algunos días sin ningún problema. Lo aproveché para aprender algunas palabras de su idioma. A las montañas las llaman «pen», a los prados «tza», a la nieve de verano «roisa», «fea» a las ovejas y «bait» a sus casas, que son de piedra por la parte de abajo, donde alojan a los animales, y de madera por arriba con soportes de piedra, como ya he dicho, donde viven ellos y guardan el heno y las provisiones. Eran gente quisquillosa, de pocas palabras, pero no llevaban armas y no me trataron mal.

Una vez que hube descansado, reemprendí la rebusca, siempre siguiendo el sistema del torrente, y acabé metiéndome en un valle paralelo al de los alerces, alargado, estrecho y desierto, sin pastos ni bosques. El torrente que lo recorría era abundante en piedra buena; sentía encontrarme cerca de aquello que estaba buscando. Pasé tres días durmiendo a la intemperie; mejor dicho, sin dormir en absoluto, de tan impaciente como estaba; me pasaba las noches escudriñando el cielo en espera de que llegara el alba.

El yacimiento estaba muy a trasmano en una torrencera escarpada. La piedra blanca afloraba entre la hierba rala, al alcance de la mano, y bastaba con excavar dos o tres palmos para encontrar la piedra negra, la más rica de todas, que yo todavía no había visto pero me la había descrito mi padre. Piedra compacta, sin ganga, para dar trabajo a cien hombres durante cien años. Pero lo curioso es que allí ya debía haber estado alguien antes. Medio escondido detrás de una roca (que seguramente había sido puesta allí a propósito), se veía la entrada de una galería, que debía ser muy antigua porque de la bóveda colgaban estalactitas tan largas como mis dedos. En el suelo había estacas de madera podrida y trozos de huesos, pocos y corroídos; el resto se lo habrían llevado las zorras. De hecho, había huellas de zorra y probablemente también de lobo. Pero la mitad de un cráneo que sobresalía del fango era humano sin duda. Éstas son cosas difíciles de explicar, pero que ya más de una vez han ocurrido: que alguien, sabe Dios cuándo y viniendo de sabe Dios dónde, en un tiempo remoto puede que anterior al diluvio, encuentra una veta, no dice nada a nadie y trata de excavar en la piedra por sí solo, se deja allí los huesos y luego pasan los siglos. Mi padre me decía que no hay galería donde uno se ponga a excavar en que no se encuentre con los huesos de los muertos.

En fin, que el yacimiento estaba allí. Hice mis pruebas, fabriqué lo mejor que pude allí al aire libre un horno de fundición, bañé, volví a subir con la leña, fundí la cantidad de plomo que calculaba poder llevar al hombro y volví al valle. A la gente de los pastizales no les dije nada. Crucé otra vez por el Tringo y bajé a un pueblo grande de la otra vertiente que se llamaba Sales. Era día de mercado y me puse a exhibirme con mi trozo de plomo en la mano. Algunas personas empezaron a pararse, a tomarlo a peso y a hacerme preguntas que sólo entendía a medias. Estaba claro que querían saber para qué servía, cuánto costaba y de dónde procedía. Luego se adelantó uno de aire desenvuelto con un gorro de lana trenzada y nos entendimos bastante bien. Le hice ver que aquella sustancia se puede golpear con un martillo, allí mismo encontré un martillo y un poste de piedra y le demostré lo fácil que era convertirlo en láminas y placas; luego le expliqué que con las láminas,

soldándolas por un lado con un hierro candente, se pueden hacer tubos. Le dije que las tuberías de madera, por ejemplo los canalones de aquel pueblo Sales, se estropean y se pudren, que los tubos de bronce son difíciles de hacer y que cuando se usan para canalizar el agua potable provocan dolor de barriga, y que en cambio los tubos de plomo duran para siempre y se sueldan uno a otro con facilidad. Un poco a la aventura y poniendo una cara muy seria, se me ocurrió contarle que con una lámina de plomo se pueden revestir también las cajas de los muertos para que éstos no críen gusanos y se queden secos y delgados, con lo cual el alma tampoco se dispersa, cosa que es una gran ventaja; el plomo sirve asimismo para hacer estatuillas fúnebres, no brillantes como las de bronce sino un poco sombrías, un poco esfumadas, precisamente como conviene a objetos de luto que son. Como vi que estas cuestiones le interesaban mucho, le expliqué que, si va uno más allá de las apariencias, el plomo es realmente el metal de la muerte. Porque hace morir, porque su peso es un deseo de caer, y caer es cosa de cadáveres, porque su mismo color es mortecino muerto, porque es el metal del planeta, o sea, el planeta de los muertos. Le dije también que, según mi opinión, el plomo es una materia diferente de todas las demás materias, un metal al que uno nota cansado, tal vez cansado de transformarse, y que no quiere transformarse más; las cenizas de quién sabe qué otros elementos llenos de vida, que miles y miles de años atrás fueron quemados en su mismo fuego. Éstas son cosas que yo pienso de verdad, no es que me las inventara entonces para cerrar el negocio. Aquel hombre se llamaba Borvio, me escuchaba con la boca abierta y luego me dijo que debía ser exactamente así como yo lo explicaba, y que aquel planeta está consagrado a un dios que en su país se llama Saturno, y viene representado con una hoz. Era el momento de ir al grano, y mientras él continuaba aún rumiando mis charlatanerías, le pedí treinta libras de oro contra la concesión del yacimiento, la tecnología de la fundición y las instrucciones necesarias sobre los usos principales del metal. Él me hizo una contraoferta, consistente en algunas monedas de bronce con un jabalí, acuñadas sabe Dios dónde, pero yo hice además de escupir encima de ellas. Oro, y nada de cuentos. De todas maneras, treinta libras son muchas para alguien que viaja a pie, el mundo lo sabe, y yo sabía que Borvio lo sabía; así que cerramos el trato en veinte libras. Me hizo acompañarle hasta el yacimiento, cosa que me pareció justa. De regreso al valle, me entregó el oro; yo examiné los veinte lingotes uno por uno y los encontré auténticos y de buen peso. Luego nos cogimos una gran borrachera de vino para celebrar el contrato.

Era también una borrachera de despedida. No es que no me gustase aquel país, pero había varios motivos que me empujaban a volver a ponerme en camino. El primero, que quería conocer los países cálidos, aquellos donde, según se dice, crecen olivos y limoneros. Segundo, que quería ver el mar, no aquel tempestuoso de donde procedía mi antepasado el de los dientes azules, sino el mar tibio de donde se saca la sal. Tercero, que no sirve de nada conseguir oro y cargárselo uno a las costillas si andas con el terror continuo de que te lo roben cualquier noche o durante una borrachera. Cuarto y definitivo, que quería gastarme el oro en un viaje por mar, para conocer el mar y conocer a los marineros, porque los marineros, aunque ellos no lo sepan, necesitan el plomo.

Así que me fui. Caminé durante dos meses bajando por un valle triste y enorme; hasta que desembocó en la llanura. Había prados y campos de trigo y un olor áspero de cepas quemadas que me hizo sentir nostalgia de mi país. El otoño tiene el mismo olor en todos

los países del mundo, un olor a hojas muertas, a tierra en reposo, a haces de leña que se queman, en una palabra, a cosas que se acaban, y uno piensa «para siempre». Encontré una ciudad fortificada, tan grande como no la hay en nuestro país, situada en la confluencia de dos ríos. Había un mercado de esclavos, carne, vino, muchachas sucias macizas y desgredadas, una posada con buen fuego, y allí pasé el invierno. Nevuscaba como en nuestros pagos. Reemprendí viaje en marzo, y después de un mes de camino me encontré con el mar. No era azul, sino gris, mugía como un bisonte y se arrojaba sobre la tierra como si la quisiera devorar. Pensando que el mar no conocía reposo, que no lo había conocido jamás desde que el mundo es mundo, me sentía desfallecer. Vero, a pesar de todo, cogí el camino hacia levante, a lo largo de la playa, porque el mar me fascinaba y no era capaz de separarme de él.

Encontré otra ciudad y me detuve en ella, entre otras cosas porque mi oro tocaba a su fin. Había pescadores y gente extraña, que venía embarcada desde diferentes países muy lejanos. Hacían negocios de compraventa, por la noche llegaban a las manos a causa de las mujeres y se acuchillaban por los rincones. Así que yo también me compré un cuchillo grande, de bronce, con la vaina de cuero, para llevarlo sujeto a la cintura debajo de la ropa. Conocían el cristal pero los espejos no. Mejor dicho, tenían solamente espejitos de bronce pulido, de cuatro perras, de esos que se cuartejan en seguida y falsean los colores. Cuando se dispone de plomo, no es nada difícil hacer un espejo de cristal, pero yo les dejé caer el secreto desde muy alto, les conté que es un arte solamente conocido por nosotros los Rodmund, que nos lo ha enseñado una diosa que se llama Frigga, y otras tonterías por el estilo que la gente aquella se tragó como agua.

Necesitaba dinero. Busqué en torno mío y encontré del puesto a un cristalero que tenía un aire bastante inteligente. Entré en tratos con él.

De él aprendí diferentes cosas, la primera de todas que el cristal se puede soplar. Aquel sistema me gustaba tanto que hasta me lo hice enseñar, y el día menos pensado voy a probar también a soplar el plomo y el bronce fundido. (Claro que son demasiados líquidos, va a ser difícil que salga bien.) Yo les enseñé a ellos, a cambio, que sobre una lámina de cristal aún caliente, se puede verter el plomo fundido, y se obtienen espejos no muy grandes, pero luminosos, sin defectos, y que duran muchos años. Además aquel hombre era bastante listo, tenía un secreto para colorear el cristal, y conseguía láminas abigarradas de bellísimo aspecto. Yo estaba entusiasmado de la colaboración y se me ocurrió el invento de hacer espejos aprovechando también las caperuzas de cristal soplado metiéndoles el plomo dentro o pegándoselo por fuera. Al mirarse uno en ellos se ve muy grande, muy pequeño o completamente deformado. Estos espejos no les gustan a las mujeres, pero todos los niños piden que se los compren. Durante todo el verano y el otoño estuvimos vendiendo espejos a los mercaderes, que nos los pagaban bien. A todo esto, yo iba hablando con ellos y trataba de recoger la mayor cantidad de información posible sobre una región que muchos de ellos conocían.

Era pasmoso observar la idea tan confusa sobre los puntos cardinales y distancias que tenía aquella gente, a pesar de pasarse la mitad de su vida en el mar. Yero en fin, había un punto sobre el que todos estaban de acuerdo y era el de que navegando con rumbo al sur, unos decían que mil millas y otros que diez veces más, se encontraba una tierra que el sol

había quemado hasta convertirla en polvo, rica en árboles y animales nunca vistos, habitada por hombres feroces de piel negra. Pero muchos daban por cierto que a mitad de camino se encontraba una gran isla llamada Icnusa, que era la isla de los metales. Acerca de esta isla se contaban las historias más raras: que estaba habitada por gigantes, pero que los caballos, los bueyes y hasta los conejos y los pollos eran, en cambio, minúsculos; que mandaban las mujeres e iban a la guerra mientras los hombres cuidaban del ganado y tejían la lana; que estos gigantes eran devoradores de hombres, sobre todo de extranjeros; que era una tierra de completo puterío, donde los casados cambiaban de mujer y hasta los animales se apareaban a la buena de Dios, los lobos con las gatas, los osos con las vacas; que el embarazo de las mujeres no duraba más que tres días, pasados los cuáles parían y en seguida le decían al niño: «Venga, tráeme las tijeras y da la luz, que te corte el cordón umbilical». Otros contaban también que a lo largo de sus costas hay fortalezas de piedra, grandes como montañas; que todo en aquella isla está hecho con piedra, las puntas de las lanzas, las ruedas de los carros, hasta los peines de las mujeres y las agujas de coser, incluso las cazuelas donde cocinan; y que llegan a tener piedras que queman y las encienden debajo de estas cazuelas; que a lo largo de sus caminos, vigilando las encrucijadas; hay monstruos de piedra espantosos de ver. Yo prestaba atención a estas cosas con gesto grave, pero por dentro de mí me moría de risa, porque a estas alturas ya he corrido bastante mundo y sé que todo el mundo es como tu pueblo. También yo, por otra parte, cuando vuelvo de mis viajes y hablo de los países donde he estado, me divierto inventando cosas estrafalarias; de hecho aquí se cuentan algunas fantásticas sobre mi tierra, por ejemplo que nuestros búfalos no tienen rodillas, y que para cazarlos basta con serrar por su base los árboles contra los que se apoyan por la noche para descansar; bajo su peso, el árbol se troncha, ellos caen todo lo largos que son y ya no se pueden volver a levantar.

Sobre el asunto de los metales, sin embargo, estaban todos de acuerdo. Muchos mercaderes y capitanes de nave habían traído a tierra desde la isla aquella cargamentos de metal en bruto o trabajado, pero era gente tosca y a través de sus conversaciones era difícil entender de qué metal se trataba, también porque no todos hablaban la misma lengua y ninguno hablaba la mía, así que se hacía uno un lío con los términos. Decían, por ejemplo, «Kalibe», y no había manera de entender si querían decir hierro, plata o bronce. Otros llamaban «sinder» unas veces al hierro y otras al hielo, y eran tan ignorantes como para sostener que el hielo de las montañas, con el transcurso de los siglos y bajo el peso de la roca, se endurece y se convierte primero en cristal de roca y luego piedra de hierro.

Total, que yo estaba harto de ocupaciones propias de mujeres y tenía ganas de ir a aquella Icnusa. Vendí al cristalero mi parte en el negocio, y con aquel dinero más el que había ganado con los espejos, saqué pasaje a bordo de una nave de carga. Pero en el invierno no se sale, porque sopla la tramontana o el mistral o el de todos los días o el sureste, total, que parece que ningún viento es bueno, y hasta que llega abril lo mejor es quedarse en tierra, emborracharse, jugarse a los dados hasta la camisa y preñar a las chicas del puerto.

Salimos a comienzos de abril. La nave iba cargada de ánforas de vino. Además del patrón iban cuatro marineros, el jefe de tripulación y veinte remeros encadenados a los bancos. El jefe de tripulación venía de Kriti y era un mentiroso horrible; contaba cosas de

un país habitado por unos hombres llamados Orejones, de orejas tan desmesuradas que en invierno se envuelven en ellas para dormir, y por unos animales con la cola en la parte de delante que atienden por Alfil y entienden el lenguaje de los hombres.

Debo confesar que tardé en acostumbrarme a vivir en el barco. Te baila bajo los pies, se inclina tan pronto a la derecha como a la izquierda, se hace difícil comer y dormir y se pisa uno un pie con otro por falta de sitio. Además los remeros encadenados te miran con ojos tan feroces que acabas pensando que, si no estuvieran encadenados como están, te harían pedazos en un momento. Y el patrón me dijo que ha llegado a pasar a veces. Por otra parte, cuando el viento sopla propicio, la vela se hincha y los remeros levantan los remos, es igual que ir volando, en un silencio encantado; se ven saltar los delfines fuera del agua, y los marineros sostienen que pueden adivinar, por la expresión de su morro, el tiempo que hará el día siguiente. Aquel barco estaba bien embadurnado de brea, y sin embargo se le veía todo el fondo agujereado, por culpa de los moluscos, según me explicaron. También en el puerto había visto que todos los barcos anclados estaban carcomidos. No hay nada que hacer, me dijo el patrón, que hacía también las veces de capitán. Cuando un barco está viejo, se desguaza y se quema. "Pero yo tenía mis propias ideas, lo mismo que con respecto al ancla. Es una tontería hacerla de hierro, la come la herrumbre y no dura ni dos años. ¿Y qué decir de las redes de pescar? Aquellos marineros, cuando soplaban buen viento, echaban una red que llevaba flotadores de madera y piedras a modo de lastre. ¡Piedras! Si en vez de piedras, hubieran sido trozos de plomo, resultaría cuatro veces menos incómodo. Claro que no comenté nada con nadie, pero, como podréis comprender vosotros mismos, estaba ya pensando en el plomo que iba a arrancar de las entrañas de la Icnusa, o sea que estaba vendiendo la piel del oso antes de haberlo cazado.

Dimos vista a la isla después de once días de navegación. Entramos a base de remos en un puerto pequeño: alrededor se veían acantilados de granito y esclavos que esculpían columnas. Ni eran gigantes ni dormían envueltos en sus propias orejas; eran como nosotros, y con los marineros se entendían bastante bien, pero sus vigilantes no les permitían hablar. Era aquella una tierra de roca y de viento que en seguida me gustó. El aire estaba lleno de olor a hierbas, amargas y salvajes, y la gente parecía fuerte y sencilla.

La región de los metales estaba a dos jornadas de camino. Alquilé un burro con su guía y, esto sí es verdad, son burros pequeños (aunque no del tamaño de los gatos, como se decía en el continente), pero robustos y resistentes. Total, que en las habladurías siempre puede haber algo de verdad, tal vez una verdad oculta bajo velos de palabras, como una adivinanza. Por ejemplo, vi que también aquello de las fortalezas de piedra tenía sentido. No son tan grandes como montañas, pero macizas, de forma regular, con adornos de piedra ensamblados con precisión. Y lo más curioso es que todo el mundo dice que «han estado desde siempre», pero nadie sabe por quién, cómo, por qué ni cuándo han sido construidas. Que los isleños devoran a los extranjeros es, en cambio, una gran mentira. Me condujeron hasta la mina, una etapa tras otra, sin hacer historias ni misterios, como si su tierra fuese de todos.

La región de los metales es una pura borrachera; como cuando un sabueso se mete en un bosque lleno de caza, que se pone a saltar de olfateo en olfateo, tiembla de arriba abajo y se queda como tonto. Está cerca del mar, formada por una hilera de colinas que se

convierten en despeñaderos en su parte alta, y se ven de cerca y a lo lejos, hasta los confines del horizonte, los penachos de humo de las fundiciones, con gente alrededor entregada a la tarea, unos libres y otros esclavos. Hasta la historia de la piedra que quema era verdad; no daba crédito a mis ojos. Tarda un poco en encenderse, pero luego da mucho calor y dura mucho. La traían allí desde no sé dónde, en canastas a lomos de burro. Era negra, pegajosa, frágil y no excesivamente pesada.

Como iba diciendo, hay piedras maravillosas y preñadas sin duda de metales nunca vistos que afloran en huellas blancas, violeta o azul celeste. Debajo de aquella tierra debe haber un entramado fabuloso de vetas. De muy buena gana me habría perdido en él, golpeando, excavando y haciendo pruebas; pero soy un Rodmund y mi piedra es el plomo. Me puse inmediatamente manos a la obra.

Encontré un yacimiento en el confín de la comarca, donde me pareció que nadie habría rebuscado nunca. De hecho no existían pozos ni galerías ni vertederos, y ni siquiera se veían datos aparentes en la superficie. Las piedras que afloraban eran como todas las otras piedras. Pero allí, un poco más abajo, plomo lo había. Esto es algo en lo que he pensado muchas veces; que nosotros los buscadores «creemos» encontrar el metal con los ojos, pero en realidad lo que nos impulsa es algo más profundo, una fuerza como la que guía a los salmones cuando remontan nuestros ríos o a las golondrinas cuando retornan al nido. Tal vez nos pase lo mismo que a los zahoríes, que no saben qué es lo que les guía a donde hay agua, pero no cabe duda de que algo los debe de guiar e imprimir un quiebro a la varita entre sus dedos.

No puedo explicarlo, pero precisamente allí estaba el plomo, lo sentía bajo mis pies, turbio, venenoso y grávido, en una extensión de dos millas a lo largo de un arroyo en medio de un bosque donde las abejas salvajes venían a anidar en los troncos heridos por el rayo. Al poco tiempo compré esclavos que excavasen para mí, y en cuanto pude ahorrar un poco de dinero me compré también una mujer. No para pasar el rato con ella; la escogí con cuidado, sin fiarme tanto de la belleza como en que fuese sana, ancha de caderas, joven y alegre. La escogí así para que me diese un Rodmund y nuestra estirpe no fenezca. Y no he querido perder tiempo, porque mis manos y mis rodillas han empezado a temblar, y los dientes me bailan en las encías y se han puesto azules como los de aquel antepasado mío que vino del mar. Este Rodmund nacerá a finales del próximo invierno, en esta tierra donde crece la palma y se condensa la sal, y se oye ladrar de noche a los perros salvajes sobre la pista del oso; en este pueblo que he fundado yo junto al arroyo de las abejas salvajes, y al cual me hubiera gustado poner un nombre en mi lengua, que estoy olvidando, Bak der Binnen, eso es, que quiere decir «Río de las Abejas». Pero la gente de aquí ha aceptado el nombre sólo en parte, y entre ellos, en su lengua, que ya es la mía, lo llaman «Bacu Abis».

MERCURIO

Yo, el abajo firmante cabo Abrahams, vivo en esta isla con Maggie, mi mujer, desde hace catorce años. Me mandaron aquí de guarnición. Parece ser que en una isla vecina (bueno, «la más vecina» quiero decir; está al noroeste de aquí, a no menos de 1.200 millas y se llama Santa Elena) vivía exiliada una persona importante y peligrosa, y tenían miedo de que sus partidarios le ayudasen a huir y a refugiarse aquí. Es una historia en la que nunca he creído. Mi isla se llama «Desolación», y nunca he podido entender qué se le podía haber perdido aquí a una persona importante como aquélla.

Corrió la voz de que era un renegado, adúltero, papista, un agitador del pueblo y un fanfarrón. Mientras vivió, estaban con nosotros otros doce soldados, gente joven y alegre de Gales y del Surrey; eran además buenos campesinos y nos echaban una mano en el trabajo. Luego el agitador del pueblo se murió, y entonces vino un barco cañonero para devolvernos a todos a nuestras casas. Pero Maggie y yo nos acordamos de ciertas deudas viejas y preferimos quedarnos aquí ocupándonos de nuestros cerdos. Nuestra isla tiene la forma que se ve representada aquí a continuación.

Es la isla más solitaria que existe en el mundo. Ha sido descubierta más de una vez, por portugueses, por holandeses, y antes todavía por gente salvaje que ha dejado esculpidos ídolos y señales en la roca del monte Snowdon. Pero nadie se ha establecido aquí nunca, porque se pasa lloviendo más de la mitad del año y la tierra no da más que sorgo y patatas. A pesar de todo, el que tenga buen conformar no se morirá de hambre, porque la costa norte bulle de focas durante cinco meses al año y las dos islitas de la parte sur están llenas de nidos de gaviotas; no hay más que coger una barquita y se encuentran todos los huevos que uno quiera. Saben a pescado, pero son nutritivos y quitan el hambre. Por otra parte, aquí todo sabe a pescado, hasta las patatas y los cerdos que las comen.

En la ladera este del monte Snowdon crecen encinas y otras plantas cuyo nombre ignoro; en otoño dan flores azul celeste; carnosas, que huelen a gente sucia; en invierno bayas duras y agrias, malas de comer. Son plantas extrañas; chupan agua de lo hondo de la tierra y la vuelven a expulsar en forma de lluvia desde la cima de sus ramas. Hasta en los días secos, la tierra de este bosque aparece húmeda. El agua que llueve de las ramas no sólo es buena para beber sino que está indicada en casos de inflamación, aunque sepa un poco a musgo. Nosotros la recogemos mediante un sistema de canalones y tinajas. A este bosque, que es, por otra parte, el único que hay en la isla, lo hemos bautizado con el nombre de «Bosque que llora».

Nosotros vivimos en Aberdare. No es un pueblo, son simplemente cuatro barracones de madera, dos de ellos derruidos; pero uno de los galeses, que era precisamente de Aberdare, insistió en llamarlo así. El Duckbill constituye el extremo norte de la isla. El soldado Cochrane, que tenía nostalgia de su país, iba allí muy a menudo y se pasaba el día rodeado de viento y de niebla salada, porque así le parecía estar más cerca de Inglaterra. Incluso llegó a construir un faro, que nadie se molestó nunca en encender. Se llama Duckbill porque, visto desde la parte este, tiene exactamente el perfil de un pico de ánade.

La Isla de las Focas es llana y arenosa, y las focas vienen en invierno a poner sus huevos allí. A la gruta Holywell, o sea Pozosanto, le puso ese nombre mi mujer, que no sé qué es lo que le encontraría. Durante ciertos períodos, en el tiempo en que estábamos solos, le daba por ir allí todas las tardes con una antorcha, y eso que desde Aberdare hay casi dos millas. Se sentaba allí y se ponía a hilar o a hacer punto, esperando no se sabe qué. Se lo pregunté más de una vez, y me contestó cosas confusas, que oía voces y veía sombras, y que allí abajo, donde ni siquiera llega el rumor del mar, se sentía menos sola y más arropada. Yo de lo que tenía miedo, en cambio, era de que Maggie se deslizase hacia la idolatría. En aquella gruta había grandes pedruscos que semejaban rostros de hombres y animales; uno de ellos, justo en el fondo, era un cráneo con cuernos. Por supuesto que aquellas formas no se debían a la mano del hombre, pero entonces ¿a la de quién? Yo, por lo que a mí respecta, prefería mantenerme al margen de aquello. Porque además algunas veces se oían en la gruta murmullos sordos, como de cólico en las visceras de la tierra, el suelo se calentaba bajo los pies y de algunas rendijas que había al fondo salían vientos con olor a azufre. Total, que yo a aquella gruta le hubiera puesto un nombre completamente distinto. Pero Maggie decía que aquella voz que ella afirmaba haber oído, enunciaría un día nuestro destino y el de la isla y el de toda la humanidad.

Maggie y yo estuvimos solos durante varios años. Una vez al año, por Pascua, pasaba la ballenera de Burton para traernos noticias del mundo y algunas vituallas, y para cargar el poco tocino ahumado que nosotros producimos. Pero luego todo cambió. Hace tres años nos desembarcó aquí a dos holandeses. Willem era entonces casi un niño, tímido, rubio y sonrosado. Tenía en la frente una erupción plateada que parecía lepra y ningún barco lo quería a bordo. Hendrik era más viejo, delgado, de pelo gris y con arrugas en la frente. Nos contó una historia poco clara de una reyerta en la cual parece que le rompió la cabeza a su contramaestre, por lo que en Holanda le esperaba la horca. Pero no hablaba como un marinero y tenía manos de señorito, no de uno que anda por ahí abriéndole la cabeza a la gente. Pocos meses después una mañana vimos que salía humo de una de las islas de los Huevos. Cogí la barca y fui a ver. Me encontré allí con dos naufragos italianos; Gaetano de Amalfi y Andrés de Noli. Su barco se había destrozado contra la escollera del Erpice, y ellos se habían salvado a nado. No sabían que la isla grande estuviera habitada, habían encendido un fuego de ramas secas y guano para secarse. Les dije que dentro de pocos meses volvería a pasar Burton y los podría desembarcar en Europa, pero rechazaron la idea horrorizados.

Después del espectáculo de aquella noche, nunca en la vida volverían a poner los pies en un barco; y me costó Dios y ayuda convencerlos para que entrasen en mi lancha para salvar las cien yardas de mar que nos separaban de Desolación. Si por ellos hubiera sido, se habrían quedado en aquel escollo miserable, comiendo huevos de gaviota hasta que les llegara la muerte natural.

No se puede decir que en Desolación falte sitio. Los instalé a los cuatro en uno de los barracones abandonados por los galeses y estaban allí bastante amplios, porque además su equipaje era poco. Solamente Hendrik tenía un baúl de madera cerrado con un candado. La erupción de Willem luego no resultó ser lepra ni cosa parecida; Maggie se la curó en

pocas semanas con emplastos de una hierba que ella conoce; no son berros exactamente, es una hierba aceitosa que crece en las márgenes del bosque y tiene buen sabor al comerla, aunque produce luego malos sueños. Nosotros, con todo, decimos que son berros. A decir verdad, no le curó sólo con los emplastos. Se encerraba con él en el cuarto y le cantaba una especie de nanas, veteadas de pausas que a mí se me hacían demasiado largas. Me quedé más contento, y más tranquilo, cuando Willem se curó, pero enseguida empezó otra historia enojosa con Hendrik. Maggie y él daban juntos largos paseos, y les oí hablar de las siete llaves, de Hermes Trimegisto, de la unión de los contrarios y de otras cosas poco claras. Hendrik se construyó una cabaña sólida, sin ventanas, se llevó el baúl y se pasaba allí los días enteros, a veces con Maggie; se veía salir el humo por la chimenea. También iban juntos a la gruta y volvían con piedras de colores que Hendrik llamaba «cinabrios».

Los dos italianos me daban menos quebraderos de cabeza. También ellos miraban a Maggie con ojos brillantes, pero no sabían inglés y no podían hablar con ella. Además estaban celosos uno de otro, así que se pasaban el día espiándose mutuamente. Andrés era devoto, y en poco tiempo nos llenó la isla de santos de madera y de arcilla cocida. Le regaló una virgen de terracota a Maggie, que no sabía qué hacer con ella, y acabó por ponerla en un rincón de la cocina. Total, que estaba claro para cualquiera que aquellos cuatro hombres lo que necesitaban era cuatro mujeres. Un día los reuní y les dije sin rodeos que si alguno de ellos le tocaba a Maggie el pelo de la ropa acabaría en el infierno, porque no se debe desear a la mujer ajena; pero que al infierno, además, los iba a mandar yo mismo, aunque fuera al precio de acabar yo también en él. Cuando Burton volvió a pasar por aquí con la bodega atiborrada de aceite de ballena, todos a una le encargamos solemnemente que nos encontrara cuatro mujeres, pero se nos echó a reír en las barbas. ¿Qué nos habíamos creído? ¿Que era fácil encontrar mujeres dispuestas así por las buenas a venirse a vivir entre focas para casarse con cuatro muertos de hambre? En todo caso, si se lo pagáramos... ¿Pero con qué? Por supuesto que no iba a ser con nuestras salchichas, mitad de cerdo y mitad de foca, que apestaban a pescado más que su propia ballenera. Se fue, y enseguida levantó velas.

Aquella misma tarde, poco antes de anochecer, se escuchó un gran trueno y algo así como si la isla misma se tambalease sobre sus raíces. El cielo se había puesto oscuro en pocos minutos, y la nube negra que lo cubría estaba iluminada desde abajo como por un fuego. De la cumbre del Snowdon se vieron salir primero rápidos relámpagos de color rojo que subían hasta el cielo, y luego un ancho y lento borbotón de lava encendida. No bajaba hacia nosotros, sino a la izquierda, hacia el sur, escurriéndose de peña en peña entre silbidos y chisporroteos. Una hora más tarde había llegado al mar, y se apagaba allí rugiendo y levantando una columna de humo. Ninguno de nosotros había pensado nunca que el Snowdon pudiera ser un volcán; y sin embargo la forma de su cumbre, con una cuenca redonda de por lo menos doscientos pies de profundidad, podía habérselo hecho suponer.

La función siguió adelante durante toda la noche, calmándose de vez en cuando y luego volviendo a tomar incremento con una nueva serie de explosiones. Parecía que no iba a acabar nunca. Pero hacia el alba, empezó a soplar un viento cálido del este, el cielo se volvió a limpiar y el estrépito se fue haciendo poco a poco menos intenso, hasta reducirse a un murmullo, que luego dio paso al silencio. El manto de lava, de amarillo y

deslumbrante que era, se volvió rojizo como las brasas, y al día siguiente ya estaba apagado.

Lo que a mí me preocupaba más eran los cerdos. Mandé a Maggie a la cama, y a los otros cuatro les pedí que vinieran conmigo; quería ver los cambios que se habían operado en la isla.

A los cerdos no les había pasado nada, pero se echaron a correr a nuestro encuentro como si fuéramos sus hermanos. (Yo no soporto que se hable mal de los cerdos; son animales que tienen mucho conocimiento y me da pena cuando los tengo que abrir en canal.) Se habían abierto diferentes grietas, dos de ellas tan grandes que no se les ve el fondo, en la vertiente noroeste. El borde suroeste del bosque que llora había quedado hundido, y la falla vecina de terreno, de doscientos pies de ancho, seca e incendiada. La tierra debía estar más caliente que el cielo, porque el fuego persiguió a los troncos hasta por dentro de sus raíces, excavando túneles que desplazaron a éstas. El manto de lava estaba tachonado de burbujas reventadas con los bordes cortantes como astillas de vidrio, y parecía un gigantesco rallador de queso saliendo del borde sur del cráter, que es el que se derrumbó. El borde sur, en cambio, que constituye la cumbre del monte, es ahora una cresta redondeada que parece mucho más alta que antes.

Cuando nos asomamos a la gruta del Pozosanto, nos quedamos de piedra. Era otra gruta, completamente diferente, como cuando se desbarata una baraja de cartas, estrecha donde antes fue ancha, alta donde había sido baja. Una parte de bóveda se había derrumbado y las estalactitas, antes bocabajo, apuntaban hacia un lado, como picos de cigüeña. En el fondo, donde estaba el Cráneo del Diablo, había ahora un enorme recinto, como la cúpula de una iglesia, aún lleno de humo y de crujidos, hasta tal punto que Andrés y Gaetano querían a toda costa retroceder y dejarlo. Los mandé a buscar a Maggie, para que también ella viniera a ver su caverna; y, como era de esperar, Maggie llegó enseguida jadeante por la carrera y por la emoción. Los otros dos se quedaron aparte, probablemente rezando a sus santos y recitando letanías. Una vez dentro de la gruta, Maggie corría hacia delante y hacia atrás, como los perros de caza, como si la llamasen aquellas voces que ella decía oír. De repente dio un grito que nos puso los pelos de punta. En el techo de la cúpula había una grieta, y de ella estaban cayendo gotas, pero no de agua. Eran unas gotas resplandecientes y pesadas; llovían sobre el pavimento de la roca y estallaban en miles de pequeñas gotitas que rodaban hasta muy lejos. Un poco más abajo habían formado un charco, y entonces pudimos comprender que aquello era mercurio. Hendrik lo tocó, y luego lo toqué yo también. Era una materia viva y fría, que se movía en pequeñas olas como irritadas y frenéticas.

Hendrik parecía transfigurado. Intercambiaba con Maggie rápidas miradas cuyo significado se me escapaba y a nosotros nos decía cosas oscuras y embrolladas, que para él en cambio parecían tener sentido: que había llegado la hora de iniciar la Gran Obra; que, como el cielo, también la tierra tiene su rociada y que la caverna estaba llena del *spiritus mundi*. Luego se volvió descaradamente a Maggie y le dijo: «Ven aquí esta noche; haremos la bestia de dos lomos». Se quitó del cuello una cadenita con una cruz de bronce, y se la enseñó. Tenía una serpiente crucificada. Echó la cruz en el mercurio del charco, y la cruz flotaba.

Mirando atentamente alrededor, el mercurio rezumaba por todas las grietas de la nueva gruta, como la cerveza de los barriles nuevos. Aguzando el oído, se sentía como un murmullo sonoro, hecho de las mil gotas metálicas que se desprendían de la bóveda para aplastarse contra el suelo, y del murmullo de los arroyuelos que se escurrían vibrando como plata fundida, y se sumían en las grietas del suelo.

A decir verdad, Hendrik no me había gustado nunca; de los cuatro, era el que menos me gustaba. Pero en aquellos momentos además me daba miedo, me producía rabia y desprecio. Tenía en los ojos una luz oblicua y movediza, como la del mismo mercurio. Era como si se hubiese convertido en mercurio, como si el mercurio le corriera por las piernas y se le filtrara a través de los ojos. Andaba por la caverna como un hurón, cogiendo a Maggie por la muñeca, hundía las manos en los charcos de mercurio, se lo rociaba por el cuerpo y se lo echaba encima de la cabeza, lo mismo que un sediento haría con el agua; sólo le faltaba beberlo. Maggie lo seguía como hechizada. Aguanté un poco más, pero luego abrí la navaja, le agarré por el pecho y lo acorralé contra la pared de roca. Soy mucho más fuerte que él, y se arrugó como las velas cuando deja de soplar el viento. Yo quería saber quién era, qué quería de nosotros y de la isla y qué historia era aquella de la bestia con dos lomos.

Parecía uno que se acaba de despertar de un sueño, y no se hizo rogar. Confesó que todo aquél asunto del contraamaestre a quien él mató era una patraña, pero no lo de la horca que les estaba esperando en Holanda. Les había propuesto a los Estados Generales transformar en oro la arena de las dunas, había obtenido una subvención de cien mil florines, había gastado unos cuantos en experimentos y el resto en cuchipandas; luego le habían pedido ejecutar delante de los prohombres lo que él llamaba el experimentum crucis, pero de mil libras de arena no había logrado sacar más que dos pepitas de oro, así que había saltado por la ventana, se había escondido en casa de su concubina, y luego se había embarcado furtivamente en el primer barco que salía para El Cabo. Tenía en el baúl todo su equipo de alquimista. En cuanto a lo de la bestia, me dijo que no era una cosa que se pudiera explicar en dos palabras. Para la obra que querían llevar a cabo, el mercurio era indispensable, porque es espíritu fijo volátil, es decir principio femenino, y combinado con el azufre, que es tierra ardiente masculina, permite obtener el Huevo Filosófico, que es precisamente la Bestia con dos Lomos, por estar en ella unidos y entremezclados el macho y la hembra. Un bonito discurso, ¿a que sí? Un hablar transparente y directo, muy propio de alquimista, del cual no me creí una sola palabra. Ellos dos eran la bestia con dos lomos, él y Maggie; él gris y peludo, ella blanca y suave, dentro de la gruta o Dios sabe dónde, quizá en nuestra propia cama, mientras yo me cuidaba de los cerdos, se estaban preparando a hacer aquello, borrachos de mercurio como estaban, si es que no lo habían hecho ya.

Puede que también a mí me corriera el mercurio por las venas, porque en aquel momento verdaderamente lo veía todo rojo. Después de veinte años de matrimonio, a mí de Maggie no me importaba tampoco tanto, pero en aquel momento me sentía encendido de deseo por ella, y habría sido capaz de hacer una matanza. Sin embargo me controlé. De hecho, sin soltar todavía a Hendrik y teniéndolo bien acorralado contra la pared, se me ocurrió una idea, y le pregunté que cuánto valía el mercurio. Él tenía que saberlo, por su oficio.

—Doce esternas la libra —me respondió con un hilo de voz.

—¡Júralo!

—¡Lo juro! —contestó él, levantando los dos pulgares y escupiendo al suelo entre medias; debía ser la forma de juramento de los alquimistas de metales. Pero tenía mi navaja tan cerca de la garganta que seguramente estaba diciendo la verdad. Le dejé libre y él, todavía francamente asustado, me explicó que el mercurio en bruto, como el nuestro, no vale tanto, pero que se puede depurar destilándolo, como el whisky, en retortas de fundición o de terracota; luego se rompe la retorta y en los restos se encuentra plomo, con frecuencia plata y a veces oro; que eso era un secreto de ellos, pero que lo destilaría para mí, si le prometía perdonarle la vida.

Yo no le prometí absolutamente nada, pero en cambio le dije que con el mercurio quería pagar aquellas cuatro mujeres. Hacer retortas y vasos de barro cocido debía ser mucho más fácil que transformar en oro la arena de Holanda, así que le convenía darse prisa. Se acercaba la Pascua y la visita de Burton. Para Pascua quería que estuvieran listos cuarenta tarros de una pinta de mercurio depurado cada uno, todos iguales, con su tapaderita, bien lisos y redondos, porque el aspecto también influye. Que pidiera ayuda a los otros tres, y que yo además también le echaría una mano. Para cocer las retortas y los tarros, que no se preocupara, existía ya un horno donde Andrés ponía a cocer sus santos.

A destilar aprendí enseguida, y en diez días los tarros estaban listos. Eran para una sola pinta cada uno, pero en cada pinta de mercurio entraban holgadamente diecisiete libras, así que costaba trabajo levantar los tarros a pulso, y al moverlos daba la impresión de que dentro se debatía un animal vivo. En cuanto a encontrar el suficiente mercurio en bruto, no había problema. Dentro de la caverna chapoteaba uno en mercurio, nos goteaba sobre la cabeza y los hombros, y al volver a casa nos lo encontrábamos por los bolsillos, en las botas y hasta en la cama, y a todo el mundo lo encalabrínaba un poco, así que empezaba a parecerme natural la idea de cambiarlo por mujeres. Realmente es una sustancia muy singular. Es frío y escurridizo, perennemente inquieto, pero cuando se para puede uno mirarse en él mejor que en un espejo. Si le haces dar vueltas en un recipiente, sigue girando casi durante media hora. Y no es sólo el crucifijo sacrilego de Hendrik lo que flota sobre el mercurio; también las piedras y hasta el plomo. El oro no. Maggie hizo la prueba con su anillo, pero enseguida se hundió, y cuando lo repescamos se había vuelto de estaño. En fin, que es una materia que no me gusta, y estaba deseando terminar de una vez con el asunto y liberarme de él.

Por Pascua llegó Burton. Recogió los cuarenta tarros bien sellados con cera y arcilla y se volvió a marchar sin hacer promesas. Una tarde, hacia finales de otoño, vimos sus velas delinarse entre la lluvia, ir aumentando y luego desaparecer en el aire opaco y en la oscuridad. Creímos que estaría esperando la luz para entrar en el puertecito, como solía hacer, pero a la mañana siguiente ya no había huellas de Burton ni de su ballenera. En cambio estaban de pie sobre la playa, empapadas y ateridas, las cuatro mujeres, y además dos niños, arrebujados unos contra otros formando un montón, a causa del frío y de la timidez. Una de ellas me entregó en silencio una carta de Burton. Traía pocas líneas: que, para encontrar cuatro mujeres para cuatro desconocidos de una isla desierta, se había visto obligado a ceder todo el mercurio y no le había quedado nada para cobrarse la comisión;

que ya nos la reclamaría, en mercurio o en tocino, en un porcentaje del diez por ciento, en su próxima visita; que no eran mujeres de gran calidad, pero que no había encontrado nada mejor; que había preferido desembarcarlas a toda prisa y volverse a sus ballenas para no asistir a disputas enojosas, y porque no era un alcahuete ni un rufián, ni siquiera un cura para celebrar las bodas; que nos recomendaba, a pesar de todo, que las celebráramos nosotros, como Dios nos diera a entender, para la salvación de nuestras almas, que de todas maneras ya consideraba un poco amenazada.

Llamé afuera a los cuatro, con la intención de proponerles que lo echaran a suertes; pero enseguida vi que no hacía falta. Había una mulata de media edad, gordita, con una cicatriz en la frente, que miraba a Willem con insistencia, y él a ella con curiosidad. Podría haber sido su madre. Le pregunté a Willem: «¿La quieres? ¡Tómala!»; él la tomó y yo los casé de la mejor manera posible. Es decir, le pregunté a ella que si lo quería y a él que si la quería a ella, pero el discurso ese de «en la prosperidad y en la miseria, en la salud y en la enfermedad» no lo recordaba con exactitud, así que lo inventé sobre la marcha y lo rematé diciendo «hasta que la muerte sobrevenga», que me parecía que sonaba bien. Precisamente estaba terminando con aquellos dos cuando me di cuenta de que Gaetano había escogido a una muchachita bizca, o puede que ella le hubiera escogido a él, y se estaban yendo a toda prisa bajo la lluvia, cogidos de la mano, tan aprisa que tuve que seguirles corriendo también yo y casarlos de lejos. De las dos que quedaban, Andrés cogió a una negra como de treinta años, graciosa y hasta elegante, con sombrero de plumas y una piel de avestruz completamente empapada, pero con aire tirando a equívoco; y los casé también a ellos, aunque tenía la lengua juera por la carrera que acababa de hacer.

Quedaba Hendrik y una chica pequeña y delgadita que era precisamente la madre de los dos niños. Tenía los ojos grises, y miraba alrededor suyo como si la escena no tuviera nada que ver con ella, pero la divertiese. No miraba a Hendrik, sino que me miraba a mí. Hendrik miraba a Maggie, que acababa de salir del barracón y no se había quitado todavía los bigudís, y Maggie miraba a Hendrik. Entonces se me ocurrió de repente que los dos niños me podrían ayudar a cuidar de los cerdos, que Maggie ya era seguro que no me iba a dar hijos, que Hendrik y Maggie se llevarían muy bien, haciendo sus bestias con dos lomos y sus destilaciones, y que la chica de los ojos grises no me disgustaba, aunque fuera mucho más joven que yo; al contrario, me producía una impresión de alegría y ligereza, como un cosquilleo, y me hacía pasar por la cabeza la idea de cazarla al vuelo como una mariposa. Así que le pregunté cómo se llamaba y a renglón seguido, me pregunté en alta voz, delante de los testigos: «Tú, cabo Daniel K. Abrahams, ¿quieres tomar por mujer a la aquí presente Rebecca Johnson?», me contesté que sí, y puesto que también la chica estaba de acuerdo, nos casamos.

FÓSFORO

En junio de 1942, me sinceré con el Teniente y con el Director. Me daba cuenta de que mi labor estaba resultando inútil, también ellos se daban cuenta, y me aconsejaron que me buscara otro trabajo, en uno de los pocos huecos que la ley aún me concedía.

Estaba buscando infructuosamente, cuando una mañana, cosa rarísima, me llamaron por teléfono a la mina. Al otro lado del hilo sonó una voz con acento milanés, que me pareció tosca y enérgica, y que decía pertenecer a un tal doctor Martini, y me daba una cita para el domingo siguiente en el Hotel Suisse de Turín, sin concederme el lujo de ningún detalle. Pero había dicho precisamente «Hotel Suisse», y no «Albergue Suiza», como tendría que haber hecho un ciudadano de ley. En aquel tiempo, que era la época de Starace, se estaba muy atento a semejantes bagatelas, y los oídos se habían acostumbrado a recoger ciertas alusiones.

En el hall (perdón, quiero decir en el vestíbulo) del Hotel Suisse, anacrónico oasis de terciopelos, penumbra y cortinajes, me esperaba el doctor Martini, que era sobre todo «Commendatore», como acababa de saber poco antes por el portero. Era un hombre regordete, como de sesenta años, de media estatura, de piel bronceada y casi calvo.

Tenía un rostro de rasgos abultados, pero los ojos eran pequeños y astutos, y la boca, un poco torcida hacia la izquierda como una mueca de desprecio, era delgada como un corte. También este Commendatore se reveló desde el primer momento como un tipo expeditivo. Y comprendí entonces que este curioso atropello de muchos italianos «arios» en su trato con los judíos no era algo casual. Ya fuera intuición o cálculo, respondía a un plan. Con un judío, en tiempo de la Defensa de la Raza, se podía ser educado, se podía incluso ayudarlo, y hasta jactarse (aunque cautamente) de haberlo ayudado, pero no era aconsejable mantener con él relaciones humanas, era mejor no comprometerse a fondo para no sentirse luego obligado a mostrar comprensión o piedad.

El Commendatore me hizo pocas preguntas; respondió a las muchas que yo le hice con evasivas y demostró, al tratar de dos puntos fundamentales, ser una persona amante de lo concreto. El sueldo inicial que me proponía se elevaba a una cifra que yo nunca me habría atrevido a pedir y que me dejó atónito. Su industria era suiza, es más era suizo él mismo (él pronunciaba «suizo»), así que no había problemas para mi eventual admisión. Encontré raro, incluso francamente cómico, su helvetismo expresado con un acento milanés tan virulento; en cambio, sus muchas reticencias me parecieron justificables.

La fábrica de que era propietario y director se encontraba en los alrededores de Milán. Era una fábrica de extractos hormonales. Pero yo tendría que encargarme de un problema muy concreto, que consistía en buscar un remedio contra la diabetes que fuera eficaz por vía bucal. ¿Sabía algo sobre la diabetes? Contesté que más bien poco, pero que mi abuelo materno había muerto diabético y también varios tíos por parte de padre, legendarios devoradores de pasta, habían presentado, de viejos, síntomas del mal. Al oír esto, el Commendatore mostró mayor interés y sus ojos se volvieron más chicos. Más

tarde entendí que, siendo hereditaria la tendencia a la diabetes, no le habría disgustado tener a su disposición a un auténtico diabético, de raza sustancialmente humana, sobre el cual poner a prueba ciertas teorías y preparados suyos. Me dijo que el sueldo convenido estaba sujeto a rápidos aumentos; que el laboratorio era moderno, bien instalado, amplio; que en la fábrica había una biblioteca con más de diez mil volúmenes; y en fin, como cuando el prestidigitador saca un conejo del sombrero de copa, añadió que, aunque tal vez yo no lo supiera (y desde luego no lo sabía), en su laboratorio ya estaba trabajando, y sobre ese mismo asunto, una persona a quien yo conocía bien, una compañera mía de estudios, una amiga, que era además quien le había hablado de mí: Giulia Vineis. Que me tomase un tiempo para decidir; podíamos encontrarnos dos domingos más tarde en el Hotel Suisse.

Al día siguiente mismo, me despedí de la mina, y me trasladé a Milán con las pocas cosas que me parecían indispensables: la bicicleta, Rabelais; las *Macaroneae*, la traducción de Pavese de *Moby Dick* y unos pocos libros más, el pico, la soga de montañero, la tabla de logaritmos y una flauta.

El laboratorio del Commendatore no estaba por debajo de la descripción que él me había hecho; comparado con el de la mina, un palacio. Me encontré ya preparados para recibirme un gran banco, una campana de humos, un escritorio, un armario lleno de recipientes de cristal y un silencio, y un orden no humanos. «Mis» recipientes de cristal estaban marcados con un puntito de esmalte azul, para que no se confundiesen con los de los otros armarios y porque «aquí, nosotros lo que rompamos lo pagamos». Ésta, por otra parte, no era más que una de las muchas prescripciones que el Commendatore me había transmitido en el momento de la toma de posesión; él con rostro severo, me las había impuesto como ejemplos de la «precisión suiza» que era el alma del laboratorio y de la fábrica entera, pero a mí me parecían un cúmulo de trabas insulsas, rozando la manía persecutoria.

El Commendatore me explicó que la actividad de la fábrica, y especialmente el problema que tenía intención de encargarme, debían estar cuidadosamente al abrigo de posibles espías industriales. Estos espías podían ser extraños, pero también empleados y obreros de la fábrica misma, a pesar de la cautelas con que se llevaba a cabo cada admisión. Por esa razón, no debía hablar con nadie del tema que se me había encargado, ni de su eventual desarrollo, ni siquiera con mis colegas. Precisamente con ellos menos que con nadie. Para evitarlo, cada empleado tenía un horario particular, que coincidía con un simple par de recorridos del tranvía que venía de la ciudad. A, tenía que entrar a las 8; B, a las 8,04; C, a las 8,08, y así sucesivamente. Lo mismo ocurría con la hora de salida, de manera que dos compañeros no tenían nunca la posibilidad de viajar en el mismo vehículo. Para los retrasos en llegar tanto como para las salidas antes de tiempo había multas bastante fuertes.

La última hora de la jornada, así se hundiera el mundo, teníamos que dedicarla a desmontar, lavar y volver a poner en su sitio los receptáculos de cristal, de manera que nadie, al entrar fuera de horario, pudiese reconstruir el tipo de trabajo que se había estado haciendo allí durante el día. Cada tarde había que redactar un informe del día y

entregárselo en sobre cerrado a él personalmente o si no a la señorita Loredana, que era su secretaria.

La comida podía tomarla donde me diera la gana; no era su intención secuestrar a los empleados en la fábrica durante el recreo del mediodía. Pero me dijo (y aquí la boca se le torció un poco más de lo habitual y se le volvió incluso más fina) que buenos restaurantes no los había por los alrededores y que su consejo era el de que me las arreglara para comer en el laboratorio. Que yo me trajera de casa las materias primas, y que una empleada se encargaría de cocinar para mí.

En cuanto a la biblioteca, las reglas a respetar eran singularmente severas. Bajo ningún pretexto estaba permitido sacar libros fuera de la fábrica; se podían consultar solamente con el permiso de la bibliotecaria, la señorita Paglietta. Subrayar una palabra, o simplemente hacer una señal a pluma o a lápiz, era una transgresión muy grave. La señorita Paglietta tenía que revisar cada libro devuelto, página por página, y si encontraba alguna señal, el libro había que destruirlo y sustituirlo por otro nuevo, a expensas del culpable. Estaba prohibido incluso el mero hecho de dejar un señalalibros entre las hojas o doblar la esquina de una página. «Cualquiera» habría podido sacar en consecuencia algún indicio sobre los intereses y las actividades de la fábrica, en una palabra, violarle el secreto. Dentro de un sistema así, es lógico que las llaves fueran algo fundamental. Por la noche, todo debía quedar cerrado con llave, hasta la balanza analítica, y las llaves entregadas al portero. El Commendatore tenía una llave que abría todas las cerraduras. Este viático de preceptos y prohibiciones me habría amargado perpetuamente la vida si no fuera porque, al entrar en el laboratorio, me encontré con Giulia Vineis, sentada tan tranquila junto a su banco. No estaba trabajando, sino zurciéndose unas medias, y parecía estarme esperando. Me cogió con una familiaridad afectuosa y con una sonrisa irónica, llena de sobreentendidos.

Habíamos sido compañeros en la Universidad durante cuatro años, y habíamos asistido juntos a todos los cursos del laboratorio, casamenteros los dos que daba gusto, pero sin anudar nunca entre ambos una amistad específica. Giulia era una chica morena, menuda y rápida. Tenía unas cejas de curva elegante, una cara suave y puntiaguda y unos movimientos vivaces pero precisos. Estaba mejor dispuesta para la práctica que para la teoría, llena de calor humano, era católica sin ser rígida, generosa y despreocupada; hablaba con voz helada y desganada, como si estuviera definitivamente cansada de vivir, lo cual no era verdad en absoluto. Estaba allí hacía casi un año, y sí, era ella quien le había hablado de mí al Commendatore. Tenía vagas referencias de mi precaria situación en la mina, creía que yo aquel trabajo de investigación lo haría bien, y además, por qué no decirlo, estaba harta de estar sola. Pero que no me hiciera ilusiones, ella estaba ennoviada, ennoviadísima, una historia complicada y tumultuosa que ya me contaría en otra ocasión. ¿Y yo? ¿No? ¿No tenía ninguna novia? Pues muy mal. Ya miraría ella la manera de echarme una mano, con leyes raciales o sin ellas, eso eran tonterías ¿qué podía importar eso?

Me recomendó no tomarme demasiado por lo trágico las manías del Commendatore. Giulia era una de esas personas que, sin parecer hacer preguntas ni discutir, enseguida lo saben todo de todo el mundo, cosa que a mí, no se sabe por qué, no me ocurre. Por eso ella

fue para mí una guía turística y una intérprete excelente. En una sola sesión me puso al tanto de lo esencial, de los raíles escondidos entre los bastidores de la fábrica y del papel de los principales actores. El Commendatore era el amo, aunque sometido a otros oscuros amos de Basilea; pero sin embargo, la que mandaba era la Loredana (y Giulia me la señaló desde la ventana que daba al patio; alta, morena, bien plantada, vulgarona y un poquito ajada), que era su secretaria y su amante. Tenían un chalet junto al lago, y él, «que era viejo pero rijoso», la llevaba a pasear en barco de vela. En la Dirección había fotos, ¿no las había visto? También el señor Grasso, de la oficina de personal, andaba detrás de la Loredana, pero por el momento ella, Giulia, no había podido llegar aún a la conclusión de si se habían acostado ya o todavía no; ya me tendría al corriente. Vivir en aquella fábrica no era difícil. Lo que era difícil era trabajar allí por mor de todas aquellas pejugueras. La solución era muy sencilla, bastaba con no trabajar. Ella se había dado cuenta enseguida, y en un año, modestia aparte, no había hecho casi nada; lo único que hacía era montar los aparatos por la mañana, aunque no fuera más que por darle gusto a la vista, y desmontarlos por la tarde, según estaba prescrito. Los informes del día que escribía eran inventados. Aparte de eso, se preparaba el ajuar, dormía mucho, le escribía cartas torrenciales al novio y, saltándose las prohibiciones, pegaba el hilo con todo el que se le pusiera a tiro. Con el Ambrosio, medio atolondrado que cuidaba los conejos para los experimentos, con la Micaela, guardiana de todas las llaves y probablemente una espía de los fascistas, con la Varisco, la empleadita que, según el Commendatore, iba a encargarse de prepararme la comida, con Maiocchi, legionario en España, engomado y mujeriego, y también, imparcialmente, con Maioli, pálido y gelatinoso, que tenía nueve hijos, había estado afiliado al Partido Popular y los fascistas le habían roto las costillas a bastonazos.

La Varisco, puntualizó Giulia, era una criatura suya; estaba muy unida a ella, le era fiel y hacía todo lo que ella le mandaba, incluidas ciertas expediciones (prohibidas a los extraños) al departamento de producción de órganos cuyos zumos o extractos podían ser terapéuticos, de las cuales volvía con hígados, cerebros, cápsulas suprarrenales y otros preciados menudillos. También la Varisco tenía novio, y entre ellas dos circulaba una profunda solidaridad y un intenso intercambio de confianzas íntimas. Por la Varisco que, por estar adscrita a los servicios de limpieza, tenía acceso a todos los departamentos, supe que también la producción estaba envuelta en un tupido tinglado de antiespionaje. Todas las tuberías de agua, vapor, vacío, gas, gasolina, etc., o corrían por túneles o estaban empotradas en cemento, y solamente eran accesibles las válvulas; las máquinas estaban cubiertas por cajetines complicados y cerrados con llave. La esfera de los termómetros y manómetros no estaba graduada; sólo llevaba signos convencionales coloreados. Por supuesto que si yo tenía ganas de trabajar y me interesaba la investigación sobre la diabetes, adelante con ello, nos llevaríamos igual de bien; pero que con su colaboración no contase, porque ella tenía otras cosas en que pensar. En cambio podía contar con ella y con la Varisco para todo lo que tuviera que ver con la cocina. Ellas dos tenían que entrenarse, con miras al matrimonio, y me prepararían comidas que me harían olvidar las cartillas de racionamiento. A mí no me parecía nada corriente que se hicieran guisos complicados en un laboratorio. Pero Giulia dijo que en aquel laboratorio, aparte de cierto misterioso consejero de Basilea que parecía disecado, venía una vez al mes (por otra parte insistentemente anunciado de antemano), miraba alrededor suyo como si estuviera en un

museo y se marchaba sin abrir la boca, no entraba nunca un alma y podía uno hacer lo que le diera la gana con tal de no dejar huellas. No había memoria de que el Commendatore hubiera puesto nunca los pies allí. Pocos días después de mi admisión, el Commendatore me llamó al despacho de la Dirección, y en aquella ocasión me di cuenta de que las fotos con el barco de vela, bastante estropeadas por cierto, estaban realmente allí. Me dijo que ya era hora de entrar en materia. Lo primero que necesitaba era ir a la biblioteca y pedirle a la señorita Paglietta el Kern, un tratado sobre la diabetes. ¿Conocía el alemán, verdad? Muy bien, así podría leer el texto en su versión original, y no en una pésima traducción francesa que había encargado la gente aquella de Basilea. Tenía que confesar que él lo único que había leído era esta traducción, sin entender gran cosa, pero que había sacado la impresión de que el doctor Kern era una persona que sabía un horror, y que sería maravilloso ser nosotros los primeros en llevar a la práctica sus ideas. La verdad es que escribía de una manera un poco enrevesada, pero en este asunto de las peroratas antidiabéticas, el consejero disecado de Basilea tenía un gran interés. Así que lo que tenía que hacer era recogerme el Kern y leérmelo con atención, y luego ya cambiaríamos impresiones. Pero mientras tanto, para no perder tiempo, podía empezar a ponerme a trabajar. Sus múltiples ocupaciones le habían impedido dedicar al texto la atención que merecía, pero había sacado en limpio, de todas maneras, un par de ideas fundamentales, y habría que buscar el modo de ensayarlas en la práctica.

La primera idea se refería a antociánidos. Los antociánidos, como usted sabe, son los pigmentos de flores rojas y azules. Son sustancias fáciles de oxidar y de desoxidar, entre ellas se cuenta también la glucosa, y la diabetes es precisamente una anomalía en la oxidación de la glucosa; «por consiguiente», con los antociánidos se podía intentar restablecer una oxidación normal de la glucosa. Los pétalos de la flor de lis son muy ricos en antociánidos; con vistas a resolver el problema, él había mandado sembrar todo un campo de flores de lis, recoger los pétalos y desecarlos al sol. Lo que yo tenía que hacer era tratar de conseguir extractos, suministrárselos a los conejos y controlar su glucemia.

La segunda idea, tan vaga como la primera, era al mismo tiempo simplona y enmarañada. Siempre según la interpretación lombarda que hacía el Commendatore del texto del doctor Kern, el ácido fosfórico tenía una importancia fundamental en el renuevo de los carbohidratos, y hasta aquí había poco que objetar. Menos convincente era la hipótesis elaborada por el Commendatore mismo sobre los fundamentos brumosos del Kern, de que bastaba con suministrar al diabético un poco de fósforo de origen vegetal para enderezar su metabolismo cambiado. Por aquel tiempo yo era lo suficientemente joven como para pensar todavía que era posible hacer cambiar la idea a un superior. Por lo tanto, sugerí dos o tres objeciones, pero enseguida me di cuenta de que bajo el golpe de las mismas, el Commendatore se endurecía como una lámina de cobre bajo el martillo. Cortó por lo sano, y con aquel particular tono suyo perentorio que transformaba en órdenes las propuestas, me aconsejó analizar un buen número de plantas, escoger las más ricas en fósforo orgánico, sacar de ellas los consabidos extractos y embutirlos en los consabidos conejos.

Cuando le conté a Giulia el éxito de este coloquio, su juicio fue inmediato y mordaz: el viejo está loco. Pero era yo quien le había dado pie, descendiendo a su terreno y dando a entender desde un principio que me lo tomaba en serio. Me estaba bien empleado, ahora

que me las compusiera yo sólo con lo del fósforo, los conejos y las flores de lis. Según ella, toda aquella manía mía de trabajar, que llegaba hasta el punto de rebajarme a las fantasías seniles del Commendatore, venía del hecho de que yo no tuviera novia; si la tuviera, pensaría en ella en vez de pensar en los antociánidos. Era una verdadera pena que ella, Giulia, no estuviera disponible, porque se había dado cuenta de la clase de tipo que era yo, de esos que no toman nunca una iniciativa, por el contrario, se escapan, y los tienen que llevar de la mano para que deshagan poco a poco sus nudos. Pero bueno, en Milán tenía una prima, un poco tímida también ella, ya vería la manera de presentármela. Pero también yo, caray, debía poner algo de mi parte; le sentaba mal al corazón ver que una persona como yo desperdiciaba con los conejos los mejores años de su juventud. Esta Giulia era un poco bruja, sabía leer la mano, frecuentaba a los adivinos y tenía sueños premonitorios. He llegado algunas veces a aventurar la sospecha de que aquella prisa suya por liberarme de una vieja angustia y de procurarme cuanto antes una modesta ración de alegría pudiera venir de alguna oscura intuición suya acerca de todo lo que el destino me estaba reservando, y tal tendiese inconscientemente a desviarlo.

Fuimos juntos a ver *Puerto de las Nieblas*, nos pareció una película maravillosa y nos confesamos mutuamente habernos identificado con los protagonistas. Giulia, delgadita y morena con la etérea Michèle Morgan de ojos de hielo, y yo apacible y remiso con Jean Gabin, desertor, fascinante, chulo y que acaba muriendo de mala manera. Era absurdo, y luego que aquellos dos se enamoraban y nosotros no, ¿verdad?

Cuando la película estaba a punto de acabar, Giulia me notificó que tenía que acompañarla a casa. Yo tenía cita para ir al dentista, pero Giulia dijo: «Si no me acompañas, grito: "¡Guarro, quíteme usted las manos de encima!"» Yo intenté objetar algo, pero Giulia tomó carrerilla y empezó a decir en la oscuridad de la sala: «Guarro, quíteme...»; así que tuve que telefonar al dentista y acompañarla a su casa.

Giulia era una leona, capaz de viajar diez horas de pie en un tren, apretujada entre el gentío que huía de los bombardeos, para pasar dos horas con su hombre, radiante y feliz si podía enredarse en un violento duelo verbal con el Commendatore o con la Loredana; pero en cambio tenía miedo de los bichos y de las tormentas. Me llamaba para que le quitara una arañita de su banco de trabajo (pero sin matarla, poniéndola en un pesafiltros y llevándosela fuera a un arriate), y esto me hacía sentirme virtuoso y fuerte como Hércules ante la Hidra de Lerna, y al mismo tiempo tentado, porque percibía la intensa carga femenina de la petición. Hubo una furiosa tormenta, Giulia aguantó dos relámpagos y al tercero vino a buscar refugio a mi lado. Sentía el calor de su cuerpo contra el mío, vertiginoso y nuevo, conocido en mis sueños. Pero no le devolví el abrazo. Si lo hubiera hecho, tal vez su destino y el mío se hubieran salido estrepitosamente de sus raíces hacia un porvenir común totalmente imprevisible.

La bibliotecaria, a quien nunca había visto antes, custodiaba la biblioteca como podría haberlo hecho un perro de pajar, uno de esos pobres perruchos, deliberadamente maleados a golpes de cadena y de hambre; o mejor aún la defendía como en *El libro de la jungla* custodia el tesoro del rey la vieja cobra desdentada y pálida por tantos siglos de tiniebla. La pobre Paglietta era poco menos que un *lusus naturae*. Era pequeña, sin pecho ni caderas, cerúlea, desmedrada y monstruosamente miope; llevaba unas gafas tan gordas

y cóncavas que, vista de frente, sus ojos de un celeste casi blanco, parecían lejanísimos, pegados al fondo del cráneo. Daba la impresión de no haber sido nunca joven, aunque seguramente tendría más de treinta años, y de haber nacido allí, en la sombra, entre aquel vago olor a moho; el Commendatore mismo hablaba de ella con irritada impaciencia, y Giulia reconocía que la odiaba instintivamente, sin saber por qué y sin piedad, como la zorra odia al perro. Decía que olía a naftalina y que tenía cara de estreñida. La Paglietta me preguntó que para qué quería precisamente el Kern, me pidió mi carnet de identidad, lo escudriñó con gesto torcido, me hizo firmar un registro y me dejó el tomo de mala gana.

Era un libro raro; difícilmente podría haber sido escrito y publicado a no ser por el Tercer Reich. El autor no debía ser un indocumentado en la materia, pero cada una de sus páginas transpiraba la arrogancia de quien sabe seguro que sus afirmaciones no van a serle discutidas. Escribía, o mejor dicho arengaba, como un profeta fanático, como si el metabolismo de la glucosa en diabéticos y sanos, le hubiese sido revelado por Jehová en el monte Sinaí; más aún, por Wotan en el Walhalla. Las teorías de Kern me despertaron enseguida, tal vez injustamente, una desconfianza rencorosa. Pero no me parece que los treinta años que han pasado desde entonces hayan contribuido a reivindicarlo.

La aventura de los antociánidos duró poco. Se había iniciado con una pintoresca invasión de flores de lis, sacos y más sacos de delicados pétalos color celeste, seceos y frágiles como minúsculas patatas fritas. Daban estratos de colores cambiantes, pintorescos también, pero extremadamente inestables. Tras pocos días de ensayos, antes de recurrir a los conejos, ya había obtenido permiso del Commendatore para dar carpetazo al asunto. Seguía pareciéndome muy extraño que un suizo con los pies en la tierra como él se hubiera dejado embaucar por aquel visionario fantástico, así que aproveché cautamente la ocasión para insinuarle la opinión que a mí me merecía, pero me contestó con rudeza que no era asunto de mi incumbencia el criticar a los profesores. Me hizo entender que no me pagaban porque sí, y me invitó a no perder el tiempo, y a ponerme enseguida con el fósforo. Estaba absolutamente convencido de que el fósforo nos llevaría con seguridad a una brillante solución. Adelante con el fósforo.

Me puse a la tarea con poquísima convicción y convencido, en cambio, de que el Commendatore, y hasta puede que el mismo Kern, habían cedido a la barata fascinación de nombres y lugares comunes; de hecho el fósforo tiene un nombre muy bonito (quiere decir «portador de luz»), es fosforescente, lo contiene el cerebro, también lo contienen los peces, y por eso comiendo pescado se vuelve uno más inteligente, sin fósforo las plantas no crecen; fosfatina Falières y desde hace cientos de años glicero-fosfatos para los niños anémicos. También lo hay en las cabezas de las cerillas, y las chicas desesepadas por cuestiones de amor se suicidaban comiéndoselas; lo hay en los fuegos fatuos, llamas podridas ante los ojos del caminante. No, no es un elemento neutro desde un punto de vista emotivo: era natural que alguien como el profesor Kern, mitad bioquímico y mitad brujo, en el ambiente impregnado de magia de la Corte nazi, lo hubiera prescrito como medicamento.

De noche, unas manos desconocidas dejaban sobre mi banco de trabajo plantas y más plantas, cada día de una especie distinta, aunque todas particularmente domésticas y seleccionadas con arreglo a no sé qué criterio: cebolla, ajo, zanahoria, birdana, bayas de

mirto, aquilea, sauce, salvia, romero, rosa perruna, enebro. Yo iba determinando, día tras día, el fósforo inorgánico y total que contenía cada una de ellas y me sentía como un burro amarrado a la noria. Todo lo que, en mi encarnación anterior, me había estimulado analizar el níquel en la roca, me humillaba ahora la dosificación cotidiana del fósforo, porque es una condena llevar a cabo un trabajo en el que no se cree. Un poquito, casi nada, servía para ponerme de mejor humor la presencia de Giulia en la habitación de al lado cantando «Es primavera, despertad muchachas» o cocinando con el termómetro metido en los vasos de cristal Purex. De vez en cuando pasaba a ver cómo iba mi trabajo, provocativa y burlona.

Giulia y yo nos habíamos dado cuenta de que, durante nuestra ausencia, las mismas manos desconocidas dejaban huellas casi imperceptibles en el laboratorio. Un armario cerrado con llave por la noche amanecía abierto a la mañana siguiente. Un soporte había cambiado de sitio. Alguien había bajado la trampilla de la chimenea, que se dejó abierta. Cierta mañana de lluvia encontramos, como Robinson, la huella de una suela de goma. «Viene aquí por las noches a acostarse con la Loredana» —decidió Giulia. Yo en cambio pensaba que aquel laboratorio tan maniáticamente ordenado tenía que servir para alguna otra inaprensible y secreta actividad suiza. Empezamos a dejar sistemáticamente astillitas metidas por la parte de dentro en las puertas, siempre cerradas con llave, que daban al laboratorio desde el despacho de producción. A la mañana siguiente, las astillitas se habían caído.

Al cabo de dos meses tenía disponibles unos cuarenta análisis. Las plantas de un contenido más alto en fósforo eran la salvia, la celidonia y el perejil. A mí me parecía que, llegados a ese punto habría sido oportuno determinar de qué manera estaba el fósforo en la aleación y tratar de aislar el componente fosfórico, pero el Commendatore telefoneó a Basilea y luego me comunicó que no había tiempo para aquellas sutilezas: adelante con los extractos, conseguidos así a la buena de Dios, a base de agua caliente y de tórculo, y luego a concentrarlos haciendo el vacío, a embutírselos en el esófago a los conejos y a medirles la glucemia.

Los conejos no son unos bichos simpáticos. Se cuentan entre los mamíferos más alejados del hombre, tal vez porque sus cualidades son las de una humanidad humillada y excluida. Son tímidos, silenciosos y fugitivos y no les importa más que la comida y el sexo. Yo no había tocado nunca un animal, si se exceptúa algún gato de pueblo en mi infancia más remota, y los conejos me daban asco, igual que a Giulia. Gracias a que, en cambio, la Varisco se llevaba tan bien con los animales como con Ambrosio, que estaba a su cuidado. Nos enseñó un cajón donde se guardaba un pequeño surtido de instrumentos *ad hoc*. Había una cajita alta y estrecha, sin tapadera. Nos dijo que a los conejos les encanta amadrigarse, y que si uno los coge por las orejas (que son su agarradera natural) y los mete en una caja, se sienten más seguros y dejan de moverse. Había también una sonda de goma y un pequeño huso de madera horadado transversalmente. Hay que colocar el huso a la fuerza entre los dientes del roedor y luego, a través del agujero, meterle la sonda en la garganta sin más miramientos, empujándola hasta notar que toca el fondo del estómago. Si no se le pone la madera, el conejo corta la sonda con los dientes, se la traga y se muere. A través de la sonda, con una jeringuilla única, es fácil mandar al estómago los extractos.

Luego hay que medir la glucemia. También en este caso, lo que para los ratones es la cola, lo son las orejas para el conejo. Tienen venas gruesas y abultadas que se hinchan en cuanto la oreja se restriega. De estas venas, perforadas con una aguja, se extrae una gota de sangre y, sin preguntarse el porqué de las diversas manipulaciones, se procede luego de acuerdo con Crecelius-Seifert. Los conejos una de dos: o son estoicos o son insensibles al dolor. Ninguna de aquellas perrerías parecía hacerles sufrir, en cuanto les dejaba uno tranquilos y en paz metidos en su jaula, se ponían tranquilamente a mordisquear el heno, y a la vez siguiente no daban muestra alguna de miedo. Al mes, habría podido hacer glucemias con los ojos cerrados, pero no parecía que nuestro fósforo produjese ningún efecto. Solamente uno de los conejos reaccionó al extracto de celidonia con una disminución de la glucemia, pero al cabo de pocas semanas le apareció un grueso tumor en el cuello. El Commendatore me dijo que lo operara, yo lo operé con amargo sentimiento de culpabilidad y un asco vehemente, y el animal murió.

Aquellos conejos, siguiendo órdenes del Commendatore, vivían cada uno en su jaula, lo mismo los machos que las hembras, en estricto celibato. Pero hubo un bombardeo nocturno que, aun sin causar grandes daños aparte de aquél, desfondó todas las jaulas, y a la mañana siguiente nos encontramos a los conejos entregados a una meticulosa y generalizada campaña copulatoria. Las bombas no les habían producido el menor susto. En cuanto se vieron libres, se habían puesto a excavar entre los arrietes los túneles (cunicoli) de donde viene su nombre, y a la menor alarma, dejaban a medias sus nupcias y se iban a refugiar allí.

A Ambrosio le costó mucho trabajo rescatarlos y volverlos a encerrar en jaulas nuevas. La labor de la glucemia tuvo que quedar interrumpida, porque lo único que estaba marcado eran las jaulas, no los animales, así que después de la dispersión ya no volvió a ser posible identificarlos.

Un día llegó Giulia y, entre conejo y conejo, me dijo que me necesitaba. Había venido a la fábrica en bicicleta, ¿no? Pues bueno, ella tenía que ir esa misma tarde urgentemente hasta Porta Genova, había que hacer tres transbordos y lo suyo era cosa de prisa, un asunto importante. Me pedía que por favor la llevara en la barra de mi bici, ¿de acuerdo? Yo, que según el horario desviado y maniático del Commendatore, salía doce minutos antes que ella, la esperé a la vuelta de la esquina, la cargué sobre la barra de la bicicleta y emprendimos viaje.

Circular por Milán en bicicleta no tenía por entonces nada de temerario, y llevar a un pasajero en la barra en tiempo de bombardeos y diásporas era poco menos que habitual. A veces, sobre todo de noche, se daba el caso de que algún extraño le requiriese a uno este servicio y que por un transporte de un extremo a otro de la ciudad te pagaran cuatro o cinco liras. Pero Giulia, ya más bien inquieta de por sí, aquella tarde ponía en un brete la estabilidad del vehículo. Apretaba el manillar con ademán convulso, entorpeciendo la conducción, cambiaba de repente de postura, ilustraba su discurso con gestos violentos de las manos y de la cabeza, que desplazaban de forma imprevisible nuestro común centro de gravedad. Su conversación empezó teniendo un tono más bien general, pero Giulia no era de las que se guardan un secreto en el cuerpo para que se lo envenene. Hacia la mitad de la

calle Imbonati, ya empezaba a salir del terreno de las vaguedades y por la Porta Volta ya hablaba sin rodeos. Estaba furiosa porque los padres de su novio habían dicho que no, y ella se apresuraba al contraataque. ¿Por qué habían dicho que no?

—Para su gusto no soy lo bastante guapa, ¿entiendes? —gruñó, sacudiendo iracunda el volante.

—¡Qué gente más tonta! A mí sí me pareces lo bastante guapa —dije yo muy serio.

—¡Qué gracioso! No te haces cargo.

—Simplemente quería decirte algo agradable. Aparte de que lo pienso de verdad.

—No es el momento. Si intentas coquetear conmigo ahora, te tiro al suelo.

—Te caerías también tú.

—Eres tonto. Anda, dale a los pedales, que se hace tarde.

Por el Lago Cairoli ya me había enterado de todo; mejor dicho, estaba en posesión de todos los datos, pero tan confusos y dislocados en su secuencia temporal que no me resultaba fácil desentrañar su sentido.

Sobre todo, lo que no conseguía entender era cómo la voluntad de él no bastaba para cortar por lo sano; era inconcebible, escandaloso. ¿Y éste era el hombre que Giulia me había pintado otras veces como generoso, firme, enamorado y serio? Poseía a aquella muchacha despeinada y espléndida en medio de su rabia, que se me debatía entre los antebrazos empeñados en la tarea de conducir, y en vez de aterrizar en Milán a defender sus argumentos se quedaba allí acurrucado en Dios sabe qué cuartelucho fronterizo para defender su patria. Porque, claro, siendo un «gòì» como era, le tocaba hacer el servicio militar. Y mientras iba pensando estas cosas, y mientras Giulia seguía discutiendo conmigo como si yo fuera su don Rodrigo, me sentía invadido por un odio absurdo hacia un rival a quien no conocía. Un gòì y ella una gòia, según la terminología atávica: y se podrían casar. Sentía crecer por primera vez en la vida, una asquerosa sensación de vacío. De manera que esto era lo que significaba ser diferentes; éste el precio a pagar por ser la sal de la tierra. Llevar en la barra de la bici a una muchacha a la que se desea, y estar tan lejos de ella como para no poder ni siquiera enamorarse; llevarla en bicicleta al Viale Gorizia, para ayudarla a ser de otro y a desaparecer de mi vida.

Delante del número 40 del Viale Gorizia había un banco. Giulia me dijo que la esperara y se metió en el portal como un torbellino. Yo me senté y me puse a esperar, dando rienda suelta a mis pensamientos desquiciado y dolido. Pensaba que tenía que haber sido menos caballeroso, es decir más desinhibido y menos imbécil, y que iba a arrepentirme durante toda la vida de que entre ella y yo no hubieran mediado más que unos pocos recuerdos escolares y de oficina; pensaba también que tal vez no era demasiado tarde, que el no de aquellos dos padres de opereta podía resultar ser inamovible y que entonces Giulia bajaría deshecha en lágrimas y yo tendría ocasión de consolarla; pero que esto eran esperanzas infames, un aprovechamiento canalla del infortunio ajeno. Y finalmente, como un naufrago cansado de debatirse y que se deja caer a plomo, volvía a caer en el que era mi pensamiento dominante de aquellos años: que la existencia de un novio y las leyes de separación racial no eran más que inconsistentes pretextos, y que mi incapacidad para acercarme a una mujer era una condena sin remisión que me

acompañaría hasta la muerte, confinándome en una vida envenenada por envidias y deseos abstractos, estériles y sin designio.

Giulia salió al cabo de dos horas, o mejor dicho irrumpió del portal como una bala de un obús. No hacía falta preguntarle nada para saber cómo le habían ido las cosas.

—Los he dejado a esta altura —me dijo aún jadeante y con la cara toda sofocada.

Hice todo lo posible para congratularme de un modo que pareciera verosímil, pero a Giulia no le puede uno hacer creer cosas que no piensa de verdad, ni esconder cosas que está uno pensando. Ahora que se había quitado aquel peso de encima y estaba alegre de su triunfo, me miró a los ojos, descubrió allí una nube, y me preguntó:

—¿En qué estabas pensando?

—En el fósforo —contesté.

Giulia se casó pocos meses más tarde, y se despidió de mí sorbiéndose las lágrimas y dejándole a la Varisco detalladas instrucciones sobre el avituallamiento. Ha tenido muchas tribulaciones y muchos hijos; seguimos siendo amigos, de vez en cuando nos vemos en Milán y hablamos de química y de cosas sensatas. No estamos descontentos de nuestras elecciones ni de lo que la vida nos ha deparado, pero al volver a encontrarnos experimentamos ambos la desagradable sensación (que nos hemos descrito uno a otro más de una vez) de que un velo, un soplo, una tirada de dados nos han arrojado a dos caminos divergentes que no eran el nuestro.

ORO

Es algo de sobra sabido que los turineses trasplantados a Milán no arraigan o arraigan mal. En el otoño de 1942, éramos siete, entre chicos y chicas, los amigos de Turín que por diversos motivos habíamos venido a parar a Milán, la ancha ciudad que la guerra volvía tan inhóspita. Nuestros padres —el que aún los tuviera— se habían dispersado por el campo para huir de los bombardeos, y nosotros hacíamos una vida ampliamente en común. Euge era arquitecto, quería rehacer Milán y decía que el mejor urbanista había sido Federico Barbarroja. Silvio era abogado, pero estaba escribiendo un libro de filosofía sobre hojitas de papel cebolla y tenía un empleo en una empresa de transportes y aduanas. Ettore era ingeniero de la fábrica Olivetti. Lina se acostaba con Euge y se ocupaba vagamente de galerías de arte. Vanda era licenciada en Química como yo, pero no encontraba trabajo, y eso la tenía en un perpetuo estado de irritación, porque era feminista. Ada era prima mía y trabajaba en Ediciones Corbaccio. Silvio la llamaba bi-doctora, porque tenía dos licenciaturas, y Euge la llamaba «prima-de-Primo», cosa que a Ada no le hacía mucha gracia. Yo, después de que se casó Giulia, me había quedado solo con mis conejos, me sentía viudo y huérfano, y fantaseaba con la idea de escribir la saga de un átomo de carbono, para hacer comprender a los pueblos la poesía solemne, solamente conocida por los químicos, de la fotosíntesis clorofílica. Luego la escribí de verdad, pero muchos años más tarde, y es la historia con la que se cierra este libro.

Si mal no recuerdo, todos escribíamos poemas, menos Ettore, que decía que no era cosa digna de un ingeniero. Escribir poemas tristes y crepusculares y además tampoco tan bonitos, mientras el mundo estaba en llamas, no nos parecía ni extraño ni vergonzoso. Nos proclamábamos enemigos del fascismo, pero en realidad el fascismo había hecho efecto sobre nosotros, como sobre casi todos los italianos, alienándonos y volviéndonos triviales, pasivos y cínicos.

Soportábamos con rencorosa alegría el racionamiento y el frío de las casas sin carbón, y aceptábamos llenos de inconsciencia los bombardeos nocturnos de los ingleses. No iban contra nosotros, eran una muestra brutal de fuerza por parte de nuestros lejanísimos aliados: que hicieran lo que quisieran. Pensábamos lo mismo que por entonces pensaban todos los italianos sometidos a la humillación: que los alemanes y los japoneses eran invencibles, pero también los americanos, y que la guerra seguiría así durante veinte o treinta años, un ruedo sangriento e interminable, pero remoto, conocido solamente a través de los boletines de guerra adulterados y a veces, en ciertas familias de coetáneos míos, a través de las cartas luctuosas y burocráticas donde se leía: «heroicamente, en el cumplimiento de su deber». La danza macabra arriba y abajo por toda la costa libia, adelante y atrás en las estepas de Ucrania, no iba a terminar nunca.

Cada uno de nosotros iba haciendo su trabajo día tras día, desgánadamente, sin fe, como les pasa a quienes saben no estar trabajando para su propio mañana. íbamos al teatro y a los conciertos, que de vez en cuando se interrumpían a la mitad porque sonaban las sirenas de la alarma antiaérea, y esto nos parecía un incidente ridículo y gratificante. Los aliados eran dueños del cielo, pudiera ser que al final vencieran y el fascismo se acabara

de una vez. Pero era asunto de ellos; ellos eran ricos y poderosos, contaban con sus portaaviones y sus «Liberators». Nosotros no; a nosotros nos habían declarado «otros» y otros seríamos; participábamos, pero nos manteníamos aparte de los juegos crueles y estúpidos de los «arios», discutiendo sobre los dramas de O'Neill o de Thornton Wilder, escalando las Grigne, enamorándonos un poco los unos de las otras, inventando juegos intelectuales y cantando preciosas canciones que Silvio había aprendido de sus amigos valdenses. De lo que por aquellos meses estaba pasando en toda la Europa ocupada por los alemanes, en casa de Anna Frank en Amsterdam, en la fosa de Babi Yar cerca de Kiev, en el ghetto de Varsovia, en Salónica, en París, en Lidice; de toda aquella pestilencia que estaba a punto de sumergirnos no nos había llegado ninguna noticia precisa, solamente vagos y siniestros barruntos traídos por los soldados que volvían de Grecia o de la retaguardia del frente ruso, y que nosotros tendíamos a poner en cuestión. Nuestra ignorancia nos permitía vivir, igual que cuando estás subiendo a la montaña y la cuerda se ha gastado y está a punto de romperse, pero tú sigues tranquilo porque no sabes.

Pero en noviembre sobrevino el desembarco de los aliados en el norte de África, y en diciembre la resistencia de los rusos seguida de su victoria en Stalingrado, y comprendimos que la guerra se estaba acercando a su final y que la historia había reemprendido su camino. En el lapso de pocas semanas cada uno de nosotros maduró más que en los veinte años anteriores. Surgieron de la sombra unos hombres a quienes el fascismo no había conseguido someter, abogados, profesores y obreros, y reconocimos en ellos a nuestros maestros, aquellos cuya doctrina habíamos buscado infructuosamente hasta entonces en la Biblia, en la química o en la montaña. El fascismo los había condenado al silencio durante veinte años, y nos explicaron que el fascismo no era simplemente un desgobierno grotesco e improvisado, sino la negación de la justicia. No sólo había arrastrado a Italia a una guerra injusta y aciaga, sino que había surgido y se había consolidado como guardián de una legalidad y un orden detestables, basados en el apremio al trabajador, en la ganancia incontrolada de quien explota el trabajo ajeno, en el silencio impuesto a los que piensan y se niegan a ser esclavos, en la mentira sistemática y deliberada. Nos dijeron que nuestra intolerancia burlona no bastaba; tenía que convertirse en ira y la ira tenía que encauzarse hacia una revolución organizada y oportuna; pero no nos enseñaron a fabricar una bomba ni a disparar un fusil.

Nos hablaban de desconocidos: Gramsci, Salvemini, Gobetti, los Roselli. ¿Quiénes eran? ¿Es que existía una segunda historia, una historia paralela a la que el Instituto nos había impartido desde lo alto? En aquellos pocos meses convulsos, intentamos en vano reconstruir, repoblar el vacío histórico de los últimos decenios; pero aquellos nuevos personajes no se apeaban de su condición de «héroes», como Garibaldi y Nazario Sauro, carecían de espesor y de sustancia humana. El tiempo para consolidar nuestra preparación no nos fue concedido. Las huelgas de marzo en Turín vinieron a anunciar que la crisis estaba próxima; y con el 25 de julio vinieron el colapso interno del fascismo, las plazas abarrotadas de una multitud confraternizando, la alegría extemporánea y precaria de un país a quien la libertad ha sido concedida gracias a una intriga de palacio; y llegó el 8 de septiembre, la serpiente verde-gris de las divisiones nazis desfilando por las calles de Milán y de Turín, el crudo despertar. La comedia había terminado, Italia era un país ocupado, como Polonia, como Yugoslavia, como Noruega.

En estas circunstancias, tras la larga borrachera de palabras, seguros del acierto de nuestra elección, extremadamente inseguros de nuestros medios, con el corazón más lleno de desesperación que de esperanza, y con el telón de fondo de un país deshecho y dividido, bajamos a la arena para medir nuestras fuerzas. Nos separamos para seguir nuestro destino, cada cual por un valle diferente.

Teníamos frío y hambre, éramos los partisanos más desarmados del Piamonte, y probablemente también los más desprevenidos. Nos creíamos a buen recaudo, porque no nos habíamos movido todavía de nuestro refugio, sepultado bajo un metro de nieve. Pero alguien nos traicionó, y en la madrugada del 13 de diciembre de 1943 nos despertamos rodeados por la república. Ellos eran trescientos y nosotros once con un metralleta sin munición y alguna pistola. Ocho consiguieron huir y se dispersaron por la montaña; nosotros no lo logramos. Los milicianos nos cogieron a nosotros tres, Aldo, Guido y yo, todavía absolutamente soñolientos. Mientras entraban ellos, me dio tiempo a esconder entre las cenizas de la estufa el revolver que tenía debajo de la almohada, y que por otra parte no estaba seguro de saber usar; era minúsculo, todo incrustado de madreperlas, como esos que usan en las películas las damas desesperadas cuando se quieren suicidar. Aldo, que era médico, se levantó, encendió estoicamente un cigarrillo, y dijo: «Lo siento por mis cromosomas».

Nos pegaron un poco, nos advirtieron que no se nos ocurriera «hacer nada sin consultar», nos prometieron interrogarnos luego a su particular manera convincente y fusilarnos inmediatamente después, se colocaron en torno nuestro con gran solemnidad, y nos pusimos en marcha hacia el paso de la montaña. Durante la expedición, que duró varias horas, logré hacer dos cosas que me importaban mucho: me comí trozo a trozo el carnet de identidad demasiado falso que llevaba en la cartera (la fotografía sabía particularmente mal), y fingiendo un tropezón metí en la nieve la agenda llena de direcciones que tenía en el bolsillo. Los milicianos cantaban feroces canciones de guerra, disparaban a las liebres con la metralleta, y tiraban bombas al torrente para matar truchas. Abajo, en el valle, nos esperaban varios autobuses. Nos hicieron subir y sentarnos separados, y yo estaba rodeado de milicianos, unos sentados y otros de pie, que no nos hacían ni caso y seguían sin dejar de cantar. Uno, que estaba justo delante de mí, dándome la espalda, llevaba colgada de la cintura una bomba de mano de aquellas granadas alemanas con empuñadura de madera, que estallan a su tiempo. Me habría sido facilísimo quitarle el seguro, tirar de la cuerdecita y acabar de una vez llevándome por delante a alguno de ellos, pero me faltó valor. Nos llevaron a la cárcel, que estaba en las afueras de Aosta. Su centurión se llamaba Fossa. Resulta extraño, absurdo y siniestramente cómico, si se tiene en cuenta la situación de entonces, que él lleve decenios yaciendo en un cementerio perdido de guerra, y yo esté aquí, vivo y sustancialmente indemne, escribiendo esta historia. Fossa era un amante de la Ley, y se tomó bastante trabajo para organizar rápidamente y de acuerdo con el reglamento un régimen carcelario que nos favoreciera. Así, nos alojó en los sótanos de la cárcel, en celdas individuales, cada una con su catre y su cubo, rancho a las once, una hora de recreo y la prohibición de comunicarnos entre nosotros. Esta prohibición era dura de aguantar, porque entre nosotros, dentro de cada una de nuestras mentes, sufríamos el peso de un secreto, desagradable: el mismo secreto que

nos había expuesto a la captura, apagando en nosotros, pocos días antes, todo voluntad de resistir y hasta de vivir. Nos habíamos visto obligados por nuestra propia conciencia a cumplir una condena, y la habíamos cumplido, pero habíamos salido de ella destruidos, destituidos, deseosos de que todo acabara y de acabar nosotros mismos; pero deseosos también de vernos unos a otros, de hablarnos, de ayudarnos mutuamente a conjurar aquella memoria aún tan reciente. Ahora estábamos acabados, y lo sabíamos; estábamos cogidos en la trampa, no había salida como no fuera hacia abajo. No tardé en darme cuenta de ello, examinando mi celda palmo a palmo, porque las novelas de que me había alimentado años atrás estaban llenas de maravillosas evasiones. Pero las paredes eran allí de medio metro de espesor, la puerta era maciza y estaba vigilada por fuera y el ventanuco tenía barrotes. Yo tenía una lima de uñas, habría podido serrar uno o incluso todos y siendo tan flaco como era tal vez habría podido salir. Pero descubrí que casi pegado a la ventana había un grueso bloque de cemento como previsión contra las resquebrajaduras de los bombardeos aéreos.

De vez en cuando nos venían a buscar para interrogarnos. Cuando era Fossa el que nos interrogaba, la cosa iba bastante bien. Fossa era un ejemplar humano con el que nunca me había topado antes de entonces, un fascista de manual, estúpido y arrogante, a quien el ejercicio de las armas (había luchado en África y España y se jactaba de ello con nosotros) había rodeado de sólida ignorancia y estulticia, pero no corrompido ni deshumanizado. Había creído y obedecido durante toda su vida, y estaba candorosamente convencido de que los culpables de la catástrofe eran sólo dos, el rey y Galeazzo Ciano, el cual precisamente en aquellos días acababa de ser fusilado en Verona. Badoglio no, Badoglio era un soldado también él, había jurado fidelidad y lealtad al rey y tenía que mantenerse fiel a su juramento. Si no hubiera sido por el rey y por Ciano, que habían saboteado la guerra fascista desde el principio, todo habría ido bien y habría vencido Italia. Me tenía por un botarate, a quien las malas compañías han echado a perder; en lo más profundo de su alma clasista, estaba persuadido de que un licenciado no podía ser realmente un «subversivo». Me interrogaba por aburrimiento, para echarme sermones y para darse importancia, sin ningún propósito inquisitorial. Él era un soldado, no un esbirro. Nunca me hizo preguntas engorrosas, y ni siquiera me preguntó nunca si era judío.

En cambio los interrogatorios de Cagni eran temibles. Cagni era el espía que nos había hecho apresar; un espía integral, lo llevaba en la masa de la sangre, espía por naturaleza y por tendencia más que por convicción fascista o por interés; espía por ganas de hacer daño, por sadismo deportivo, como abate el cazador a los animales en libertad. Era un hombre hábil; había accedido con buenas credenciales a formar parte de una organización partisana contigua a la nuestra, pasaba por ser depositario de importantes secretos alemanes, los había revelado, y más tarde se comprobó que eran artificiosamente falsos y elaborados por la Gestapo. Organizó la defensa de las formaciones, desarrolló minuciosos ejercicios de tiro (en los cuales logró que se consumiesen buena parte de las municiones), luego huyó al valle y volvió a aparecer a la cabeza de las centurias fascistas designadas para la depuración. Frisaba los treinta años y era pálido y fofo. Empezaba el interrogatorio depositando la Luger encima de la mesa bien a la vista e insistía sin tregua durante horas. Quería saberlo todo. Amenazaba continuamente con la tortura y el fusilamiento, pero yo por suerte no sabía casi nada, y los pocos nombres que sabía me los

guardé para mí. Alternaba momentos de simulada cordialidad con estallidos de cólera no menos simulados. A mí me dijo (seguramente tirándose un farol) que sabía que yo era judío, pero que era mejor para mí. O era judío o era partisano, en cuyo caso me llevaría al paredón. Si era judío, pues nada, había un campo de concentración en Carpi, ellos no eran seres sanguinarios, me quedaría allí hasta la victoria final. Reconocí ser judío, en parte por aburrimento, en parte por una reacción terca e irracional de orgullo, pero no creía en absoluto en su palabras. ¿No había dicho él mismo que la dirección de aquella cárcel, en el plazo de pocos días, pasaría a ser controlada por las S.S.?

En mi celda había una sola bombilla de luz débil, que quedaba encendida toda la noche. Casi no se veía para leer, pero yo leía mucho a pesar de todo, porque creía que mis días estaban contados. Al cuarto de estar allí, durante la hora de recreo, me metí a escondidas en el bolsillo una piedra grande, para ver de intentar comunicarme con Guido y Aldo, que estaban en celdas contiguas a la mía. Acabé lográndolo, pero era agotador. Llevaba una hora cada frase que se transmitía, a base de golpes cifrados en el tabique medianero, como los de los mineros de *Germinal* sepultados en la mina. Pegando la oreja a la pared para recoger la respuesta, en vez de eso lo que se oía eran las canciones jocundas y estentóreas de los milicianos sentados a la mesa sobre nuestras cabezas, unas veces «la visión de Alighieri», otras «pero la metralleta yo no la abandono» o la que más encogía el corazón de todas, «ven conmigo, hay un camino en el bosque».

En mi celda vivía también un ratón. Me hacía compañía, pero por las noches me mordisqueaba el pan. Había dos catres; desmonté uno de ellos, le saqué un travesano largo y afilado, y de noche le pinchaba la hogaza de pan en la punta. Pero unas cuantas migas se las dejaba en el suelo al ratón. Me sentía más ratón que él. Pensaba en los caminos del bosque, en la nieve cayendo fuera, en las montañas indiferentes, en los cientos de cosas maravillosas que podría hacer si estuviera libre, y la garganta se me apretaba como si tuviera un nudo.

Hacía mucho frío. Me puse a golpear la puerta hasta que vino el miliciano que hacía las veces de guardián y le dije que quería hablar con Fossa. El guardián era el mismo que me había pegado cuando nos cogieron, pero, al saber luego que yo era un «doctor», me había pedido excusas. Italia es un país muy raro. No llegué a ver a Fossa, pero conseguí para mí y para los otros una manta por cabeza y el permiso de calentarnos media hora por la noche, antes del toque de silencio, junto a la caldera del termosifón.

El nuevo régimen se inició aquella misma noche. Vino el miliciano a buscarme, pero no venía solo, sino con otro preso de cuya existencia yo no tenía noticia. Una pena; si hubieran sido Guido y Aldo me habría parecido muchísimo mejor. Pero, a fin de cuentas, se trataba de un ser humano con el que poder cruzar la palabra. Nos llevó al cuarto de la calefacción, que estaba negro de hollín, agobiado por un techo demasiado bajo y obstruido casi enteramente por la caldera, pero caliente, ¡qué alivio! El miliciano nos mandó sentar en una banqueta y tomó asiento también él en una silla junto al vano de la puerta, como para impedir la salida. La metralleta la mantenía sujeta verticalmente entre las rodillas, pero a los pocos minutos ya estaba dando cabezadas, olvidado de nosotros.

El otro preso me miraba con curiosidad.

—¿Vosotros sois rebeldes? —me preguntó.

Tendría como unos treinta y cinco años, era delgado y un poco cargado de espaldas, con el pelo crespo y revuelto, mal afeitado, una gran nariz aguileña, la boca sin labios y los ojos huidizos. Sus manos eran desproporcionadamente grandes, nudosas, como curtidas por el sol y el viento, y no las dejaba parar quietas. Tan pronto se rascaba como se las frotaba una contra otra igual que si se las estuviera lavando, como tamborileaba sobre la banqueta o sobre uno de sus muslos. Me di cuenta de que le temblaban un poco. Le oía el aliento a vino, y deduje de ello que debían acabarlo de arrestar. Hablaba con el acento de la gente del valle, pero no parecía un campesino. Le contesté con generalidades, pero no se dio por vencido.

—Al fin y al cabo, ése está durmiendo. Puedes hablarme, si quieres. Yo puedo mandar noticias fuera; además creo que seguramente saldré dentro de poco.

No me parecía un tipo de mucho fiar.

—¿Por qué estás tú aquí? —le pregunté.

—Por contrabando. No he querido repartir con ellos, y eso ha sido todo. Acabaremos poniéndonos de acuerdo, pero mientras tanto me tienen aquí dentro. Mala cosa, para mi oficio.

—¡Mala cosa para todos los oficios!

—Pero es que yo tengo un oficio especial. También me dedico al contrabando, pero eso sólo en invierno, cuando el Dora se hiela. En fin, que hago trabajos diferentes, pero ninguno de tener jefe. Nosotros somos gente independiente. También mi padre era así, y mi abuelo y todos mis bisabuelos desde la noche de los tiempos, desde que llegaron los romanos.

No había entendido su alusión al Dora helado, y le pedí que me lo aclarase. ¿Es que era acaso un pescador?

—¿Sabes por qué se llama Dora? —me contestó—. Pues porque es de oro. No todo, claro, pero lleva oro, y cuando hiela ya no lo puede uno sacar.

—¿Tiene oro en el fondo?

—Sí, en la arena. No por todas partes, pero en muchos de sus tramos. Es el agua la que lo arrastra montaña abajo y lo va acumulando al azar, en una ensenada sí, en otras no. Nuestra ensenada, que va pasando de padres a hijos, es la más rica de todas. Está bien escondida, muy a trasmano, pero de todas maneras es mejor ir de noche para que no venga nadie a curiosear. Por eso, cuando hiela duro, como por ejemplo el año pasado, no se puede trabajar, porque acabas de agujerear el hielo y ya se está formando más, y luego además que las manos no lo aguantan. Si yo estuviera en tu pellejo y tú en el mío, te explicaría hasta dónde tenemos el sitio, palabra.

Me sentí herido por aquella frase. Sabía de sobra lo mal que iban mis cosas, pero no me gustaba oírmelo decir por boca de un extraño. El otro, que se había dado cuenta de la metedura de pata, trató torpemente de arreglarlo.

—Bueno, lo que quería decir es que son cosas reservadas, que no se le cuentan ni a los amigos. Yo vivo de eso y no tengo otra cosa en el mundo, pero no me cambiaría por un banquero. Mira, no es que haya tanto oro, hay más bien bastante poco. Te tiras toda la noche lavando arena y sacas uno o dos gramos, pero no se agota nunca. Vuelves cuando te

da la gana, a la noche siguiente o después de un mes, según te dé, y el oro ha aumentado. Es así desde siempre y para siempre, igual que vuelve la hierba a las praderas. Así que no hay gente más libre que nosotros. Por eso es por lo que me vuelvo loco aquí encerrado. Además, tienes que tener en cuenta que no todo el mundo sabe lavar la arena, y eso produce satisfacción. Por ejemplo, a mí me ha enseñado mi padre. Pero sólo a mí, porque era el más espabilado, mis otros hermanos trabajaban en la fábrica. Y sólo a mí me ha dejado la escudilla.

Y su enorme mano derecha, ligeramente ahuecada, aludía al movimiento rotatorio profesional.

—No son buenos todos los días —prosiguió—. Le va a uno mejor con el tiempo despejado y la luna en cuarto menguante. No conozco la razón, pero es exactamente así, te lo digo por si acaso algún día se te ocurre hacer la prueba.

Agradecí en silencio aquel augurio. Claro que haría la prueba ¿A qué prueba iba a decir que no? En aquellos días, a lo largo de los cuales esperaba con bastante entereza la muerte, abrigaba unas punzantes ganas de todo, de todas las experiencias humanas imaginables y renegaba de mi vida anterior, que me parecía haber disfrutado poco y mal. Y sentía que el tiempo se me escapaba por entre los dedos, que se me iba del cuerpo minuto a minuto, como una hemorragia imposible ya de detener. Claro que buscaría oro. No para enriquecerme, sino para probar un arte nuevo, para volver a visitar la tierra y el aire y el agua, de los cuales me separaba un abismo cada día más ancho. Y para recuperar mi oficio de químico en su aspecto esencial y primordial, la «Scheidekunst», o sea, precisamente el arte de separar el metal de la ganga.

—No te vayas a creer que lo vendo todo —seguía el otro—; le tengo demasiado apego. Aparto un poco y lo fundo, dos veces al año, y lo trabajo. No soy un artífice, pero me gusta tenerlo en la mano, darle golpes con el martillo, grabarlo, arañarlo. No me interesa hacerme rico; lo único que me importa es vivir libre, no llevar un collar como los perros, ir trabajando así, a mi aire, sin tener a nadie encima que me diga «arre, adelante». Por eso llevo tan mal estar aquí dentro; y luego, encima, que pierdes jornadas de trabajo.

El miliciano tuvo un sobresalto en su sueño, y la metralleta que tenía entre las rodillas dio en tierra con estrépito. El desconocido y yo cambiamos una mirada rápida, nos comprendimos al vuelo y nos levantamos de golpe del asiento. Pero no nos había dado tiempo ni a dar un paso cuando ya él había recogido el arma. Se tranquilizó, miró la hora, blasfemó en veneciano, y nos dijo de malos modos que ya era hora de volver a la celda. En el pasillo nos encontramos con Guido y Aldo, que, escoltados por otro celador, se dirigían a tomar relevo de nuestro puesto en el bochornoso y polvoriento ambiente de la caldera. Me saludaron con un gesto de la cabeza.

En la celda me volvió a recibir la soledad, el aliento helado y puro de las montañas que se colaba por el ventanuco, y la angustia del mañana. Aguzando el oído, en el silencio que seguía al toque de queda, se oía el murmullo del Dora, amigo perdido; y todos los amigos estaban perdidos, y la juventud, y la alegría, y tal vez la vida. Se deslizaba cerca de mí pero indiferente, arrastrando el oro en su regazo de hielo fundido. Me sentía atenazado por unas envidias dolorosas hacia mi ambiguo compañero, que pronto volvería a su vida

precaria pero monstruosamente libre, a su inagotable riachuelo de oro, a una hilera de días sin fin.

CERIO

El hecho de que yo, un químico metido a escribir aquí mis historias de químico, haya vivido una etapa distinta, es algo que ya he contado en otra parte.

A treinta años de distancia, me resulta difícil reconstruir el tipo de ejemplar humano que pudiera corresponder, en noviembre de 1944, a mi nombre, o mejor dicho a mi número: el 174517. Debía haber superado la crisis más dura, la de haber entrado a formar parte de la orden del Lager, y debía haber desarrollado también un peculiar encallecimiento, si lograba por entonces no sólo sobrevivir sino además pensar, registrar el mundo que me rodeaba y hasta llevar a cabo un trabajo bastante delicado, en un ambiente como aquel infectado por la presencia cotidiana de la muerte y al mismo tiempo abocado al frenesí a causa del acercamiento de los rusos salvadores, que ya estaban a ochenta kilómetros de nosotros. La desesperación y la esperanza se alternaban con un ritmo que en una hora habría arrancado de cuajo a cualquier persona normal.

Nosotros no éramos personas normales porque teníamos hambre. Nuestra hambre de entonces no tenía nada que ver con la sensación bien conocida —y no del todo desagradable— de quien se salta una comida y está seguro de que la siguiente no le va a faltar: era una necesidad, una carencia, un *yearning*, que ya llevaba un año haciéndonos compañía, había echado en nosotros raíces profundas y permanentes, vivía en todas nuestras células y condicionaba nuestro comportamiento. Comer, buscar algo de comer, era el estímulo número uno, detrás del cual, a mucha distancia, seguían todos los otros problemas de supervivencia, y todavía más lejos los recuerdos de la casa y el miedo mismo a la muerte.

Era químico en un establecimiento químico, en un laboratorio químico (también esto lo he contado ya), y robaba para comer. Si no empieza uno de niño, aprender a robar no es cosa fácil; me habían sido precisos varios meses para reprimir los principios morales y para adquirir las técnicas necesarias, y hasta cierto punto me había dado cuenta (con un atisbo de risa y una punta de ambición satisfecha) de que estaba viviendo, yo, un honrado doctorcillo en química, la involución-evolución de un famoso perro no menos honrado, un perro victoriano y darwiniano que, al ser deportado, se vuelve ladrón para poder vivir en su «Lager» del Klondike, el gran Buck de *La llamada de la selva*. Robaba como él y como los zorros, siempre que se presentaba la ocasión propicia, pero con una astucia cazarra y sin exponerme. Robaba de todo menos el pan de mis compañeros.

Precisamente, desde el punto de vista de las sustancias susceptibles de ser robadas con provecho, aquel laboratorio era un terreno virgen, completamente por explorar. Había gasolina y alcohol, presas banales e incómodas. Muchos las cogían de diferentes puntos del taller, la oferta era alta como alto era también el riesgo, porque para los líquidos hacen falta recipientes. Existe el grave problema del empaquetado, que ningún químico medianamente experto desconoce. También lo conocía el Padre Eterno, que lo resolvió brillantemente, a su manera, a base de las membranas celulares, la cascara de los huevos, la múltiple envoltura de las naranjas, y nuestra piel, porque al fin y al cabo líquido somos también nosotros. Ahora bien, en aquel tiempo no existía el polietileno, que me habría

venido muy bien por ser, como es, flexible, ligero y maravillosamente impermeable. Claro que también es demasiado incorruptible, y no en vano el mismísimo Padre Eterno, a pesar de ser maestro en polimerización, se abstuvo de patentarlo. A El las cosas incorruptibles no le gustan.

A falta de los materiales de embalaje adecuados, la presa ideal tenía, por lo tanto, que ser sólida, no percedera, manejable, y sobre todo nueva. Debía poseer un alto valor unitario, es decir no ser voluminosa, porque muchas veces éramos cacheados a la entrada del campo, después del trabajo. Y finalmente tenía que ser útil, o cuando menos apetecible para alguna de las clases sociales que componían el complicado universo del Lager.

Había hecho varios intentos en el laboratorio. Había sustraído algunos centenares de gramos de ácidos grasos, trabajosamente obtenidos mediante oxidación de la parafina por algún colega mío del otro lado de las barricadas. Me había comido la mitad y realmente saciaban el hambre, pero tenían un sabor tan desagradable que renuncié a vender el resto. Había probado a hacer frituras con algodón hidrófilo, manteniéndolo apretado contra la plancha de un hornillo eléctrico. Sabían vagamente a azúcar quemado, pero tenían una presentación tan mala que no me parecieron rentables. En cuanto a vender directamente el algodón en la enfermería del Lager, lo intenté una vez, pero abultaba mucho y se cotizaba poco. Hice esfuerzos también por ingerir y digerir la glicerina, basándome en el razonamiento simplista de que, siendo ésta un resultado de la escisión de las grasas, también de alguna manera debe poder ser meta-bolizada y proporcionar calorías; y puede que las proporcionara, pero era a expensas de molestos efectos secundarios.

Había un tarro misterioso sobre uno de los estantes. Contenía una veintena de pequeños cilindros grises, duros, incoloros e insaboros, y no llevaba etiqueta. Esto era muy raro porque aquello era un laboratorio alemán. Sí, de acuerdo, los rusos estaban a pocos kilómetros, la catástrofe se mascaba en el aire, como algo casi visible; había bombardeos a diario y todo el mundo sabía que la guerra estaba a punto de acabar. Pero, en fin, algunas constantes tienen que mantenerse, a pesar de todo, y entre ellas estaba la de nuestra hambre, la de que aquel laboratorio era alemán y la de que los alemanes no se olvidan nunca de pegar las etiquetas. De hecho, todos los otros tarros y botellas del laboratorio llevaban su etiqueta bien clara, escrita a máquina, o a mano en preciosos caracteres góticos. Sólo aquel tarro no llevaba ninguna.

En aquellas circunstancias, no podía disponer yo, naturalmente, del equipo de trabajo y de la serenidad necesarios para identificar la naturaleza de los pequeños cilindros. En el entretanto, me escondí tres en el bolsillo y me los llevé por la tarde al campo. Podrían tener veinticinco milímetros de largo y un diámetro de cuatro o cinco.

Se los enseñé a mi amigo Alberto. Alberto sacó del bolsillo una navajita y probó a hacer una incisión en uno de ellos. Era duro y se resistía a la hoja. Intentó rasparlo; se oyó un pequeño chisporroteo y explotó un haz de chispas amarillas. Llegados a este punto, el diagnóstico estaba claro. Se trataba de hierro-cerio, la mezcla con que se fabrican las piedras corrientes de mechero. ¿Por qué eran tan grandes? Alberto, que durante algunas semanas había trabajado de operario junto a un equipo de soldadores, me explicó que se montan en el extremo de los tubos de oxiacetileno para encender la llama. A aquellas alturas, ya me invadía el escepticismo acerca de las posibilidades comerciales de mi robo;

podía servir, todo lo más, para encender fuego. Pero en Lager las cerillas (ilegales) no escaseaban precisamente.

Alberto me reprendió. Para él la renuncia, el pesimismo y el desánimo eran algo abominable y pecaminoso. No aceptaba el mundo del campo de concentración, lo rechazaba por instinto y por razonamiento, no se dejaba contaminar por él. Era un hombre de una voluntad buena y fuerte, y había permanecido milagrosamente libre, como libres eran sus palabras y sus actos. No había humillado la cabeza, ni había plegado la espalda. Un gesto suyo, una palabra o una risa suyas ejercían una virtud liberadora, abrían un agujero en el tejido rígido de Lager, y todos cuantos se acercaban se daban cuenta de ello, incluso los que no entendían su lengua. Creo que nadie, en aquel lugar, fue tan querido como él.

Me riñó. No hay que descorazonarse nunca, porque es perjudicial y por tanto inmoral, casi indecente. Había robado el cerio, ¿no?; pues bueno, ahora se trataba de colocarlo, de lanzarlo. Ya se ocuparía él, lo convertiría en una novedad, en un artículo de alto valor comercial. Prometeo había sido un imbécil dándole el fuego a los hombres, en vez de vendérselo. Habría ganado dinero, aplacado a Júpiter y evitado todo aquel lío del buitre.

Nosotros teníamos que ser más astutos. Este discurso sobre la necesidad de la astucia no era nuevo para nosotros. Alberto me lo había soltado muchas veces, y otros antes que él en la etapa de la libertad. Y muchos más todavía me lo habrían de repetir luego, infinitas veces hasta hoy, y siempre con modesto resultado. Mejor dicho, con el resultado paradójico de desarrollar en mí una peligrosa tendencia a la simbiosis con un astuto auténtico, el cual sacase (o creyese sacar) de su convivencia conmigo ventajas temporales o espirituales. Alberto era un sujeto ideal de simbiosis, porque se abstenía de ejercitar su astucia a mis expensas.

Yo no sabía, pero él sí (lo sabía siempre todo de todos, a pesar de que no sabía alemán, ni polaco, ni francés), que en el taller había una industria clandestina de mecheros. Unos artífices ignotos los fabricaban, en sus ratos libres, para las personas importantes y los operarios civiles. Ahora bien, para los mecheros hacen falta piedras, y piedras de un tamaño determinado. Por lo tanto, lo que teníamos que hacer era reducir un poco las que yo había cogido.

—¿Reducirlas cuánto y de qué manera?

—No pongas pegas, anda —me dijo—. De eso ya me ocupo yo. Tú ocúpate de robar las que quedan.

Al día siguiente, no encontré dificultades para seguir el consejo de Alberto. Hacia las diez de la mañana prorrumpieron las sirenas del «Fliegeralarm», la alarma aérea. No era ninguna novedad a aquellas alturas, pero cada vez que ocurría nos sentíamos —nosotros y todo el mundo— traspasados de angustia hasta la médula. No parecía un sonido terrenal, no era una sirena como la de las fábricas, era un sonido a todo volumen que, rítmicamente y al mismo tiempo en toda la zona, iba subiendo hasta un tono agudo como de espasmo, y volvía a caer en un atronador murmullo. Aquello no podía ser un hallazgo casual, porque en Alemania nada era casual, y además se adaptaba demasiado bien a la finalidad y al fondo. He pensado muchas veces si no habría sido elaborado por algún músico maléfico que hubiera encerrado en aquel sonido el furor y el llanto, el aullido del lobo a la luna, y el

aliento del tifón; así es como debía sonar el cuerno de Astolfo. Provocaba el pánico, no sólo por ser heraldo de bombas, sino también por su horror intrínseco, como el lamento de una gran bestia herida, tan grande que llegaba hasta el horizonte.

Los alemanes, frente a los ataques aéreos, tenían más miedo que nosotros. Nosotros, de una forma irracional, no lo teníamos, porque los sabíamos dirigidos no contra nosotros, sino contra nuestros enemigos. En el transcurso de unos segundos, me encontré solo en el laboratorio, me metí en el bolsillo todo el cerio y salí afuera para reunirme con mi «Kommando». Todo el cielo estaba ocupado por el zumbido de los bombardeos, y de ellos caían, ondeando suavemente, unas hojitas volanderas de color amarillo que llevaban impresas atroces frases de escarnio:

Im Bauch Kein Fett,
Ach Uhr ins Bett;
Dar Arch Kaum warm,
Fliegeralarm!

Que quiere decir:

Con la panza vacía de tocino,
A las ocho acuéstate;
En cuanto calientes el culo,
¡Alarma aérea!

A nosotros nos estaba prohibido el acceso a los refugios antiaéreos. Nos arrebujábamos en los amplios solares, aún sin edificar, en los alrededores del taller. Mientras las bombas empezaban a caer, yo, tirado sobre el fango helado y sobre la hierba raquítica sobaba los pequeños cilindros que llevaba en el bolsillo, y meditaba sobre lo extraño de mi destino, de nuestros destinos de hojas en una rama, y de los destinos humanos en general. Según Alberto, una piedrecita de mechero se cotizaba lo mismo que una ración de pan, es decir valía tanto como un día de vida. Yo había robado por lo menos cuarenta cilindros, de cada uno de los cuales se podían sacar tres piedras de mechero acabadas. En total, ciento veinte piedrecitas, dos meses de vida para mí y dos para Alberto. Y en dos meses los rusos habrían llegado y nos liberarían. O sea, que nos habría liberado el cerio, elemento acerca del cual no sabía nada, a excepción de aquella única aplicación práctica, de que pertenece a la equívoca y hereje familia de las Tierras Raras, y de que su nombre no tiene nada que ver con la cera ni tampoco se llama así en memoria de su descubridor, sino (¡vaya modestia la de los químicos de antaño!) en memoria del pequeño planeta Ceres, por haber sido descubierto el astro y el metal en el mismo año de 1801. Y tal vez fuera esto un afectuoso e irónico homenaje a los emparejamientos de la alquimia; de la misma manera que el Sol era el oro y Marte el hierro, así también Ceres debía ser el cerio.

Por la noche me llevé al campo los pequeños cilindros y Alberto un pedazo de chapa con un agujero redondo. Era el tamaño prescrito al que se tendría que adaptar la reducción de los cilindros para quedar transformados en piedras de mechero y, por consiguiente, en pan.

Todo lo que siguió debe ser juzgado con cautela. Alberto dijo que los cilindros había que reducirlos raspándolos con una navaja, a escondidas, para que ningún competidor pudiera robarnos el secreto. ¿Cuándo? De noche. ¿Dónde? En el barracón de madera, debajo de la manta y encima de la colchoneta rellena de virutas; o sea a riesgo de provocar un incendio y, desde un punto de vista más realista, a riesgo de que nos colgaran. Porque a esta pena eran condenados, entre otros, todos aquellos que encendieran una cerilla en el barracón.

Nunca sabe uno bien cómo juzgar las acciones temerarias, ya sean propias o ajenas, cuando han llegado a buen puerto.

¿Es que entonces no eran tal vez lo suficientemente temerarias? ¿O es que acaso es verdad que existe un Dios que protege a los niños, a los atolondrados y a los borrachos? ¿O no será más bien que sus actos fallidos tienen más de consistencia y más calor que los otros innumerables que acabaron mal, y por eso gusta más hablar de aquéllos que de éstos? Pero nosotros no nos hacíamos entonces semejantes preguntas. El Lager nos había otorgado una loca familiaridad con el peligro y con la muerte, y arriesgar el pellejo para comer algo más nos parecía una elección lógica, incluso obvia.

Mientras los compañeros dormían, nosotros nos pasábamos las noches, una tras otra, dándole a la navaja. El escenario era como para llorar de puro tétrico. Una sola bombilla iluminaba precariamente la enorme cabaña de madera, y se vislumbraban en la penumbra, como dentro de una vasta caverna, los rostros de los compañeros agitados por el sueño y por los sueños. Teñidos por la muerte, meneaban las mandíbulas, soñando que estaban comiendo. A muchos les colgaba por el borde del catre un brazo o una pierna desnudos y esqueléticos; otros gemían o hablaban en sueños.

Pero nosotros dos estábamos vivos y no nos rendíamos al sueño. Manteníamos ahuecada la manta con las rodillas, y debajo de aquella tienda improvisada íbamos raspando los cilindros a tientas y a ciegas. A cada golpe de navaja se oía un chasquido sutil y se veía nacer un haz de estrellitas amarillas. De vez en cuando probábamos a ver si el cilindro pasaba ya por el agujero-muestra. Si no, seguíamos raspando. En cambio, si ya pasaba, rompíamos el trozo afilado y lo poníamos aparte cuidadosamente.

Trabajamos durante tres noches. No pasó nada, nadie se dio cuenta del lío que nos traíamos, y no prendimos fuego ni a las mantas ni al colchón, así que nos ganamos el pan que nos mantuvo en vida hasta la llegada de los rusos y nos confortamos mutuamente a través de la confianza y la amistad que nos unían. Lo que fue a mí, ya lo he contado en otro sitio. En cuanto a Alberto, se marchó a pie con la mayoría, cuando la línea del frente estaba ya muy cerca. Los alemanes los hicieron caminar durante días y noches por la nieve y el hielo, fusilando a todos los que eran incapaces de continuar. Luego los cargaron en vagones descubiertos, que se llevaron a los escasos supervivientes hacia un nuevo capítulo de la esclavitud, a Buchenwald y Mauthausen. Los que sobrevivieron a aquella marcha no pasaron de la cuarta parte.

Alberto no ha vuelto nunca, ni quedan huellas de él. Un paisano suyo, mezcla de visionario y bribón, vivió algunos años, después de acabada la guerra, del dinero que le sacaba a la madre de Alberto a cambio de proporcionarle falsas noticias de consuelo.

CROMO

Había pescado de segundo plato, pero el vino era tinto. Versino, jefecillo del avituallamiento, dijo que, con tal de que el vino y el pescado estuvieran buenos, lo demás eran tonterías. Estaba convencido de que la mayor parte de los partidarios de la ortodoxia no habrían sido capaces de distinguir, con los ojos cerrados, un vaso de blanco de uno de tinto. Bruni, del departamento Nitro, preguntó si alguien sabía por qué el pescado le va al vino blanco. Se oyeron varios comentarios burlones, pero ninguno supo dar una respuesta concluyente. El viejo Cometto arguyó que la vida está llena de costumbres cuyas raíces no se pueden rastrear: el color del papel del azúcar, la manera distinta de botonadura para los hombres que para las mujeres, la forma de la proa de las góndolas, y las innumerables compatibilidades e incompatibilidades alimenticias, de las cuales precisamente era un ejemplo particular aquella que estaba en cuestión. Pero también ¿por qué había que echarle pata de cerdo a las lentejas y queso rallado a los macarrones?

Yo hice un breve repaso mental para asegurarme de que ninguno de los presentes me lo había oído todavía, y por fin me decidí a contar el cuento de la cebolla y el aceite de linaza hervido. Precisamente aquella era una mesa de barnizadores, y es bien sabido que el aceite de linaza (ölidlenköit) ha constituido a lo largo de los siglos la materia prima fundamental para nuestro arte. Es éste un arte antiguo, y por lo tanto noble. El testimonio más remoto aparece en el Génesis, cap. 6, versículo 14, donde se cuenta cómo Noé, de acuerdo con instrucciones precisas especificadas por el Altísimo, revistió de pez fundida el arca por dentro y por fuera —probablemente a pincel—. Pero es también un arte sutilmente fraudulento, como todo lo que tiende a ocultar el sustrato de las cosas confiriéndoles el color y la apariencia de lo que no son. Desde este punto de vista está emparentado con la cosmética y el adorno, artes igualmente ambiguas y ancestrales (Isaías, cap. 3, versículo 16 y sig.). Dados, pues, sus orígenes milenarios, no es de extrañar que el oficio de barnizar conserve entre sus pliegues (a despecho de las múltiples solicitudes que recibe hoy en día de otras técnicas afines) rudimentos de costumbres y procedimientos ya hace mucho tiempo en desuso.

Pero, volviendo al aceite de linaza hervido, les conté a los comensales que en un recetario impreso hacia 1942 había encontrado yo el consejo de añadir al aceite, hacia el final de la cocción, dos rodajas de cebolla, sin que viniera ningún comentario sobre el papel de este curioso aditamento. Había hablado de ello en 1949 con el señor Giacomasso Olindo, mi antecesor y maestro, que por entonces ya tenía más de setenta años y se dedicaba desde hacía cincuenta a hacer barnices; y él, sonriendo benévolo bajo su tupido bigote blanco, me había explicado que, efectivamente, cuando él era joven y se ocupaba personalmente de la cocción del aceite, el uso de los termómetros no se había generalizado todavía y se iba apreciando la temperatura a que hervía el aceite a base de observar los humos, de escupir dentro, o también, más racionalmente, de meter en el líquido un casco de cebolla pinchado en la punta de un hierro de asador. Cuando la cebolla empezaba a colorearse de rojo, la cocción estaba en su punto. Evidentemente, con el paso de los años,

aquella que había sido una operación tosca de medición había ido perdiendo su sentido inicial y se había convertido en una práctica misteriosa y mágica.

El viejo Cometto contó un episodio parecido. Al volver a evocar, no sin nostalgia, sus buenos tiempos, los tiempos de la goma copal, trajo a colación con el *oliöllinköit* para conseguir unos barnices fabulosamente resistentes y brillantes. Su fama y su nombre ya no sobreviven más que en la locución «zapatos de copal», que alude precisamente a un barniz para el cuero muy usado en otro tiempo y caído en desuso hace por lo menos medio siglo. La locución misma está hoy casi totalmente extinguida. Las gomas de copal las importaban los ingleses de países remotos y salvajes, cuyo nombre, de hecho, llevaban añadido al producto para distinguir una variedad de otra: la goma copal Madagascar, la Sierra Leona, la conocidísima y noble goma copal Congo, o la Kauri, cuyos yacimientos—dicho sea de paso— se agotaron hacia 1967. Son resinas fósiles de origen vegetal, con un punto de fusión más bien elevado, y en el estado en que son encontradas y comercializadas no resultan ser solubles en los aceites. Para hacerlas solubles y compatibles con estos líquidos, se las sometía a un proceso de violenta cocción semidestructiva, a lo largo de la cual su acidez disminuía (es decir, se descarboxilaban) al mismo tiempo que se reducía su punto de fusión. La operación se llevaba a cabo mediante procedimientos artesanales, en modestas calderas de dos o tres quintales que se calentaban directamente al fuego y llevaban ruedas para su desplazamiento. Durante la cocción, se pesaban de vez en cuando, y cuando la resina había perdido el 16 por 100 de su peso en humo, vapor acuoso y anhídrido carbónico, su grado de solubilidad en el aceite se juzgaba alcanzado. Hacia 1940, las arcaicas gomas copales, caras y de difícil distribución en tiempo de guerra, fueron sustituidas por resinas fenólicas y maleicas previamente sometidas a un tratamiento oportuno, las cuales, además de costar menos, eran directamente compatibles con los aceites. Pues bueno, Cometto nos contó cómo, en una fábrica cuyo nombre no voy a decir, hacia 1953 a una resina fenólica que sustituía en cierta fórmula a la goma copal Congo, se le aplicó el mismo tratamiento que a esta última. Es decir, en medio de pestilentes exhalaciones de fenol, se la mantuvo a fuego vivo para consumirla en un 16 por 100 hasta ver si alcanzaba aquella solubilidad en el aceite que la resina poseía ya de por sí.

Al llegar a este punto, yo llamé la atención sobre el hecho de que todos los idiomas estén llenos de imágenes y metáforas, cuyo origen se va perdiendo junto con el arte que las ocasionó. Rebajada la equitación al rango de deporte para ricos, hoy ya resultan ininteligibles y nos suenan a algo estrambótico expresiones como «vientre a tierra» o «tascar el freno». Desaparecidos los molinos con ruedas de piedra, llamadas también muelas, en los cuales se molió el grano durante siglos (y también los barnices), han perdido su referencia frases como «agua pasada no mueve molino» o «comulgar con ruedas de molino» que todavía hoy se repiten de forma automática. De la misma manera, y ya que la Naturaleza es de por sí conservadora, llevamos en la rabadilla o «coxis» lo que nos queda de una cola desaparecida.

Bruni nos contó un caso en el cual él mismo se había visto implicado, y a medida que nos lo iba refiriendo yo me sentía invadido por una tenue y dulce sensación que más adelante trataré de esclarecer. Hay que decir previamente que Bruni había trabajado desde 1955 a 1965 en una gran fábrica a orillas de un lago, la misma donde yo recibí las

primeras nociones del oficio de barnizador en los años 1946-1947. Pues bueno, contó que cuando estaba allí como responsable del departamento de Barnices Sintéticos, había caído en su manos la fórmula de un producto contra la herrumbre basado en cromatos y que contenía además un componente absurdo. Era éste nada menos que el cloruro de amonio, la vieja y alquimista sal amoniaca del templo de Ammon, bastante más proclive a corroer el hierro que a preservarlo de la herrumbre. Había preguntado a sus superiores y a los veteranos de la sección. Sorprendidos y un poco escandalizados, le habían contestado que en aquella fórmula (que equivalía a unas veinte o treinta toneladas de producto al mes y existía por lo menos desde hacía diez años) la sal de amoníaco «había estado siempre», y que quién era él, tan joven y tan poco ducho en el oficio, para criticar la experiencia de la fábrica y buscarse quebraderos de cabeza buscando cómo y porqués. Si el cloruro amónico entraba en la fórmula, seguro que sería porque servía para algo. Para qué pudiera servir, ya no lo sabía nadie; pero que se librara bien de quitarlo porque «nunca se sabe». Bruno es un racionalista y aquello le había sentado mal. Pero también es una persona prudente, así que había seguido el consejo, por cuya razón en aquella fórmula y en aquella fábrica a orillas del lago, a no ser que haya habido modificaciones posteriores, el cloruro amónico se pone todavía. Y sin embargo es un componente totalmente inútil, como puedo afirmar con pleno conocimiento de causa. Porque en aquella fórmula lo introduje yo.

El episodio sacado a relucir por Bruni y el producto aquel a base de cromatos y cloruro de amonio para combatir la herrumbre, me dispararon hacia atrás en el tiempo hasta el riguroso enero de 1946, cuando todavía la carne y el carbón estaban racionados, nadie tenía coche, y nunca se habían respirado en Italia tanta esperanza y tanta libertad.

Pero yo acababa de volver del cautiverio hacía tres meses, y vivía de mala manera. Todas las cosas que había visto y sufrido me quemaban dentro. Me sentía más cerca de los muertos que de los vivos, y avergonzado de ser hombre, por ser los hombres quienes habían edificado un lugar como Auschwitz. Auschwitz se había tragado a millones de seres humanos, muchos amigos míos, y a una mujer que yo llevaba en el corazón. Me daba la impresión de que si lo contaba me purificaría, y me sentía como el viejo marinero de Coleridge, que va agarrando por el camino a todos los invitados que acuden a la fiesta para imponerles su cuento de maleficios. Escribía poemas concisos y sangrientos; hacía, unas veces por oral y otras por escrito, narraciones vertiginosas, tanto que poco a poco criaron luego un libro. Cuando escribía, encontraba un breve lapso de paz y sentía que volvía a convertirme en hombre, un hombre como los demás, ni mártir, ni infame, ni santo. Uno de tantos que forman una familia y, más que hacia el pasado, miran hacia el futuro.

Y como de poesías y de cuentos no se vive, buscaba trabajo afanosamente. Y lo vine a encontrar en aquella fábrica grande a orillas del lago, aún deteriorada por los efectos de la guerra y asediada en aquellos meses por el fango y los hielos. Allí nadie me hacía mucho caso. Tanto los colegas, como el director como los operarios tenían cosas en qué pensar. En el hijo que volvía de Rusia, en la estufa sin leña, en los zapatos sin suela, en los comercios sin provisiones, en las ventanas sin cristales, en el hielo que rajaba las tuberías, en la inflación, en la carestía y en las virulentas venganzas provincianas. Habían tenido la bondad de dejarme meter en un rincón del laboratorio un escritorio que cojeaba, en un

rinconcito lleno de ruido y de corrientes de aire y de gente que iba y venía con trapos y bidones en la mano; y no me había sido asignada una tarea concreta. Así que, cesante como químico y en un estado total de alienación (aunque entonces no se llamara así), me pasaba el tiempo escribiendo desordenadamente páginas y más páginas sobre los recuerdos que me envenenaban, y los compañeros me miraban de reojo como a un loco pacífico e inocuo. El libro me iba creciendo entre las manos casi espontáneamente, sin sistema ni plan preconcebidos, intrincado y rebosante como un hormiguero. De vez en cuando, sacudido por la conciencia profesional, me ponía en contacto con el director y le pedía algún quehacer, pero él estaba demasiado atareado como para ocuparse de aplacar mis escrúpulos. Que leyese, que estudiase; en cuestión de barnices, sinceramente, yo era todavía, con perdón, un analfabeto. ¿No tenía un trabajo? Pues ya podía dar gracias a Dios y meterme en la biblioteca. Si realmente me había dado tan fuerte aquella ventolera por sentirme útil, pues bien, había artículos para traducir del alemán.

Un día me mandó llamar, y con luz oblicua en los ojos me participó que tenía trabajillo para mí. Me llevó a una esquina del patio próximo al muro que cercaba la fábrica. Allí, amontonados sin orden ni concierto, los de más abajo aplastados por los de más arriba, se veían miles de bloques cuadrados, de un naranja chillón. Me los hizo tocar; eran gelatinosos y blanduchos, con una desagradable consistencia de vísceras machacadas. Le dije al director que si no fuera por el color me parecerían hígados y él me celebró el comentario. ¡Exactamente eso mismo decía en el manual sobre barnices! Me explicó que el fenómeno que los había producido se llamaba en inglés precisamente así, *livering*, o sea «higidez», y en italiano *impolmonimento*. En determinadas ocasiones, ciertos barnices pasan de líquidos a sólidos, adquiriendo una consistencia parecida justamente a la del hígado o el pulmón, y entonces hay que tirarlos. Aquellas masas en forma de paralelepípedo habían sido latas de barniz. Al «apulmonarse» el barniz, las latas habían sido cortadas y el contenido tirado a la basura.

Aquel barniz, según me dijo, había sido elaborado durante la guerra e inmediatamente después; contenía un cromato básico y una resina alquídica. Tal vez el cromato fuera demasiado básico o la resina demasiado ácida. Precisamente son estas las condiciones en que puede sobrevenir el «apulmonamiento». Allí estaba, me regalaba aquel montón de antiguos pecados. Podría darle vueltas, hacer pruebas y análisis, y luego saber decirle con precisión las razones del deterioro, qué había que hacer para que no se repitiera y si era posible recuperar el producto averiado.

Planteado así, desde un punto de vista entre químico y policíaco, el problema me atraía. Le iba dando vueltas en la cabeza aquella tarde (era un sábado por la tarde), mientras uno de los trenes mercancías de entonces gélido y lleno de tizne me llevaba hacia Turín. Pero he aquí que al día siguiente, el destino me tenía reservado un regalo diferente y único: el encuentro con una mujer, joven y de carne y hueso, dejándome sentir a través de los abrigos su calor contra mi costado, alegre en medio de la niebla húmeda de las avenidas, paciente, sabia y segura mientras caminábamos por las calles aún flanqueadas de escombros. En pocas horas ya sabíamos que nos pertenecíamos uno a otro, no en ese encuentro sino para toda la vida, como así ha sido efectivamente. En pocas horas me había sentido nuevo y lleno de potencias nuevas, limpio y curado del largo mal, dispuesto por fin a entrar en la vida con alegría y vigor. También de repente se había curado el mundo que

me rodeaba, y se había exorcizado el nombre y el rostro de la mujer que descendiera conmigo a los infiernos para no volver a salir de ellos nunca. Hasta mi misma dedicación a la escritura se volvió una aventura distinta; dejó de ser el itinerario doloroso de un convaleciente y aquel mendigar compasión y rostros amigos para convertirse en una construcción lúcida en la que ya no me sentía a solas. Era la obra de un químico que pesa y reparte, mide y emite juicios sobre pruebas evidentes, y se afana por contestar a los porqués. Junto al alivio liberador propio del veterano de guerra cuando se pone a contar, experimentaba ahora un placer complejo, intenso y nuevo al escribir, similar al que había sentido de estudiante al entender el orden solemne del cálculo diferencial. Era arrebatador buscar y encontrar, o crear, la palabra adecuada, es decir proporcionada, breve y poderosa; extraer las cosas del recuerdo, y describirlas con el máximo rigor y el mínimo embarazo. Paradójicamente, mi bagaje de memorias atroces se transformaba en riqueza, en simiente. Al escribir, me parecía estar creciendo, como una planta.

En el tren de mercancías del lunes siguiente, apretujado entre la multitud soñolienta y arropada en sus bufandas, me sentía jovial y espabilado como nunca lo había estado ni lo volvería a estar. Estaba dispuesto a desafiar todo y a todos, de la misma manera que había desafiado y vencido Auschwitz y la soledad; dispuesto, sobre todo, a presentarle batalla a la estúpida pirámide de hígados color naranja que me esperaba a orillas del lago.

Es el espíritu el que domina a la materia, ¿no? ¿No era eso lo que me habían embutido en la cabeza en el instituto fascista y gentilicio? Me metí en el trabajo con el mismo ánimo con el que, en un tiempo no tan lejano, la emprendíamos con una pared de roca. Y el adversario seguía siendo el mismo de siempre; el no-yo, el Gran Jorobado, la *hyle*. O sea la materia estúpida, inertemente enemiga como enemiga es la estupidez humana, y poderosa como ella en su obtusa pasividad. Nuestro oficio es el de dirigir y vencer esta interminable batalla. Es mucho más rebelde y más refractario a tu voluntad un barniz «apulmonado» que un león en el colmo de su furia. Pero bueno, hay que reconocer que también es menos peligroso.

La primera escaramuza tuvo lugar en el archivo. Los dos *partner*, los dos fornicadores de cuyo abrazo habían brotado monstruos anaranjados, eran el cromato y la resina. La resina se fabricaba allí mismo. Encontré las actas de nacimiento de todos los lotes, y no aparecía en ellas nada sospechoso. La acidez era variable, pero siempre inferior a seis, como estaba prescrito. Un lote en que se había detectado una acidez del 6,2 había sido descartado por un inspector con una firma de mucha fioritura. En principio, la resina estaba fuera de cuestión.

El cromato se le había comprado a diversos proveedores, y también había sido inspeccionado lote por lote. Según el Registro de Compra RDC 480/0 debía contener una cantidad total de óxido de cromo no inferior al 28 por 100. Y mira por dónde, yo tenía delante de los ojos la lista interminable del material recibido desde el mes de enero de 1942 hasta el día (una de las lecturas menos apasionantes que quepa imaginar), y todas las evaluaciones coincidían con lo prescrito, es más, eran iguales entre sí: 29,5 por 100, ni uno más ni uno menos. Sentí retorcerse todas mis fibras de químico ante aquella ignominia. Conviene saber, de hecho, que las naturales oscilaciones en el método de preparación de un cromato como aquel, añadidas a los inevitables errores de análisis, hacen altamente

improbable que las muchas evaluaciones llevadas a cabo sobre lotes distintos y en días distintos coincidan exactamente. ¿Era posible que aquello no le hubiera infundido sospechas a nadie? Pero claro, en aquel tiempo yo aún no conocía el espantoso poder anestésico de los papeles burocráticos, su capacidad de entorpecer, apagar y embotar cualquier conato de intuición y cualquier chispa de ingenio. Por otra parte, los entendidos saben bien que todas las secreciones son nocivas y tóxicas; así que, en condiciones patológicas, no es de extrañar que el papel, secreción burocrática, pueda reabsorberse en grado excesivo y llegue a adormecer, a paralizar o incluso a matar el organismo del cual procede por exudación.

La historia de lo ocurrido empezaba a perfilarse. Por los motivos que fuera, algún analista se había visto traicionado por un método defectuoso, por un reactivo impuro o por una costumbre incorrecta. Había anotado en fila con toda diligencia aquellos resultados tan evidentemente sospechosos como formalmente irreprochables, había firmado obstinadamente cada uno de los análisis, y su firma, engrosándose como un alud, se había visto consolidada por las del jefe de laboratorio, el director técnico y el director general. Me lo podía imaginar a aquel pobre desgraciado, con el telón de fondo de aquellos años difíciles: ya no tan joven, porque los jóvenes estaban movilizados, quién sabe si acosado por los fascistas, o puede que un fascista perseguido por los partisanos, seguramente frustrado porque hacer análisis es un oficio de gente joven, encastillado en el laboratorio y en la fortaleza de su minúscula sabiduría, porque el analista es por definición infalible; objeto de burlas y mal mirado fuera del laboratorio precisamente por sus virtudes de celador incorruptible, de maniático mediocre, chinche y sin fantasía, un bastón metido entre las ruedas de la producción.

A juzgar por la caligrafía anónima y acicalada, su oficio le debía haber consumido y al mismo tiempo empujado a una cruda perfección, como un canto rodado revolcándose hasta llegar la desembocadura del río.

No era de extrañar que, con el tiempo, hubiera desarrollado una cierta insensibilidad con relación al verdadero significado de las operaciones que llevaba a cabo y de las notas que escribía. Me propuse hacer indagaciones sobre el caso, pero ya nadie sabía nada de él; mis preguntas suscitaban respuestas groseras o desganadas. Por otra parte, empezaba a notar en torno a mi persona y a mi trabajo una curiosidad burlona y malintencionada. ¿Quién era ese recién llegado, esa birria de 700 liras al mes, ese escritorzuelo maniático que alteraba las noches del personal escribiendo a máquina sabe Dios qué, quién era él para investigar errores pasados y sacar a relucir trapos sucios de una generación? Llegué a abrigar la sospecha de que la tarea que me había sido encargada pudiera tener el objetivo secreto de llevarme a tropezar con algo o con alguien. Pero ya a esas alturas el negocio del «apulmonamiento» me había absorbido en cuerpo y alma, *tripes et boyaux*; en una palabra, me había enamorado casi tanto como de la muchacha que he dicho, la cual, por cierto, estaba un poco celosa de todo aquello.

No me resultó difícil conseguir, además de los ya citados RDC, los no menos inviolables RDR, Registros de Recepción. En un cajón del laboratorio había un paquete de papeletas pringosas, escritas a máquina y muchas veces corregidas a mano, cada una de las cuales contenía el método para practicar el control de una determinada materia prima. La

papeleta del azul de Prusia estaba manchada de azul, la de la glicerina se notaba pagajosa y la del aceite de pescado apeataba a anchoas. Saqué la papeleta del cromato, que se había vuelto del color de la aurora a causa del reiterado uso, y la leí con atención. Todo era bastante sensato y estaba de acuerdo con mis no tan lejanas nociones escolares. Solamente había un punto que me llamó la atención. Una vez consumada la disgregación del pigmento, se mandaban añadir 23 gotas de cierto reactivo. Ahora bien, una gota no es una unidad tan definida como para soportar un coeficiente numérico tan definido. Y además, pensándolo bien, la dosis prescrita era absurdamente elevada; habría anegado el análisis, llevando en cada caso a un resultado conforme a lo especificado. Miré la papeleta por el revés: llevaba la fecha de la última revisión: 4 de enero de 1944. El acta de nacimiento del primer lote «apul-monado» era del 22 de febrero siguiente.

Llegados a este punto, se empezaba a ver luz. En un archivo polvoriento, encontré una colección de RDR atrasados, y he aquí que la edición anterior a la papeleta de cromato que yo había visto llevaba la indicación de que había que añadir «2 ó 3» gotas, y no «23» gotas. La ó, cuyo papel era fundamental, estaba medio borrada y se ve que en la transcripción siguiente se había perdido. Los acontecimientos se enhebraban bien. La revisión de la papeleta había acarreado un error de transcripción, y el error había falseado todos los análisis sucesivos, tergiversando los resultados a causa de una evaluación ficticia debida al enorme exceso de reactivo, y provocando así la aceptación de unos lotes de pigmento que debieran haber sido rechazados. Estos lotes, por pecar de un exceso de bases, habían desencadenado el «apulmonamiento».

Pero pobre del que ceda a la tentación de confundir una hipótesis elegante con una certeza. Lo saben hasta los lectores de novelas policíacas. Me gané al soñoliento encargado del almacén, le pedí las muestras de todas las partidas de cromato desde enero del 44 en adelante y me atrincheré detrás del banco de trabajo durante tres días para analizarlas con arreglo al método erróneo y al correcto. A medida que los resultados se iban alineando en el registro, el hastío del trabajo rutinario se iba transformando en esa alegría nerviosa de cuando jugábamos de niños al escondite y se descubría al contrario torpemente agazapado detrás de un seto. Con el método equivocado, siempre salía el fatídico 29,5 por 100; con el método correcto, se daba un abanico de resultados, y una generosa cuarta parte, inferior al mínimo prescrito, correspondía a lotes que habrían debido ser rechazados. El diagnóstico quedaba confirmado y la patogénesis descubierta: ahora de lo que se trataba era de establecer la terapia.

Ésta fue encontrada bastante pronto, recurriendo a la santa química inorgánica, lejana isla cartesiana, paraíso perdido para los chapuceros orgánicos y macromoleculistas como nosotros. Había que neutralizar de alguna manera, dentro del cuerpo enfermo de aquel barniz, el exceso de bases debido a la liberación del óxido de plomo, dando un cloruro insoluble e inerte y liberando amoníaco. Las pruebas a pequeña escala otorgaron resultados prometedores. Había que darse prisa, hallar el cloruro (en el inventario venía designado como «cloruro demonio»), ponerse de acuerdo con el jefe de Molienda, meter en un pequeño molino de aspas dos de aquellos hígados tan asquerosos de ver y de tocar, añadir una cantidad determinada de la presunta medicina y poner en marcha el molino bajo la mirada escéptica de los circunstantes. El molino, de ordinario tan ruidoso, se puso en movimiento casi de mala gana, en medio de un silencio de mal agüero, trabado por la

masa gelatinosa que se pegaba a las aspas. No quedaba más remedio que volver a Turín y esperar al lunes, mientras le contaba atropelladamente a aquella paciente muchacha la hipótesis que había hecho, las cosas que habían ocurrido a orillas del lago y mi compulsiva espera de la sentencia que los hechos se encargarían de pronunciar.

Al lunes siguiente el molino había recuperado su voz. Crujía incluso alegremente en un tono ininterrumpido de plenitud, sin aquellos entorpecimientos rítmicos que en un molino de aspas denotan mala salud o mal mantenimiento. Lo paré y aflojé con cuidado los tornillos de la tapadera; salió silbando una ráfaga amoniacal, como está mandado. Mandé quitar la tapadera. ¡Bendito sea Dios y todos sus ángeles! El barniz aparecía liso y fluido; completamente normal, renacido de sus propias cenizas como el ave Fénix. Elaboré una relación en los debidos términos de jerga burocrática, y la Dirección me aumentó el sueldo. Además, como muestra de gratitud, se me asignaron dos *côrasse* (dos neumáticos) para la bicicleta.

Dado que el almacén contenía diversos lotes de cromato peligrosamente saturados de base, y que sin embargo se tenían que utilizar por haber sido aceptados en el examen pericial y no poder ser restituidos al proveedor, el cloruro fue introducido oficialmente como preventivo «anti-apulmonamiento» en la fórmula de aquel barniz. Luego yo me despedí de la fábrica, pasaron los decenios, acabó la postguerra, los deletéreos cromatos con exceso de base desaparecieron de la circulación, y mi relación escrita vino a parar en lo que para toda carne mortal. Pero las fórmulas son sagradas como las plegarias, los decretos-ley y las lenguas muertas, y no se puede alterar ni una jota. Por esa razón mi Cloruro Demonio, hermano gemelo de un amor feliz y de un libro liberador, ya totalmente inútil y probablemente un poco nocivo, todavía a orillas de aquel lago viene siendo religiosamente triturado para prevenir la herrumbre de los compuestos de cromo, y ya nadie sabe por qué.

AZUFRE

Lanza sujetó la bicicleta al bastidor de hierro, selló su cartulina, entró en el cuarto de la caldera, puso en marcha la mezcladora y le dio al fuego. El chorro de nafta pulverizada se encendió con un estallido violento y una pérfida llamarada surgió detrás. (Pero Lanza, que ya conocía aquel horno, se había retirado a tiempo.) Luego siguió ardiendo con un fragor respetable, tenso y pleno, como un trueno continuo que se superponía al pequeño zumbido de los motores y las transmisiones. Lanza estaba todavía muerto de sueño y del frío que acompaña a los despertares repentinos. Se quedó acurrucado frente a la caldera, cuya llama roja, en un sucederse de fugaces resplandores, hacía bailar su sombra enorme y agitada contra la pared de atrás, como en un cine antiguo.

Después de media hora, el termómetro empezó a moverse en condiciones. La aguja de acero bruñido, resbalando como una babosa sobre el cuadrante amarillento, fue a pararse en los 95°. También esto marchaba bien, porque el termómetro marcaba siempre cinco grados menos. Lanza se quedó contento, y oscuramente en paz con la caldera, con el termómetro y, en fin, con el mundo y consigo mismo, porque todas las cosas que tenían que pasar pasaban, y porque de toda la fábrica era él el único que sabía que el termómetro marcaba de menos. Seguramente otro habría atizado el fuego o se habría puesto allí mismo a pensar sabe Dios qué para hacerlo subir hasta 100°, como ponía en el programa de elaboración.

El termómetro se quedó un buen rato quieto en los 95°, y luego siguió subiendo. Lanza estaba cerca del fuego y comoquiera que, a tenor de la cálida temperatura, el sueño empezaba de nuevo a hacer presa en él, le permitió invadir dulcemente alguna de las estancias de su conciencia. Pero no aquella que estaba situada detrás de los ojos y vigilaba el termómetro. Ésa tenía que permanecer espabilada.

Con un compuesto de azufre, nunca se sabe, pero de momento todo marchaba normalmente. Lanza saboreaba el dulce reposo, y se abandonaba al baile del pensamiento e imágenes que preceden al sueño, procurando evitar, sin embargo, dejarse dominar por él. Hacía calor y Lanza veía su pueblo; veía a su mujer, a su hijo, su campo, la taberna. El aura cálida de la taberna, el aliento denso del establo. En el establo se colaba agua después de las tormentas, un agua que venía de arriba, del pajar, o tal vez de alguna grieta del muro; del tejado no, porque las tejas estaban todas sanas, por Pascua las había revisado él en persona. Sitio para otra vaca se podía hacer, pero... (y aquí se ofuscó toda su mente, tras una niebla de cifras y cálculos esbozados e inconclusos). Por cada minuto de trabajo diez liras que se metía en el bolsillo. Ahora le parecía que el fuego crepitaba para él, y que la mezcladora giraba para él, como una máquina de hacer dinero.

Arriba, Lanza, hemos llegado a los 180°, hay que desatracar la tapadera y echar dentro el B41; que, además, bien mirado, es una tontería enorme tener que seguir llamándolo B41, cuando todos en la fábrica saben que es azufre; y en tiempo de guerra, cuando faltaba de todo, más de uno se lo llevó a casa para vendérselo de estraperlo a los campesinos que lo usaban para echarlo en la vid. Pero, en fin, el doctor es el doctor y hay que tenerlo contento.

Apagó el fuego, puso más baja la mezcladora, desatrancó la tapadera y se puso la máscara protectora, con lo que se sintió mitad topo mitad jabalí. El B41 ya había sido pesado y estaba en tres cajas de cartón. Lo echó dentro con cautela, y a pesar de la máscara, que tal vez perdía un poco, percibió inmediatamente el olor sucio y triste que se desprendía de la cocción, y pensó que a lo mejor tenía razón el cura cuando decía que el infierno huele a azufre. Un olor que, por otra parte, no les gusta ni a los perros, es cosa bien sabida. Cuando terminó, volvió a cerrar la tapadera y puso nuevamente todo en marcha.

A la tercera noche, el termómetro había llegado a 200°. Era el momento de hacer el vacío. Levantó la manivela y el alto agrio estrépito de bomba centrífuga se sobrepuso al profundo trueno del quemador. La aguja del medidor de vacío, que estaba vertical marcando el cero, empezó a inclinarse deslizándose hacia la izquierda. Veinte grados, cuarenta grados; ya. A estas alturas del asunto puede uno encender un pitillo y quedarse tranquilo por una hora.

Hay quien tiene el sino de hacerse millonario y quien tiene el sino de morir por accidente. Su destino, el de Lanza (y bostezó ruidosamente para hacerse un poco de compañía), era hacer de la noche día. Anda, que si lo hubieran sabido, seguro que cuando la guerra le hubieran metido a hacer aquel importante oficio de pasarse la noche subido a los tejados para abatir a los aeroplanos del cielo.

Se puso en pie de un golpe, con las orejas tensas y todos los nervios en estado de alarma. El estrépito de la bomba se había vuelto de pronto más lento y más amortiguado, sonaba como esforzándose. Y en efecto, la aguja del medidor de vacío, como un dedo que amenazaba, volvía a subir hacia el cero y he aquí que, grado a grado, empezaba a oscilar hacia la derecha. No había nada que hacer, la presión de la caldera estaba subiendo.

«Apaga y escapa.» «Apágalo todo y escapa.» Pero no escapó. Agarró una llave inglesa y se puso a dar golpes a todo lo largo del tubo del vacío. Tenía que estar obstruido, no había otra explicación. Dale que te pego, y nada; la bomba seguía trabajando en el vacío, y la aguja bailoteaba en torno a un tercio de atmósfera.

Lanza se sentía con todos los pelos de punta, como la cola de un gato furioso. Y estaba furioso, lleno de una furia sanguinaria y desatinada contra la caldera, contra aquel pedazo de bestia reacia sentada en el fuego que mugía como un toro; incandescente, como un enorme erizo de espinas tiesas, que no sabe uno por dónde atacarlo ni cogerlo, y entrarían ganas de echarse encima de él a patadas. Con los puños apretados y la cabeza caliente, Lanza andaba dándole vueltas a un desvarío: el de abrir la tapadera para dejar que la presión se desahogase. Fue empezar a aflojar los tornillos y ya estaba brotando por la hendidura, entre chirridos de fritanga, unos espumarajos amarillentos con vaharadas de humo pestilente. La caldera debía estar llena de espuma. Lanza volvió a cerrar precipitadamente, con una gana horrible en el cuerpo de agarrarse al teléfono y llamar al médico, llamar a los bomberos, llamar al espíritu santo, para que surgiesen de la noche a echarle una mano o a darle un consejo.

La caldera no estaba hecha para aquella presión y podía estallar de un momento a otro. Por lo menos eso es lo que pensaba Lanza, y seguramente si no hubiera sido de noche no hubiera estado solo, no se le habría pasado por la cabeza. Pero el miedo se había

convertido en cólera, y cuando la cólera se apaciguó, le dejó la cabeza fría y despejada. Y entonces se le ocurrió la cosa más obvia: abrió la válvula del ventilador de aspiración, la puso en movimiento, cerró el «rompevacíos» y paró la bomba. Con alivio y orgullo, porque había dado en el clavo, vio cómo la aguja volvía a subir hasta cero, como una oveja perdida vuelve al redil, y se inclinaba de nuevo dócilmente hacia la parte del vacío.

Miró alrededor; sentía la necesidad de reírse y de contarlo, y una impresión de ligereza en todos sus miembros. Vio en el suelo su cigarrillo reducido a un cilindro largo y fino de ceniza; se había fumado él solo. Eran las cinco y veinte, despuntaba el alba por detrás del cobertizo de los barriles vacíos, el termómetro marcaba 210°. Sacó una muestra de la caldera, la dejó enfriar y la trató con el reactivo. La probeta permaneció transparente durante unos segundos y luego se puso blanca como la leche. Lanza apagó el fuego, paró la mezcladora y el ventilador y abrió el interruptor de vacío; se oyó un largo y rabioso silbido, que poco a poco se fue aplacando en un crujido, en un murmullo, hasta que se calló. Atornilló el tubo de extracción, puso en marcha el compresor y gloriosamente, en medio de una humareda blanca y del consabido olor acre, el denso flujo de la resina fue a remansarse a la bacinilla recolectora, en un negro espejo brillante.

Lanza se dirigió a la verja y se encontró con Carmine, que entraba en aquel momento. Le dijo que todo iba bien, le pasó las consignas de trabajo y se puso a hinchar los neumáticos de la bicicleta.

TITANIO

A Felice Fantino

En la cocina había un hombre muy alto y vestido de una manera que María no había visto nunca. Llevaba en la cabeza una barquichuela hecha con papel de periódico, fumaba en pipa y estaba pintando de blanco el armario.

No se entendía cómo podía haber todo aquel blanco en un botecito tan pequeño, y María se moría de ganas de ir a mirar dentro del bote. El hombre, de vez en cuando, dejaba la pipa encima del propio armario y se ponía a silbar. Luego dejaba de silbar y empezaba a cantar. De vez en cuando daba dos pasos atrás y cerraba un ojo, y también iba algunas veces a escupir en el cogedor y luego se frotaba la boca con el dorso de la mano. En una palabra, hacía tantas cosas raras y nunca vistas que era entretenidísimo estarlo mirando. Y cuando el armario quedó completamente blanco, recogió el bote y muchos periódicos que había por el suelo, lo trasladó todo junto al aparador y se puso a pintarlo también.

El armario había quedado tan reluciente, limpio y blanco que resultaba casi indispensable tocarlo. María se acercó al armario, pero el hombre se dio cuenta y dijo:

—No lo toques. No lo tienes que tocar.

María se paró cohibida y preguntó:

—¿Por qué?

A lo cual respondió el hombre:

—Porque no se puede.

María se quedó pensando y luego hizo otra pregunta:

—¿Por qué está tan blanco?

También el hombre se quedó un rato pensando, como si la pregunta le pareciera difícil, y después dijo con voz grave:

—Porque es titanio.

María sintió que un delicioso escalofrío de terror le recorría el cuerpo, como cuando en los cuentos aparece el ogro. Miró atentamente y se dio cuenta de que el hombre no llevaba cuchillo, ni había ninguno por allí. Claro que podía tener alguno escondido. Entonces preguntó:

—¿Qué es lo que me vas a cortar?

A lo cual él debía haber respondido: «te corto la lengua», pero se limitó a decir:

—No “ti taglio” «te corto», ¡titanio!

En resumen, que debía ser una persona muy poderosa. Y sin embargo no parecía enfadado, más bien se mostraba bueno y cordial. María le preguntó:

—Señor, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Felice —contestó él.

No se había quitado la pipa de la boca, y al hablar le bailaba para arriba y para abajo, pero sin caérsele. María se quedó un rato en silencio mirando alternativamente al hombre y al armario. No se había quedado contenta en absoluto con aquella respuesta y habría querido preguntarle que por qué se llamaba Felice, pero luego no se atrevió, porque se acordó de que los niños nunca tienen que preguntar el porqué. Su amiga Alice se llamaba Alice y era una niña, así que resultaba realmente extraño que se llamase Felice un hombre tan grande como aquel. Pero poco a poco le empezó, por el contrario, a parecer natural que aquel hombre se llamara Felice y hasta le llegó a parecer que no podría haberse llamado de otra manera.

El armario pintado estaba tan blanco, que todo el resto de la cocina, por contraste, parecía amarillo y sucio. María pensó que no había nada de malo en llegarse a verlo de cerca, verlo sólo, sin tocarlo. Pero cuando se estaba acercando de puntillas, ocurrió algo inesperado y terrible: el hombre se volvió y se puso a su lado en dos zancadas. Se sacó del bolsillo un trozo de tiza y dibujó en el suelo un círculo alrededor de María. Luego dijo:

—No puedes salir de ahí dentro.

Dicho lo cual, restregó una cerilla, encendió la pipa, al tiempo que hacía con la boca muchas muecas raras, y se volvió a poner a barnizar el aparador.

María se sentó sobre los calcañares y se quedó largo rato contemplando el círculo. Pero tuvo que acabar reconociendo que no había ninguna salida. Hizo la prueba de frotarlo con el dedo por uno de sus puntos y comprobó que la marca de yeso realmente desaparecía. Pero se daba perfecta cuenta de que al hombre aquel sistema no le iba a parecer legal.

El círculo era evidentemente mágico. María se quedó sentada en el suelo calladita y tranquila. De vez en cuando hacía la prueba de estirarse hasta tocar el círculo con la punta de los pies y se inclinaba hacia adelante casi hasta perder el equilibrio, pero pronto se dio cuenta de que para llegar a tocar el armario o la pared con los dedos le faltaba todavía un buen palmo. Así que se dedicó a contemplar cómo poco a poco también el aparador, las sillas y la mesa iban quedando blancos y preciosos.

Después de muchísimo rato, el hombre dejó la brocha y el botecito, se quitó de la cabeza la barquichuela de periódico y entonces se vio que tenía el pelo como todos los demás hombres. Después salió por la terraza y María le oyó trajinar y andar de acá para allá en el cuarto de al lado. María empezó a llamarlo —« ¡Señor, Señor! »—, primero bajito y luego más fuerte, aunque no demasiado, porque en el fondo tenía miedo de que el hombre la oyese.

Por fin el hombre volvió a la cocina.

—Señor, ¿puedo salir ya? —le preguntó María.

El hombre bajó la mirada hacia María y el círculo, se echó a reír muy alto y dijo muchas cosas que no se entendían bien, pero no daba la impresión de que estuviera enfadado.

—Sí, claro, por supuesto que puedes salir ya —dijo al fin.

María lo miraba perpleja y no se movía. Entonces el hombre cogió una bayeta y borró el círculo bien borrado para deshacer el encantamiento. Cuando el círculo hubo desaparecido, María se levantó, se marchó brincando, y se sentía muy alegre y satisfecha.

ARSÉNICO

Como cliente tenía un aspecto inusitado. A nuestro laboratorio, humilde y emprendedor, venía para que le analizáramos los productos más disparatados gente muy variada, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, pero todos visiblemente encajados en la gran red ambigua y picaresca del comercio. Al que compra y vende por oficio se le reconoce con facilidad; tiene el ojo alerta y el rostro en tensión, teme el engaño o lo está pensando y se mantiene en guardia como un gato al anochecer. Es un oficio que tiende a destruir el alma inmortal. Ha habido filósofos cortesanos, filósofos dedicados a pulir lentes, hasta filósofos ingenieros o estrategas, pero ningún filósofo, que yo sepa, ha sido negociante al por mayor o tendero.

Lo recibí yo, porque Emilio no estaba. Había podido ser un filósofo campesino. Era un viejecillo fuerte y rubicundo, de manos sólidas, deformadas por el trabajo y por la artritis. Los ojos se mostraban claros, movedizos y juveniles, a pesar de las grandes y frágiles bolsas que le colgaban vacías bajo las órbitas. Llevaba chaleco, con una cadena de reloj asomando del bolsillo. Hablaba piamontés, cosa que me hizo sentirme inmediatamente a disgusto. No es de buena educación contestar en italiano cuando te hablan en dialecto, es algo que te confina enseguida al otro lado de una barrera junto con los aristócratas y con la gente respetable, con los *luigini* para decirlo con frase de un ilustre homónimo mío. Pero mi piamontés, aunque correcto en cuanto se refiere a la forma y al tono, es tan plano y tan sin nervio, tan modesto y lánguido, que resulta poco auténtico. Más que un genuino atavismo, se diría el fruto de un diligente estudio de codos, a la luz de una lámpara, sobre gramática y léxico.

Total, que en un piamontés impecable, con graciosas vetas astienses, me dijo que traía aquel azúcar para someterlo a un análisis químico. Quería saber si era azúcar o no, o si acaso llevaba dentro alguna porquería (dijo «saloparía») ¿Cómo que alguna porquería? Le dije que si tuviera a bien precisarme sus sospechas, me facilitaría la tarea. Pero él contestó que no me quería influenciar, que hiciera el análisis lo mejor que pudiera, que de las sospechas ya me hablaría luego. Me dejó en las manos un cucurucho que contenía por lo menos medio kilo de azúcar, dijo que volvería al día siguiente, se despidió y se fue. No cogió el ascensor, bajó a pie tranquilamente los cuatro tramos de escalera. Debía ser un hombre sin angustias ni prisas.

Nosotros, clientes teníamos bastantes pocos, hacíamos pocos análisis y ganábamos poco dinero. Por eso no podíamos comprarnos instrumentos modernos y rápidos, nuestros resultados tardaban y nuestros análisis duraban más de lo normal. Por no tener, no teníamos ni siquiera un letrero en la calle, con lo cual el círculo vicioso se cerraba y los clientes escaseaban todavía más. Las muestras que nos dejaban para analizar constituían una aportación no del todo despreciable para nuestro sostenimiento. Tanto Emilio como yo nos habíamos guardado bien de hacer saber a los clientes que, en general, basta con unos pocos gramos de la sustancia a analizar, y aceptábamos de buen grado el litro de vino o de leche, el kilo de macarrones o de jabón, el paquete de *agnolotti*.

Sin embargo, dado el historial de aquel caso, es decir, las sospechas del viejo, habría sido imprudente consumir así a ciegas aquel azúcar y hasta simplemente probarlo. Disolví un poco en agua destilada; la solución conseguida era turbia, seguro que pasaba algo raro. Pesé un gramo de azúcar en el crisol de platino (la niña de nuestros ojos) para incinerarlo en la llama. Se abrió camino en el aire contaminado del laboratorio el olor doméstico e infantil del azúcar quemado, pero inmediatamente después la llama se puso lívida y se percibió un olor totalmente diferente, metálico, aliáceo, inorgánico, o más bien contraorgánico. Qué sería de un químico si no tuviera olfato. Al llegar a este punto ya es difícil equivocarse: se filtra/ la solución, se acidifica, se coge el Kipp, se hace pasar hidrógeno sulfuroso. Y ya tenemos el precipitado amarillo de sulfuro, y el anhídrido arsenioso, el arsénico en una palabra, el Masculino, el de Mitrídates y madame Bovary.

Me pasé el resto del día destilando ácido pirúvico y haciendo conjeturas sobre el azúcar del viejo. No sé cómo se prepara hoy día el ácido pirúvico, nosotros por entonces lo que hacíamos era fundir ácido sulfúrico y sosa en una cacerola esmaltada, obteniendo bisulfato que tirábamos al santo suelo para que solidificara allí y luego triturábamos en un molinillo de café. Calentábamos luego a 250° centígrados una mezcla de dicho bisulfato y ácido tartárico, con lo cual este último se deshidrata en ácido pirúvico y se destila. Esta operación la habíamos intentado primero en recipientes de vidrio y se nos habían roto tantos que resultaba una cantidad prohibitiva. Así que le compramos al chatarrero diez recipientes de lata, que procedía de desechos del Ejército Aliado, de los que se usaban para la gasolina antes de la aparición del polietileno, y que resultaron adecuados para nuestro objetivo. Y comoquiera que el cliente quedara satisfecho de la calidad y prometiera hacer nuevos encargos, saltamos la barrera y le encargamos al herrero del barrio un tosco reactor cilíndrico de hojalata negra provisto de un agitador manual. Lo encajamos en un encofrado de ladrillos macizos en cuyo fondo y paredes pusimos cuatro resistencias de mil vatios cada una, que conectamos ilegalmente sorteando el contador. Colega que me lees, no te asombres demasiado de esta química antediluviana y cicatera. Por aquellos años no éramos los únicos químicos que vivían así, y en todo el mundo los seis años de destrucción y de guerra habían provocado una regresión en muchas costumbres cívicas así como atenuado muchos reflejos; entre ellos, y en primer lugar, el reflejo de la decencia.

Del extremo del refrigerador al serpentín, el ácido caía en el colector en gruesas gotas doradas que refractaban la luz como piedras preciosas; en una palabra, «destilaba» gota o gota, cada diez gotas una lira de ganancia. Y mientras tanto yo seguía pensando en el arsénico y en el viejo, que no me había parecido un tipo capaz de tramar envenenamientos ni tampoco de sufrirlos, y no acababa de verlo claro.

El hombre volvió al día siguiente. Insistió en pagar la factura, antes incluso de conocer el resultado del análisis. Cuando se lo comuniqué, su rostro se iluminó con una complicada sonrisa llena de pliegues, y me dijo:

—Me alegro de veras. Yo siempre lo dije, que el resultado sería ése.

Era evidente que no estaba esperando más que una leve petición por mi parte para contarme su historia. No se la escatimé y la historia es la siguiente, si bien algo deslucida a causa de su traducción del piamontés (lenguaje esencialmente hablado) al italiano marmóreo y propio de lápidas:

—Mi oficio es el de zapatero. Si se inicia desde la juventud, no es mal oficio. Está uno sentado, no se cansa mucho y siempre encuentra gente con quien hablar. Claro que no se hace uno rico, y tiene que pasarse el día con zapatos ajenos en la mano; pero a eso te habitúas, igual que al olor del cuero viejo. El taller lo tengo en la calle Gioberti esquina a Pastrengo; llevo treinta años trabajando allí; el zapatero... (pero él decía *‘l caglié*, de *caligarius*, venerable vocablo en vías de extinción)... el zapatero de San Secondo soy yo, conozco todos los pies difíciles y para hacer mi oficio me basta con la lezna y el bramante.

Pues bueno, llegó un jovenzuelo que ni siquiera es de aquí, alto, guapo y con mucha ambición, puso su tienda a un tiro de piedra de la mía y la llenó de máquinas. Para ensanchar, para alargar, para coser, para echar suelas, la verdad es que no sé decirle bien, porque nunca he ido por allí a mirar, me lo han contado. Se hizo tarjetitas con las señas y el teléfono y las echó en todos los buzones de la vecindad, ya ve, hasta teléfono, ni que fuera una comadrona.

Estará usted pensando que enseguida le fueron muy bien las cosas. Bueno, los primeros meses sí; un poco por curiosidad y otro poco por la competencia establecida conmigo algunos empezaron a ir, y también porque al principio mantuvo los precios bajos. Pero luego los tuvo que subir, cuando vio que la cosa remitía. Fíjese bien en que yo todas estas cosas se las estoy diciendo sin desearle mal ninguno. He visto tantos casos como el suyo, de gente que arranca al galope y se parte la crisma, zapateros y no sólo zapateros. Pero él, en cambio, ha llegado a mis oídos, me deseaba el mal. A mí me lo cuentan todo. ¿Y sabe usted quién? Las viejecitas, esas a las que le duelen los pies y ya no le sacan gusto a dar un paseo y tienen sólo un par de zapatos. Ésas son las que acuden a mí, se sientan a esperar a que yo les arregle el zapato por donde les hace daño, y mientras esperan me tienen al corriente, me cuentan todo lo habido y por haber.

Él me odiaba y había puesto en circulación un montón de infundios. Que echo las suelas con cartón. Que me emborracho todas las tardes. Que he dejado morir a mi mujer para cobrar el seguro. Que a un cliente mío le salió un clavo en la suela del zapato y se murió del tétanos. Y claro, con las cosas así, no me ha extrañado en absoluto encontrarme una mañana este cucurucho entre el montón de zapatos. Enseguida me olí la tostada, pero quería asegurarme. Así que le di un poco al gato, y a las dos horas se fue a un rincón a vomitar. Luego puse otro poquito en el azucarrero, ayer mi hija y yo lo echamos al café y a las dos horas los dos estábamos también vomitando. Ahora ya tengo también la confirmación de usted, así que ya me quedo tranquilo.

—¿Quiere poner una denuncia? ¿Necesita mi declaración?

—No, no. Ya se lo he dicho, es un pobre diablo y no tengo ganas de hundirlo. Para el oficio, como para otras cosas, el mundo es grande, hay sitio para todos. Él no lo sabe, pero yo sí.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Mañana le devolveré el cucurucho por una de mis viejecitas, con una pequeña nota. Mejor, no, mejor se lo llevo yo mismo, así veo la cara que tiene y le digo un par de cosas o tres.

Miró en torno suyo, como si estuviera en un museo, y añadió:

—Un buen oficio también el suyo. Se requiere buen ojo y paciencia. Quien no los tenga, mejor que se busque otro.

Se despidió, recogió el cucurucho y bajó sin tomar el ascensor, con la serena dignidad que le era característica.

NITRÓGENO

... Y llegó por fin el cliente soñado, aquel que viene a solicitar una consulta. La consulta es el trabajo ideal, el que proporciona prestigio y dinero sin que tenga uno que ensuciarse las manos, romperse la espalda ni exponerse a morir abrasado o intoxicado. Lo único que tienes que hacer es quitarte el blusón, ponerte corbata, escuchar el problema en atento silencio y te sientes como el oráculo de Delfos. Luego hay que pesar bien los pros y los contras de las respuestas y formularlas en un lenguaje cenagoso y difuminado, para que también el cliente te tenga por un oráculo, digno de su confianza y de las tarifas establecidas por el Arancel de los Químicos.

El cliente soñado andaría por los cuarenta, era pequeño, compacto y gordo. Llevaba un bigotito a lo Clark Gable y le brotaban pelos negros por todas partes, dentro de las orejas, dentro de la nariz, en el dorso de la mano y en las falanges, llegando casi hasta las uñas. Iba perfumado y engominado y tenía un aspecto vulgar. Parecía un alcahuete, o mejor todavía un mal actor haciendo de alcahuete, y si no un chulo de barrio. Me explicó que era el dueño de una fábrica de cosméticos, y tenía problemas con un cierto tipo de pintura de labios. Bueno, pues que me trajera una muestra. Pero dijo que no, que era un problema especial, de los que es preferible examinar sobre el terreno. Era mejor que uno de nosotros dos le visitase, y así enseguida podríamos hacernos cargo del inconveniente. ¿Mañana a las diez? Mañana.

Habría sido estupendo poder llegar en coche. ¡Pero ya, ya!, si fueras un químico con coche, en vez de un desgraciado veterano de guerra, escritor a ratos perdidos y encima recién casado, no estarías aquí sudando ácido pirúvico y corriendo detrás de ambiguos fabricantes de lápices de labios. Me puse el mejor de mis trajes (sólo tenía dos) y pensé que me convenía dejar la bicicleta en algún patio de por allí cerca y hacer como que había llegado en taxi. Pero cuando entré en la fábrica me di cuenta de que los escrúpulos de prestigio estaban de más. La fábrica era un barracón sucio y desordenado, surcado de corrientes de aire, por el que deambulaban una docena de muchachas protervas, indolentes, sucias y vistosamente maquilladas. El dueño me dio explicaciones mostrándose arrogante y dándose aires de importancia; llamaba *rouge* al rojo de labios, *anellina* a la anilina y *adelaide* al aldehído benzoico. La elaboración era simple: una chica estaba encargada de fundir en una cacerola esmaltada determinadas ceras y sustancias grasas, le añadía un poco de perfume y otro poco de colorante y luego colaba la mezcla en un molde minúsculo. Otra chica ponía a enfriar los moldes bajo un chorro de agua corriente y sacaba de cada uno veinte pequeños cilindros, barras de labios color escarlata. Algunas otras se encargaban del aderezo y el embalaje. El dueño agarró groseramente a una de las chicas, le puso una mano detrás de la nuca para cercar su boca a mis ojos y me invitó a que mirase bien el contorno de aquellos labios. Aquí está, ¿lo ve?, después de algunas horas de habérselo aplicado, sobre todo si hace calor, el *rouge* se corre, se mete por esas minúsculas arrugas que hasta las mujeres jóvenes tienen alrededor de los labios, y se va formando así una antiestética tela de araña de hilos rojizos que borra el contorno y estropea todo el efecto.

Lo observé, no sin turbación. Los hilos rojizos se veían allí, efectivamente, pero sólo en la mitad derecha de la boca de la chica, que soportaba impasible la inspección mientras masticaba chicle. Era lógico, según me explicó el dueño: la mitad izquierda de aquella y todas las otras chicas había sido maquillada con un excelente producto de marca francesa, precisamente el que él estaba tratando en vano de copiar. Una barra de carmín se puede valorar solamente de esa manera, por medio de un confrontación práctica. Todas las mañanas, las chicas aquellas se tenían que pintar los labios, la parte derecha con el carmín de la casa y la parte izquierda con el otro, y él las besaba a todas ocho veces al día para ver si el producto era o no resistente al beso.

Le pedí al chulo la receta de su carmín y una muestra de cada uno de los dos productos. Ya al leer la receta sospeché enseguida de dónde podía proceder el fallo, pero me pareció más oportuno cerciorarme y hacer descender el veredicto un poco de lo alto, así que solicité un plazo de dos días «para los análisis». Volví a coger la bicicleta y, según peladeaba, iba pensando que como aquel negocio saliera bien a lo mejor podía cambiarla por un Velosolex y dejar de darle a los pedales.

Cuando volví al laboratorio, cogí un pedazo de papel de filtro, marqué en él dos puntitos rojos con cada una de las muestras y lo metí en la estufa a 80° C. Al cuarto de hora se veía que el puntito del carmín de la izquierda seguía siendo un puntito, aunque rodeado de un halo grasiento; en cambio el de la derecha aparecía desteñido y dilatado, se había convertido en una aureola rojiza del tamaño de una moneda. En la receta de mi cliente se incluía un colorante soluble. Estaba claro que cuando el calor de la piel de las señoras (o de mi estufa) provocaba la fusión del elemento graso, el colorante lo seguía y se difundía con él. El otro carmín debía contener, en cambio, un pigmento rojo, bien repartido pero insoluble, y por lo mismo no emigrante. Me cercioré fácilmente diluyéndolo en benceno y sometiénolo a centrifugación ¡allí lo tenía!, depositado en el fondo de la probeta. Gracias a la experiencia que había acumulado en la fábrica a orillas del lago, conseguí incluso identificarlo. Era un pigmento caro y no fácil de destruir, y aparte de eso, mi chulo no parecía estar dotado de un equipo idóneo para destruir pigmentos. En fin, allá él, no era un problema mío, que se las arreglase como pudiera con su harén de chicas —conejillos de indias— y con sus repugnantes besos por contador. Yo había cumplido con mi deber profesional. Hice un informe, al que adjunté la factura convenientemente sellada y la pintoresca muestra del papel filtro, volví a la fábrica, lo llevé, cobré mis honorarios y me dispuse a despedirme.

Pero el chulo me retuvo. Estaba contento de mi trabajo y quería proponerme un asunto. ¿Le podía procurar algunos kilos de aloxana? Me la pagaría muy bien con tal de que me comprometiese mediante contrato a proporcionársela sólo a él. Había leído en no sé qué revista que la aloxana, en contacto con las mucosas, les confiere una coloración roja extremadamente duradera, porque no se trata de una superposición, de un barniz, en definitiva, como en el caso del carmín de labios, sino de una auténtica tintura como las que se aplican a la lana o al algodón.

Tragué saliva y por si acaso le dije que ya nos veríamos. La aloxana no es un producto muy corriente ni muy conocido, no creo que mi viejo texto de química orgánica

le dedicase más de cinco líneas, y en aquel momento sólo recordaba vagamente que era un derivado de la urea y que tenía algo que ver con el ácido úrico.

En cuanto tuve un rato corrí a la biblioteca. Me refiero a la venerable biblioteca del Instituto Químico de la Universidad de Turín, por entonces inaccesible a los infieles como la Meca, y difícilmente accesible incluso a los fieles, como era mi caso. Es probable que la Dirección se atuviese al sabio principio según el cual no conviene alentar ni las artes ni las ciencias. Solamente aquel que se sintiese acuciado por una necesidad absoluta o por una pasión arrolladora podría someterse con buen talante a las pruebas de abnegación que se exigían para consultar aquellos tomos. El horario era breve e irracional, la iluminación escasa y los ficheros estaban desordenados. En invierno no había calefacción de ningún tipo. Tampoco había sillas, sino banquetas metálicas incómodas y ruidosas; y para remate el bibliotecario era un pedazo de alcorcho, incompetente, maleducado y de una fealdad impúdica, a quien habían puesto allí en el umbral para aterrorizar con su aspecto y su ladrido a todos los aspirantes al ingreso. Conseguí entrar, superé las pruebas, y lo primero que hice fue apresurarme a refrescar mi memoria con respecto a la composición y la estructura de la aloxana. He aquí el retrato: (figura) donde O es el oxígeno, C el carbono, H el hidrógeno (Hydrogenium) y N el nitrógeno (Nitrogenium). Es una estructura graciosa ¿verdad? Sugiere algo sólido, estable, bien ligado. De hecho, en química pasa lo mismo que en arquitectura, que los edificios «bellos», es decir armoniosos y sencillos son también los más sólidos. En una palabra, que es algo común a las moléculas, a las cúpulas de las catedrales y a los arcos de los puentes. Y hasta puede que la explicación no tenga por qué ser, a fin de cuentas, remota ni metafísica. Decir «bello» es como decir «deseable», y desde que el hombre empezó a ser constructor, ha querido construir con el mínimo gasto y con miras a la máxima duración, y el gozo estético que experimenta al contemplar sus obras es algo que viene luego. Claro que no siempre ha sido así; ha habido siglos a lo largo de los cuales la belleza se identificaba con el adorno, con lo añadido, con el perifollo; pero es posible que se tratara de épocas extraviadas, y que la verdadera belleza, ésa en la cual cada siglo se reconoce, sea la de las piedras enhiestas, los cascos de un buque, la hoja del hacha y el ala del avión.

Reconocidas y aprobadas las virtudes estructurales de la aloxana es urgente que tu químico interlocutor, tan amante de las digresiones, te vuelva a traer al buen camino, que es el de fornicar con la materia con el fin de proveer a tu sostenimiento, y hoy ya no solamente al tuyo. Abrí respetuosamente los armarios del Zentralblatt y me puse a consultarlo año por año. Hay que quitarse el sombrero delante del Chemisches Zentralblatt; es la revista de las revistas, aquella que, desde que la Química existe, viene hablando en forma de resumen rabiosamente conciso de todas las publicaciones sobre temas químicos que aparecen en todas las revistas del mundo. Los primeros años son tomitos delgados de 300 ó 400 páginas; hoy se nos sirven al año catorce tomos de 1.300 páginas cada uno. La publicación está provista de un magnífico índice por autores, otro por temas y otro por fórmulas, y se pueden encontrar en ella fósiles venerables, como por ejemplo las legendarias memorias donde nuestro padre Wöhler cuenta la primera síntesis orgánica, o Sainte-Claire Deville describe el primer proceso de aislamiento del aluminio metálico.

Del Zentralblatt fui reexpedido al Beilstein, enciclopedia igualmente monumental y puesta constantemente al día, en la cual, como en un censo, vienen descritos progresivamente todos los nuevos compuestos, junto con sus métodos de preparación. La aloxana era conocida desde hacía casi setenta años pero como curiosidad de laboratorio. Los métodos de preparación que se describían tenían su mero valor académico, y procedían de materias primas costosas que era inútil soñar con encontrar en el mercado en aquellos años de inmediata postguerra. La única preparación accesible era también la más antigua: no parecía un método tan difícil de seguir, y consistía en una demolición oxidativa del ácido úrico. Tal como suena: del ácido úrico, el de los gotosos, los intemperantes y el mal de piedra. Era una materia prima decididamente insólita, pero tal vez no tan prohibitiva como las demás.

Efectivamente, una rebusca posterior en los limpiísimos armarios con olor a naftalina, a cera y a seculares fatigas químicas, me enseñó que el ácido úrico, escasísimo en los excrementos del hombre y de los mamíferos, constituye en cambio el 50 por 100 en los excrementos de los pájaros y el 90 por 100 en el de los reptiles.

Perfecto. Telefoneé al chulo para decirle que la cosa se podía hacer, con tal de que me diese algunos días de tiempo. Antes de fin de mes le llevaría la primera muestra de aloxana y le daría la idea aproximada del precio y de la cantidad que podría producir al mes. El hecho de que a fin de cuentas la aloxana, destinada a embellecer los labios de las señoras, saliera de los excrementos de las gallinas y de las serpientes pitón, era una idea que no me alteraba lo más mínimo.

El oficio de químico (reforzado en mi caso por la experiencia de Auschwitz) nos enseña a superar, e incluso a ignorar, ciertas repugnancias que no tienen nada de necesario ni de congénito. La materia es materia, ni noble ni vil, con infinitas posibilidades de transformación, y no importa en absoluto su más reciente origen. El nitrógeno es el nitrógeno, pasa divinamente del aire a las plantas, de éstas a los animales y de los animales a nosotros; cuando su función en nuestro cuerpo se agota, lo eliminamos, pero sigue siendo nitrógeno, aséptico e inocente. Nosotros, quiero decir nosotros los mamíferos, que no tenemos en general problemas para abastecernos de agua, hemos aprendido a engastarlo en la molécula de la urea, que es soluble en agua, y como urea nos liberamos de él. Otros animales, para quienes el agua es, preciosa (o lo era para sus lejanos progenitores), han puesto en práctica la ingeniosa invención de empaquetar su nitrógeno en forma de ácido úrico, que es insoluble en agua, y de eliminar éste en estado sólido, sin necesidad de recurrir al agua como vehículo. De una forma parecida se planea hoy la eliminación de los detritus urbanos comprimiéndolos en bloques que se pueden llevar a los vertederos o enterrar sin demasiado gasto.

Diré más: lejos de escandalizarme, la idea de sacar un cosmético de un excremento, o sea *aurum de stercore*, me divertía y me calentaba el corazón como un retorno a los orígenes, al tiempo en que los alquimistas sacaban el fósforo de la orina. Era una aventura inédita y alegre, pero además noble, porque ennoblecía, restauraba y operaba un restablecimiento. Así trabaja la naturaleza: extrae la gracia de los heléchos del pútrido subsuelo del bosque, y el pasto del estiércol, en latín *laetamen*. ¿Y no quiere decir *laetamen* precisamente regocijo? Así me lo habían enseñado en el bachillerato, así había

sido para Virgilio y así volvía a ser ahora para mí. Volví a casa por la noche, le conté a mi recientísima esposa el caso de la aloxana y del ácido úrico, y le anuncié que al día siguiente saldría para un viaje de negocios. O sea que cogería la bicicleta y daría una vuelta por las alquerías de los alrededores (por aquel tiempo aún las había) en busca de estiércol de gallina. No lo dudó. El campo le gusta, y la mujer debe seguir a su marido; vendría conmigo. Era una especie de propina a nuestro viaje de novios, que por razones económicas había sido frugal y apresurado. Pero me previne a mí mismo para no hacerme demasiadas ilusiones; encontrar estiércol de gallina en estado puro tampoco debía resultar tan fácil.

Efectivamente, resultó difícil. En primer lugar la «pollina» (lo llaman así; nosotros, gente de ciudad, no lo sabíamos, ni sabíamos que, a causa también del nitrógeno, es apreciadísima como abono para los huertos) no se regala, sino que se vende y es incluso cara. En segundo lugar, el que la compra tiene que ir a recogerla por sí mismo, entrando a cuatro patas en los gallineros y rebuscando por la era. Y en tercer lugar, lo que realmente se recoge puede ser usado directamente como fertilizante, pero se presta mal a ulteriores elaboraciones: es un amasijo de estiércol, tierra, piedras, pítanza y *përpôjin* (son piojos que les anidan a las gallinas debajo de las alas; en italiano no sé cómo se llaman). De todas maneras, a base de pagar no poco, de acabar muy cansados y de ensuciarnos bastante, mi impasible esposa y yo volvíamos a casa de noche por el Corso Francia, con un kilo de «pollina» bien sudada en el portaequipajes de la bicicleta.

A la mañana siguiente, examiné el material. La ganga era mucha, pero a pesar de todo tal vez se podría sacar algo en limpio. Pero al mismo tiempo se me pasó otra idea por la cabeza. Precisamente en aquellos días, en la galería del metro (que existe en Turín desde hace cuarenta años, mientras que el metro en cambio existe aún) se había inaugurado una exposición de serpientes. ¿Por qué no acercarse a ver? Las serpientes son una raza limpia, no tienen plumas, ni piojos, ni escarban entre el polvo. Y luego que una serpiente pitón es mucho más gorda que una gallina.

Seguramente sus excrementos, con un 90 por 100 de ácido úrico, se podían obtener en abundancia, en trozos no demasiado pequeños y en condiciones razonables de pureza. Esta vez fui yo solo. Mi mujer es hija de Eva y las serpientes no le gustan.

El director y los empleados de la exposición me recibieron con un estupor despectivo. ¿Qué credenciales eran las mías? ¿De dónde venía? ¿Quién me creía que era yo para presentarme así, sin más, a pedir excrementos de serpiente pitón? Ni hablar, vamos, lo que se dice ni un gramo. Las serpientes pitón son sobrias, comen dos veces al año y viceversa, sobre todo cuando hacen poco ejercicio. Su escasísimo estiércol se vende a peso de oro; y además ellos, como todos los expositores y dueños de serpientes, tienen hechos contratos permanentes y exclusivos con las grandes industrias farmacéuticas. Que me quitara de enmedio y no les hiciera perder más tiempo.

Dediqué un día a seleccionar toscamente la «pollina» y otros dos a tratar de oxidar el ácido que contiene, convirtiéndolo en aloxana. La virtud y la paciencia de los químicos antiguos debían ser sobrehumanas, o tal vez era simplemente desmesurada mi inexperiencia en cuanto a preparaciones orgánicas. No obtuve más que vapores inmundos, tedio, humillación y un líquido negro y turbio que obstruía irremisiblemente los filtros y

no mostraba tendencia alguna a cristalizar, como tendría que haber hecho, según el texto. El estiércol se quedó en estiércol y la aloxana, de nombre tan sonoro, en un nombre sonoro. No era aquel el camino para salir del pantano. ¿Y entonces, por qué camino iba a salir yo, autor descorazonado de un libro que a mí me gustaba pero que no leía nadie? Mejor volver a los esquemas descoloridos pero seguros de la Química inorgánica.

ESTAÑO

«¡Mala cosa es nacer pobre! », andaba yo mascullando mientras sostenía sobre la llama de un infernillo de gas un lingote de estaño de los Estrechos. Poco a poco el estaño se iba fundiendo, y las gotas caían chirriando en el agua de un barreño. Al fondo de éste se iba formando una maraña metálica fascinante, de formas continuamente nuevas.

Hay metales amigos y metales enemigos. El estaño era un amigo. No sólo porque, desde hacía algunos meses, Emilio y yo vivíamos de él, de transformarlo en cloruro de estaño que vendíamos a los fabricantes de espejos, sino también por otras razones más recónditas. Porque se casa con el hierro, transformándose en la dúctil hojalata, y privándolo por tanto de su condición sanguinaria de *nocens ferrum*; porque los fenicios comerciaban con él, y porque todavía se extrae, se refina y se embarca en países fabulosos y lejanos (los Estrechos, precisamente, que es como decir Sonda la Durmiente, las Islas Felices y los Archipiélagos); porque se alia con el cobre para dar el bronce, materia respetable por excelencia, notoriamente perenne y *well established*; porque funde a baja temperatura, casi como los productos orgánicos, es decir casi como nosotros; y finalmente por dos propiedades suyas únicas, de nombres pintorescos y poco verosímiles, nunca vistas ni oídas (que yo sepa) por ojos o por oídos humanos, y sin embargo fielmente transmitidas de generación en generación a través de todos los textos escolares: la «peste» y el «llanto» del estaño.

Había que granular el estaño para que fuese más fácil luego atacarlo con ácido clorhídrico.

Te está bien empleado, después de todo. Vivías bajo el ala de aquella fábrica a orillas del lago, un ave de presa, pero con alas amplias y robustas. Quisiste salir de su tutela y volar con las tuyas. Te está bien empleado. Ahora vuela. ¿No querías ser libre? Pues ya eres libre. ¿No querías ejercer de químico? Pues ya estás ejerciendo de químico. ¡Hala, a hozar entre venenos, barras de carmín y estiércol de gallina! A granular estaño, a echarle ácido clorhídrico, a concentrar, trasvasar y cristalizar si no quieres pasar hambre, y el hambre ya la conoces. A comprar estaño y vender cloruro de estaño.

Emilio había apañado el laboratorio dentro de la casa de sus padres, gente piadosa, irreflexiva y tolerante. Claro que, al renunciar a su dormitorio y cedérselo a su hijo, no se habían dado cuenta de dónde se metían, pero luego ya no se puede uno volver atrás. Ahora, el vestíbulo era un almacén de damajuanas de ácido clorhídrico concentrado, el fogón de la cocina (excepto a las horas de las comidas) se usaba para concentrar el cloruro de estaño en recipientes y frascos de seis litros, y la casa entera estaba invadida por nuestros humos.

El padre de Emilio era un viejo majestuoso y benigno, de bigotazos blancos y voz atronadora. Había desempeñado en la vida muchos oficios, todos aventureros o por lo menos estafalarios, y a los sesenta años conservaba una preocupante avidez de experiencias. En aquel tiempo detentaba el monopolio sobre la sangre de todo el ganado

vacuno muerto en el antiguo matadero municipal de Corso Inghilterra. Pasaba muchas horas al día en un antro asqueroso con las paredes oscuras de sangre cuajada y el suelo sucio de jugos putrefactos, frecuentado por ratas gordas como conejos. Hasta las facturas y el libro de cuentas estaban ensangrentados. Con la sangre hacía botones, cola, fritangas, morcillas, pinturas murales y betún. Leía exclusivamente revistas y periódicos árabes que le mandaban de El Cairo, donde había vivido muchos años, donde habían nacido sus tres hijos, donde había defendido a escopetazos el consulado italiano contra una turba enfurecida y donde había dejado para siempre el corazón. Iba todos los días en bicicleta a Porta Palazzo a comprar hierbas, harina de sorgo, grasa de cacahuete y boniatos; con estos ingredientes y la sangre del matadero hacía guisos experimentales, cada día distintos, nos los elogiaba y nos los hacía probar. Un día llevó a casa un ratón, le cortó la cabeza y las patitas, le dijo a su mujer que era un cobaya y lo mandó asar. Como su bicicleta no tenía cubrecadena y él tenía los riñones un poco anquilosados, se ponía por la mañana unas pinzas en el bajo de los pantalones y no se las quitaba ya en todo el día. Tanto él como su mujer, la dulce e imperturbable doña Ester, nacida en Corfú de familia veneciana, habían aceptado en casa nuestro laboratorio como si meter los ácidos en la cocina fuera la cosa más natural del mundo. Nos dejaban subir en el ascensor las damajuanas hasta el cuarto piso; el padre de Emilio tenía un aspecto tan respetable y autoritario que ningún vecino se hubiera atrevido a oponerse.

Nuestro laboratorio se parecía a una tienda de ropa vieja y a la bodega de una ballenera. Aparte de sus ramificaciones, que, como queda dicho, invadían la cocina, el vestíbulo y hasta el baño, constaba de una sola estancia con su balcón. Por el balcón estaban esparcidos los trozos de una moto DKW que Emilio había comprado desmontada, y que cualquier día de aquellos, según decía, se pondría a montar en condiciones. El depósito color escarlata estaba a caballo de la barandilla, y el motor, metido en una fresquera, se oxidaba corroído por nuestras exhalaciones. También había algunas frascas de amoníaco, residuo de una época anterior a mi llegada, durante la cual Emilio se ganaba la vida disolviendo amoníaco gaseoso en damajuanas de agua potable, vendiendo éstas y apestando al vecindario. Por todas partes, tanto en el balcón como dentro, había esparcida una mole inconcebible de trastos, tan viejos y andrajosos que casi no se podían reconocer. Solamente tras un examen más atento era uno capaz de distinguir sus componentes profesionales de los domésticos.

En el medio del laboratorio había una gran campana de humos en madera y cristal, que constituía nuestro orgullo y nuestra única defensa contra la muerte por asfixia. No es que el ácido clorhídrico sea propiamente tóxico; es más bien uno de esos enemigos francos que se te vienen encima gritando desde lejos y de los que, por lo tanto, es fácil guardarse. Tiene un olor tan penetrante que quien puede no tarda en ponerse a buen recaudo. Y no lo puede uno confundir con ninguna otra cosa, porque después de haberlo respirado un momento te salen de la nariz dos breves penachos de humo blanco, como a los caballos en las películas de Eisenstein, y te notas los dientes con un sabor agrio como cuando has chupado un limón. A pesar de nuestra campana de humos con tan buena voluntad de colaboración, los humos del ácido invadían toda la habitación; el empapelado de la pared cambiaba de color, los picaportes y tiradores de metal se ponían opacos y ásperos al tacto, y de vez en cuando nos sobresaltaba un batacazo siniestro: un clavo había acabado de

corroerse y el cuadro que sujetaba en algún punto de la casa se había caído al suelo. Emilio clavaba uno de nuevo y volvía a colgar el cuadro en su sitio.

Disolvíamos, pues, el estaño en ácido clorhídrico. Luego había que concentrar la solución hasta alcanzar un determinado peso específico, y dejar que se cristalizase por enfriamiento. El cloruro de estaño se apartaba en pequeños y graciosos prismas, incoloros y transparentes. Dado que la cristalización era lenta, hacían falta muchos recipientes, y como el ácido clorhídrico ataca a todos los metales, estos recipientes tenían que ser de cristal o de barro. En los períodos en que teníamos muchos encargos, había que poner en circulación una serie de recipientes de reserva, que, por otra parte, abundaban en casa de Emilio: una sopera, una olla de hierro esmaltado, un portalámparas estilo «liberty» y un orinal.

A la mañana siguiente se recoge el cloruro y se pone a escurrir. Y hay que tener mucho cuidado de no tocarlo con las manos, porque te pega un olor realmente desagradable. Esta sal, de por sí inodora, reacciona no se sabe cómo en contacto con la piel, tal vez reduciendo los puentes disulfurosos de la queratina; y produce una peste metálica y persistente que por espacio de varios días descubre a uno como químico ante todo el mundo. Es un olor agresivo pero también delicado, como ciertos adversarios deportivos que cuando pierden se ponen a lloriquear. No hay que forzarlo, sino dejarlo que se evapore en el aire a sus anchas. Si trata uno de calentarlo, incluso de una forma tenue, por ejemplo con un secador de pelo o encima del radiador, pierde el agua su cristalización, se pone turbio y los clientes tontos ya no lo quieren. Digo tontos porque sería una ventaja, a menos agua más estaño y, por consiguiente, mejor rendimiento.

Pero las cosas son así y el cliente tiene siempre razón, sobre todo cuando entiende poco de química, que es justamente el caso de los fabricantes de espejos.

Ni un ápice de la naturaleza generosa del estaño, metal de Júpiter, sobrevive en su cloruro. (Por otra parte, los cloruros, en general, son gentuza, casi siempre subproductos innobles, higroscópicos y que apenas valen para nada, con la sola excepción de la sal común, que ésa ya es otro asunto). Esta sal es un enérgico agente reductor, quiere decirse que está rabiando por liberarse de dos determinados electrones suyos, y lo hace a la mínima ocasión, a veces con resultados desastrosos. Una gotita de la solución concentrada, que se me había escurrido por los pantalones, bastó para desgarrármelos limpiamente, como un sablazo. Y estábamos en la postguerra y no tenía otros aparte de los de domingo, y en casa había poco dinero.

Nunca me habría ido de la fábrica a orillas del lago y habría seguido toda mi vida corrigiendo defectos de los barnices, si Emilio no me hubiera insistido, cantándome las alabanzas y aventuras gloriosas de una profesión libre. Me había despedido con una absurda arrogancia, repartiendo entre mis colegas y mis superiores un testamento en cuartetas lleno de jocosas insolencias. Era bastante consciente del riesgo que corría, pero sabía también que el derecho a equivocarse lo va uno perdiendo con los años, y que por lo tanto el que quiera aprovecharse de él no debe dejar pasar demasiado tiempo. Además ni siquiera hace falta esperar tanto para darse cuenta de que una equivocación es una equivocación. A fines de mes hacíamos cuentas y quedaba cada vez más claro que sólo de

cloruro de estaño no puede vivir el hombre. O por lo menos no podía vivir yo, que acababa de casarme y no tenía ningún otro respaldo autorizado que me guardase las espaldas.

No nos dimos por vencidos tan pronto; nos devanamos los sesos durante un mes largo peleando por obtener vanilina del eugenol con un rendimiento que nos permitiera sobrevivir, pero no lo logramos. Seleccionamos varios quintales de ácido pirúvico, conseguido con un equipo propio de trogloditas y a base de un horario de forzados, y después de eso yo ya saqué la bandera blanca. Me buscaría una colocación, aunque fuera teniendo que volver a lo de los barnices.

Emilio encajó como un hombre mi deserción aunque con pena. Para él era distinto; por sus venas corría la sangre del padre, rica en remotos fermentos de pirata, de iniciativas mercantiles y de inquieta obsesión por todo lo nuevo. No tenía miedo de equivocarse, ni de cambiar a cada seis meses de oficio, de lugar o de estilo de vida, ni de arruinarse. Ni siquiera tenía manías de grandeza, y no le importaba nada ir en triciclo y de mono gris a entregarle a los clientes nuestro laborioso cloruro. Aceptó mi decisión, y al día siguiente ya tenía otras ideas en la cabeza, otras combinaciones con gente de más rodaje que yo. En seguida se puso a desalojar el laboratorio, y tampoco se le notaba tan triste como lo estaba yo, que tenía, en cambio, ganas de llorar, o de ulular a la luna, como hacen los perros cuando ven a su amo cerrar las maletas. Nos metimos manos a la obra —a la melancólica y necesaria obra— ayudados (o mejor dicho estorbados e interrumpidos) por don Samuel y doña Ester. Salieron a relucir objetos familiares, buscados en vano durante años, y otros más exóticos, sepultados geológicamente en los huecos de la vivienda: el obturador de una metralleta Beretta 38 A (de cuando Emilio era partisano y andaba por los valles repartiendo piezas de recambio a las bandas armadas), un Corán con miniaturas, una larguísima pipa de porcelana, una espada damasquinada con incrustaciones de plata en el puño y un alud de papeles amarillentos. Entre ellos salió a flote, y yo me lo apropié ávidamente, un bando de 1785, en el cual F. Tom, Lorenzo Matteucci, Inquisidor General del Distrito de Ancona, delegado especial contra la Herética Pravedad, con mucha firmeza y poca claridad «ordena, prohíbe, y expresamente manda que ningún judío tenga el atrevimiento de tomar de los Cristianos lección sobre ninguna clase de Instrumentos y mucho menos de baile». Dejamos para el día siguiente el contenido más desgarrador, el de desmontar la campana de humos.

En contra de la opinión de Emilio, en seguida se vio claramente que nuestras solas fuerzas no bastaban. Fue penoso tener que llamar a una pareja de carpinteros, a los que Emilio mandó construir un aparejo adecuado para arrancar la campana de su anclaje sin desmontarla. Esta campana era, en definitiva, un símbolo, la insignia de una profesión y de una condición, realmente de un arte y tendría que haber sido instalada en el patio intacta y en toda su integridad, para que pudiese recuperar nueva vida y utilidad en un futuro, por el momento impreciso.

Se construyó un andamiaje, se montó una polea, se tendieron unos cables. Mientras Emilio y yo asistíamos, desde el patio, a la fúnebre ceremonia, la campana, la campana salió solemnemente con todo su peso, se destacó contra el cielo gris de vía Massena, fue hábilmente enganchada en la cadena de la polea, y la polea chirrió y se rompió. La campana recorrió cuatro pisos, y vino a estrellarse a nuestros pies convirtiéndose en añicos

de cristal y astillas de madera. Todavía olía a eugenol y ácido pirúvico y con ella se hacía añicos nuestra voluntad y audacia emprendedoras.

En los breves instantes que duró su vuelo, el instinto de conservación nos obligó a dar un salto atrás.

—Creí que iba a hacer más ruido —dijo Emilio.

URANIO

Para hacer el SAC (Servicio de Asistencia a los Clientes) no se puede mandar al primero que llega. Es un trabajo delicado y complejo, no muy distinto del de los diplomáticos; para desempeñarlo eficazmente hay que infundir confianza en los clientes, para lo cual es indispensable que uno tenga confianza en sí mismo y en los productos que vende. Es, por lo tanto, un ejercicio saludable que nos ayuda a conocernos y fortalecer el carácter. Posiblemente sea la más higiénica entre todas las especialidades que forman el Decathlon del químico de fábrica, la que mejor lo ejercita en la elocuencia y la improvisación, en la prontitud de reflejos y en la capacidad de entender y hacerse entender. Además te obliga a viajar por Italia y el mundo y te pone en contacto con gente muy variada. También debo aludir a otra curiosa y benéfica consecuencia del SAC: al dar muestras de que estimamos a nuestros semejantes y los encontramos simpáticos, se acaba, después de algunos años de dedicación, por hacerlo de verdad, igual que a veces se vuelve loco quien finge estarlo durante largo tiempo.

En la mayor parte de los casos, al primer contacto conviene adquirir o conquistar una posición que nos deje por encima del interlocutor; pero se trata de una conquista en sordina, por las buenas, sin infravalorar al otro ni ponerlo en fuga. Te tienes que sentir superior, pero no mucho, accesible, comprensivo. Por ejemplo, nada de irle con discurso de química a uno que no sea del gremio, eso es el abe del oficio. Pero es mucho más grave el peligro contrario; el de que sea el cliente quien te achante a ti; cosa que puede ocurrir perfectamente, porque él juega en su campo, es decir que es él quien aplica en la práctica los productos que tú le vendes, así que conoce sus virtudes y sus defectos igual que una mujer conoce los de su marido, mientras que tú habitualmente tienes de ellos un conocimiento indoloro y desinteresado, a veces optimista, adquirido en el laboratorio o en el curso de la preparación. La constelación más favorable es aquella en que te cabe la posibilidad de presentarte como un benefactor, sea de la manera que sea; convenciendo al cliente de que tu producto satisface una antigua necesidad suya, posiblemente inadvertida; de que, haciendo cuentas, a fin de año le ha costado menos que el producto de la competencia, el cual además, como ya se sabe, va bien los primeros días, pero luego... en fin, no me haga hablar.

Puedes mejorarlo todavía con distintos métodos (y aquí se pone en juego la fantasía del candidato al SAC): resolviéndole al cliente algún problema técnico que no tiene mucho que ver con el asunto; proporcionándole determinadas señas; invitándole a comer «en un local típico»; acompañándole a visitar tu ciudad y ayudándole o aconsejándole en la adquisición de «souvenirs» para su mujer o su novia; procurándole a última hora una entrada para las carreras de caballos (sí, de verdad que hasta esto se hace). Mi colega de Bolonia cuenta con una colección, continuamente puesta al día, de chistes verdes, y los repasa diligentemente, junto con los boletines técnicos, antes de emprender su ronda de visitas en la ciudad y por provincias. Como no tiene muy buena memoria, va anotando los chistes que ya le ha contado a cada cliente, porque repetirle el mismo a la misma persona sería un fallo grave.

Todas estas cosas se van aprendiendo con la experiencia, pero hay algunos técnicos-comerciales que parecen serlo de nacimiento, SAC natos, como Minerva. Este caso no es el mío, y soy dolorosamente consciente de ello. Cuando me toca ejercer de SAC, en la propia sede o estando de viaje, lo hago de mala gana, titubeando, compungido y echándole poco calor humano. Y lo que es peor: tiendo a ser brusco e impaciente con los clientes impacientes y bruscos, y a ser dulce y flexible con los vendedores que, siendo ellos a su vez SAC como yo, se muestran precisamente dulces y flexibles. Total, que no soy un buen SAC, y mucho me temo que ya sea tarde para aprender a serlo.

Tabasso me había dicho:

—Vete a la casa y pregunta por Bonino, que es el jefe de reparto. Es una buena persona, ya conoce nuestros productos, hasta ahora todo ha ido bien, no es un águila, no lo visitamos desde hace tres meses. Ya verás como no tienes problemas técnicos; y si te habla de precios, nada, tú mantente en las generalidades, que ya lo consultarás, que eso no es asunto tuyo.

Me hice anunciar, me dieron un impreso para que lo rellenase y me entregaron el cartelito ese que se pone en el ojal, te caracteriza como ajeno a la casa y te inmuniza contra las reacciones de rechazo por parte de los guardianes. Me pasaron a una sala de espera, y al cabo de unos cinco minutos apareció Bonino y me condujo al despacho. Éste es un buen síntoma, las cosas no llevan siempre ese curso. Hay gente que hace esperar a los SAC treinta o cuarenta minutos, incluso existiendo una cita previa, con el fin deliberado de quedar encima y de imponer su categoría; es la misma finalidad que persiguen, aunque con técnicas más ingeniosas y obscenas, los babuinos en el gran foso del zoo. Pero la analogía es más amplia; todas las estrategias y tácticas del SAC se pueden describir en términos de galanteo sexual. En ambos casos se establece una relación entre dos; un galanteo o un contrato entre tres resultaría inconcebible. En ambos casos se percibe al principio una especie de danza o iniciación ritual, en la cual el comprador acepta al vendedor solamente si éste se atiene rigurosamente al ceremonial establecido tradicionalmente. Cuando esto se da, el comprador se incorpora a la danza, y si la complacencia es mutua se llega al apareamiento, o sea a la adquisición del producto, con visible satisfacción de los dos «partner». Los casos de violencia unilateral son raros, y no en vano son descritos a veces con una terminología tomada a préstamo de la esfera sexual.

Bonino era un hombrecillo regordete, desaliñado, vagamente perruno, mal afeitado y con una sonrisa desdentada. Me presenté e inicié la danza propiciatoria. Pero él me dijo en seguida:

—Ah, ya. Usted es ese que ha escrito un libro. —Tengo que confesar mi debilidad; este tipo de iniciación informal no me disgusta, aunque sea poco útil para la sociedad que represento; de hecho al llegar a momentos así, el discurso tiende a degenerar, o por lo menos a perderse en consideraciones anómalas, que distraen del motivo de la visita y, profesionalmente hablando, hacen perder tiempo.

—Es una novela realmente bonita —continuó Bonino—. La he leído durante las vacaciones y también se la he dado a leer a mi mujer. A los chicos no, porque creo que podría impresionarles demasiado.

Esta clase de opiniones me suelen irritar, pero cuando va uno vestido de SAC no hay que andarse con demasiados melindres. Le di las gracias educadamente, y traté de encarrilar nuevamente la conversación por los raíles debidos, o sea los de nuestros barnices. Pero Bonino se resistía.

—Aquí donde me ve, yo también estuve a punto de acabar igual que usted. Nos tenían ya encerrados en el patio del cuartel, en Corso Orbassano, y en esto los vi entrar de pronto, ya sabe a quién me refiero, y entonces, en un momento en que nadie me miraba, escalé el muro y me dejé caer de la otra parte, que habrá por lo menos cinco metros y escapé a correr. Luego me fui al Valle de Susa con los badoglianos.

Era la primera que oía a un badogliano llamar badoglianos a los badoglianos. Me puse en guardia, y es más, yo mismo me sorprendí al darme cuenta de que estaba respirando profundamente, como el que se dispone a una prolongada inmersión. Estaba claro que el relato de Bonino no llevaba trazas de ser tan corto, pero qué le vamos a hacer. Me acordé de la cantidad de relatos largos que yo le había infligido a mi prójimo, tanto si tenían ganas de oírlos como si no, me acordé de lo que dice el Deuteronomio en el cap. 10, versículo 19 «Amaréis al extranjero, porque también vosotros fuisteis extranjeros en el pueblo de Egipto», y me arrellané cómodamente en la silla.

Bonino no era un buen narrador; divagaba, se repetía, hacía digresiones y luego digresiones sobre las digresiones. Tenía además el curioso vicio de omitir el sujeto en algunas frases, sustituyéndolo por el pronombre personal, lo cual hacía aún más nebuloso su discurso. Mientras hablaba, yo examinaba distraídamente el local donde me había recibido, su oficina desde hacía mucho tiempo, sin duda, porque presentaba un aspecto tan descuidado y caótico como su propia persona. Los cristales de la ventana estaban ofensivamente sucios, las paredes mugrientas de hollín, y por toda la habitación se estancaba un lúgubre olor a tabaco rancio. Clavados por la pared se veían varios clavos oxidados, algunos sin utilidad aparente y otros sujetando papeles amarillentos. Uno de estos papeles, legible desde mi puesto de observación, empezaba con estas palabras: «TEMA: Trapos. Cada vez con mayor frecuencia...»; por otros sitios se veían hojas de afeitar usadas, quinielas de fútbol, impresos de la Seguridad Social, tarjetas postales.

—... Y entonces él me dijo que le siguiera, mejor dicho que le precediera, porque el que venía detrás era él, apuntándome con la pistola. Luego llegó otro, un colega, que estaba esperándolo a la vuelta de la esquina; y entre los dos me llevaron a vía Asti; ya sabe usted, donde estaba el Aloisio Smith. Me mandaba a llamar de vez en cuando y me decía, habla, anda, habla que al fin tus compañeros ya han soltado lo que sabían, no te va a servir de nada hacerte el héroe...

Encima del escritorio de Bonino había una reproducción horrible de la Torre de Pisa en una pasta ligera. Había también un cenicero hecho con una concha que estaba lleno de colillas y de huesos de cereza, y un porta-plumas de alabastro en forma de Vesubio. Era un escritorio muy mezquino; calculando por alto, no mediría más de 0,6 metros cuadrados. No hay un solo SAC experimentado que no esté iniciado en esta triste ciencia de los escritorios. No digo de una forma consciente, pero sí como reflejo condicionado, un escritorio precario denuncia inexorablemente a un usuario de poca monta. Y desde luego, el oficinista que a los ocho o diez días de haber conseguido un empleo, no ha sabido

agenciarse un escritorio, pues nada, ése está perdido; no se le pueden dar más que unas pocas semanas de supervivencia, como un molusco sin cascara. En cambio he conocido a gente que ya al acabar la carrera disponía de una superficie de siete u ocho metros cuadrados abrigados con poliéster, descaradamente excesiva, pero muy idónea para ofrecer un código expresivo del alcance de su poder.

El tipo de objetos que haya sobre el escritorio no es determinante a fines estimativos. Hay quien expresa la propia autoridad exhibiendo el máximo desorden y la mayor acumulación posible de objetos de escritorio, y por el contrario hay otros que, de una forma más sutil, imponen su categoría a través del vacío y una limpieza meticulosa, como dicen que hacía Mussolini en Palazzo Venezia.

—... Pero entre todos no se habían dado cuenta de que yo también llevaba una pistola por dentro del cinturón. Cuando empezaron a torturarme, la saqué, les puse a todos de cara a la pared y salí. Pero él...

¿Quién era él? Estaba perplejo. La narración se iba enmarañando cada vez más, el reloj corría, y aunque sea verdad que el cliente tiene siempre razón, hasta el vender la propia alma tiene un límite, como lo tiene la fidelidad a las consignas de la empresa. Si se traspasa este límite, hace uno el ridículo.

—... Lo más lejos que pude. Media hora y ya estaba en la provincia de Rivoli. Iba por la carretera, y de pronto me veo aterrizar en unos campos de allí cerca un avión alemán, una cigüeña, de esos que aterrizan a cincuenta metros. Bajaron dos tipos, muy amables, y me preguntan por favor que por dónde se va a Suiza. Yo conozco muy bien todos esos pasajes, así que le contesté en seguida que todo seguido hasta Milán y luego torcer a la izquierda. Me contestan que «danke», y vuelven a subirse al aparato; conque de pronto uno de ellos se queda pensando, rebusca debajo del asiento, baja y me viene al encuentro con una especie de piedra en la mano, me la entrega y me dice: «Tome, por la molestia; guárdelo bien: es uranio». Estaba acabándose la guerra, ¿entiende?, y claro, ya se sentían perdidos, ya no tenían tiempo de fabricar la bomba atómica y el uranio no les servía para nada. En lo único que pensaban era en salvar el pellejo y escaparse a Suiza.

También el control sobre la propia fisonomía tiene un límite. Bonino había debido pillar en la mía algún indicio de incredulidad, porque se interrumpió, y en un tono levemente ofendido me preguntó:

—¿No me cree usted?

—Sí, sí, claro que le creo —contesté en plan heroico—. ¿Pero seguro que es uranio?

—Seguro; se habría dado cuenta cualquiera. Pesaba de una manera increíble y estaba caliente al tacto. Además lo tengo todavía en casa; lo tengo en el balcón, metido en un escondrijo para que los chicos no lo toquen. De vez en cuando se lo enseño a los amigos; y ha seguido igual de caliente, ahora está todavía caliente.

Se quedó un momento dudando y luego añadió:

—¿Sabe lo que voy a hacer? Mandarle mañana un trozo. Así se convence, y a lo mejor usted que es escritor, como añadidura a sus historias algún día escribe también ésta.

Le di las gracias, cumplí penosamente con la representación de mi papel, canté las alabanzas de cierto producto nuevo, tomé nota de un encargo bastante sustancioso, me

despedí y di por terminado el asunto. Pero al día siguiente, encima de mi escritorio —de 1,2 metros cuadrados— me encontré un paquetito dirigido a mi atenta consideración. Lo desenvolví, no sin curiosidad. Contenía un pequeño bloque de metal del tamaño de media cajetilla de pitillos, efectivamente más bien pesado y de aspecto exótico. La superficie era de un blanco plateado con una ligera pátina amarillenta. No parecía caliente, pero no era fácil confundirlo con ninguno de los metales que una larga costumbre —y no sólo química— nos ha hecho familiares como pueden ser el cobre, el zinc o el aluminio. ¿Sería tal vez una aleación? ¿Ó acaso realmente uranio? Por nuestros pagos, el uranio metálico no lo ha visto nunca nadie, y en los textos viene descrito como de color blanco plateado. Y un bloque pequeño como era aquél no tiene por qué estar caliente; seguramente sólo una mole grande como una casa puede mantenerse a alta temperatura, a expensas de la energía de desintegración.

En cuanto me fue decorosamente posible, me metí en el laboratorio, cosa que para un químico del SAC constituye una iniciativa inusitada y vagamente inconveniente. El laboratorio es un sitio de gente joven, y al volver allí siente uno que se vuelve joven, con los mismos afanes de aventura, descubrimiento y sorpresa que a los diecisiete años. Yo, como es natural, diecisiete años ya hacía tiempo que no los tenía, y, por si era poco, la larga carrera de actividades paraquímicas es algo mortificante y que le atrofia a uno, le paraliza y le convierte en un ignorante que no sabe cómo se aplican los reactivos ni cómo se manejan los aparatos, olvidado de todo lo que no sean las reacciones elementales. Pero precisamente por este motivo, el hecho de volver a pisar un laboratorio es fuente de alegría y emana una intensa fascinación, que es, claro, la de la juventud, del porvenir impreciso y plagado de posibilidades, es decir, la fascinación de la libertad.

Pero los años de desuso no te hacen olvidar algunos tics profesionales, algunos comportamientos estereotipados que te delatan como químico en cualquier circunstancia; por ejemplo catar la materia desconocida con la uña o con la navaja, olfatearla, acercarla a los labios para saber si es «fría» o «caliente», probar si raya o no el cristal de la ventana, observarla al trasluz, sopesarla en el hueco de la mano. Calcular sin balanza el peso específico de un material no es tampoco tan fácil, pero bueno, el uranio tiene un peso específico de diecinueve, mucho más que el plomo y el doble que el cobre. El regalo que los aeronautas-astronautas nazis le habían hecho a Bonino no podía ser uranio. Empezaba a vislumbrar en el relato paraonico del pobre hombre el eco de una leyenda local, tenaz y recurrente, sobre los UFO del Valle de Susa, una leyenda de platillos volantes portadores de presagios, como los cometas lo eran en la Edad Media, errabundos e inofensivos, como los espíritus de los espiritistas.

Y si no era uranio, ¿qué era? Saqué con el serrucho una rajita del metal (era muy fácil de cortar) y la puse sobre la llama del infernillo Bunsen. Ocurrió una cosa bastante insólita: de la llama se levantó un hilo de humo marrón que se rizaba en volutas. Me di cuenta, con una punta de voluptuosa nostalgia, que se volvían a despertar en mí los reflejos del analista, agostados a causa de la prolongada inercia. Encontré un recipiente de porcelana esmaltada, lo llené de agua, lo puse encima de la llama fuliginosa y vi cómo se formaba en su fondo un poso marrón, que era un viejo conocido mío. Rocé aquel poso con una gotita de solución de nitrato de plata, y el color negro azulado que se desarrolló me

confirmó que el metal era cadmio, el lejano hijo de Cadmo, el sembrador de los dientes de dragón.

De dónde hubiera podido Bonino sacar el cadmio era algo que tenía poco interés; probablemente de la sección de cadmio de su fábrica. Más interesantes, aunque indescifrables, eran los orígenes de su historia. Porque, como supe luego, la contaba muchas veces y a todo el mundo, aunque sin aderezarla con la aportación de un trozo de material, con detalles cada vez más coloreados y menos verosímiles a medida que pasaban los años. Era evidentemente imposible desentrañar el hilo de aquella madeja; pero yo, atrapado en la red del SAC, de los compromisos sociales y domésticos y de la verosimilitud, envidié en Bonino la libertad ilimitada de la invención, la libertad de quien ha roto la barrera y ya es dueño de construir el pasado que más le guste, de coserse y ponerse las ropas del héroe y de volar como Superman a través de los siglos, los meridianos y los paralelos.

PLATA

Una circular en ciclostil generalmente se tira al cesto de los papeles sin leerla, pero enseguida me di cuenta de que aquella no merecía correr la suerte habitual. Era la invitación para una cena con motivo de cumplirse los veinticinco años de licenciatura. Su redacción me dio que pensar: el destinatario venía tratado de tú y el autor del escrito hacía alarde de términos estudiantiles rancios, como si aquellos veinticinco años no hubieran pasado. Con una involuntaria comicidad, el texto concluía diciendo: «...en una atmósfera de renovada camaradería, celebraremos nuestras bodas de plata con la Química, contándonos unos a otros los eventos químicos de nuestra vida cotidiana.» ¿Qué eventos químicos? ¿La precipitación del colesterol en nuestras venas cincuentenarias? ¿El equilibrio de membrana de nuestras membranas?

¿Quién sería el autor? Pasé lista mentalmente a los veinticinco o treinta colegas supervivientes. Me refiero no solamente a los que quedaban vivos, sino a los que no habían desaparecido detrás del promontorio de otras actividades profesionales. En primer lugar había que descartar a las compañeras, todas madres de familia, todas desarboladas, ninguna de ellas en posesión ya de «eventos» que contar. Luego a los trepadores y a los ya trepados, a los protegidos y a los ex protegidos convertidos en protectores: este tipo de gente no es amiga de confrontarse con nadie. Había que excluir también a los frustrados, porque tampoco a ellos les gustan las confrontaciones. A una reunión así, el náufrago puede venir, pero para pedir compasión o ayuda es muy raro que tome él la iniciativa de organizarla. De la exigua diana que se dibujaba surgió un nombre probable: Cerrato, el honrado, torpón y voluntarioso Cerrato, a quien la vida había dado tan poco como él le había dado a la vida. Lo había visto esporádica y fugazmente después de la guerra y era un desidioso, no un náufrago. Náufrago es el que sale de viaje y se ahoga, el que se propone una meta, no la alcanza y sufre a causa de ello. Cerrato no se había propuesto nada, no se había expuesto a nada, se había quedado encerradito en casa, y seguramente debía haberse quedado anclado a los años «de oro» de los estudios porque todos sus demás años habían sido de plomo.

La perspectiva de aquella cena provocaba en mí una reacción escindida en dos ramales. No era un acontecimiento indiferente, me atraía y al mismo tiempo me producía repulsa, como cuando se acerca un imán a una brújula. Quería ir y no quería ir, pero, bien mirado, ni los motivos de una decisión ni los de la otra eran muy nobles. Quería ir porque me halagaba la idea de compararme con los demás y encontrarme más disponible que ellos, menos esclavo del dinero y de los ídolos, menos engañado y menos quemado. No quería ir porque no quería tener la edad de los otros, o sea, mi edad. No quería ver arrugas, canas, memento morí. No quería contarme entre ellos, ni contar a los ausentes, ni hacer cálculos.

Y sin embargo, Cerrato me producía curiosidad. Algunas veces habíamos estudiado juntos. Era serio y no mostraba indulgencia hacia sí mismo, estudiaba sin genialidad ni alegría (la alegría no parecía conocerla), derribando uno por uno los capítulos de los libros

de texto, como un minero en un túnel. Con el fascismo no se había comprometido, y había encajado bien el reactivo de las leyes raciales. Había sido un chico poco brillante pero seguro, del que se podía uno fiar; y la experiencia enseña que precisamente esto, el que alguien sea de fiar, es la virtud más constante, la que no se conquista ni se pierde con los años. Nace una persona de fiar, con la expresión del rostro abierta, y la mirada estable, y así sigue durante toda la vida. El que nace retorcido y desleal, así se queda; si te ha mentado a los seis años, te seguirá mintiendo a los dieciséis y a los sesenta. El fenómeno es digno de atención, y explica el hecho de que ciertas amistades y matrimonios sobrevivan durante muchos decenios, a despecho de la rutina, del hastío y del deterioro de las conversaciones. Me interesaba verificar esto con respecto a Cerrato. Pagué la cuota y escribí al anónimo Comité diciendo que contaran conmigo para la cena.

Su aspecto no había cambiado mucho. Era alto, huesudo, de tez aceitunada, Seguía teniendo mucho pelo, iba bien afeitado; la frente, la nariz y la barbilla eran gruesas y como mal delineadas. Todavía, como entonces, se movía sin gracia, con aquellos gestos bruscos y al mismo tiempo inseguros que en el laboratorio le habían convertido en un destrozón proverbial de cristalería.

Los primeros momentos de conversación los dedicamos, como es costumbre en estos casos, a una recíproca puesta al día de nuestras vidas. Me enteré de que se había casado y no tenía hijos. Y me di cuenta al mismo tiempo de que aquél no era un tema de conversación grato para él. Supe que se había dedicado siempre a la química fotográfica; diez años en Italia, cuatro en Alemania, y luego otra vez en Italia. Había sido él, efectivamente, el promotor de la cena y el autor de la carta de invitación. No le daba ninguna vergüenza reconocerlo. Si se permitía usar una metáfora de tipo profesional sus años de estudiante los veía en tunicolor, todos los demás en blanco y negro.

En cuanto a los «eventos» (me guardé bien de hacerle notar lo desafortunado de la expresión), le interesaban realmente. Su carrera había sido rica en eventos, aunque casi todos, como ya había dicho, en blanco y negro. ¿Y la mía?

Pues sí, lo mismo, le confirmé, tanto en lo que se refería a los químicos como a los no químicos; pero en los últimos años los eventos químicos estaban sacando ventaja a los otros en frecuencia e intensidad. Te dan una sensación de *richt dazu gewachsen*, de impotencia, de insuficiencia, ¿verdad? Te da la impresión de estar luchando en una guerra interminable contra un ejército enemigo, obtuso y lento, pero tremendo en número y peso; de ir perdiendo todas las batallas una detrás de otra, un año detrás de otro. Y te tienes que conformar, para curar las contusiones de tu orgullo, con esas pocas ocasiones en que vislumbras una pequeña brecha en la formación enemiga, te aventuras y te marcas un fugaz tanto aislado.

También Cerrato conocía esta militancia. También él había padecido la insuficiencia de nuestra preparación y el tenémoslas que apañar a base de suerte, intuición, algunos trucos y ríos de paciencia. Le dije que andaba a la caza de eventos, míos y ajenos, que quería exhibir en el escaparate de un libro, por ver si conseguía inculcar en los profanos el sabor fuerte y amargo de nuestro oficio, que es además un ejemplo particular, una versión más esforzada del oficio de vivir. Le dije que no me parecía justo que el mundo lo supiese

todo acerca de cómo viven el médico, la prostituta, el marinero, el asesino, la condesa, el romano antiguo, el conspirador y el habitante de la Polinesia, y que no supiera nada de cómo vivimos nosotros, los transformadores de la materia. Pero en este libro iba a prescindir deliberadamente de la Química con mayúsculas, la química triunfal de instalaciones colosales y adulteraciones vertiginosas, porque ésta es una obra colectiva y por consiguiente anónima. A mí me interesaban más las historias de la química solitaria, indefensa y de a pie, a la medida del hombre, que ha sido la mía, salvo escasas excepciones. Pero también ha sido la química de los fundadores, que no trabajaban en equipo sino ellos solos, en medio de la indiferencia de su tiempo, generalmente sin retribución económica y enfrentándose a la materia sin ningún tipo de ayuda, a base de manos y de cerebro, de razonamiento y fantasía.

Le pregunté si le gustaría colaborar en este libro. Si accedía, que me contase una historia, y tenía que ser, si me permitía una sugerencia, una historia de las nuestras, donde se afana uno en la oscuridad durante una semana o un mes, parece que siempre seguirá estando todo oscuro y dan ganas de tirar la manta y cambiar de oficio; luego despunta un resplandor en lo oscuro, se avanza a tientas hacia ese punto, y la luz va creciendo hasta que por fin el orden sigue al caos. Cerrato me dijo muy serio que efectivamente muchas veces las cosas eran así, y que procuraría complacerme. Pero que casi siempre estaba todo oscuro y el resplandor no se veía por ninguna parte, se pegaba uno cada vez más a menudo con la cabeza contra el techo cada vez más bajo, y acabábamos por salir de la gruta a gatas y reculando, un poco más viejos que al entrar. Mientras él consultaba con su memoria, con los ojos fijos en el techo del restaurante, adornado de frescos pretenciosos, le lancé una mirada furtiva, y vi que había envejecido bien, sin deformarse, antes bien, creciendo y madurando. Seguía siendo muy serio como antes, negándose al refrigerio de la malicia y la risa, pero ahora esto no ofendía, se aceptaba mejor en un cincuentón que en un veinteañero. Me contó una historia sobre plata.

—Te contaré lo más sustancial. Los adornos se los pones tú, por ejemplo, cómo vive un italiano en Alemania, además lo sabes porque has estado. Estaba yo en el control de la sección donde se fabrica el papel especial para radiografías. ¿Sabes algo de cómo se hace? Bueno, da igual. Es un material poco sensible que no te mete en líos (los líos y la sensibilidad están en proporción directa); así que también la sección funcionaba a un ritmo más bien tranquilo.

Pero tienes que tener en cuenta, cuando una película para amateurs funciona mal, nueve veces de cada diez el usuario piensa que es por culpa suya; o si no, todo lo más, te manda algún insulto que no te suele llegar porque trae las señas equivocadas. Pero en cambio si una radiografía sale mal, a lo mejor después de la papilla de bario o de una urografía retrógrada, y luego sale mal una segunda, y todo el paquete de láminas, entonces la cosa no termina así: el escándalo inicia su propia ascensión, aumentando a medida que sube, y se te echa encima como una calamidad. Todas estas eran cosas que me había explicado mi antecesor, con el talento didáctico típico de los alemanes, para justificar a mis ojos el fantástico ritual de limpieza que se debe observar en la sección desde que se entra hasta que se sale del trabajo.

No sé si te aburro; basta con decirte que...

Le interrumpí. Las cautelas minuciosas, las limpiezas maniáticas y la pureza seguida de ocho ceros son cosas que no puedo aguantar. Ya sé que en algunos casos se trata de medidas necesarias, pero también sé que muchas más veces el componente maniático predomina sobre el buen sentido, y que junto a cinco preceptos o prohibiciones sensatos anidan diez absolutamente insensatos, inútiles, que nadie se atreve a cancelar tan sólo por pereza mental, por superstición o por un temor morboso a las complicaciones. Y eso cuando no pasa ya descaradamente como con el servicio militar, donde el reglamento vale para hacer pasar de matute una disciplina represiva. Cerrato me sirvió bebida. Su mano gorda se dirigió vacilante hacia el cuello de la botella, como si la botella aletease sobre la mesa para huir de él; luego la inclinó sobre mi vaso, tropezando con él varias veces. Estaba de acuerdo en que muchas veces así eran las cosas; por ejemplo, en la sección de que me estaba hablando, a las empleadas se les prohibía usar polvos, pero una vez a una chica se le había caído la polvera del bolsillo, se le había abierto contra el suelo y se habían esparcido por el aire los polvos. La producción de aquel día había sido inspeccionada con particular cuidado, pero no había novedad. Pues bueno, la prohibición de usar polvos había seguido igual.

—...pero tengo que contarte un detalle, si no no entenderías la historia. Existe la religión del pelo, y ésta tiene su justificación, te lo aseguro. En el departamento hay siempre un ligero exceso de presión, y el aire que se bombea allí dentro es cuidadosamente filtrado. Encima de la ropa se lleva una bata especial, y en el pelo un gorro. Todos los gorros se lavan a diario, para quitarles los pelos que se hayan podido pegar. Los zapatos y las medias se quitan al entrar y se sustituyen por zapatillas antipolvo.

Así que ése es el escenario. Tengo que añadir que desde hace cinco o seis años no habían ocurrido incidentes dignos de especial mención; alguna protesta aislada llegada de algún hospital con respecto a la sensibilidad alterada del producto, pero solía tratarse de productos con la fecha de garantía caducada. Los problemas, tú lo sabes igual que yo, no se presentan al galope, como los Hunos, sino a la chita callando, a hurtadillas, como las epidemias. La cosa empezó con una carta urgente de un centro de diagnóstico de Viena. Venía redactada en términos muy corteses, más parecía una advertencia que una reclamación y se incluía el justificante de una radiografía, correcta en cuanto al granulado de la emulsión y el contraste, pero sembrada de manchitas blancas oblongas y del tamaño de una habichuela. Se contestó con una carta contrita, donde se pedían excusas por el involuntario etcétera etcétera; pero a partir de la primera baja por peste de un soldado, es mejor dejar de hacerse ilusiones: la peste es la peste, no sirve de nada meter la cabeza debajo del ala. A la semana siguiente llegaron otras dos cartas: una venía de Lieja y aludía a una serie de daños de los que había que indemnizar, y la otra llegaba de la Unión Soviética, ya no me acuerdo (tal vez a causa de una autocensura) de las complicadas siglas de la casa comercial que la enviaba. Cuando se mandó traducir, a todos se nos pusieron los pelos de punta. El defecto, naturalmente, seguía siendo el mismo, el de las manchas en forma de habichuelas, y la carta era muy voluminosa. Se hablaba en ella de tres operaciones comerciales que habían tenido que ser aplazadas, de oportunidades perdidas, de toneladas de papel sensible rechazadas, de un informe pericial y de una controversia internacional en el Tribunal de no sé donde; se nos ordenaba mandar inmediatamente un

especialista. En casos semejantes se procura por lo menos cerrar los establos después de que una parte del ganado se haya escapado de ellos, pero no siempre lo logramos. Claro que todo el papel había pasado con bien el examen de salida, y que se trataba, por tanto, de un defecto que había aparecido más tarde, durante el almacenaje nuestro o del cliente o durante el transporte. El director me llamó a capítulo, y estuvo discutiendo el caso conmigo a lo largo de dos horas, muy educadamente, pero a mí me parecía que me iba despellejando poco a poco, metódicamente y gozándose en ello.

Nos pusimos en contacto con el laboratorio de control, y volvimos a inspeccionar, partida por partida, todo el papel que había en almacén. En el que llevaba allí menos de dos meses no se encontró novedad. En el otro, el defecto aparecía, aunque no en todos los lotes, que eran centenares. De ellos, alrededor de una sexta parte presentaban el inconveniente de las habichuelas. Mi ayudante, que era un químico joven y no precisamente una lumbrera, hizo una observación bastante curiosa: los lotes defectuosos se sucedían con una cierta regularidad, a cada cinco buenos había uno malo. Me pareció una posible pista, y traté de llegar hasta el fondo de la cuestión. Así es como era la cosa: el papel estropeado resultaba ser casi exclusivamente el fabricado los miércoles. También sabrás seguramente que los problemas de espoleta retardada son a la larga los más perversos. Mientras se investigan las causas, hay que seguir produciendo, a pesar de todo. ¿Pero cómo puedes estar seguro de que la causa —o las causas— no siga presente en tu trabajo. y de que el material que estás produciendo no sea precursor de nuevos males? Claro que puedes tenerlo en cuarentena y luego volver a examinarlo; ¿pero cómo explicárselo a los almacenes de todo el mundo que no ven llegar el producto? ¿Y qué decir de los intereses pasivos? ¿Y del nombre, el Buen Nombre, de la Unbestrittener Ruf? Y luego, además, hay otra complicación: a cada variación que introduces en la composición o la tecnología tienes que esperar dos meses para enterarte si funciona o no, si anula el defecto o lo acentúa.

Yo me sentía inocente, como es natural. Había respetado todas las reglas y no me había permitido ninguna indulgencia. Por encima y por debajo de mí, todos se sentían igualmente inocentes, los que habían dado por buena la materia prima, los que habían preparado y revisado la emulsión de bromuro de plata, los que habían confeccionado, embalado y almacenado los paquetes de papel. Me sentía inocente, pero no lo era; era culpable por definición, porque un jefe de sección tiene que responder de lo que pasa en esa sección y porque si hay daño hay pecado, y si hay pecado tiene que haber pecador. Es un asunto, precisamente, como el del pecado original. No has hecho nada, pero eres culpable y tienes que pagar por ello. No con dinero, sino peor: pierdes el sueño y el apetito, te sale una úlcera o un eccema y das un paso de gigante hacia la neurosis gestora definitiva.

Mientras seguían llegando cartas y llamadas de teléfono en son de protesta, yo me empeñaba en devanarme los sesos sobre el detalle aquel de los miércoles. Un sentido, el que fuera, lo tenía que tener. Los martes por la noche estaba de turno un guardián que no me gustaba nada; tenía una cicatriz en la barbilla y cara de nazi. No sabía si decírselo al Director o no; tratar de cargar a otro con las culpas nunca ha sido una buena política. Luego mandé que me trajeran los libros de pago, y vi que el nazi sólo hacía tres meses que

trabajaba con nosotros, cuando el problema de las habichuelas empezaba a aparecer en el papel fabricado diez meses antes. ¿Qué había pasado de particular diez meses antes?

Alrededor de diez meses atrás había sido admitido, tras rigurosos exámenes, un nuevo proveedor del papel negro que se usa para proteger de la luz los papeles sensibles. Pero el material defectuoso había sido embalado promiscuamente envuelto en papel negro suministrado por este proveedor y el de antes. También diez meses atrás (nueve, para ser exactos) había sido contratado un grupo de operarias de nacionalidad turca. Las entrevisté una por una, con gran sorpresa por su parte; quería saber si los miércoles o los martes por la tarde solían hacer algo distinto de lo habitual. ¿Se lavaban? ¿o «no» se lavaban? ¿Usaban algún cosmético especial? ¿Iban a bailar y sudaban más de la cuenta? No me atreví a preguntarles si el martes por la noche hacían el amor. De todas maneras, ni directamente ni a través del intérprete logré sacar nada en limpio.

Como te puedes imaginar, a esas alturas el asunto ya era del dominio público en toda la fábrica, y la gente me miraba con una expresión rara. También porque era el único jefe de sección italiano, y me imaginaba perfectamente los comentarios que debían hacerse a mis espaldas. El socorro decisivo me vino de uno de los porteros, que hablaba un poco de italiano porque había hecho la guerra en Italia; incluso había caído prisionero de los partisanos en las cercanías de Biella y luego canjeado por alguien. No guardaba rencor a nadie, era locuaz y hablaba a la buena de Dios de esto y aquello sin llegar nunca a conclusiones. Pues bien, precisamente esa charla insulsa suya fue la que hizo de hilo de Ariadna. Un día me dijo que él era pescador, pero que desde hacía casi un año en el riachuelo cercano ya no había manera de pescar ni un pez; desde que cinco o seis kilómetros más arriba habían puesto una fábrica de curtidos. Me dijo también que el agua algunos días se ponía literalmente marrón. Al principio no hice caso de estos comentarios suyos, pero volví a acordarme de ellos algunos días más tarde, cuando desde la ventana de mi habitación de la fonda, vi volver la camioneta que traía las batas de la lavandería. Pedí informes. La fábrica de curtidos había empezado a funcionar diez meses antes, y la lavandería lavaba las batas precisamente en el agua del río donde el pescador ya no lograba pescar nada. Pero ese agua la filtraban y la hacían pasar por un depurador iónico. Las batas se lavaban de día, las secaban de noche en una secadora, y las volvían a entregar a la mañana siguiente muy temprano, antes del toque de sirena.

Fui a la fábrica de curtidos. Quería saber cuándo, dónde, a qué ritmo y en qué días vaciaban las tinajas. Me despidieron de malos modos, pero volví dos días después acompañado por el médico de la oficina de higiene. Pues bueno, la mayor de las tinajas la vaciaban semanalmente, en la noche del lunes al martes. No me quisieron decir lo que contenía, pero ya sabes que las sustancias orgánicas usadas para el curtido son polifenoles, y no hay resina iónica que los detenga. Y ya te puedes imaginar, aunque no te dediques a eso, cómo puede actuar un polifenol sobre el bromuro de plata. Obtuve una muestra del líquido preparado para el curtido, fui al laboratorio experimental y probé a atomizar una solución al uno por diez mil en la cámara oscura donde estaba expuesta una muestra del papel para radiografías. El resultado se vio a los pocos días: la sensibilidad del papel había desaparecido. Así, como suena. El jefe del laboratorio no daba crédito a sus ojos; me dijo que no había visto en toda su vida un inhibidor tan potente. Hicimos la prueba con soluciones gradualmente más diluidas, como hacen los médicos homeopáticos. Con

soluciones de uno por un millón aproximadamente, se obtenían las manchas con forma de habichuela, pero sólo salían a relucir tras dos meses de reposo. El efecto-habichuela, el Bohneffekt, había sido reproducido de lleno. Se comprobaba, en resumidas cuentas, que bastaba con algunos miles de moléculas de polifenol absorbidas por las fibras de una bata durante el lavado y arrebatadas al vuelo de la bata al papel por un pelillo invisible, para provocar la mancha.

Los demás comensales conversaban ruidosamente en torno nuestro sobre los hijos, las vacaciones y los sueldos. Nosotros acabamos por hacer rancho aparte en el bar, donde poco a poco nos fuimos poniendo sentimentales y nos prometimos mutuamente renovar una amistad que en realidad nunca había existido entre nosotros. Nos mantendríamos en contacto, y cada uno recogería para el otro más historias como ésta, en las que la materia estólida manifiesta unas mañas que tienden al mal, a la obstrucción, como si se rebelase al orden tan grato al hombre; como los intrépidos parias, más sedientos de la ruina ajena que del triunfo propio, que en las novelas llegan de los confines de la tierra para truncar la aventura de los héroes de signo positivo.

VANADIO

Un barniz es una sustancia inestable por definición. Efectivamente, al llegar a cierto punto de su carrera, se debe convertir de líquida en sólida. Hace falta que esto ocurra en el momento y en el lugar adecuados. El caso opuesto puede ser desagradable o dramático; puede suceder que un barniz se solidifique (nosotros decimos brutalmente «parta») durante su estancia en el almacén, y entonces la mercancía hay que tirarla; o que solidifique la resina de base durante la síntesis, en un reactor de veinte o treinta toneladas, cosa que puede acabar en tragedia; o, por el contrario, que el barniz no se solidifique en absoluto, y en tal caso se convierte uno en un hazmerreír, porque un barniz que no «seca» es como un fusil que no dispara o un toro que no deja preñada a la vaca.

En el proceso de solidificación toma parte muchas veces el oxígeno del aire. Entre las diversas empresas, vitales o destructivas, que el oxígeno sabe llevar a cabo, a nosotros los barnizadores nos interesa sobre todo su capacidad de reaccionar en contacto con ciertas pequeñas moléculas, como por ejemplo las de algunos aceites, y de crear puentes entre ellas, transformándolas en un retículo compacto y por lo tanto sólido. De esa manera es como «seca», por ejemplo, el aceite de lino.

Habíamos importado una partida de resina para barnices, concretamente una de esas resinas que solidificaban a temperatura normal simplemente con exponerlas al aire libre, y estábamos preocupados. Controlada aisladamente, la resina se secaba normalmente, pero después de haber sido tratada con un determinado e insustituible tipo de negro de humo, su capacidad de secarse se atenuaba hasta desaparecer. Habíamos apartado ya varias toneladas de esmalte negro que, a pesar de todas las rectificaciones ensayadas, después de su aplicación continuaba indefinidamente pegajoso, como una de esas lúgubres tiras de papel para cazar moscas.

En casos como éste, hay que andarse con pies de plomo antes de formular acusación ninguna. El proveedor era la W., importante y prestigiosa industria alemana, uno de los muñones en que, después de la guerra, los aliados habían desmembrado la omnipotente IG-Farben. Gente de esta índole, antes de reconocerse culpable, echa en el platillo de la balanza todo el peso del propio prestigio y toda su capacidad personal para dar largas. Pero no había manera de evitar la controversia. Las otras remesas de resina reaccionaban bien con la misma partida de negro de humo, la resina era de un tipo especial que solamente producía la W., y nosotros estábamos ligados por un contrato y temamos que seguir sin falta suministrando aquel esmalte negro, respetando el vencimiento de los plazos.

Redacté una carta muy cortés de reclamación, exponiendo los términos del asunto, y a los pocos días llegó la respuesta. Era larga y pedante, aconsejaba procedimientos obvios y que ya habíamos aplicado nosotros sin resultado, y contenía una exposición superflua y deliberadamente confusa sobre el mecanismo de oxidación de la resina. Pasaba por alto nuestra prisa, y sobre el punto esencial de la cuestión se limitaba a decir que se habían iniciado las pruebas correspondientes. No quedaba más remedio que encargar enseguida otra remesa, encareciendo a la W. que vigilase con particular cuidado el comportamiento de la resina con aquella clase de negro de humo.

Junto con el acuse de recibo de este último encargo, llegó una segunda carta, casi tan larga como la primera y firmada por el mismo doctor L. Müller. Era algo menos inconveniente que la primera, reconocía —aunque con muchas cautelas y reservas— lo pertinente de nuestra queja, y contenía un consejo menos perogrullesco que los anteriores: *ganz unerwarteterweise*, o sea que, de forma totalmente inesperada, los gnomos de su laboratorio habían descubierto que la partida rechazada mejoraba añadiéndole un 0,1 por 100 de naftenato de vanadio; un aditamiento del cual, hasta entonces, en el mundo de los barnices no se había oído hablar nunca. El desconocido doctor Müller nos invitaba a verificar inmediatamente sus afirmaciones; si se confirmaba el efecto, sus observaciones podrían evitar a ambas partes las molestias y las incógnitas de una controversia internacional y de una reexportación.

Müller. Existía un Müller en una encarnación anterior mía, pero Müller es un apellido corrientísimo en Alemania, como en Italia Molinari, que es precisamente su equivalente exacto. ¿Para qué seguir dándole vueltas? Y sin embargo, al releer las dos cartas de pesadísima fraseología, plagadas de tecnicismos, no conseguía acallar una duda, de esas que no se dejan arrinconar y te rechinan por dentro como carcomas. Pero venga ya, Müller en Alemania habrá doscientos mil, déjalo y ocúpate de la rectificación del barniz.

... Pero luego, de repente, se me puso otra vez delante de los ojos un detalle de la última carta que me había pasado desapercibido; no era un error mecanográfico, se repetía igual por dos veces; ponía exactamente «napténat» y no «naphténat», como había tenido que ser. Pues bueno, yo de la gente que conocí en aquel mundo ya remoto me acuerdo con una precisión patológica, y daba la casualidad de que aquel otro Müller, en un inolvidable laboratorio donde todo era hielo, esperanza y terror, también decía «beta-Naptylamin» en vez de «beta-Naphthylamin».

Los rusos estaban a las puertas, y los aviones aliados venían dos o tres veces al día a hacer estragos en la fábrica de Buna. No quedaba cristal sano, faltaban el agua, el vapor y la energía eléctrica, pero las órdenes mandaban empezar a producir goma Buna, y los alemanes nunca discuten las órdenes.

Yo estaba en un laboratorio con otros dos prisioneros especialistas, semejantes a aquellos esclavos adoctrinados que los romanos ricos importaban de Grecia. Trabajar era tan imposible como inútil, y el tiempo se nos iba casi por completo en desmontar los aparatos cada vez que se oía la alarma aérea y volverlos a montar en cuanto cesaba. Pero las órdenes, ya digo, no se discuten, y de vez en cuando, entre los escombros y la nieve, se abría paso hacia nosotros un inspector para cerciorarse de que el trabajo del laboratorio se desarrollaba de acuerdo con las prescripciones. Algunas veces venía un S.S. con cara de adoquín, otras un vejecito de las milicias locales amedrentado como un ratón, y también, otras, un civil. El civil que aparecía con mayor frecuencia respondía por doctor Müller.

Debía ser persona de bastante autoridad, porque todos le saludaban a él el primero. Era un hombre alto y corpulento que andaría por los cuarenta años, de aspecto más bien tosco que refinado. Conmigo no había hablado más que tres veces, y las tres con una timidez poco habitual en un lugar como aquel, como si se avergonzara de algo. La primera exclusivamente de asuntos relacionados con el trabajo, precisamente de la dosificación de

la «naptilamina»; la segunda vez me preguntó que porqué llevaba la barba tan crecida, a lo que yo le respondí que ninguno de nosotros tenía maquinilla de afeitar, y lo que era peor, ni siquiera un pañuelo, y que nos afeitaban oficialmente todos los lunes; la tercera vez me dio una notita, escrita a máquina con toda nitidez, donde se me autorizaba a ser afeitado también los jueves y a retirar del *Effektenmagazin* un par de zapatos de cuero. Y me preguntó, tratándome de usted: «¿Por qué tiene un aire tan inquieto?» Yo, que en aquel tiempo pensaba en alemán, me había dicho para mis adentros: «Der Mann hat Keine Ahnung», este tipo no se ha enterado de nada.

Por encima de todo, está la obligación. Me apresuré a recabar de entre nuestros habituales proveedores una muestra de naftenato de vanadio, y me di cuenta de que la cosa no era tan fácil. No se trataba de un producto de fabricación normal, se preparaba en pequeñas dosis y solamente a petición. Cursé la correspondiente petición.

El retorno de aquel «pt» me había arrastrado a una excitación violenta. Volverme a encontrar, de hombre a hombre, ajustando cuentas con uno de los «otros» había sido mi deseo más vivo y permanente desde que abandoné el campo de concentración de Lager. Deseo satisfecho sólo en parte por las cartas de mis lectores alemanes. No me saciaban en absoluto aquellas honestas declaraciones de arrepentimiento y solidaridad formuladas en términos generales por gente a quien no había visto nunca, de la cual no conocía su otra cara, y que probablemente no estaba implicada en aquello más que desde un punto de vista sentimental. El encuentro que yo esperaba, con tanta intensidad que por las noches llegaba a soñar con él (en alemán), era un encuentro con alguno de aquéllos de allá, que habían dispuesto de nuestras vidas, que no nos habían mirado a los ojos, como si nosotros no tuviéramos ojos. Y no lo soñaba por afán de venganza, que no soy ningún conde de Montecristo. Simplemente para volver a poner las cosas en su sitio, para poder preguntar: «¿Y qué?» Si este Müller era mi Müller, no era el antagonista ideal, porque en cierto modo, tal vez solamente por un instante, había tenido compasión, o aunque no fuera más que un rudimento de solidaridad profesional. Posiblemente incluso menos; puede que simplemente le hubiera conmovido el hecho de que aquel extraño híbrido de colega e instrumento, que además encima era un químico, frecuentase un laboratorio sin el Anstand, la decencia, que el laboratorio requiere. Pero los que le rodeaban no habían tenido ni siquiera esa sensibilidad. No, no era el antagonista ideal. Pero, como es bien sabido, la perfección no está en las vicisitudes que se viven, sino en las que se cuentan.

Me puse en contacto con el representante de la W., con quien tenía bastante confianza, y le pedí que indagara con discreción sobre el doctor Müller. ¿Cuántos años tenía? ¿cómo era de aspecto?, ¿dónde había pasado la guerra? La respuesta no se hizo esperar mucho: la edad y el aspecto coincidían; nuestro nombre había trabajado primero en Schkopau, para adiestrarse en la tecnología de la goma, y luego en la fábrica de Buna, cerca de Auschwitz. Conseguí su dirección, y le mandé, de particular a particular, una copia de la edición alemana de *Si esto es un hombre*, acompañada de una carta en la cual le preguntaba si era él realmente el Müller de Auschwitz, y si se acordaba de «los tres hombres del laboratorio». En fin, que perdonase aquella brutal intromisión, aquel retorno desde la nada, pero que yo era uno de esos tres, además de ser el cliente preocupado por el asunto de la resina que no secaba bien.

Me dispuse a esperar la respuesta, al mismo tiempo que en el plano del negocio continuaba —como la oscilación de un enorme y lentísimo péndulo— intercambiando cartas químico-burocráticas acerca del vanadio italiano que no daba tan buen resultado como el alemán.

Tengan por tanto la amabilidad de expedirnos con urgencia una información detallada sobre el producto, y enviarnos por correo aéreo 50 Kg., cuyo importe tendrán a bien descontar etcétera. Desde un punto de vista técnico el asunto parecía bien encaminado, pero no estaba claro lo que iba a pasar con el lote defectuoso de resina, si nos lo teníamos que quedar con un descuento sobre su precio, o reexpedirlo cargándose en cuenta a la W., o exigir una solución arbitrada. A todo esto, como es habitual en tales pleitos, nos amenazábamos mutuamente con recurrir a las vías legales *gerichtlich vorzugehen*.

La respuesta «privada» seguía haciéndose esperar, lo cual era casi tan irritante y enervante como la contienda burocrática. ¿Qué sabía yo de aquel tipo? Nada. Lo más probable es que, deliberadamente o no, todo aquello lo hubiera dado por cancelado. Mi carta y mi libro serían para él una intromisión maleducada y fastidiosa, una torpe invitación a remover un poso ya bien sedimentado, un atentado contra la Anstand. No iba a contestar nunca. No era un alemán perfecto, qué lástima. ¿Pero existen los alemanes perfectos? Son una pura abstracción. El paso de lo general a lo particular nos depara siempre sorpresas estimulantes, cuando un oponente exento de perfil, larvario, se te configura delante poco a poco o de golpe, y se convierte en el Mitmensch, el co-hombre, con todo su relieve, sus tics, sus anomalías y sus anacolutos. Ya habían pasado casi dos meses. La respuesta no iba a llegar nunca. ¡Qué lástima!

Llegó, con fecha del 2 de marzo de 1967, su elegante carta encabezada con una caligrafía vagamente gótica. Era una carta de apertura, breve y reservada. Sí, el Müller de Buna era él en persona.

Había leído mi libro, reconocido con emoción personajes y lugares; se alegraba de saber que me contaba entre los supervivientes, me pedía noticias de los otros «dos hombres del laboratorio», y hasta aquí no había nada de raro, puesto que venían mencionados en el libro. Pero me preguntaba también por Goldbaum, a quien yo no había nombrado. Añadía que, con motivo de mi carta, había releído sus notas de aquel período. Estaba dispuesto de muy buen grado a comentarlas conmigo en un reencuentro personal por el que hacía votos y que podría ser «beneficioso tanto para mí como para usted, y necesario con vista a la superación de aquel horrible pasado» («im Sinne der Bewältigung der so furchtbaren Vergangenheit»). Manifestaba finalmente que, entre todos los prisioneros que había conocido en Auschwitz, yo era el que le había producido una impresión más fuerte y duradera. Pero podía tratarse muy bien de un halago; del tono de toda la carta, y en especial de aquella frase donde hablaba de «superación», lo que parecía desprenderse es que aquel hombre esperaba algo de mí.

Ahora me tocaba a mí el turno de respuestas, y me sentía cohibido. He aquí que la empresa había acabado con éxito y el adversario había caído en el lazo. Lo tenía delante de mí, era casi un colega en barnices, escribía como yo en papel con membrete, y se acordaba incluso de Goldbaum. Estaba aún bastante desenfocado, pero quedaba claro que pedía de mí algo así como una absolución, porque él tenía un pasado que necesitaba superar, y yo

no. Yo necesitaba de él simplemente la concesión de un descuento sobre la factura de una resina defectuosa. La situación era interesante, pero atípica. Coincidió solamente en parte con la del reo ante el juez.

En primer lugar, ¿en qué idioma debía contestarle? En alemán no, por supuesto; estaba expuesto a cometer errores ridículos que resultaban incompatibles con mi papel. Siempre es mejor luchar en el propio campo. Le escribí en italiano. Los otros dos del laboratorio habían muerto, no sabía cómo ni dónde, lo mismo que Goldbaum; este último de hambre y de frío durante la marcha de evacuación. En cuanto a mí, lo esencial ya lo sabía por el libro y por la correspondencia burocrática en relación con el vanadio.

Yo tenía muchas preguntas que hacerle. Demasiadas y demasiado densas tanto para él como para mí. ¿Por qué Auschwitz? ¿Por qué Pannwitz? ¿Por qué los niños en las cámaras de gas? Pero intuía que no era el momento adecuado para superar determinadas barreras, así que me limité a preguntarle si aceptaba los juicios, implícitos y explícitos de mi libro. Sí pensaba que la IG-Farben había asumido espontáneamente la mano de obra de los esclavos. Si tenía noticia entonces de las «instalaciones» de Auschwitz, que se tragaban diez mil vidas diarias, a siete kilómetros de las instalaciones de goma Buna. Y, en fin, ya que había hecho alusión a sus «notas sobre aquel período», ¿por qué no me mandaba una copia de ellas?

De aquel «encuentro por el que hacía votos» no dije nada, porque me daba miedo. No servía de nada buscar eufemismos, hablar de pudor, de desprecio, de comedimiento. Miedo era la palabra. De la misma manera que no me sentía un Conde de Montecristo, tampoco me sentía un Orazio-Curiazio. No me consideraba con fuerzas para ostentar representación de los muertos de Auschwitz, y tampoco me parecía sensato reconocer en Müller al representante de los carniceros. Yo me conozco; no estoy dotado de rapidez polémica, el adversario me distrae, según le escucho corro el peligro de prestarle crédito; el desdén y el juicio certero los recupero luego, cuando estoy bajando las escaleras, cuando ya no sirven para nada. Me convenía seguir por carta.

Müller me escribió, tocante a nuestro negocio, diciéndome que los cincuenta kilos habían sido expedidos, y que la W. confiaba en un arreglo amistoso, etc. Casi al mismo tiempo me llegó a casa la carta que esperaba; pero no era como la esperaba. No era una carta típica, atendida a un paradigma. Llegados a este punto, si la historia que estoy contando fuera inventada, a mí no me cabría introducir más que uno de estos dos tipos de carta: o una carta humilde, cálida y cristiana de alemán converso, o bien otra altiva y glacial, de bellaco, de nazi impenitente. Pero esta historia no es inventada, y la realidad resulta siempre más compleja que la invención, menos peinada, más tosca, menos rotunda. Es muy raro que permanezca en un solo plano.

Era una carta de ocho folios e incluía una foto que me estremeció. El rostro era «aquel» rostro; aunque envejecido, y al mismo tiempo ennoblecido por obra y gracia de un fotógrafo experto, lo seguía sintiendo a cierta altura por encima de mí pronunciando aquellas palabras de compasión distraída y momentánea: «¿Por qué tiene usted un aire tan inquieto?»

Era evidentemente obra de un escritor poco avezado; una retórica de medias verdades, llena de digresiones y de elogios exagerados, enternecedora, pedante y empachosa que se oponía a cualquier juicio breve y global.

Atribuía los acontecimientos de Auschwitz al Hombre, sin hacer más distinciones. Los deploraba, y se consolaba pensando en otros hombres que yo citaba en mi libro, como Alberto o Lorenzo «contra los cuales se embotan las armas de la noche». La frase era mía, pero repetida por él me sonaba hipócrita y desentonada. Contaba su historia. «Arrastrado en un principio por el general entusiasmo que despertó el régimen de Hitler», se había inscrito en un partido nacionalista estudiantil, que poco después se incorporó oficialmente a las S.A.; había logrado salirse, y comentaba que «incluso esto se ve que era posible». Durante la guerra, había sido movilizado en una compañía antiaérea, y solamente entonces ante las ruinas de la ciudad, había sentido «vergüenza y desprecio» por la guerra. En mayo de 1944 había podido (¡como yo!) hacer valer su condición de químico, había sido destinado a la fábrica de Schkopan de la IG-Farben, de la cual la de Auschwitz era una copia ampliada. En Schkopan se había encargado de adiestrar en las tareas de laboratorio a un grupo de chicas ucranianas, que efectivamente yo había conocido en Auschwitz, y cuya extraña familiaridad con el doctor Müller no me explicaba. Hasta noviembre de 1944 no le habían mandado a Auschwitz con esas chicas. El nombre de Auschwitz no tenía por aquel tiempo ningún significado, ni para él ni para ninguna otra persona de las que conocía. Pero a su llegada, había tenido una breve conversación con el director cuando se lo presentaron (probablemente el ingeniero Faust), y éste le había advertido que «a los judíos de Buna no había que asignarles más que las tareas más modestas, y la compasión para con ellos no estaba permitida».

Había sido destinado a trabajar directamente a las órdenes del doctor Pannwitz, el que me sometió a mí a un curioso «examen de Estado» para cerciorarse de mis capacidades profesionales. Müller manifestaba tener una pésima impresión de su superior, y me puntualizaba que había muerto en 1946 de un tumor cerebral. Era él, Müller, el responsable de la organización del laboratorio de Buna; aseguraba que no había sabido nada de aquel examen, y que había sido él mismo quien nos escogió a los tres especialistas, y especialmente a mí. Según esta versión, improbable pero no imposible, yo le debía a Müller mi supervivencia. Afirmaba haber mantenido conmigo una relación casi de amistad entre iguales, haber charlado conmigo de problemas científicos, y haber pensado mucho, en aquella coyuntura, sobre cuáles eran «los preciados valores humanos que otros hombres destruían por pura brutalidad». Yo no sólo no recordaba ninguna conversación de ese tipo (y mi memoria sobre ese período, como ya he dicho, es excelente), sino que el mero hecho de imaginar algo así, con aquel telón de fondo de desintegración, desconfianza mutua y cansancio mortal, estaba totalmente fuera de la realidad y no podía explicarse más que al calor de un ingenio y posterior *wishful thinking*. Seguramente era una cosa que él había contado a mucha gente, y no se daba cuenta de que la única persona en el mundo que no podía prestarle crédito era precisamente yo. Seguramente de buena fe, se había construido un pasado en el cual sentirse cómodo. No recordaba los dos detalles de la barba y de los zapatos, pero sí otros por el estilo y bastante plausibles, a mi parecer. Se había enterado de que yo tenía la escarlatina y se había preocupado de mi supervivencia, sobre todo al enterarse de que los prisioneros eran

evacuados a pie. El 26 de enero de 1945 lo trasladaron de las S.S. al Volkssturm, el cuerpo del ejército donde iban a parar los reformados, los niños y los viejos y que estaba presuntamente encargado de cortarles el paso a los rusos. Afortunadamente para él, lo había salvado el director técnico antes mencionado, al autorizarlo para que pasase a la retaguardia.

A mi pregunta sobre la IG-Farben respondía resueltamente que sí, que había tomado a su cargo prisioneros, pero solamente con el fin de protegerlos. Es más, formulaba la disparatada opinión de que toda la fábrica entera de Buna-Monowitz, ocho kilómetros cuadrados de edificaciones ciclópeas, había sido construida con la intención de «proteger a los judíos y contribuir a su supervivencia», y que la orden de no tener compasión con ellos era *eine Tarnung*, un enmascaramiento, *Nihil de Principe*, ninguna acusación contra la IG-Farben; nuestro hombre seguía dependiendo de la W., que era sucesora de aquélla, y nadie muerde la mano que le da de comer. Durante su breve estancia en Auschwitz, «a su conocimiento nunca había llegado elemento alguno que pareciese indicar una tendencia a la matanza de judíos».

Actitud paradójica y ofensiva, pero digna de tenerse en cuenta. En aquel tiempo era una técnica habitual entre la mayoría silenciosa alemana procurar saber la menor cantidad de cosas posibles, para lo cual lo mejor era no hacer preguntas. Tampoco él, evidentemente, le había pedido explicaciones a nadie, ni siquiera a sí mismo, aunque las llamas del horno crematorio, en los días despejados, fueran visibles desde la fábrica de Buna.

Poco antes del colapso final había sido hecho prisionero por los americanos y encerrado durante algunos días en un campo para prisioneros de guerra que él, con sarcasmo involuntario, definía como «primitivamente equipado».

Es decir, que en el momento de escribir eso, Müller seguía, igual que cuando nos conocimos en el laboratorio, sin tener *Keine Ahnung*, o sea, no dándose cuenta de nada. Había vuelto a reunirse con su familia a finales de junio de 1945. El contenido de sus notas, que yo le había pedido, se resumía sustancialmente en esto.

En mi libro notaba una superación del judaísmo, una puesta en práctica del precepto cristiano de amar a los propios enemigos y un testimonio de fe en el Hombre. Y acababa insistiendo en la necesidad de que nos viéramos, en Alemania o en Italia. Estaba dispuesto a encontrarse conmigo cuando y donde me conviniese; aunque él prefería en la Riviera. Dos días después, por canales burocráticos, llegó una carta de la W., la cual —seguramente por casualidad— llevaba la misma fecha que la larga carta particular, además de la misma firma. Era una carta conciliadora, reconocían su error y se declaraban disponibles a cualquier tipo de sugerencia. Daban a entender que no hay mal que por bien no venga. El incidente había puesto de relieve las virtudes del naftenato de vanadio, que de ahora en adelante se incorporaría directamente a la resina, fuera cual fuera el cliente a quien se destinase.

¿Qué hacer? El personaje Müller se había *entpuppt*, había salido de la crisálida, se perfilaba nítido, bajo los focos. Ni infame, ni heroico. Dejando aparte la retórica y las mentiras de mejor o peor fe, lo que quedaba era un ejemplar humano típicamente gris, uno de los no escasos tuertos en tierra de ciegos. Me hacía un honor que no merecía al

atribuirme la virtud de amar a mis enemigos. No, a pesar de los lejanos privilegios que me deparó su trato, y aun cuando no hubiera sido un enemigo mío en el estricto sentido del término, no era capaz de amarlo. Ni lo amaba, ni tenía ganas de verlo. Y sin embargo me despertaba un conato de respeto; ser tuerto no debe resultar cómodo. No era un cobarde ni un sordo ni un cínico, no se había adaptado, estaba ajustando cuentas con el pasado y las cuentas no le salían; se esforzaba por hacerlas coincidir, aunque fuera haciendo algunas trampas. ¿Se le podía pedir mucho más a un ex SA? La comparación, que tantas veces tuve ocasión de hacer, con otros honrados alemanes a quienes he conocido en la playa o en la fábrica, arrojaba un saldo a su favor. Su condena del nazismo era tímida y perifrástica, pero no había buscado justificaciones. Lo que buscaba era un coloquio. Tenía una conciencia, y se afanaba por mantenerla tranquila. En su primera carta había hablado de «superación del pasado», «Bewältigung der Vergangenheit». Luego he venido a saber que esta frase es un estereotipo, un eufemismo de la Alemania de hoy, donde se entiende universalmente como «redención del nazismo». Pero la raíz *walt* que lleva engastada aparece también en palabras que significan «dominio», «violencia» y «estupor», y creo que si tradujéramos la frase como «distorsión del pasado» o «violencia hecha al pasado», no andaríamos muy lejos de su sentido más profundo. Y sin embargo, era preferible ese refugiarse en lugares comunes a los obtusos florilegios de los otros alemanes. Sus esfuerzos de superación eran torpes, un poco ridículos, irritantes, tristes, pero decentes. Y además ¿no me había proporcionado un par de zapatos?

El primer domingo que tuve libre me dispuse, lleno de perplejidad, a preparar una respuesta lo más sincera posible, equilibrada y digna. Extendí la factura. Le daba las gracias por haberme ayudado a entrar en el laboratorio, me declaraba dispuesto a perdonar a los enemigos, y hasta incluso tal vez a amarlos, pero solamente si ellos demostraban algún signo de arrepentimiento, o sea si dejaban de ser enemigos. En el caso contrario, es decir, en el del enemigo que se sigue manteniendo como tal, que persevera en su voluntad de crear sufrimientos, la verdad es que no debe uno perdonarlo; se puede tratar de rescatarlo, se puede (¡y se debe!) discutir, pero tenemos el deber de juzgarlo, no de perdonarlo. En cuanto al juicio específico sobre su comportamiento, que Müller me pedía implícitamente, le citaba discretamente dos casos que yo conocía de colegas suyos alemanes los cuales habían tenido con respecto a nosotros un comportamiento bastante más valiente que el que él reivindicaba para sí. Admitía que no todos hemos nacido para héroes y que un mundo en que toda la gente fuera como él, es decir, honrada e inofensiva, sería tolerable, pero que ese mundo es irreal. En el mundo real la gente que lleva armas existe, construye Auschwitz y deja que los honrados e inofensivos le allanen el camino. De nuestro encuentro en la Riviera no le decía ni una palabra.

Aquella misma tarde Müller me telefoneó desde Alemania. Se oía mal y además ya no me resulta tan fácil entender el alemán por teléfono. Su voz sonaba cansada y como rota, hablaba en un tono agitado. Me anunció que para Pentecostés, dentro de seis semanas, vendría a Finale Ligure. ¿Podríamos vernos? Me cogió desprevenido y le contesté que bueno. Le pedí que me precisara con tiempo los detalles de su llegada y no aludí para nada a la factura, ya a aquellas alturas un asunto superfluo.

Ocho días después recibí una esquela de la señora Müller donde me participaba la muerte repentina del doctor Lothar Müller, a los sesenta años.

CARBONO

El lector, al llegar a este punto, se habrá dado cuenta de sobra de que éste no es un tratado de química. Mis pretensiones no llegan a tanto, *ma voix est faible, et même un peu profane*. No es tampoco una autobiografía, sino dentro de los límites parciales y simbólicos donde cabe considerar como autobiografía cualquier escrito, es más, cualquier obra humana. Pero historia, en cierto modo, sí lo es. Es, o habría pretendido ser, una microhistoria, la historia de un oficio y de sus fracasos, triunfos y miserias, como le gustaría contarla a cada cual cuando siente a punto de concluirse el arco de la propia carrera, y el arte deja de ser largo. Al llegar a este momento de la vida, ¿qué químico, ante la tabla del Sistema Periódico o los índices monumentales del Beilstein o del Landolt, no reconoce, desperdigados por ellos los harapos o los trofeos del propio pasado profesional? No tiene más que hojear un tratado cualquiera y los recuerdos surgen a racimos.

Existe entre nosotros quien ha vinculado su destino, indeleblemente, al bromo, al propileno, al grupo -NCO o al ácido glutámico; y todos los estudiantes de química, al enfrentarse con un libro de texto cualquiera tendrían que ser conscientes de que en una de aquellas páginas, tal vez incluso en una sola línea o fórmula o palabra, está escrito su porvenir, en caracteres indescifrables pero que se aclaran «luego»; después del éxito o la equivocación o la culpa, después de la victoria o la derrota. Todos los químicos que ya no son jóvenes, al volver a abrir ese mismo texto por la página *verhängnisvoll*, se sienten traspasados de amor o de disgusto, se alegran o se desesperan.

Ocurre, pues, que cada elemento le dice algo a cada uno (a cada cual una cosa diferente), igual que pasa con los valles o las playas visitados durante la juventud. Y sin embargo, tal vez convenga hacer una excepción con el carbono, porque a todos se lo dice todo. Quiere decirse que no es específico, de la misma manera que Adán no es específico como antepasado, a no ser que aparezca hoy (¿y por qué no?) el químico-estilista que haya dedicado su vida entera al grafito o al diamante. Y sin embargo, precisamente con el carbono tengo una vieja deuda, contraída en días decisivos para mí. Al carbono, elemento de la vida, se refería mi primer sueño literario, insistentemente soñado en un momento y un lugar en los cuales nadie hubiera dado mucho por mi vida. Mire usted por dónde, quiero contar la historia de un átomo de carbono.

¿Es lícito hablar de «un cierto» átomo de carbono? El químico podría ponerlo un poco en duda, porque hasta nuestros días (1970) no se conocen técnicas que permitan ver, y por lo tanto aislar, a un átomo solo. Para el narrador, en cambio, no existe la menor duda, y por eso se dispone a narrar.

Nuestro personaje, como es sabido, yace desde hace cientos de millones de años ligado a tres átomos de oxígeno y a uno de calcio, bajo forma de roca calcárea. Trae ya a las espaldas una larguísima historia cósmica, pero vamos a pasarla por alto. Para él el tiempo no existe, o existe sólo bajo el aspecto de perezosas variaciones de temperatura, a tenor de los días y de las estaciones, si afortunadamente para este cuento su yacimiento no está demasiado lejos de la superficie del suelo. Su existencia, en cuya monotonía no se puede pensar sin horror, es una alternancia despiadada de calores y fríos, es decir,

oscilaciones (siempre de igual frecuencia) más o menos restringidas o amplias; total, para un personaje potencialmente tan vivo, un encarcelamiento digno del infierno católico. Así pues, hasta el momento, al carbono le va mejor el tiempo presente, que es el de la descripción, que uno cualquiera de los tiempos pasados, que son los tiempos del que cuenta. Se ha quedado congelado en un eterno presente, apenas arañado los estremecimientos moderados de la agitación térmica.

Pero, afortunadamente —como he dicho— para el que está contando, que en el caso contrario ya habría acabado con su cuento, el asiento calcáreo del cual forma parte el átomo queda en la superficie. Queda al alcance de la mano del hombre y de su azadón. (Viva el azadón, por cierto, y todos sus más modernos equivalentes; ellos son hasta ahora los más importantes intermediarios en el diálogo milenario entre el hombre y los elementos.) En un momento dado —que yo, narrador, decido por puro capricho que sea el año 1840— un golpe de azadón lo desprendió y lo encaminó hacia el horno de cal, precipitándolo en el mundo de las cosas sometidas a mudanza. Fue achicharrado para lograr separarlo del calcio, el cual se quedó descabalgado, por así decirlo, y se dirigió al encuentro de un destino menos brillante en cuya narración no nos vamos a meter ahora. Pero él, aún firmemente agarrado a dos o tres de sus compañeros oxígenos de antes, salió por la chimenea y cogió el camino del aire. Su historia se convirtió de inmóvil en tumultuosa.

Fue arrebatado por el viento, derribado al suelo, disparado a una altura de diez kilómetros. Fue respirado por un halcón, descendió a sus pulmones atropellados, pero no penetró en su sangre caudalosa, y fue expulsado. Se disolvió por tres veces en el agua del mar, una vez en el agua de un torrente en cascada, y nuevamente fue expulsado. Viajó durante ocho años con el viento; tan pronto en vuelo alto como bajo, sobre el mar y por entre las nubes, por encima de bosques, desiertos y desmesuradas extensiones de hielo. Hasta que se topó con la prisión y con la aventura orgánica.

Verdaderamente el carbono es un elemento peculiar. Es el único que sabe aliarse consigo mismo en largas cadenas estables sin gran despilfarro de energía; y en la vida sobre la tierra (la única que conocemos por ahora) se dan precisamente largas series de cadenas. Por eso el carbono es el elemento clave de la sustancia viviente; pero su promoción, su ingreso en el mundo vivo, no es fácil, y tiene que seguir un camino obligatorio, intrincado, solamente esclarecido (y aún no definitivamente) en estos últimos años. Si la conversión del carbono en materia orgánica no tuviere lugar todos los días alrededor de nosotros, en una proporción de millares de toneladas a la semana, donde quiera que esté aflorando el verde de una hoja, podría adjudicársele con toda justicia el nombre de milagro.

Pues bien, el átomo de que estamos hablando, acompañado de sus dos satélites que lo mantenían en estado gaseoso, fue conducido por el viento, en el año de 1848, a lo largo de una hilera de viñedos. Tuvo la suerte de rozar, de penetrarla y de ser atornillado allí por un rayo de sol. Si al llegar a este punto mi lenguaje se vuelve impreciso y alusivo, no es sólo a causa de mi ignorancia. Este acontecimiento decisivo, esta fulminante tarea a trío, del anhídrido carbónico, la luz y el verde vegetal, no ha sido descrita hasta ahora en términos definitivos, y seguramente pasará mucho tiempo antes de que pueda hacerse, hasta tal

punto se trata de algo diferente de esa otra química «orgánica» que es obra agobiante, lenta y pesada del hombre. Y sin embargo, esta química fina y ligera ha sido «inventada» millones de años atrás por nuestras hermanas silenciosas, las plantas, que ni tienen experiencias ni discuten, y cuya temperatura es idéntica a la del ambiente en que viven. Si entender equivale a formarse una imagen, jamás podremos hacernos una imagen de un *happening* cuya escala es la millonésima de milímetro, cuyo ritmo es la millonésima de segundo y cuyos actores son invisibles por su misma esencia. Cualquier descripción verbal resultará fallida y dará igual una que otra. Valga, pues, la que va a continuación.

Entra en la hoja, chocando con otras innumerables (aunque para el caso inútiles) moléculas de oxígeno y nitrógeno. Se adhiere a una gruesa y complicada molécula que lo activa, y recibe al mismo tiempo el decisivo mensaje del cielo, bajo la forma fulgurante de un haz de luz solar. En un instante, como un insecto presa de la araña, es separado de su oxígeno, combinado con hidrógeno y se cree que fósforo, e inserto, en fin, en una cadena, larga o breve, eso da igual, pero que es la cadena de la vida. Todo esto ocurre rápidamente, en silencio, a la temperatura y presión de la atmósfera, y gratis. Queridos colegas, cuando aprendamos a hacer otro tanto seremos sicut Deus y habremos resuelto además el problema del hambre en el mundo.

Pero hay algo más, y peor, para escarnio nuestro y de nuestro arte. El anhídrido carbónico, o sea la forma aérea del carbono de que venimos hablando, este gas que constituye la materia prima de la vida, la escolta permanente de todo lo que crece y el destino último de toda carne. No es uno de los componentes principales del aire, sino un residuo ridículo, una «impureza», treinta veces menos abundante que el argón, en quien nadie para mientes. El aire no contiene más que un 0,03 por 100. Si Italia fuese aire, los únicos habitantes aptos para edificar la vida serían por ejemplo los 15.000 habitantes de Mílazzo, en la provincia de Messina. Esto, a nivel humano, es una acrobacia irónica, una broma de prestidigitador, una incomprensible ostentación de omnipotencia-prepotencia, puesto que precisamente de esta impureza siempre renovada del aire procedemos nosotros. Nosotros, los animales y las plantas, y nosotros, la especie humana, con nuestros cuatro millones de opiniones discordantes, nuestros milenios de historia, nuestras guerras y vergüenzas y nobleza y orgullo. Por otra parte, ya nuestra mera presencia sobre el planeta resulta ridícula en términos geométricos; si toda la humanidad entera, cerca de 250 millones de toneladas, se extendiese como un revestimiento de espesor homogéneo sobre todas las tierras emergentes, la «estatura del hombre» no sería visible a simple vista. El espesor que se obtendría sería aproximadamente de 16 milésimas de milímetro.

Ya está injertado nuestro átomo; forma parte de una estructura, en el sentido que darían a este término los arquitectos. Se ha unido y emparentado con cinco compañeros, tan idénticos a él que sólo la ficción del relato me permite distinguirlos. Es una hermosa estructura en anillo, un hexágono casi regular, que sin embargo está sujeto a complicados trueques y equilibrios con el agua en que se ha disuelto. Porque ya se ha disuelto en agua, o mejor dicho en la linfa de la vida, y éste de disolverse es deber y privilegio de todas las sustancias destinadas a (iba a decir «deseosas de») transformarse. Si hay alguien que además quiere saber por qué precisamente un anillo, y por qué hexagonal, pues nada, no se preocupe. Estas preguntas se cuentan entre las muchas a que nuestra doctrina es capaz de

dar respuesta con un discurso persuasivo y accesible a cualquiera, pero que aquí está fuera de lugar.

Ha entrado a formar parte de una molécula de glucosa. Un destino, hablando en plata, que no es ni carne ni pescado, mediocre, que prepara a nuestro personaje a un primer contacto con el mundo animal pero no lo autoriza a la responsabilidad más alta, que es la de formar parte de un edificio proteico. Viajó, pues, con el lento paso de los jugos vegetales, desde la hoja, a través del peciolo y el sarmiento, hasta el tronco, y de aquí bajó a un racimo casi maduro. Lo que siguió es de incumbencia de los vinateros. A nosotros lo único que nos interesa precisar es que se escapó (afortunadamente para nosotros, porque no seríamos capaces de resumirlo en palabras) a la fermentación alcohólica, y se unió al vino sin cambiar de naturaleza.

El destino del vino es ser bebido, como el destino de la glucosa es ser oxidada. Pero la oxidación no se produjo inmediatamente. Su bebedor la retuvo en el hígado durante más de una semana, allí bien ovillada y tranquila como alimento de reserva para un esfuerzo imprevisto; esfuerzo que al domingo siguiente se vio obligado él a hacer, persiguiendo a un caballo que se había espantado. Adiós a la estructura hexagonal. En el lapso de pocos instantes el ovillo se devanó y volvió a convertirse en glucosa, ésta fue arrastrada por la corriente de la sangre hasta una fibrilla muscular del muslo, y allí brutalmente rajada en dos moléculas de ácido láctico, el triste heraldo de la fatiga. Sólo unos minutos más tarde, el jadeo de los pulmones logró proporcionar el oxígeno necesario para oxidar sin prisas a este último. Así fue como volvió a la atmósfera una nueva molécula de anhídrido carbónico, y una parcela de la energía que el sol había prestado al sarmiento pasó del estado de energía química al de energía mecánica y se aposentó, por consiguiente, en la perezosa condición de calor, calentando imperceptiblemente el aire removido por la carrera y la sangre del corredor. «Así es la vida», a pesar de que sean pocas las veces en que viene descrita así: un implantarse, un barrer para adentro, un vampirizar el camino descendente de la energía, de su noble forma solar a la degradada de calor a baja temperatura. En su camino ascendente, que lleva al equilibrio y por ende a la muerte, la vida dibuja un asidero y anida en él.

Ya somos otra vez anhídrido carbónico, lo siento. Es un pasaje obligado también éste. Se pueden imaginar o inventar otros, pero aquí en la tierra lo que pasa es eso. Y otra vez el viento, que esta vez lleva lejos. Sobrevuela los Apeninos y el Adriático, Grecia, el mar Egeo y Chipre; ya estamos sobre el Líbano, y la danza se repite. El átomo que nos ocupa está ahora atrapado en una estructura que promete durar para largo: se trata del tronco venerable de un cedro, uno de los últimos. Ha vuelto a pasar por los estadios que ya quedaron descritos, y la glucosa de que forma parte, como la cuenta de un rosario, de una larga cadena de celulosa. Ya no se trata de la fijeza geológica y alucinante de la roca, ya no se trata de millones de años, más bien podemos hablar de siglos, porque el cedro es un árbol longevo. De nosotros depende dejarlo allí por un año o por quinientos. Digamos que al cabo de veinte años (estamos en 1868) la cosa corre a cargo de una carcoma. Ha excavado su túnel entre el tronco y la corteza, con la voracidad ciega y obstinada propia de su raza; a base de perforar ha ido creciendo y su túnel se ha ido ampliando. He aquí que se ha tragado y ha engastado dentro de sí misma al protagonista de esta historia; luego ha formado su capullo, y ha salido en primavera transformada en una fea mariposa gris que

ahora se está secando al sol, trastornada y deslumbrada por el esplendor del día. Nuestro átomo está allí, en uno de los mil ojos del insecto, y contribuye a la compendiada y tosca visión con que éste se orienta en el espacio. El insecto es fecundado, deposita sus huevos y muere. El pequeño cadáver yace en el subsuelo del bosque, se vacía de sus líquidos, pero el caparazón de quitina resiste por largo tiempo, casi indestructible. La nieve y el sol vuelven a caer sobre él sin atacarlo; queda sepultado por las hojas muertas y por el mantillo, se convierte en un despojo, en una «cosa», pero la muerte de los átomos, a diferencia de lo que pasa con la nuestra, nunca es irrevocable. Ya tenemos manos a la obra a los omnipresentes, incansables e invisibles sepultureros del subsuelo del bosque, a los microorganismos del humus. El caparazón, con sus ojos ya ciegos, se ha desintegrado lentamente, y el ex bebedor, ex cedro, ex carcoma, ha levantado nuevamente el vuelo.

Lo dejaremos volar y dar tres vueltas alrededor del mundo, hasta 1960, y para justificar este intervalo tan largo con respecto a la medida humana conviene advertir que es en cambio bastante más breve de lo corriente: un promedio, según se dice, de doscientos años. Cada doscientos años, un átomo de carbono que no se haya congelado en materiales ya estables (como son precisamente la caliza, el carbón fósil, el diamante o algunas materias plásticas) entra y vuelve a entrar en el ciclo de la vida, a través de la puerta estrecha de la fotosíntesis ¿Existen otras puertas? Sí, algunas síntesis creadas por el hombre, que suponen un título de nobleza para el *homo faber*, pero hasta ahora su importancia es cuantitativa y poco digna de tenerse en cuenta. Son puertas mucho más estrechas todavía que la del verde vegetal. El hombre, consciente o inconscientemente, no ha intentado hasta hoy competir con la naturaleza en este terreno, es decir que no se ha esforzado por sacar del anhídrido carbónico del aire al carbono que le es necesario para nutrirse, para vestirse, para calentarse y para las otras múltiples necesidades más sofisticadas de la vida moderna. No lo ha hecho porque no le ha sido necesario. Ha encontrado, y sigue encontrando (¿pero por cuántos decenios todavía?) gigantescas reservas de carbono ya convertido en materia orgánica, o por lo menos reducido. Más allá del mundo vegetal y del animal, estas reservas están constituidas por yacimientos de carbón fósil y de petróleo. Pero también éstos son la herencia de actividades fotosintéticas llevadas a cabo en épocas lejanas. Por tanto se puede afirmar que la fotosíntesis no es solamente el único camino para que el carbono se haga materia viva, sino también el único para que la energía solar se vuelva químicamente utilizable.

Se puede demostrar que esta historia, totalmente arbitraria, es sin embargo verdadera. Podría contar innumerables historias distintas, y todas serían verdaderas; todas literalmente verdaderas, en la naturaleza de sus tránsitos, en su orden y en sus fechas. El número de los átomos es tan grande que siempre se podría encontrar uno cuya historia coincidiese con una historia cualquiera inventada al azar. Podría contar historias y no acabar nunca, de átomos de carbono que se convierten en color y perfume de las flores; de otros que, desde algas minúsculas a pequeños crustáceos y a peces cada vez más gordos, devuelven anhídrido carbónico al agua del mar, en un perpetuo y espantoso carrusel de vida y de muerte, en el cual cada devorador resulta inmediatamente devorado; de otros que alcanzan en cambio una decente semieternidad en las páginas amarillentas de algún documento de archivo, o en el lienzo de un pintor famoso; de aquellos a los cuales les tocó

el privilegio de entrar a formar parte de un grano de polen y dejaron su impronta fósil en las rocas para despertar nuestra curiosidad; de otros, en fin, que bajaron a integrarse entre los misteriosos mensajeros que dan consistencia al semen humano y participaron en el sutil proceso de escisión, duplicidad y fusión del que cada uno de nosotros ha nacido. Pero voy a contar en cambio solamente una historia más, la más secreta, y la voy a contar con la humildad y el comedimiento de quien sabe desde el principio que su asunto es desesperado, sus medios débiles, y el oficio de revestir los hechos con palabras condenado al fracaso por su misma esencia.

Lo tenemos de nuevo entre nosotros, en un vaso de leche. Está inserto en una larga y completísima cadena, y de tal naturaleza sin embargo que casi todos sus anillos son aceptados por el cuerpo humano. Es deglutido, y como toda estructura viviente entraña una salvaje desconfianza hacia cualquier aportación de otros materiales de origen viviente, la cadena es meticulosamente destrozada y los trozos aceptados o rechazados uno por uno. Uno de ellos, el que nos concierne, trapasa la barrera intestinal y entra en el torrente sanguíneo; emigra, llama a la puerta de una célula nerviosa, entra y suplanta a otro carbono que formaba parte de ella. Esta célula pertenece a un cerebro, y éste es mi cerebro, el de mi «yo» que escribe, y la célula en cuestión, y dentro de ella el átomo en cuestión, se encarga de mi labor de escribir, en un gigantesco y minúsculo juego que nadie ha descrito todavía. Es la célula que en este instante, surgiendo de un entramado laberíntico de síes y noes, hace a mi mano, sí, correr sobre el papel en una determinada dirección y dejarlo marcado con estas volutas que son signos: un doble disparo, hacia arriba y hacia abajo, entre dos niveles de energía, está guiando esta mano mía para que imprima sobre el papel este punto: éste.